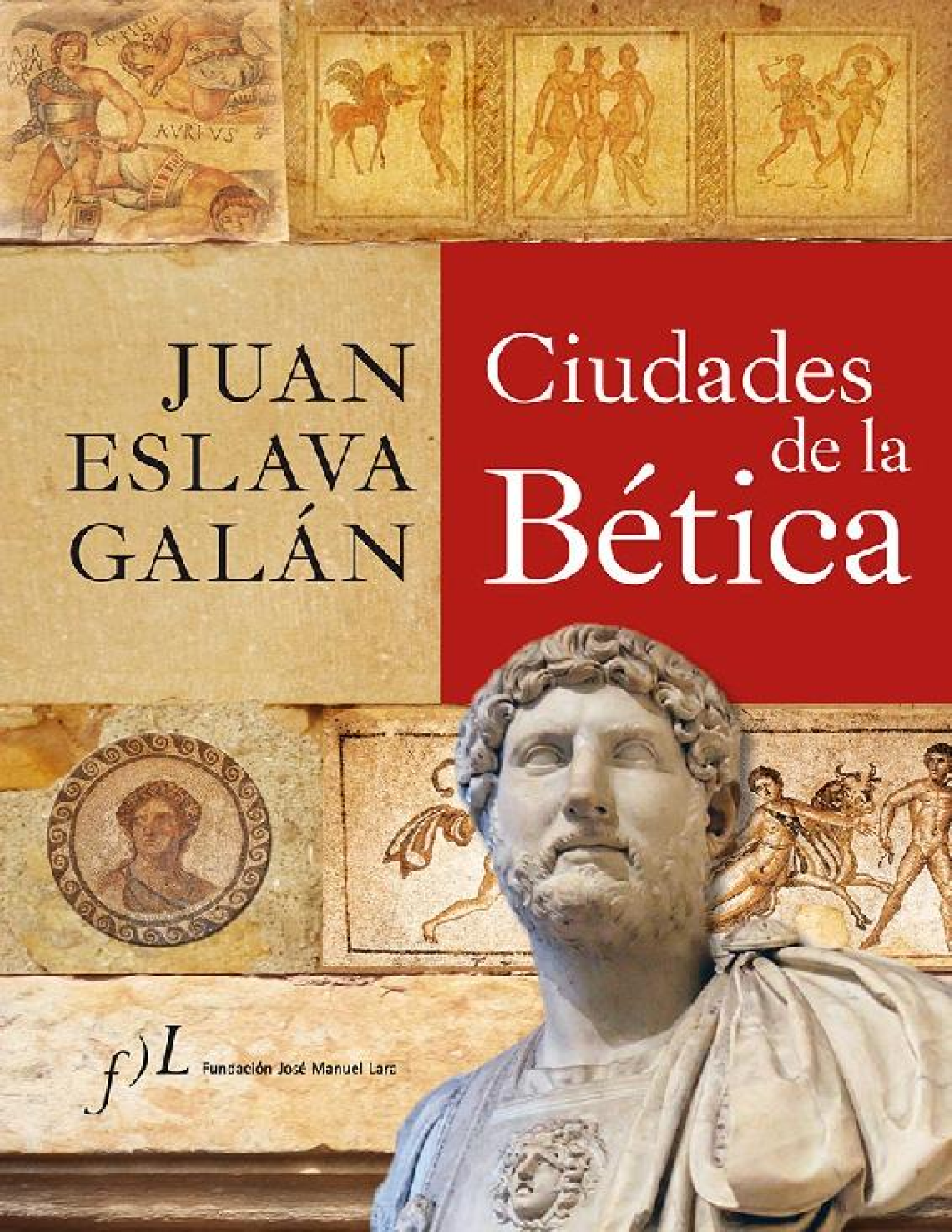


JUAN ESLAVA GALÁN

Ciudades de la Bética

Fundación José Manuel Lara

Índice

Portada

Ciudades de la Bética

Proemio

Capítulo I. El reencuentro

Capítulo II. Que va de lupanares romanos

Capítulo III. De ciudades y alcaldes

Capítulo IV. Las vías romanas

Capítulo V. Sobre la conveniencia de desayunar ajo y otras virtudes romanas

Capítulo VI. Itálica, ilustre colonia romana

Capítulo VII. Del notable e inspirador anfiteatro de itálica

Capítulo VIII. De bestias y bestiajos

Capítulo IX. En el que ‘Las Osadas’ se fotografían en el coso de las fieras

Capítulo X. Gladiadores en la arena

Capítulo XI. Tres tercios, como en los toros

Capítulo XII. Gladiadores en el ruedo

Capítulo XIII. Breve reflexión sobre la violencia

Capítulo XIV. De tiendas por itálica

Capítulo XV. De los peligros del plomo y de los del Minotauro

Capítulo XVI. De pililas mutiladas, ciudades, villas, dioses y príncipes

Capítulo XVII. Soldado, el que está a sueldo

Capítulo XVIII. La casa y sus devociones

Capítulo XIX. Un banquete romano

Capítulo XX. Donde se habla del gazpacho romano

Capítulo XXI. Caminito del mar

Capítulo XXII. Acinipo y su teatro

Capítulo XXIII. De elefantes y manteca ‘colorá’

Capítulo XXIV. La villa del Ruedo y las cabezas viajeras

Capítulo XXV. De lápidas y héroes

Capítulo XXVI. Los guerreros de Obulco

Capítulo XXVII. Que trata de decadencias y melancolías

Capítulo XXVIII. Aceite bético en la luz de Roma

Capítulo XXIX. Las misteriosas cuevas

Capítulo XXX. De oratorios y minas

Capítulo XXXI. Cástulo púnica y romana

Notas

Créditos

Ciudades de la Bética

JUAN ESLAVA GALÁN

Ciudades de la Bética

Fundación José Manuel Lara

PROEMIO

En las páginas que siguen, dos amigos aficionados a la arqueología y a la vida, Bonoso y Angus, van a visitar algunas ciudades de la Bética, aquella próspera provincia romana cuyos límites casi coincidían con los de la Andalucía actual.[1]

Un proverbio agrícola sostiene que la sombra del hortelano molesta en la huerta. Por eso, como autor de este libro, he decidido no interferir en los comentarios, no siempre políticamente correctos, de mis personajes. Comprobarán también que Bonoso, enamorado de Roma, suele empedrar su conversación con latinajos. Disculpémoselo y seamos benevolentes con su cronista si alguna vez incurre en un *lapsus calami* al transcribir el idioma cesáreo (bueno, en los tiempos del ordenador y del teclado debería decir *lapsus claviaturae*. O sea, error mecanográfico).

En la organización de su viaje, Bonoso ha tenido la fortuna de contar con buenos amigos arqueólogos que generosamente han compartido con él sus ciencias y sus experiencias: Arturo Ruiz Rodríguez, Luis María Gutiérrez Soler y Marcelo Castro López.

Nada más, *optime valete omnes!* («buenos saludos para todos»).

CAPÍTULO I

EL REENCUENTRO

En el tórrido julio, cuando canta la cigarra, cuando se afanan las hormigas, cuando emigran las golondrinas, cuando rebullen en sus nidos las crías del cernícalo primilla, cuando se cosechan los trigos y se siembran las patatas tardías, cuando maduran los pimientos, los melones y los tomates, cuando florece la albahaca y se aparean los zapateros,[2] cuando se inicia la costera del bonito del norte,[3] dos amigos se han citado en el bar del hotel Alfonso XIII de Sevilla.

–Te veo estupendamente –dice Bonoso abarcando a su amigo con un abrazo palmeado.

–Y tú estás hecho un chaval, tan lustroso.

Lustroso como piadoso sinónimo de gordo.

Forman los dos amigos una extraña pareja. El español ha cumplido los setenta y tres y es calvo, orondo y no muy alto. Por el contrario, el escocés, que ya no cumplirá los setenta y cinco, es fibroso y espigado y su pelo fuerte y canoso, cortado a cepillo, conserva trazas del rubio azafranado original. Su mostacho rubio y rebelde semeja dos brochas sostenidas entre el labio superior y la nariz. Estos detalles, junto con los andares marciales y cierta vehemencia de carácter, denotan su origen militar. Se jubiló a los sesenta, de coronel.

El escocés habla correctamente español. Lo aprendió en México, en sus años de agregado militar en aquella embajada, pero algunas expresiones coloquiales se le escapan.

En México fueron buenos amigos. Han pasado diez años sin verse, pero se han mantenido en contacto por carta y por teléfono y, últimamente, por internet mediante *cursus electronicus*.[4] El coronel, que es viudo, vive retirado en Aberdeen, Escocia, en el castillo de la familia, entregado al cultivo de sus rosales, a la observación de las aves viajeras y al coleccionismo de sellos con motivos navales. El español, solterón recalcitrante, aunque muy aficionado a cuanto ellas puedan tener de hospitalario, fue profesor en un centro de Secundaria General de México D.F. Hace años se prejubiló, heredó una casona en el pueblo de sus abuelos españoles y vive en ella su dorado retiro consagrado a la lectura de los clásicos, a la audición de Mozart y a los paseos melancólicos por ruinas y despoblados antiguos.

El plan consiste en recorrer algunos enclaves romanos o prerromanos de Andalucía en pos de la historia y del arte, sin descuidar la gastronomía y cualquier otra experiencia placentera que se tercie, si les aconteciera conocer a alguna dama receptiva o misericordiosa, una caridad romana, mismamente.[5]

–Hoy nos toca Itálica –dice Bonoso–, la ciudad de donde remanecen Trajano y Adriano, quizá los dos emperadores más destacados de Roma. Tengo la cuadriga en la puerta, esperando.

–¿La cuadriga?

–El coche, hombre. Era por entrar en materia.

–Me temo que tendrás que refrescarme mi lección de Roma, porque desde mis años escolares la tengo un poco oxidada. Solo sé que a Roma le debemos casi todo lo que somos, y que sus leyes, su filosofía y su literatura siguen inspirando al mundo civilizado después de mil quinientos años transcurridos desde el colapso de su imperio.

–Pues ya sabes lo esencial. Desgraciadamente lo estamos olvidando en Europa en estos tiempos turbios en que nos entregamos a lo políticamente correcto aunque ello redunde contra nuestros intereses. Vamos allá y te voy contando. Empecemos por el origen de Roma. Hacia el año –750, era solamente un villorrio, una veintena de chozas en la ladera del monte

Palatino, a orillas del Tíber.[6] El lugar era insalubre, rodeado de pantanos palúdicos (que no desaparecieron hasta que Mussolini los drenó), pero estaba estratégicamente situado en el centro de la península itálica que era centro, a su vez, del mundo conocido.

–No fue mal comienzo.

–Ya sabes que, a menudo, la geografía determina la historia. Bueno, los comienzos de Roma fueron bastante difíciles. Los pueblos del entorno eran más potentes, más ricos y más desarrollados, en especial los etruscos, pero los romanos eran gente de una casta especial: superaron a los vecinos y progresaron lenta e implacablemente. Dos siglos después eran los dueños de la región y, pasados otros doscientos años, se habían impuesto en toda la bota italiana. Después derrotaron a la poderosa Cartago y la sucedieron en el dominio del Mediterráneo, el *Mare Nostrum.*

–O sea «nuestro mar» –traduce Angus que posee algunos latines, no muchos.

–Y finalmente extendieron su poder por la Europa atlántica desde Inglaterra hasta los confines de Persia y desde Rumanía al Sahara.

–Un imperio en condiciones.

–De hecho, todos los imperios que han venido detrás han imitado torpemente al romano, y en eso incluyo al español y al inglés.

El coche, un valetudinario Ford Fiesta blanco, que Bonoso medio ha aprendido a conducir después de treinta años de sosegada práctica, sale de Sevilla y enfila la carretera de Santiponce.

–Volviendo a Roma –prosigue Bonoso–, debes saber que después de expulsar a los cartagineses de estas tierras instituyó la provincia Bética, más o menos la actual Andalucía. La Bética permaneció en el seno del imperio unos seiscientos años, así que bien puede decirse que casi todo lo que somos se lo debemos a Roma.

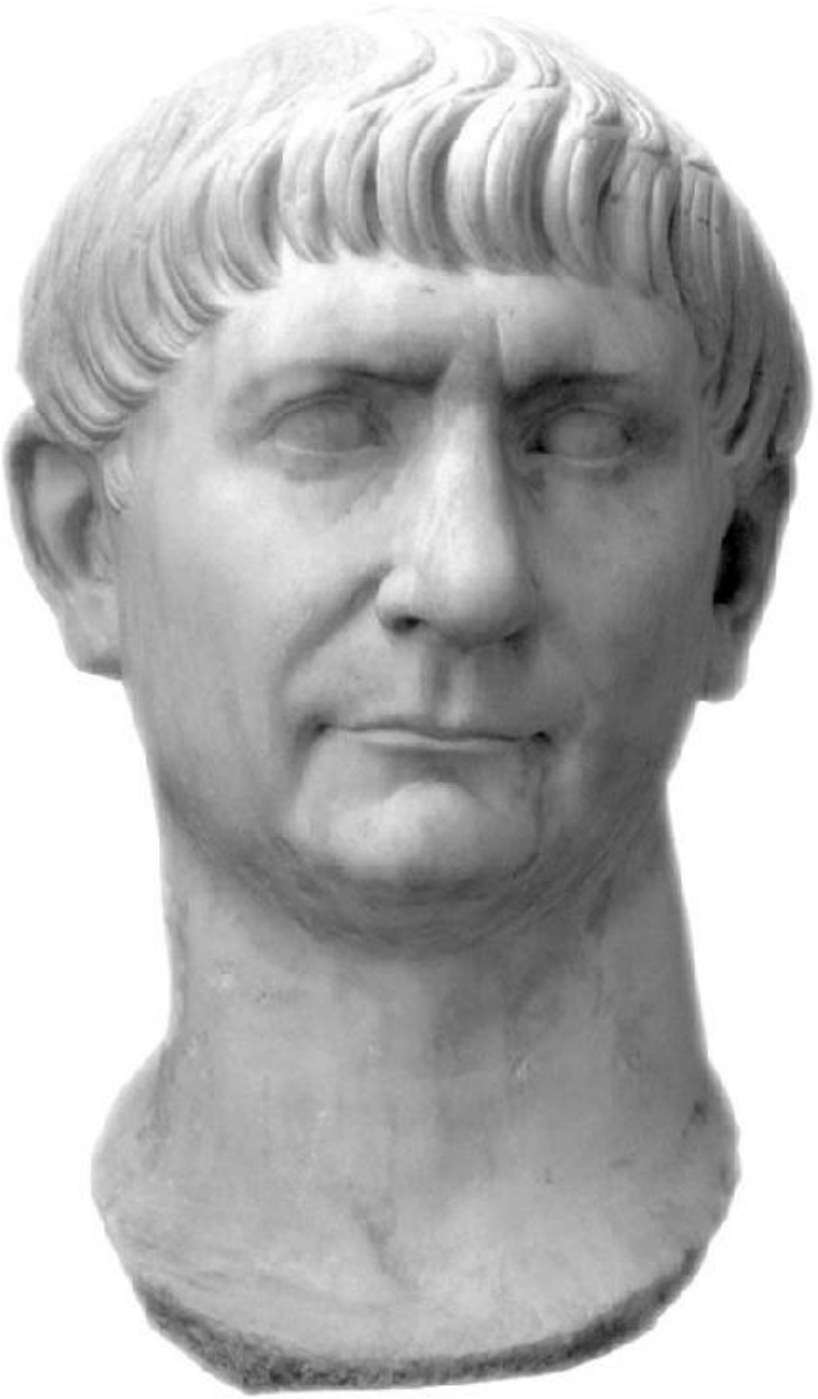
–Bueno, y al Islam –apunta Angus–. Los moros permanecieron aquí ochocientos años, según tengo entendido.

–Lo que les debemos a los moros se ha exagerado notablemente –replica Bonoso–. Por ejemplo, se habla de la casa árabe o de los baños

árabes cuando son préstamos que los moros tomaron de Roma. Y de sus monumentos cabe decir otro tanto: si les quitáramos todo el material romano que contienen (columnas, sillares, capiteles, ladrillos, etc.), casi todos los monumentos árabes se vendrían abajo. En fin, lo más importante es el idioma, que, como sabes, configura el alma de un pueblo. Lo que hablamos los españoles es latín evolucionado, o degenerado si quieres. Si hubiera una presencia cultural islámica hablaríamos árabe, como ocurre, por ejemplo, en Malta que siendo un país cristiano habla una variante del árabe magrebí. Aquí el árabe solo ha quedado en unas decenas de palabras, ninguna estructura gramatical, y en algunos topónimos como el de este río que los romanos llamaron Betis y dio nombre a la Bética y los moros, con escasa imaginación, titularon Guadalquivir, o sea, *al-wadi al-Kabir,* «río grande». Ahora, con tanto vertido, va camino de que lo llamemos Guarralquivir.

–¿Guarralquivir? ¿Por qué?

–Cosas mías, no me hagas caso. Debo decir que la culpa de que se nos haya asimilado tanto a los moros a los españoles en general y a los andaluces en particular procede de compatriotas tuyos, los viajeros románticos, que se empeñaron en buscar a Oriente en España y, nada más pasar por la frontera de Irún, en cuanto le echaban el ojo a una aldeana vasca, aunque fuera hombruna y malencarada, ya estaban alabando el embrujo moruno de las miradas del harem y otras tonterías semejantes. Algunos majaderos de acá, que hay muchos, y algunos hasta con balcones a la calle, dieron luego en acatar y hasta ampliar esos topicazos y pretendieron fundamentar la esencia de Andalucía y sus señas de identidad, como se dice ahora, en lo moruno antes que en lo romano y cristiano. Quede, pues, claro que somos romanos y pertenecientes a la civilización cristiana occidental.



Trajano, emperador de origen italicense. (Gliptoteca, Munich).

Rómulo y Remo, los gemelos fundadores de Roma según la leyenda.

El Imperio romano en el momento de su máxima expansión.

CAPÍTULO II

QUE VA DE LUPANARES ROMANOS

La Bética fue la provincia más romanizada de España. Piensa que el resto de la península no se agregó al imperio romano hasta dos siglos más tarde, cuando a Augusto se le inflaron las narices, abrió las puertas del templo de Jano (lo que para los romanos significaba guerra total) y tomó personalmente el mando de las operaciones para someter a los cántabros y astures.

–¿Y los sometió?

–Eran gente correosa. Clavados en cruces seguían entonando sus himnos de guerra, pero al final doblaron. En ese tiempo la Bética era ya una de las provincias más asentadas y romanizadas del imperio, quizá la que mejor acogió la cultura romana. Suele ocurrir, ¿eh?, porque esta tierra es como una esponja: absorbe rápidamente lo que llega, se lo apropia y lo irradia después transformado y hasta mejorado. La Bética le dio mucho a Roma, no solo los dos emperadores más brillantes, Trajano y Adriano, sino minerales, aceite, trigo, *garum* y *puellae gaditanae.* Y *last but not least*, grandes ingenios como el filósofo Séneca, su sobrino el poeta Lucano y el científico Columela.

–¿Qué es eso de *puellae gaditanae*?

–Eran artistas de variedades procedentes de la «licenciosa Cádiz» que hacían fortuna en Roma. Todo banquete de señoritos libertinos que se preciara debía ir seguido de la actuación de *puellae gaditanae*: «muchachas procedentes de la disoluta Gades que menean sus caderas lascivas»[7] y que acompañándose de castañuelas (*crusmata baetica*) «corean indecentes

canciones de su país (…) que ruborizarían a la clientela más abyecta del prostíbulo más asqueroso».[8]

–¡Coño con las muchachas! –exclama Angus.

–Aquí detecto yo –prosigue su amigo– el origen de la danza del vientre y de los coros rocieros, dicho sea salvando las naturales distancias, porque has de saber que las letras de los coros rocieros son de una honestidad berroqueña y las damas que los entonan, casi siempre añales y metidas en carnes, no están para menear lúbricamente las caderas.

–¿Y todo se quedaba en meneos y canciones procaces? –sonsaca Angus a su amigo.

–Hombre, los autores latinos aseveran que aquellas chicas eran capaces de «empalmar al viejo Pelias, y de abrasar al marido de Hécuba junto a la mismísima pira funeraria de Héctor»,[9] o sea, ya puedes figurarte que habría algo más. Marcial, en un epigrama, dice que espera a una de ellas, Teletusa, que le trae «los goces prometidos».

–O sea, el revolcón –concluye Angus.

–Es para maliciárselo. En fin, la existencia de esos refinamientos nos indica una cultura urbana. La ciudad es la base de la romanización y del progreso tanto material como cultural. Los pueblos avanzados, habrás observado, son pueblos urbanos, desde Mesopotamia hasta hoy. Los romanos impusieron en su imperio el estilo de vida romano-helenístico (ya sabes que estaban muy influidos por los griegos) que se basaba en la ciudad (*civitas*) como elemento civilizador.

–¿La *civitas*? –repite Angus.

–Eso es. Piensa en un núcleo urbano independiente, regido por un Ayuntamiento o Senado, sujeto a leyes, con territorio y recursos propios de aprovechamiento comunal, con una estructura económica compleja y una organización social que integra a los ciudadanos en un marco jurídico avanzado, superando las limitaciones de las tribus: eso es la *civitas*.[10] Piensa en la bullente ciudad como núcleo civilizador, con su división del trabajo, con sus tiendas, almacenes, posadas, médicos, boticarios, carpinteros, abogados, alfareros, profesores, herreros, músicos, artistas,

gimnasios, bibliotecas y todo lo necesario para la vida moderna, lo que, para ellos, desprejuiciados como eran, incluía también los prostíbulos de *meretrices* que estaban censados y pagaban sus impuestos, no como ahora. Es curioso porque *meretrix* al principio solo quería significar chica liberal en lo suyo, no necesariamente profesional, pero luego la palabra las abarcó a todas. En algunos burdeles trabajaban esclavas que producían buenos dividendos a sus dueños, pero también mujeres libres que escogían voluntariamente la profesión. Las había de muchas clases y categorías comenzando por las *famosae,* que eran *escorts* de lo más fino, las que fingían ser de buena familia y practicar por pura afición y terminando por las *cuadrantarias*, las más tiradas, que solo cobraban un cuadrante, algo así como medio euro.

–No se harían ricas.

–Eran putas envejecidas que habían tenido que bajar las tarifas. En fin, quiero decirte que había de todo. Las putas eran socialmente aceptadas. La única señal de discriminación es que, en distintas épocas, tuvieron que salir a la calle con algún elemento que las diferenciara de las matronas decentes, como túnicas azafranadas o pelucas amarillas.

–¿Por qué?

–Siempre el legislador ha querido distinguirlas para evitar que contaminen a las decentes. Ganas de enredar. Muchas putas residían en burdeles sometidos a una disciplina conventual, en los que incluso se adquiría una ficha a la entrada (*spintria*) para evitar usar las monedas con la venerada imagen del César en una transacción carnal. Las *spintriae* reproducían una postura sexual. Tengo entendido que el rey Faruk de Egipto, gran aficionado al refocile, reunió una colección muy completa de ellas, una especie de Kamasutra romano. Aparte de estos prostíbulos digamos semioficiales, había una gran variedad de lupanares encubiertos, se puede decir que cada venta del camino y cada taberna expedidora de vino, tenía sus mozas de partido (las *copae*) que servían en lo que se terciara y, aparte de estas, hemos de considerar a las que iban por libre, las que hacían la calle, las *ambulatorae* o *prostibulae* o incluso *scorta erratica.* A veces se

les prohibió aparecer antes de la hora novena, por lo que se denominaron también *nonariae*. Por los lugares donde ejercían recibían otros nombres: *lupae*, las que buscaban la clientela en parques y jardines, (de *lupae* procede el vocablo lupanar); las *busturiae*, que frecuentaban cementerios o funerales, y, finalmente, las *forariae*, putas de carretera.

–Veo que no hay nada nuevo bajo el sol –dice Angus–. Al menos en el asunto de las chicas de placer.

–Efectivamente. Ni siquiera faltaban las mantenidas fijas (*delicatae*) ni los gigolós que atendían a las mujeres por dinero. Esos se llamaban *spadonii*, espaderos, ya te puedes imaginar por qué.

–No me lo imagino.

–¡Por la longitud de la herramienta, hombre! Para el trabajo se requería que estuviesen bien dotados.

–¿El tamaño importaba algo entonces? –ironiza el escocés.

–Importaba muchísimo, como ahora.

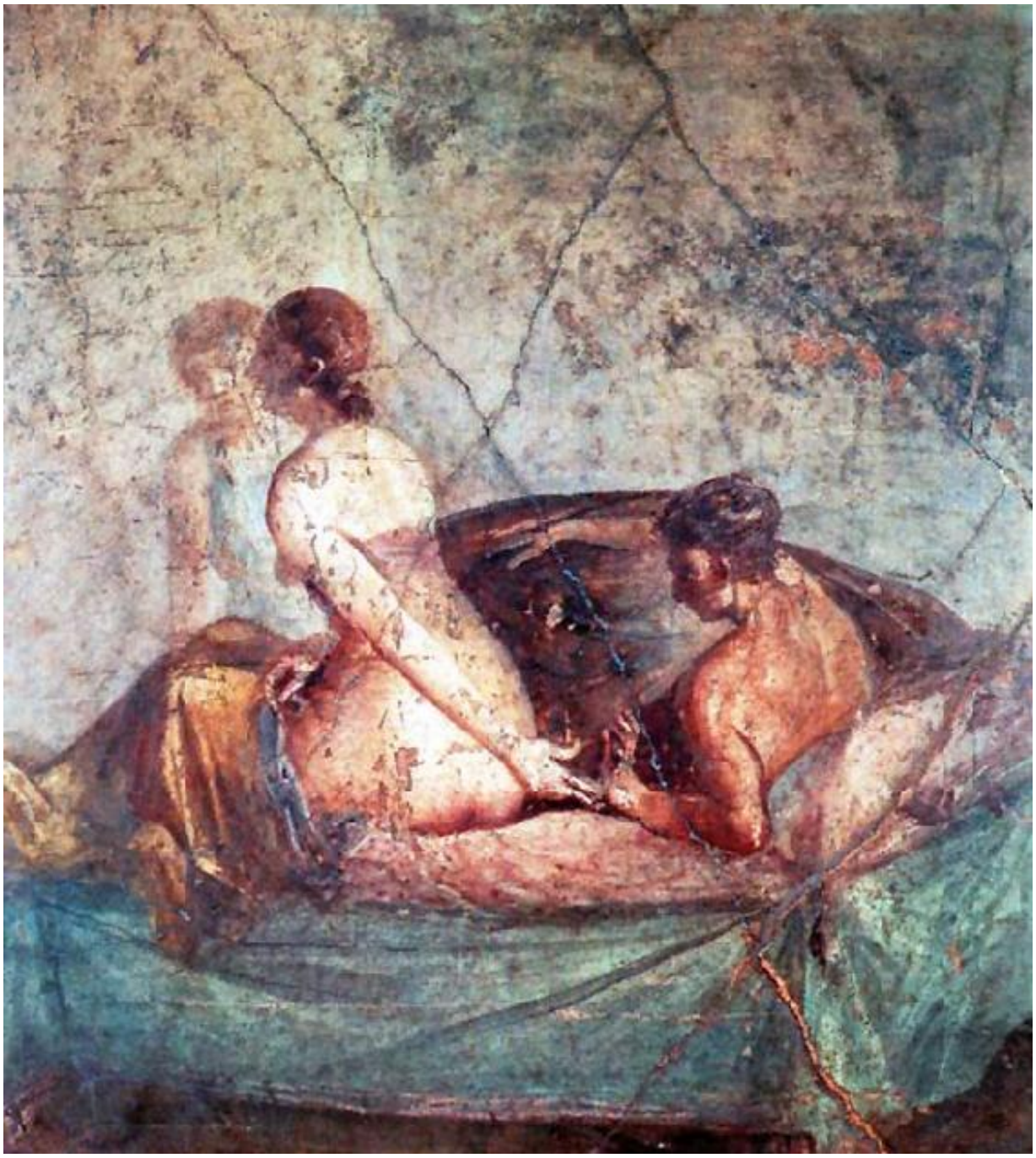
–Hace años estuve en el burdel de Pompeya, la ciudad romana sepultada por la lava del Vesubio –recuerda Angus.

–Ese es el lupanar romano que mejor se ha conservado –admite Bonoso–, y nos da idea de cómo serían en el resto de las provincias: pasillos y camaretas angostas, con las paredes decoradas con un catálogo de posiciones sexuales y las camas de mampostería cubiertas con una colchoneta. Solían ser bastante céntricos. La Suburra, el barrio de las putas en Roma, estaba junto al foro, imagínate.

–El guía de Pompeya nos explicó que las había de todas las razas.

–Claro, de los cuatro puntos cardinales del imperio, a gusto del cliente. Juvenal decía de Roma: «esta ciudad se me hace insoportable. En el Tíber ha desembarcado el Orontes (rio sirio) trayendo consigo la lengua y las costumbres de aquellas gentes y, además, flautistas, liras, tímpanos, su instrumento nacional, y esbeltas muchachas».

Corocotta, el guerrero que simbolizó la resistencia cántabra (Santander).



Frescos eróticos de Pompeya (1).

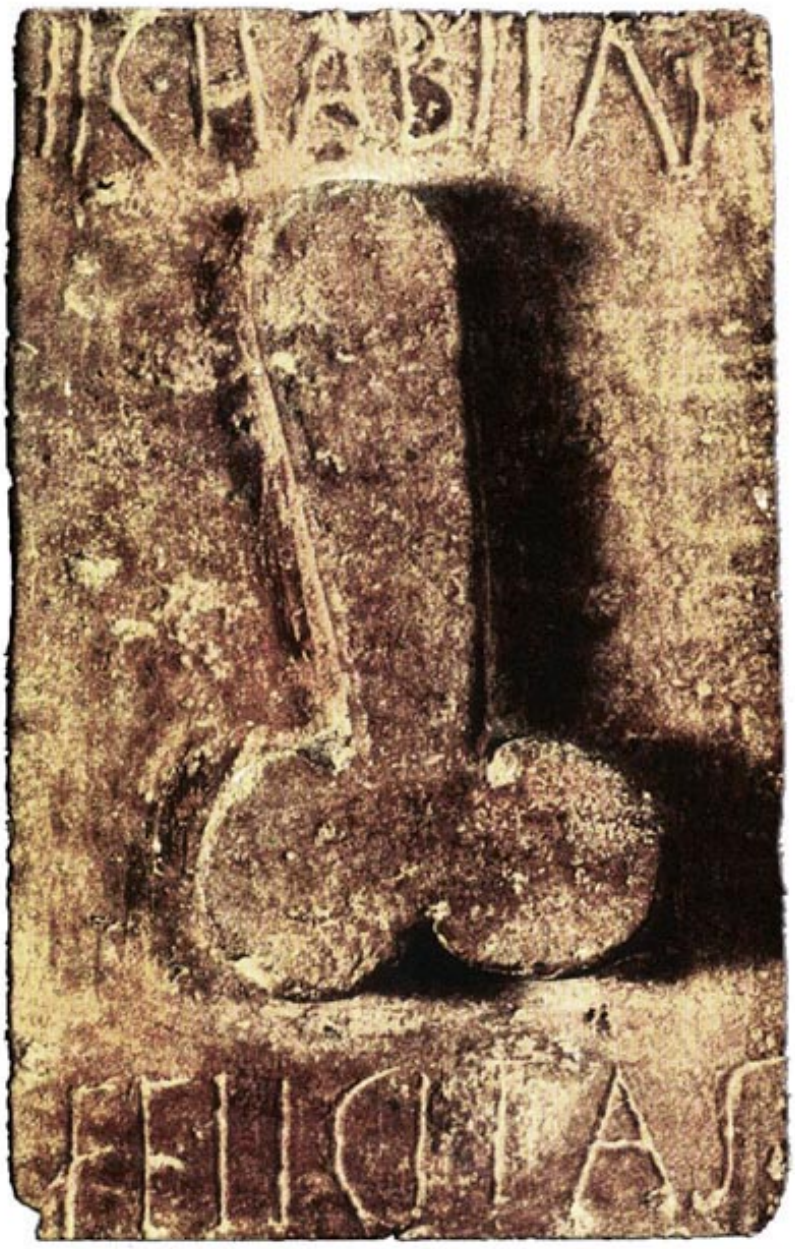
Frescos eróticos de Pompeya (2).

Relieve erótico de Pompeya.

***Spintriae* con escenas eróticas.**

Fresco en un lupanar romano de Pompeya.

Lecho de mampostería en un prostíbulo de Pompeya.



Falo con la leyenda: «Hic habitat felicitas».

Frescos en un lupanar de Pompeya (1).

Frescos en un lupanar de Pompeya (2).

Frescos en un lupanar de Pompeya (3).

CAPÍTULO III

DE CIUDADES Y ALCALDES

Y agentes del fisco no había? –inquiere Angus.

–Pues sí, claro que había recaudadores de impuestos, y serían tan temidos como los de ahora, pero estaba intentando darte una visión positiva de la ciudad, dado que procedes de tierras bárbaras, de los tatuados pictos.

Angus ríe de buena gana. Está orgulloso de ser escocés y en las festividades se pone el *kilt* con el dibujo o *tartan* del clan. Desde pequeño, y en su ejercicio militar, ha soñado con ser el rebelde Rob Roy, pero tatuado no se ve, la verdad, que eso le parece propio de la Navy y de los estibadores del puerto.

–En la Bética florecieron importantes ciudades –escucha decir a su amigo–: la misma Itálica, que vamos a visitar; Híspalis (Sevilla), la que estamos dejando atrás, Cástulo la minera (al norte, cerca de Linares); las cereales Carmo (Carmona), Astigi (Écija) y Urso (Osuna);[11] las costeras Malaca (Málaga), Gadir (Cádiz) y Carteia (cerca de San Roque, Cádiz),[12] y *last but not least*, la brillante capital de la Bética, Corduba (Córdoba), un buen ejemplo de cuanto te digo: una ciudad señera, romana, repleta de hermosos edificios que sucesivas oleadas de bárbaros del norte (hacia el 410) y del sur (711) desmontaron para construir los suyos reconociéndose incapaces de igualar el esfuerzo, la grandeza y la inspiración de Roma.[13] A ellos conviene sumar los bárbaros de dentro que en su ignorancia aprecian más la ciudad sultana que la patricia.

–¿Qué bárbaros?

–Los que destruyeron recientemente el complejo palatino de Cercadilla, un impresionante *palatium* de finales del siglo III y principios del siguiente, encontrado extramuros. Seguramente fue la sede del emperador Maximiano que estuvo en Hispania unos meses en 296. Además de la importancia histórica era lo que en arqueología se denomina un *unicum*.

–¿Un *unicum*?

–Sí, un caso único, sin paralelo. No se conoce otro edificio semejante en el imperio romano. Una pena que lo destruyeran casi por completo.

–¿Y por qué se lo cargaron?

–Porque se interponía en el camino del trazado del ferrocarril.

Bonoso conecta la radio en busca de una emisora que dé las malas noticias habituales en estos tiempos de crisis. Falta para el noticiario pero están radiando *La Bicha*, una canción quejumbrosa de la cantante Bebe, plena de emociones y sentimientos.

–Este va a ser el tema musical de la crisis.

Angus, que no ha captado el humor negro de su amigo, presta atención a la letra:

A ver tontones,

Que cuando quiero llevo pantalones,

Pero más me gusta la faldita

Pa que me metas la manita por debajo

Y me arranques to lo arrancable

–¿Y esto le gusta al personal? –se extraña el escocés.

–A mí no me mires, que yo me quedé en Simon and Garfunkel.

En el compact disc, la tal Bebe sigue a lo suyo:

–Métete dentro de mí…

–Ya ves, pura poesía –dice Bonoso al tiempo que desconecta la radio.

Angus, después de un rato de mirar los olivos que se pierden en ordenadas filas por encima de los montes, dice:

–Resulta abrumador la cantidad de ciudades romanas que me estás enumerando. ¡En un territorio tan reducido!

–¡Hubo muchas más, amigo mío! En tiempos de Augusto la provincia Bética tenía 175 ciudades u *oppida*, pero no te alarmes que en este viaje solo visitaremos las más visitables, o sea, las excavadas, porque en su mayoría están todavía bajo tierra. Debo añadir que no todas gozaban del mismo ordenamiento municipal, que en esto los romanos eran muy puntillosos. Ellos dividían los núcleos urbanos o *civitates* en colonias (romanas o latinas) y municipios (de derecho romano o latino), según el estatuto jurídico que el Estado romano les otorgaba. Las romanas (*cives romani*) disfrutaban de derechos políticos plenos; las latinas solo de ciertos derechos civiles (*ius latii*). Había *civitates* exentas de pagar tributo (*liberae et inmunes*) y otras que pagaban. Lo mismo entre las federadas o aliadas (*foederatae*) de las que casi todas tributaban (*foederatae stipendariae*), aunque una exigua minoría estaba exenta (*foederatae liberae*).

–¿Y por qué unas tributaban y otras no?

–Entre otros motivos porque las ciudades tomadas por la fuerza se consideraban propiedad de Roma. Las *civitates* cuando crecían se convertían en municipios regidos por ciudadanos romanos (*optimo iure*) o por nativos que al acabar su magistratura recibían la ciudadanía romana. El gobierno municipal dependía de una asamblea de ciudadanos con derecho a voto, entre los que se elegían dos alcaldes (*duumviri*) y algunos concejales (*aediles* y *quaestores*). Los cargos eran anuales y sus aspirantes tenían que ser bastante ricos porque debían cortejar al electorado con obras públicas que contribuyeran a la comodidad de los ciudadanos: fuentes, plazas, cloacas, letrinas comunales, calzadas…

–¿Y eso lo pagaban de su bolsillo particular?

–No solo eso. También tenían que sufragar banquetes, donaciones, patronazgo de juegos y otras expensas, no meramente con promesas electorales como se hace ahora.

–Por lo que veo conceder la ciudadanía romana era una manera de atraerse a las élites indígenas –dice Angus.

–Claro, la ciudadanía comportaba ventajas legales y prestigio. De este modo los indígenas se fueron desasnando y sometiéndose al servicio del

imperio. La meritocracia también afectaba a los municipios. Los que se regían por el derecho latino (un estatuto otorgado por Roma a los pueblos itálicos) aspiraban a regirse por el derecho romano (el estatuto jurídico de la propia Roma, que era más ventajoso).

–Y supongo que, si se hacían méritos, se podía ascender.

–Esa era la idea. Los estatutos de las ciudades cambiaban. Al final del imperio todo el mundo accedió a la ciudadanía romana y a los plenos derechos y eso coincidió con la decadencia. Cuando todo el mundo gozó de pleno derecho y los esclavos que antes mantenían la economía se emanciparon, Roma se desmoronó.

–Me temo que eso admite una segunda lectura –observa Angus.

–Abstengámonos de hacerla –propone Bonoso–. Mantengámonos dentro de la corrección política.

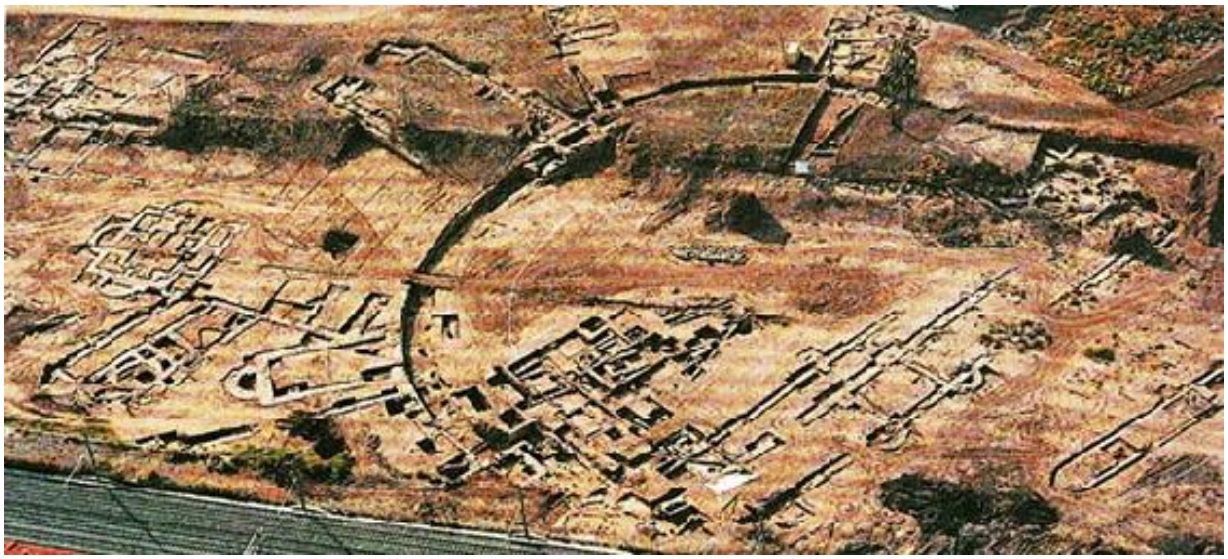
–¿Y las colonias, qué eran?

–Eran las ciudades de nueva creación, las más privilegiadas porque se consideraban parte de Roma y cumplían directamente la función de romanizar el territorio. Las fundaban para instalar a soldados veteranos, jubilados de las legiones después de veinte años de servicio, a los que concedían lotes de tierra. En algunas colonias son todavía visibles los restos de la parcelación (o *centuriacion*).[14]

–O sea, después de una vida en las armas se hacían agricultores –concluye Angus.

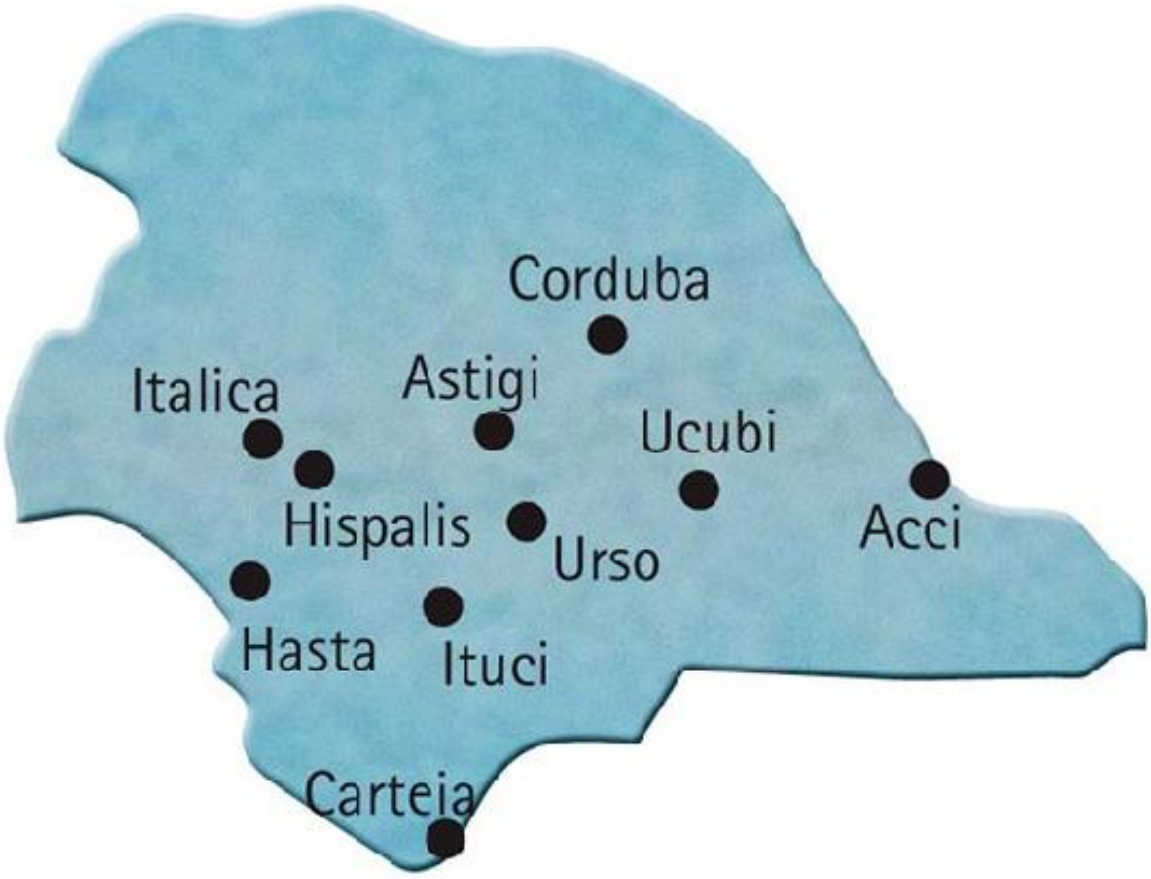
–Eso es. Bueno, si estaban muy viejos o cascados tendrían esclavos o criados que les hicieran el trabajo, pero en cualquier caso se hacían agricultores. «Colonia» viene de *colo*, «cultivar» en latín.

Toro ibérico hallado en Osuna.



Complejo palatino de Cercadilla (Córdoba). (Foto de R. Hidalgo).

Fotografía histórica del puente romano de Córdoba.



Colonias de la Bética.

CAPÍTULO IV

LAS VÍAS ROMANAS

Ya fuera de Sevilla, la carretera deja a la izquierda un enorme edificio.

–Eso que parece castillo es el monasterio de san Isidoro del Campo –señala Bonoso–, sede de una comunidad de monjes jerónimos que, en el siglo XVI, abrazaron doctrinas protestantes. Unos terminaron en la hoguera y otros en el exilio, alguno de ellos en tu tierra, creo.

Bonoso regresa a lo de Roma:

–Borrada Cartago del mapa, Roma quedó dueña del Mediterráneo y pudo continuar, sin mucho estorbo, su expansión colonial. En sus momento de mayor expansión el imperio romano abarcó desde Escocia y el Rin hasta los desiertos de África y desde el Finisterre gallego hasta los confines de Persia. En poco más de dos siglos, Roma dominó todo ese territorio, sometido o asociado.

–Debo precisar que por Escocia solo se asomaron ¿eh? –advierte Angus–. Conquistarla, lo que se dice conquistarla no la conquistaron. Es más, como sabes construyeron el muro de Adriano, una especie de muralla china que corta la isla de parte a parte, para contener a mis belicosos ancestros.

–Eso que os perdisteis, Angus, porque donde estuvo Roma hay cultura. Occidente se lo debe todo a Roma. Una de las desgracias de Europa, y esto es una opinión personal, es que los romanos no pusieran su frontera en el Elba y se contentaran con llegar al Rin. De haberla puesto en el Elba habrían romanizado a los germanos y a lo mejor no se habrían producido

episodios como el Holocausto, algo impensable en países romanizados como Dios manda. Roma, además de desasnar a los pueblos que sometía, acabó con las precarias economías indígenas basadas en el autoabastecimiento e impuso el cultivo extensivo de la llamada «tríada mediterránea» (aceite, trigo y vino) que sería, con los metales y la salazón de pescados, la base de las exportaciones hispanas. Naturalmente se precisaba una buena red comercial para mover todo eso. Los romanos, gente práctica, preferían el comercio marítimo o fluvial, pero, no obstante, tampoco descuidaron el terrestre. Todo el Imperio, hasta sus últimos confines, estuvo comunicado por una tupida red de carreteras que favorecían el tráfico de viajeros y mercancías y permitían el rápido desplazamiento de tropas allí donde fueran necesarias para sofocar las esporádicas rebeliones provinciales.[15] Aquí, en Hispania, la principal vía era la Hercúlea o Augusta que salía de Roma y moría en Cádiz.[16]

–Como una autopista moderna – pondera Angus.

–Algo así. Solo en Hispania tenía más de mil quinientos kilómetros de calzada. No el macadam[17] polvoriento que inventó tu compatriota, sino un firme de seis metros de ancho enlosado con piedras de hasta 50 centímetros de espesor, suficiente para que de dos carruajes se cruzaran sin estorbarse[18]. Menos importante fue la Vía de la Plata, entre Mérida y Astorga, cuyo trazado sigue la actual carretera nacional N-630, heredera de una antiquísima ruta tartesia que unía Gijón con Huelva. Por ahí descendía el estaño para los bronces de oriente.

–En buena parte de Inglaterra –apunta Angus.

–Las islas Casitérides, como las llamaban por su casiterita, o sea por su estaño –añade Bonoso.

–¿Y cómo es que esa vía se llama de la plata y no del estaño?

–En realidad lo de plata es corrupción de la palabra árabe *B'lata*, que significa *empedrado*. Por lo visto a los moros les llamó mucho la atención el firme de los empiedros romanos. Había otras vías menos importantes, entre ellas la Atlántica, entre Lugo (*Lucus Augusta*) y Huelva (*Onuba*) o la que unía Tarragona (*Tarraco*) con la vía de la plata pasando por Zaragoza

(*Cesaraugusta*). El viajero que recorría una calzada romana encontraba una piedra miliar numerada cada 1.470 metros. Si iba provisto del itinerario (equivalente a nuestro mapa de carreteras), podía calcular la distancia hasta la siguiente venta (*mansio*) donde podía pernoctar, comer, almohazar los caballos e incluso algo más.

–¿Qué más? –inquiere perversamente Angus.

–Bien lo sabes, perillán. Ya te dije que en toda venta ha habido, de siempre, mozas de partido.

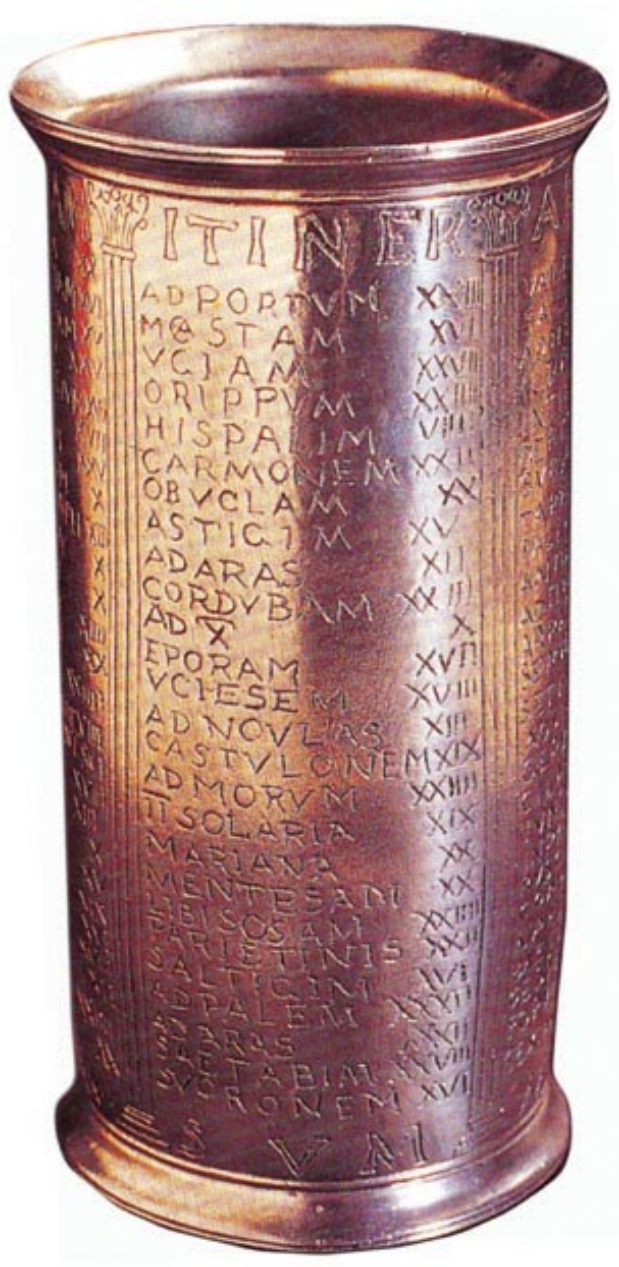
Ríe Angus de buena gana.

–Los excelentes ingenieros romanos no se arredraban por las dificultades técnicas –prosigue Bonoso–: tunelaban montañas, partían rocas, salvaban barrancos con atrevidos puentes, y diseñaban embalses, sistemas de irrigación, puertos e incluso complejos sistemas de drenaje para desecar zonas pantanosas. La propia administración financiaba las obras donde era menester. Todavía causan pasmo el puente de Alcántara (Cáceres), el acueducto de Segovia y el faro de La Coruña (la Torre de Hércules).

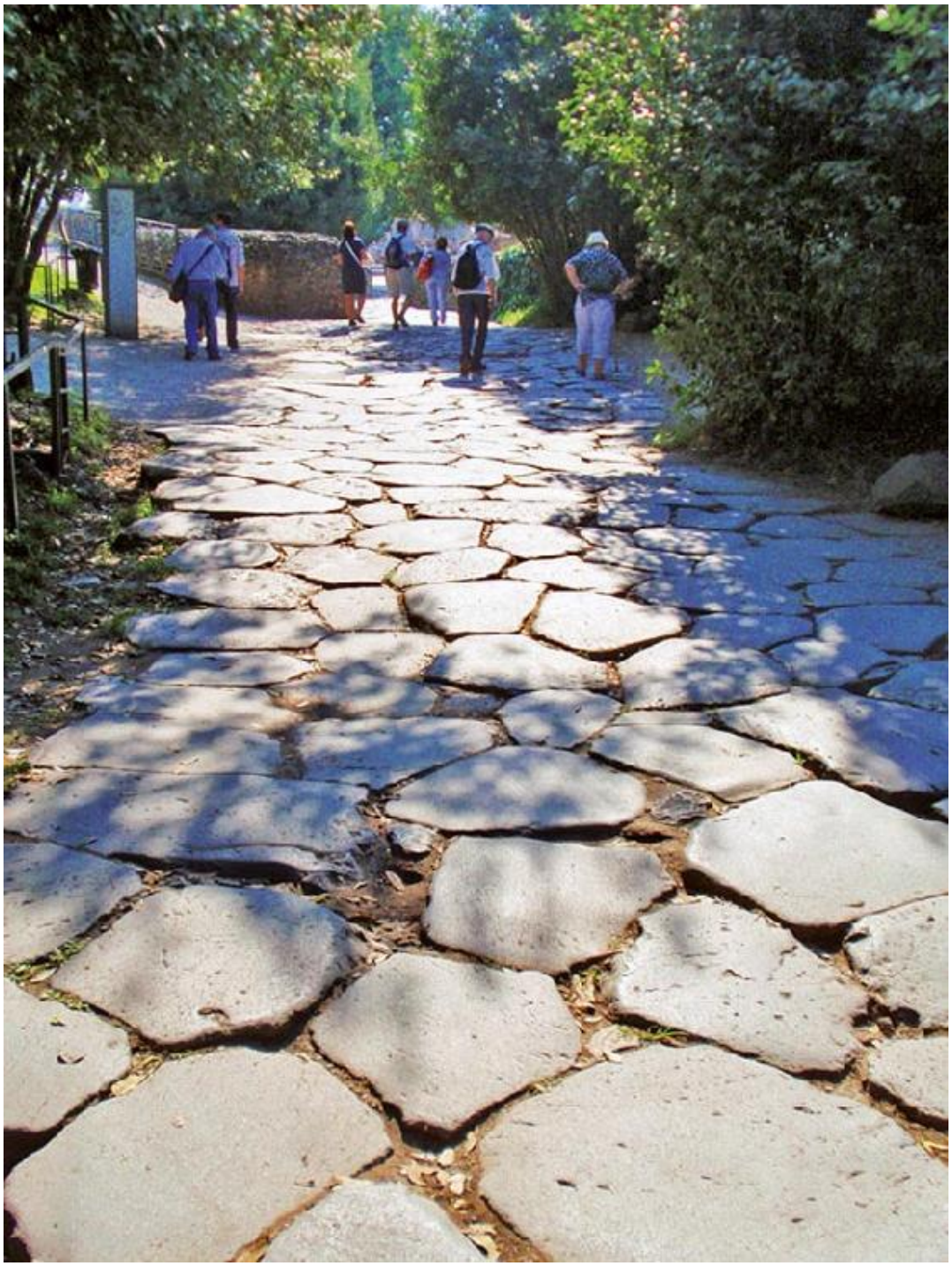
–Y por estas vías qué vehículos circulaban, ¿carretas?

–Te sorprendería saber la cantidad de vehículos que usaban los romanos y su especialización. En las ciudades grandes había una especie de berlina (*raeda*) de alquiler con espacio para carga de personas y de equipajes. Para viajes cortos tenían el *cisium*, un calesín veloz que venía a ser el taxi de los romanos, o el *essedum*, que es el intermedio. Además estaba el utilitario *plaustrum* de dos ruedas, que no hay que confundir con los sucintos *currus* que competían en el circo; o el *serralum*, coche familiar, fiable y práctico. Existía incluso el coche ambulancia (*arcera*) para el transporte de enfermos. Todos estos carruajes usaban tiros de dos, cuatro o seis caballerías. Luego estaban los vehículos desprovistos de ruedas: la consabida litera y la silla de manos.

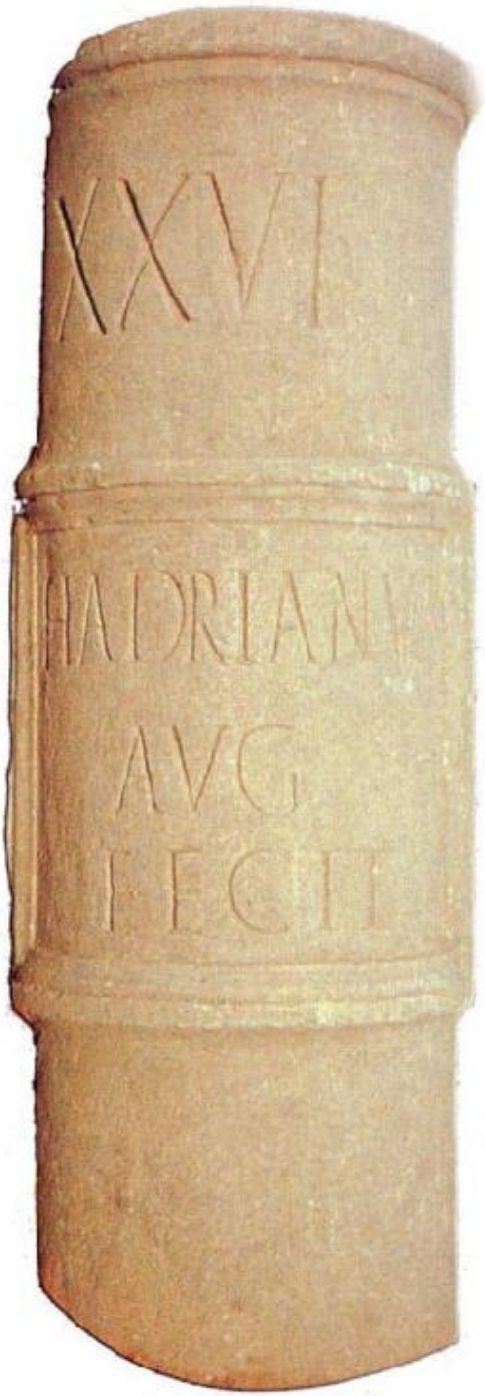
Bonoso abandona la autovía y toma la carretera comarcal por el desvío que conduce a Santiponce. Después de bordear la zona arqueológica de Itálica, aparca en la explanada de un moderno hotel decorado con parterres y antiguos carros de labranza.



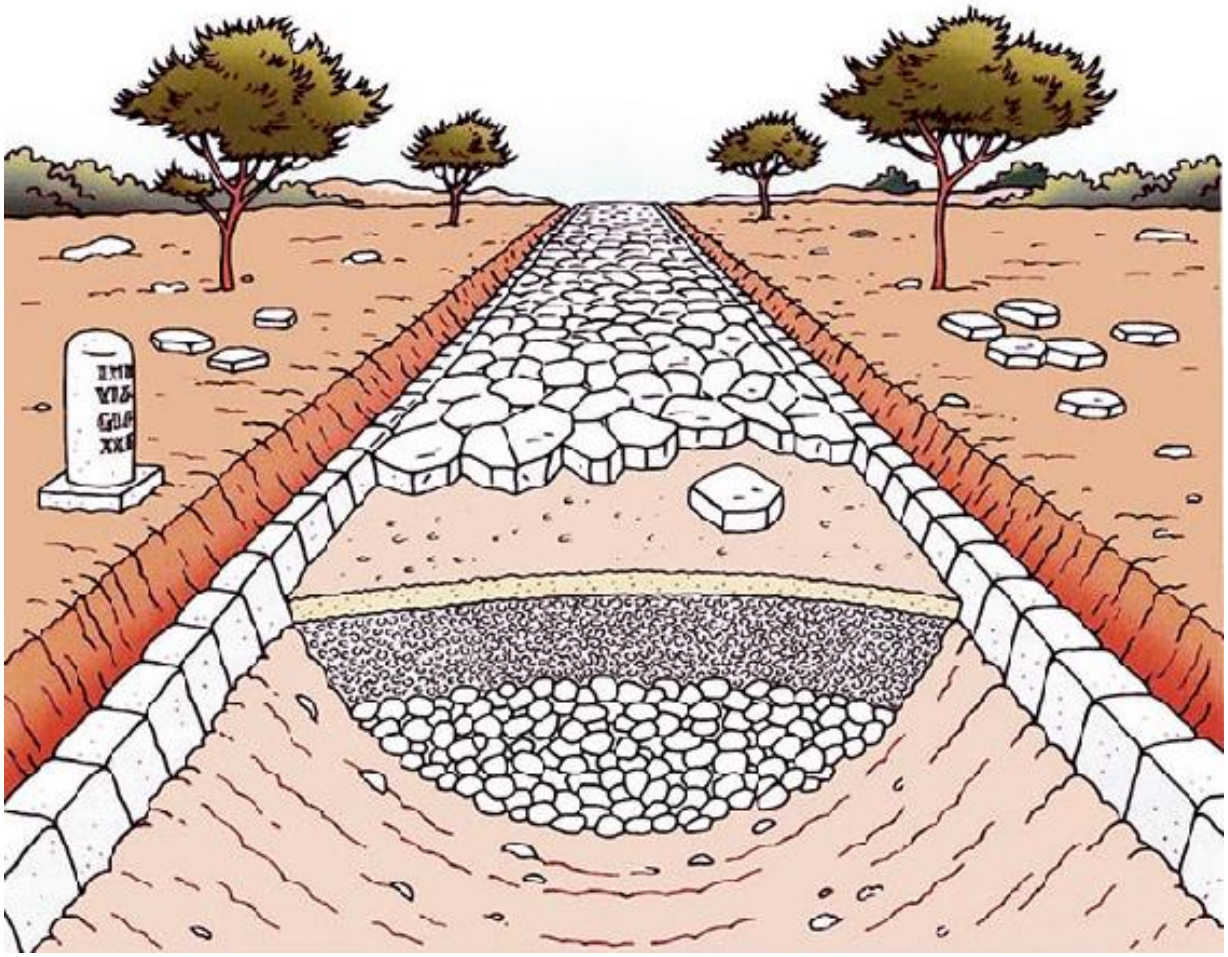
Vaso de Vicarello con la lista de las ventas que el viajero encuentra en la Vía Augusta que atraviesa la Bética.



Calzada romana. (Foto de Icastro).



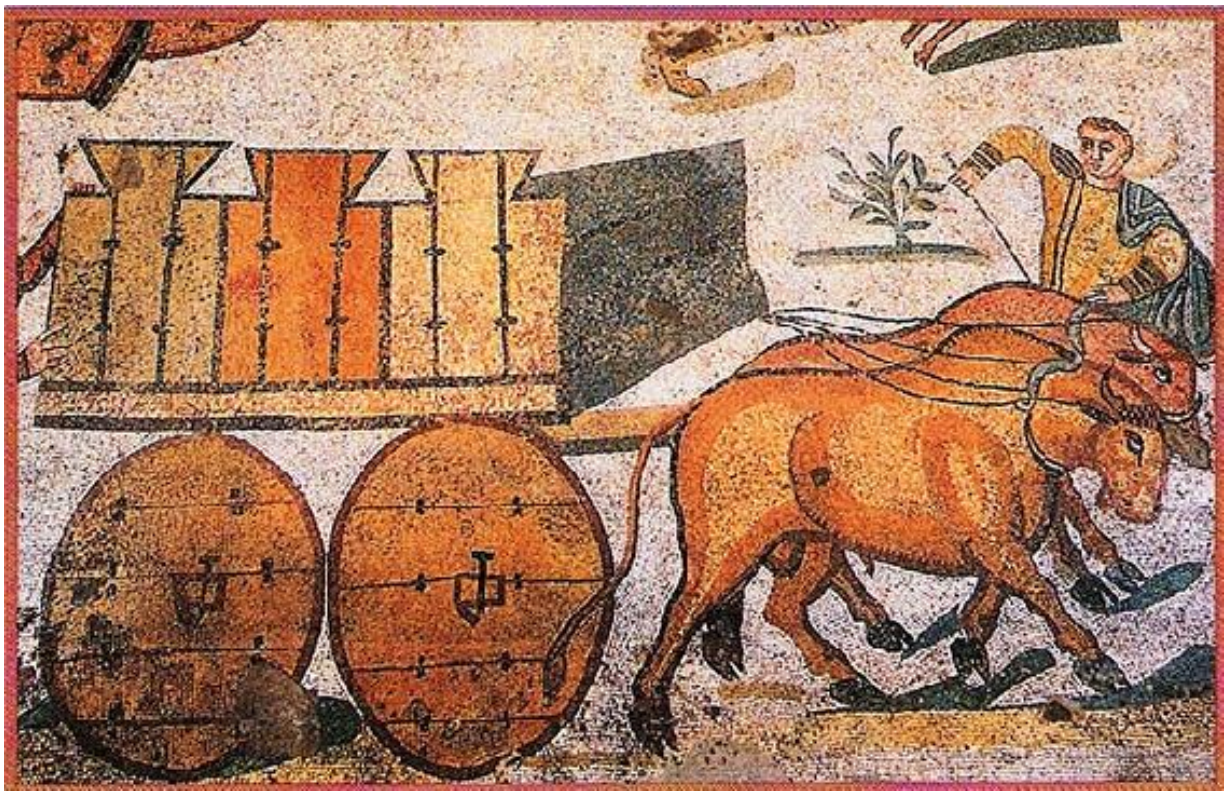
Miliario bético: «Hadrianus Avg. fecit». (Museo Arqueológico de Sevilla).



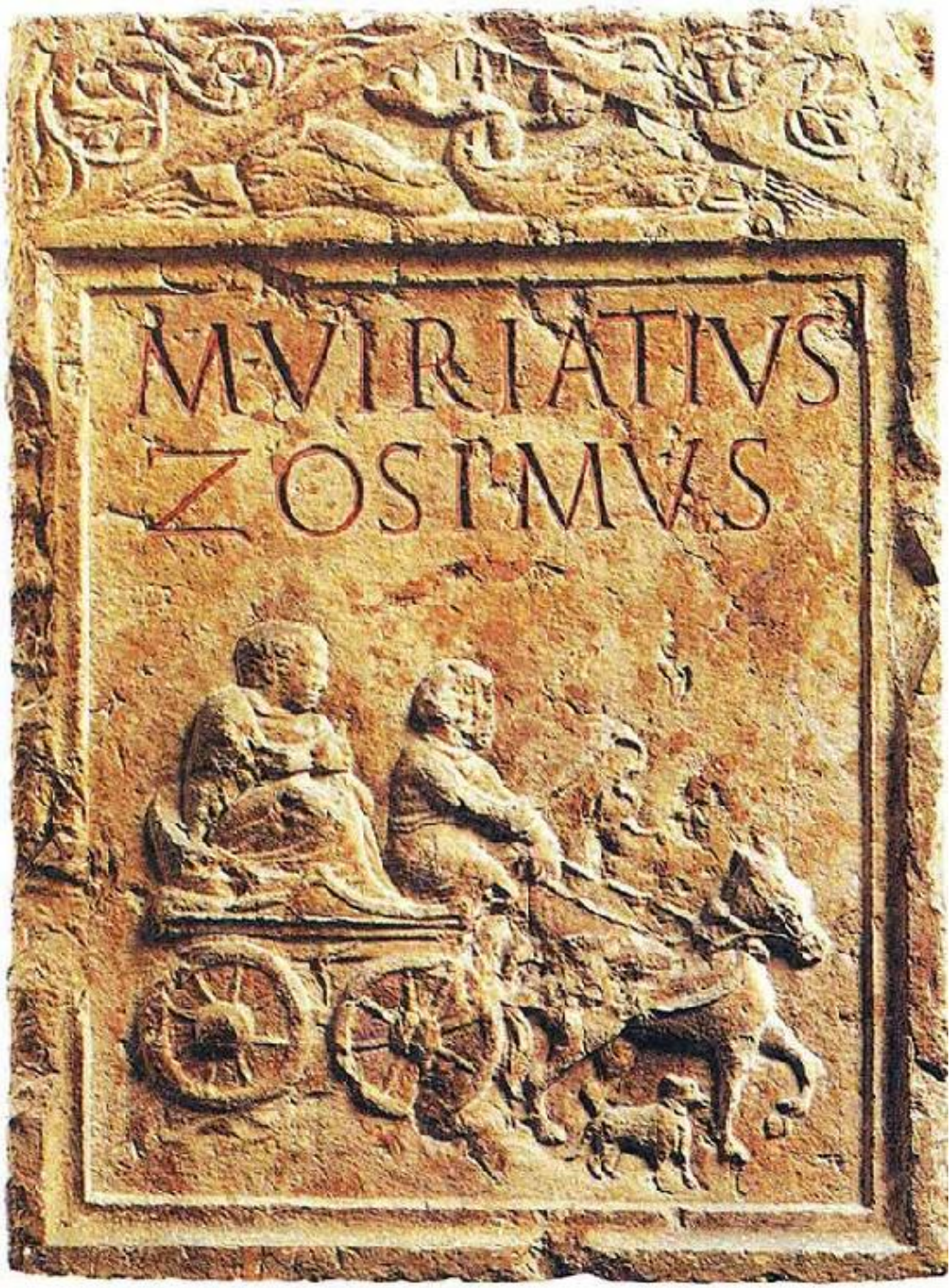
Composición de la calzada romana. (Dibujo de A. Aranjuez).

Carro con una cuba.

Carruaje de pasajeros.



Carretero romano en un fresco.



Bajorrelieve que representa lo más parecido a un taxi.

CAPÍTULO V

SOBRE LA CONVENIENCIA DE DESAYUNAR AJO Y OTRAS VIRTUDES ROMANAS

Mientras hacemos tiempo para que abran Itálica, vamos a desayunar como Dios manda en el Ventorrillo Canario –propone Bonoso.

Entran los amigos en una espaciosa cafetería decorada con ese lujo costeado de expositores de acero inoxidable, muebles castellanos, vigas de madera rechinantes de barniz, escayolas historiadas y lámparas de forja, con que muchos establecimientos hosteleros españoles ennoblecen su oferta gastronómica o dejémoslo en manducatoria. Angus, notablemente impresionado, admira el delicado equilibrio entre lo hortera y lo *kitsch* en el que se manifiesta la indagación postmoderna de una renovada estética. Encaramado en un taburete de la barra, Bonoso solicita café con leche, queso manchego, aceitunas machacadas y tostadas de pan de pueblo compacto y cortezudo.

–Estoy reproduciendo el *ientaculum,* el desayuno simple de los romanos –advierte a su acompañante–: tostada de pan con ajo restregado y aceite, aceitunas y queso.

–¿Comían ajo los romanos? –inquiere Angus con indicios de esa injustificada aprensión británica hacia el amable bulbo.

–¡La duda ofende! –exclama Bonoso–. ¡Por supuesto que comían *allium sativum*, el incomparable, albo y picantillo ajo! ¿Qué pueblo culto no lo come? Vosotros, los britanos y los pictos, si hubieseis comido ajo habríais

mantenido más tiempo el imperio victoriano. Y no hablo por hablar, que conste. Aulo Persio Flaco, el gran estoico, en su *Sátira V* dice: «Si por la mañana no comes tres veces la tradicional cabeza de ajo, los voluminosos sacerdotes de Cibeles y la bizca sacerdotisa de Isis te infundirán el temor de que los dioses te deformen el cuerpo». Nosotros no llegaremos a tanto como a tres cabezas, dado que nos apañamos con un Dios solamente, pero sí a un diente convenientemente restregado en la tostada.

–Así, ¿en crudo?

Bonoso asiente solemnemente, con caída de párpados.

–Aunque Plinio asevere que es «mejor cocido que crudo, y aún mejor, hervido que tostado»,[19] nosotros lo tomaremos virilmente crudo, como exige la tradición.

Bonoso restriega enérgicamente su tostada y más ligeramente la de Angus. Las riega generoso con aceite de oliva de la aceitera que contiene en el fondo dos lustrosos ajos morados, de los de Jamilena.

–En lo único que transgrediremos la norma va a ser en lo del café que los romanos, desgraciadamente para ellos, no llegaron a conocer.

Desayunan los amigos con mucho aprovechamiento porque el queso es manchego añejo, que Angus encuentra muy sabroso, y las aceitunas de cornezuelo, de Jaén, las mejores.

Cuando salen de desayunar, con esa plenitud de los cuerpos y las conciencias, se han levantado las banderas del día y luce una radiante mañana. Bajo el cielo azul, el color de la Purísima, tan sevillano, vuelan algunas palomas, el crudelísimo pájaro de la paz, la rata con alas, el despreciable bicho que caga ácido.

Salen los amigos de la cafetería hablando de Roma, como es natural, y Bonoso va diciendo:

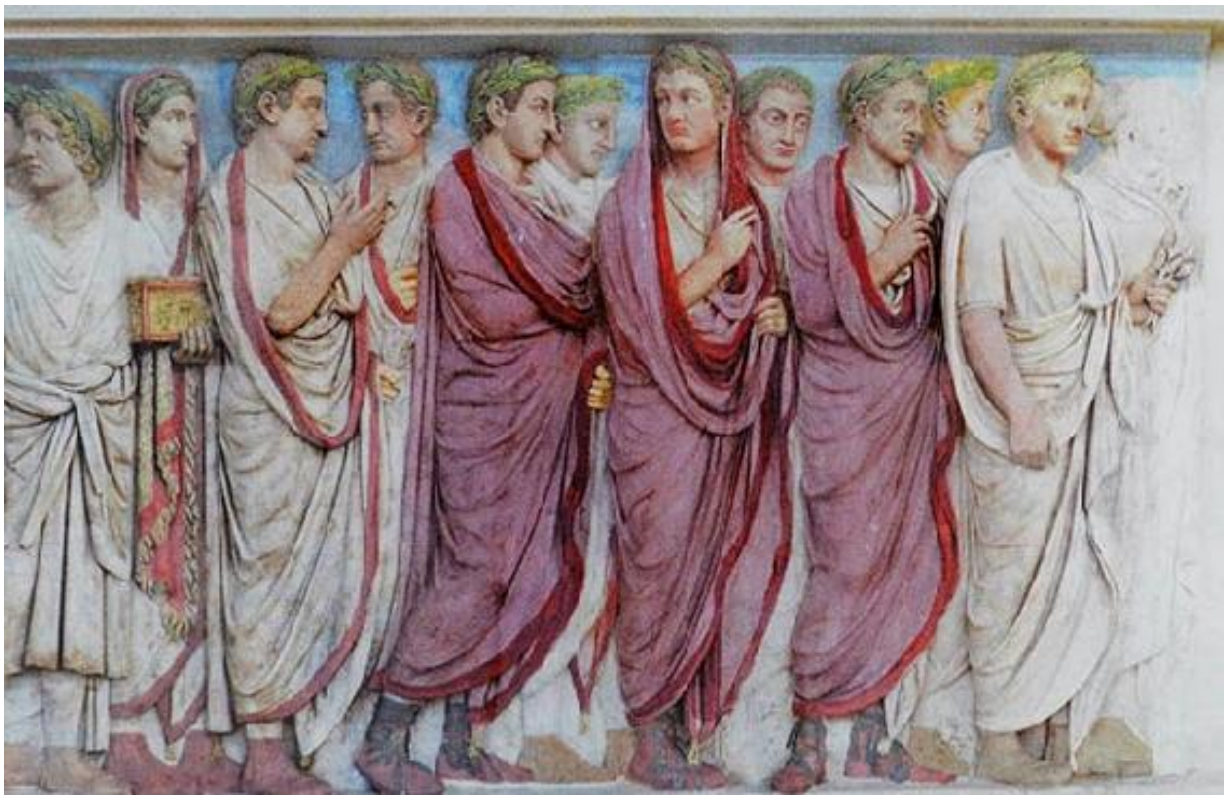
–Durante la república, Roma y su imperio fueron propiedad de un número reducido de familias nobles pertenecientes a la clase senatorial, cuyos descendientes heredaban este privilegio, por línea masculina, hasta la cuarta generación. Alcanzar un asiento en el Senado dependía del prestigio social alcanzado por el individuo: «el pueblo ve las cosas a través de los

ojos de las estirpes ilustres», dice Tácito. El aristócrata romano estaba tan orgulloso de su origen campesino que esta vinculación al campo le parecía garantía de rectitud moral. No obstante, distaba mucho de ser un mero terrateniente: su máxima aspiración era hacer carrera política ejerciendo sucesivamente cargos cada vez más importantes, el *cursus honorum*. De este modo adquiría dignidad para él y para sus descendientes.

–Hacer carrera en la administración.

–Eso es. Dinero y honor, a veces honor antes que dinero, eso iba en conciencias. Al romano le importaba mucho la censura colectiva (*reprehensio*), que venía a ser, bien mirado, el único recurso en manos de un pueblo despojado de derechos políticos. El aristócrata debía cultivar su prestigio. La expresión *Romanum non est* estaba continuamente en la boca del padre noble que fomentaba en su hijo las virtudes exigibles en un romano:[20] la fidelidad a su ciudad o a su clan (*fides*); el valor (*virtus*); la independencia (*libertas*); y, sobre todo, la subordinación del individuo a la ley (*lex*), fundamento del derecho romano, que es todavía la más valiosa aportación de Roma a la cultura occidental.[21]

Tradicionalmente Roma dividía a su gente en dos grandes categorías: esclavos (*servi*) y libres (*ingenui*). Los libres se subdividían, a su vez, en tres grupos: los desprovistos de todo derecho (que eran casi todos los indígenas de las tierras conquistadas o *incolae*); los que tenían derecho de ciudadanía itálica (un premio otorgado a los aliados de Roma); y los que disfrutaban de plena ciudadanía romana, por lo general comerciantes, recaudadores, técnicos y soldados de origen romano.[22]



Togados romanos.

Una escena de vida cotidiana de un fresco de Pompeya.

Esclavos en un bajorrelieve.

CAPÍTULO VI

ITÁLICA, ILUSTRE COLONIA ROMANA

Lo que vamos a visitar ahora, Itálica, es una ciudad romana típica. La fundaron en un lugar estratégico, en la confluencia de la vía que une Hispalis con Emerita Augusta (o sea Mérida, la capital de la provincia Lusitania). Desde esta ciudad se controlaban también las minas de la sierra norte de Sevilla, la vega del Guadalquivir y los accesos fluviales.

Los romanos fundaron en su imperio muchas ciudades de nueva planta, siempre con un trazado racional, ortogonal, cuadradas o rectangulares, con calles que se cortaban en ángulo recto, plazas y espacios públicos. Las dos vías principales, más anchas, se cruzaban en el centro sobre la plaza mayor porticada (*forum maximum*) en torno a la cual se alzaban los edificios públicos, templos, termas, mercado, etc. En las ciudades importantes había un teatro semicircular, al aire libre; un circo, o espacio alargado con una *spina* en el centro para las carreras de caballos, y un anfiteatro elíptico en el que se celebraban los espectáculos de gladiadores. También templos y termas o baños públicos, claro.

En la taquilla de venta de billetes nuestros amigos han de guardar cola detrás de un disciplinado rebaño de madrugadores japoneses que se les han adelantado porque se levantaron con el sol naciente, como es natural. Los pastorea Michiko Tetimona, una jovencita igualmente oriental, guapita, menuda, arciprestal,[23] que enarbola una sombrilla roja.

–Parece que no somos los primeros –comenta Angus señalando respetuosamente el hato nipón.

–No importa, la ciudad es grande –dice Bonoso–. Esta Itálica que vamos a recorrer es la ciudad romana más destacada de Andalucía y desde luego la más antigua. Las hubo mayores, Corduba e Hispalis entre otras, pero como están debajo de los cimientos de las ciudades modernas no son visitables. A Itálica la fundó en –206 el propio Escipión, el general romano que derrotó a los cartagineses y les arrebató estas tierras. Aquí se instalaron unos cientos o miles de veteranos del ejército que se casaron con mujeres ibéricas. De esa fusión nacieron los hispanorromanos que son la base de la población española.

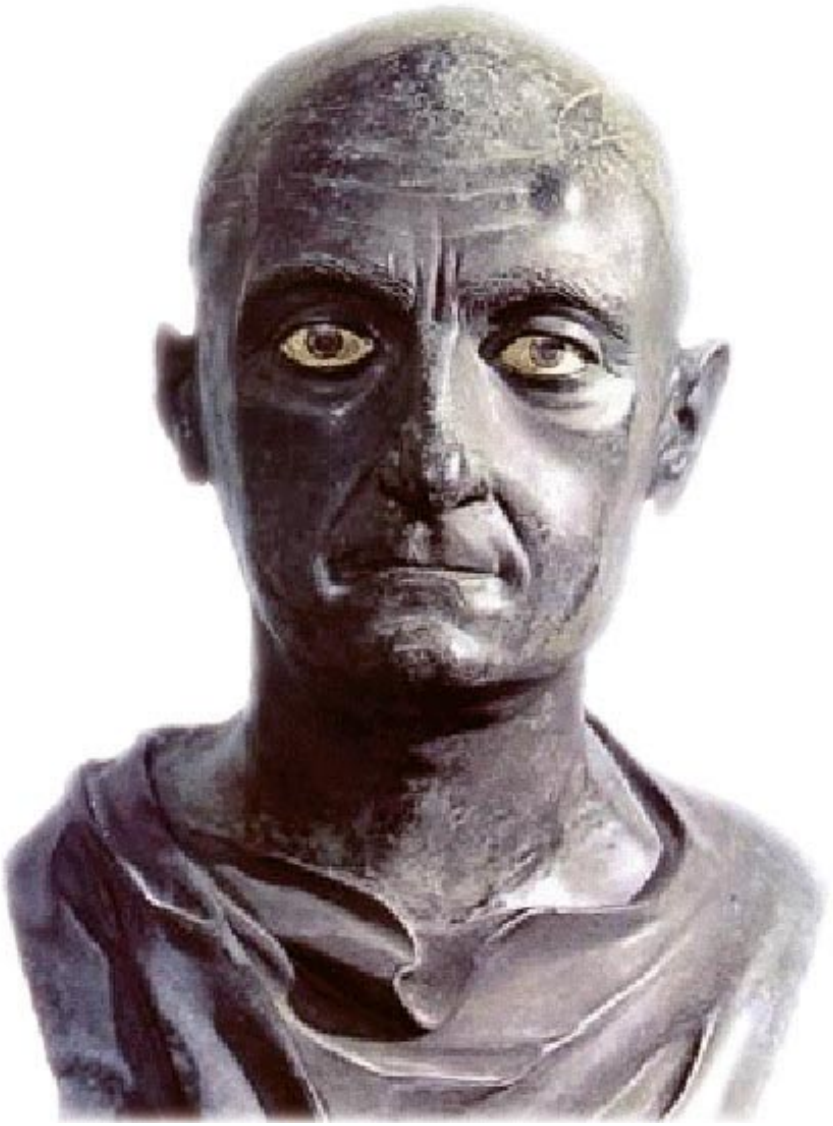
–Con algo de moro, ¿no? –comenta el escocés sardónico.

–Usted perdone, pero de moro nada –replica Bonoso–. Los moros prohibían a sus mujeres casarse con cristianos aunque ellos sí se casaban con cristianas y las obligaban a convertirse. Eso quiere decir que, cuando por fin los largamos de estas tierras, ellos llevaban parte de sangre iberorromana, sin duda, pero los cristianos que recuperaron el territorio y volvieron a poblarlo con colonos traídos del norte, gallegos, castellanos, vascos, no tenían nada de sangre mora dado que a las mujeres musulmanas nunca les permitieron, bajo pena de muerte, casarse con cristianos. Y conste que no tengo nada contra los moros, al contrario, me parecen gente estupenda con una cultura y una ética muy suyas y un apego a las tradiciones notabilísimo. En fin, como dice don Quijote, «dejemos esto aparte por ahora, que tiempo habrá donde lo ponderemos y pongamos en su punto».[24] Itálica es, como te dije, la patria de Trajano y Adriano. Este último le costeó un circo, un *Traianeum* (templo imperial) y un anfiteatro, [25] que es por donde empezaremos la visita. Está detrás de aquellos cipreses.

–¿El anfiteatro?

–Sí, es lo que equivaldría, junto con el circo, al estadio de fútbol o a la plaza de toros en una ciudad moderna, aunque los deportes que se practicaban en él eran bastante más radicales: la caza de animales salvajes (*venationes*), las ejecuciones de condenados a muerte, los duelos de gladiadores (*munera*), y otros espectáculos igualmente desagradables.

Ruinas de Itálica (Santiponce, Sevilla). (Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico).



Publio Cornelio Escipión. (Museo Arqueológico Nacional de Nápoles).

CAPÍTULO VII

DEL NOTABLE E INSPIRADOR ANFITEATRO DE ITÁLICA

Las taquillas se han despejado. Adquieren la entrada y pasan la verja. Ascienden una breve cuesta enlosada, a la sombra de la tupida arboleda.

–¿Por qué se plantan tantos cipreses? –pregunta Angus–. Las ruinas romanas de Italia también están llenas de estos árboles fúnebres.

–Para los romanos eran los árboles de la hospitalidad. Si ahora se asocian a cementerios es porque, desde la perspectiva cristiana, dan la bienvenida al difunto que abandona este valle de lágrimas para pasar a una vida mejor, la celestial, que supuestamente le aguarda tras la muerte. El ciprés solía decorar las puertas de las casas de campo desde los romanos y esa costumbre llegó hasta el siglo XIX. No obstante a mí no me desagrada pensar que los cipreses de Itálica tienen un componente fúnebre: lloran por la suerte de esta ciudad que está como las cuerdas del arpa olvidada de Bécquer, esperando la mano de nieve que sepa arrancarla. Podría ser un referente de la cultura latina a nivel mundial y sin embargo está perfectamente olvidada por los que deberían devolverla a la vida. Hay una asociación de amigos de Itálica a la que pertenezco y hacemos lo que podemos.

–¿Y cómo es que no entras gratis si perteneces a la asociación? –pregunta Angus, escocés.

En esta conversación pasan un arco de obra antigua y se encuentran en el anfiteatro. Bajo el sol matinal luce magnífica la majestuosa ruina que inspiró a tantos poetas ilustres.

–Aquí tienes el coso romano –dice Bonoso extendiendo el arco de su mano–. Quizá le encuentres cierta semejanza con una plaza de toros (aunque el redondel aquí es ovalado). De hecho los franceses celebran sus corridas de toros en el anfiteatro de Nimes, el único que sigue activo después de dos mil años.[26] Tomemos asiento a la sombra, si te parece, porque siendo militar querrás que te explique con cierto detalle las violencias que aquí se escenificaban.

Una docena larga de japoneses rezagados, o cuantos quepan en una docena, se ha aglomerado para fotografiar una lagartija que tomaba el solecico tibio de la mañana sobre una piedra hasta que llegaron a molestarla. Se escabulle la saurópsida por una grieta y los nipones corren a unirse al grupo que encabeza la sombrilla roja de la gentil Michiko Tetimona.

Nuestros dos jubilados se sientan en un escalón del podio, solos ante la potente ruina.

–«Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora / campos de soledad, mustio collado, / fueron un tiempo Itálica famosa» –declama Bonoso el famoso poema hasta donde el común de los mortales lo sabe de memoria (Luis María Anson lo habría seguido hasta el final). Angus lo mira un poco sorprendido, tampoco mucho.

–Querido amigo: son versos de la *Canción a las ruinas de Itálica*, de Rodrigo Caro, un poeta renacentista español –explica Bonoso–. Ya sabes que uno de los temas favoritos de la poesía renacentista es la reflexión sobre las aventadas grandezas del pasado, lo que en personas normalmente constituidas puede ser un acicate que anime a gozar del momento presente, el *carpe diem* romano, o sea, toma el día, aprovecha el momento.[27]

–El *cueillez des aujourd'hui les roses de la vie* de Ronsard –apunta Angus y la breve sombra de un recuerdo le ensombrece el semblante. Después murmura–: La Palmira de Volney.[28]

–Así es –corrobora Bonoso–. En España hubo unos cuantos vates que cantaron estas ruinas, cuando todavía no estaban excavadas, con ese aire melancólico que debieron de tener cuando solo las frecuentaban pastores de ovejas y poetas.[29]

Este anfiteatro que contemplas debió de construirse en tiempos de Trajano o de Adriano –prosigue Bonoso–. Quizá el hecho de que esos dos emperadores nacieran aquí explique su magnificencia porque, a decir verdad, no guardaba proporción con la importancia de la ciudad: se ve que los políticos hispanos de entonces se parecían a los de ahora que despilfarran el procomún y entrampan a los ayuntamientos en obras faraónicas de escaso uso o utilidad. Al final quiso la voluble fortuna que no fuera el caso de este anfiteatro, que permaneció vivo durante más de un siglo, hasta que el emperador Septimio Severo prohibió los espectáculos en el año 200 y extendió sobre el imperio, por decreto, la austeridad cristiana. Bueno, en realidad los espectáculos habían decaído algo para entonces, con los recortes de la crisis. Una Ley Gladiatoria del tiempo del emperador Marco Aurelio, hacia 177, limitaba los gastos de los *munera gladiatoria*.[30]

–Es un notable edificio –reconoce Angus–. Me imagino lo que sería lleno de gente.

–Una buena tarde de función estas gradas podían acomodar a unos 25.000 espectadores, bastante más gente de la que vivía en Itálica. Hay que suponer que cuando el espectáculo era bueno concurrían forasteros de los pueblos y alquerías del entorno, pero aún así no sé si lo llenarían. El arquitecto que lo diseñó aprovechó una vaguada por la que discurría un arroyo, de manera que solo tuvo que desviar su curso y abrir un hueco elíptico en las dos laderas rocosas. Con la piedra que sacó del hueco completó el edificio que era más alto de lo que vemos y tenía dos fachadas muy majas.

–Gente positivista, estos romanos –comenta Angus.

–Ya puedes decirlo, ya. Fíjate que casi toda la obra es de hormigón (*opus caementicium*),[31] aunque las partes más vistosas son de sillares escuadrados (*opus quadratum*) o con ladrillos (*opus testaceum*) que, por ser

reaprovechables, han desaparecido. La mitad de los palacios de Sevilla y las casas del pueblo vecino de Santiponce han salido de estas canteras que te daban los mármoles cortados y el ladrillo hecho. Un historiador árabe, al-Himyari, cuenta la sensación que produjo en Sevilla la estatua de una mujer hermosísima que llevaron de aquí.[32]

–¿Y qué fue de ella?

–Vete a saber. Lo mismo acabó hecha pedazos en el horno de un calero, como tantas otras. Ese ha sido el destino de muchas obras de arte. ¿Tú conoces el altar de Pérgamo, del museo de Berlín?

–Claro. Una obra de gran belleza.

–Pues si no lo hubiera rescatado el ingeniero Carl Humann en 1876 quizá a estas horas se habría perdido. Ha tenido una existencia agitada. En 1945 los rusos se lo llevaron a San Petersburgo, como botín de guerra, pero lo devolvieron unos años después, cuando se cerraron las heridas de la guerra. Ahora lo reclaman los tataranietos de los que lo vendieron por cuatro chavos.

–A nosotros nos reclaman los griegos las esculturas del Partenón, ¿tú crees que es razonable?

–Yo creo que las cosas deben permanecer donde están ahora y a quien Dios se la dé, san Pedro se la bendiga.

Angus pone cara de no acabar de entenderlo, pero no dice nada.

–Si los tesoros de Mesopotamia o Egipto que hay en los museos de Europa o América siguieran en sus lugares de origen –argumenta Bonoso–, ¿quién podría verlos, quién los conservaría, quién los apreciaría? Muchos habrían seguido la suerte de los budas de Bamiyán, los que dinamitaron los *muhaidines* porque ofendían sus sentimientos religiosos.

Después del desahogo imperialista, y de otras incorrecciones políticas que los amigos intercambian en confianza, la charla revierte al anfiteatro de Itálica.

–Este graderío (*cavea*) puede decirse que representa, a la inversa, la pirámide social romana –observa Bonoso–: hay tres niveles (*maenianum*) sucesivos separados horizontalmente por corredores (*praecinctiones*) y

verticalmente por escaleras que delimitan sectores del graderío (*cunei*). El nivel más cercano a la arena (el *immum*), se elevaba sobre un podio revestido de mármol suficientemente alto para que no pudieran saltarlo las fieras. Era como un palco corrido que se reservaba a los munícipes, tribunos, magistrados provinciales y otros enchufados ilustres. El siguiente (*medium*), a los caballeros (*equites*), a las mujeres, a las personas de luto y a otros grupos privilegiados.[33] El tercero y último nivel (*summus*), hasta la bandera, lo ocupaba una bulliciosa plebe que acudía con horas de anticipación para asegurarse asientos porque los rezagados tenían que ver el espectáculo de pie. Los de la preferencia recibían entradas numeradas y no tenían problema.

–¿Cómo? –se asombra Angus– ¿Como en los cines?

–Exacto: unas fichas con un animal salvaje en el anverso y el número de sector, grada y asiento en el reverso. Lamentablemente el anfiteatro que vemos ahora está muy mermado: ha desaparecido todo el nivel más alto y solo restan catorce gradas del medio, así que malamente te haces idea de lo que esto fue. En las galerías transversales había unas escaleras abovedadas (*vomitoria*), semejantes a las salidas de metro que aseguraban el acceso y la evacuación de los espectadores.

–Me lo imagino bastante parecido, incluso en el ambiente, a una plaza de toros –comenta Angus.

–Bastante, sí. Incluso había tendidos y asientos reservados. Los ciudadanos insignes, los de la fila de barrera, se hacían esculpir el nombre delante de su asiento, sobre el antepecho de mármol, como sabemos por los escasos vestigios que han quedado. Piensa que el edificio está desprovisto de sus recubrimientos de mármol y piedras nobles.

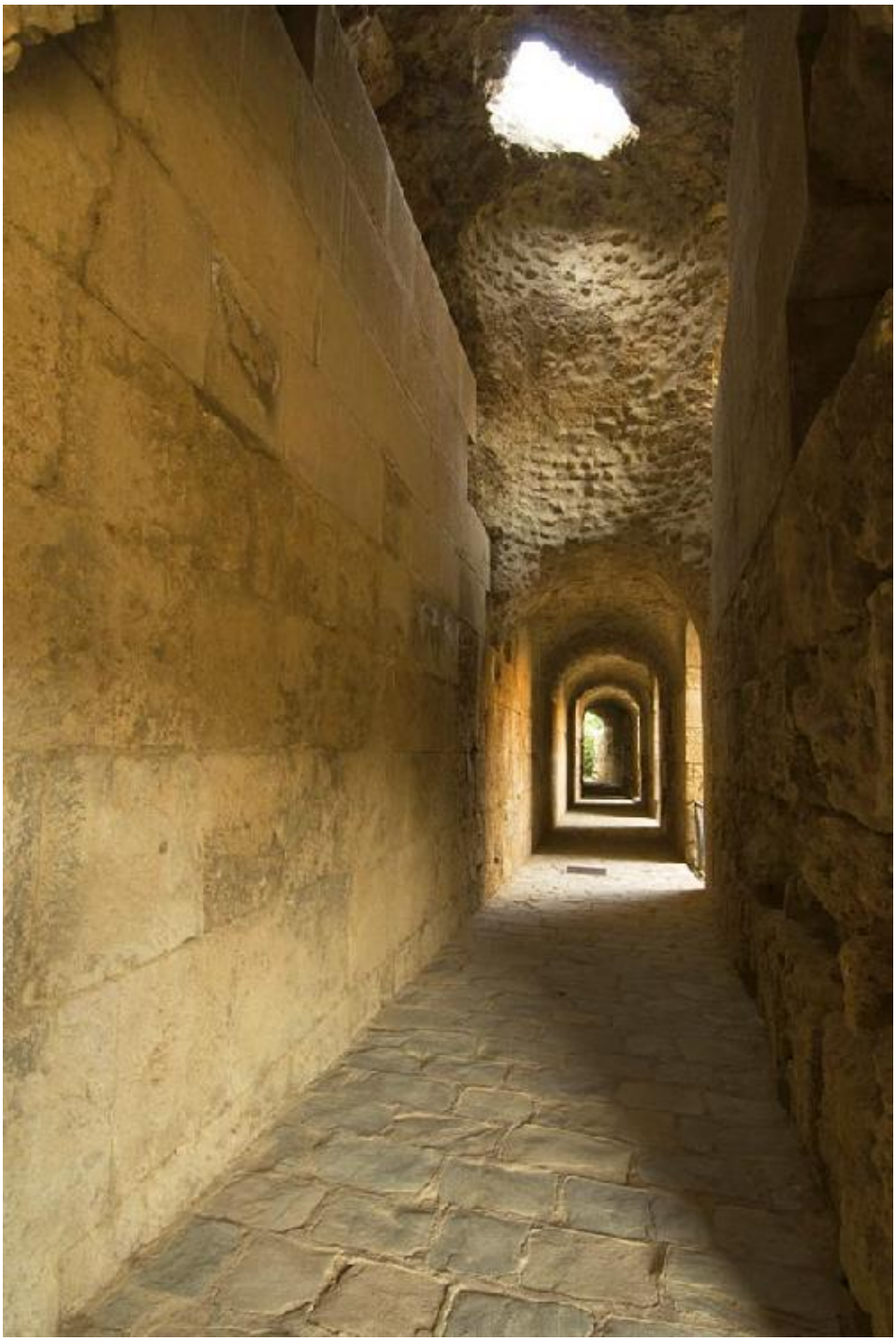
–¿Y esos subterráneos que se ven en el ruedo? –señala Angus.

–Esa es la *fossa bestiaria* o *hypogeum*, el subsuelo del anfiteatro. El día de la función la arena aparecía perfectamente rastrillada y nivelada de manera que no se apreciaran las trampillas abatibles que comunicaban con el inframundo. Comenzado el espectáculo, alguna se abría de pronto, provocando una explosión de polvo, y aparecía un león, un toro o un oso,

como salido de la nada. Siempre animales de distintas especies que llegaban irritados por los azuzadores (*succursores*) que los pinchaban con chuzos, a veces con la punta al rojo vivo, para obligarlos a abandonar las jaulas y salir a la arena. El espectáculo consistía en verlos luchar entre ellos, destrozar a condenados a muerte o enfrentarse a los cazadores.

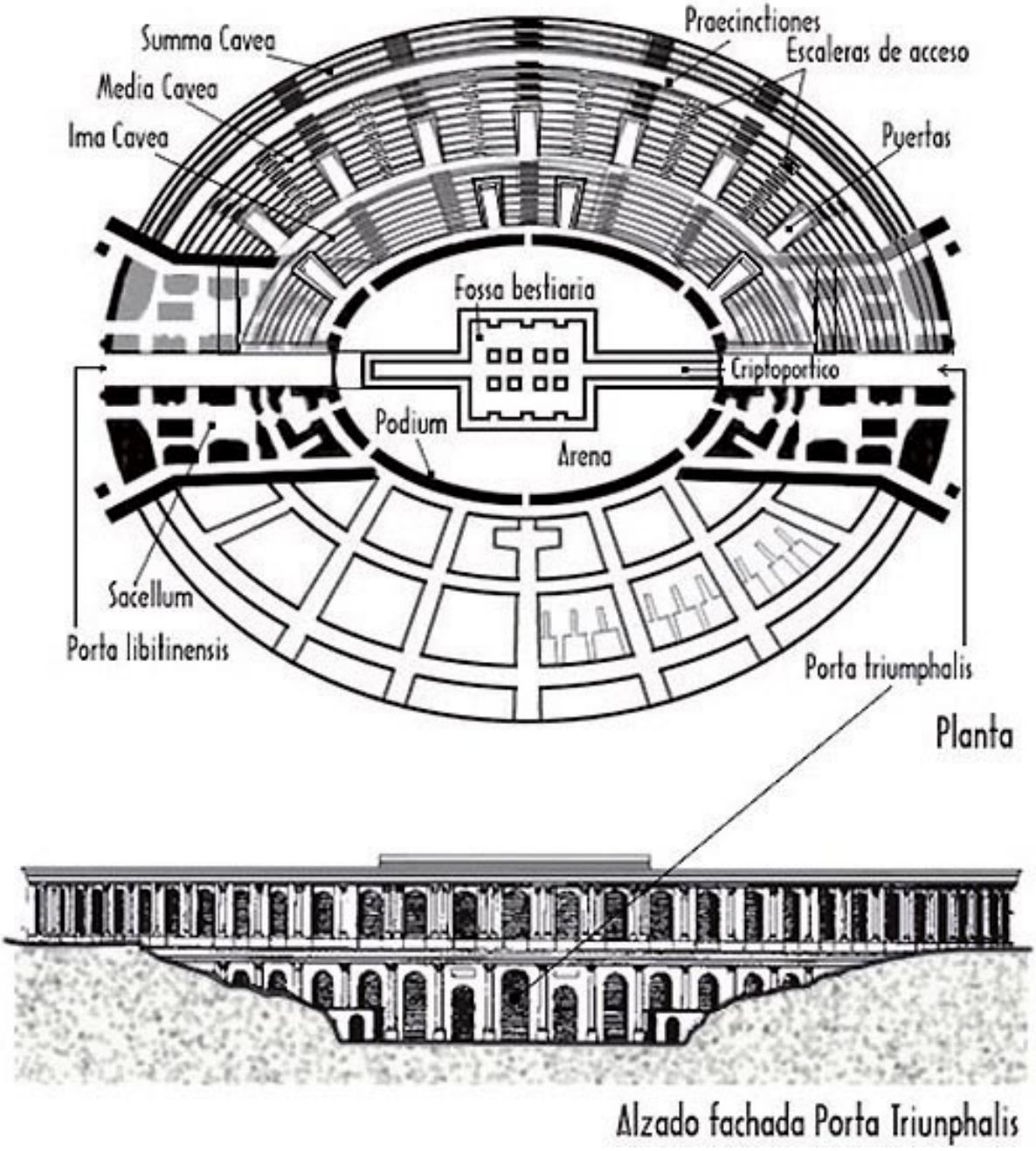
Cipreses en Itálica. (Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico).

Anfiteatro de Itálica.



Anfiteatro de Itálica y detalle del interior.

Detalle del subsuelo del anfiteatro.



Planta y alzado del anfiteatro de Itálica.

Las ruinas del anfiteatro de Itálica, el monasterio de san Isidoro del Campo y Sevilla al fondo. (Grabado de David Roberts, 1835).

CAPÍTULO VIII

DE BESTIAS Y BESTIAJOS

Menuda descarga de adrenalina! –aventura Angus–: luchas en vivo de hombres armados, enfrentamientos con fieras…

–En efecto. La adrenalina es la droga más natural, la que nosotros mismos producimos. Por eso corremos delante de los toros en los sanfermines, hacemos *puenting*, recorremos una autovía por el carril equivocado o asistimos a un partido de fútbol con la cara pintada como los indios en pie de guerra (especialmente si pertenecemos a la hinchada más elemental). La técnica progresa mucho más rápido que la sensatez.

–¿Y las fieras que se mataban aquí, de dónde procedían?

–Los toros bravos, los ciervos, los jabalíes y los osos de la propia España; los leones, los elefantes y los leopardos, del norte de África.

–¿Del Magreb? –se extraña Angus– ¿Es posible?

–Sí. Todavía quedan en las montañas del Atlas algunos leopardos, pocos, pero el último león se cazó allí en 1922. Y los elefantes, eran de la especie norteafricana o del Atlas (Loxodonta africana pharaoensis), no mayores que un caballo percherón, unos pigmeos comparados con los de la sabana subsahariana o con los asiáticos. Con estos elefantes cruzó Aníbal los Alpes. La especie se extinguió debido a la sobreexplotación. Los leones a los que quiso enfrentarse don Quijote seguramente procedían de Marruecos o de Argelia. Supongo que el número de caza más barato del anfiteatro sería el que entrañaba ciervos o muflones acorralados y despedazados por perros o por osos, y el más caro el que enfrentara a

cazadores con leones. En Roma se hizo famoso el *bestiarius* Carpóforo que se enfrentaba a los leones solo con una lanza.

–Y ¿qué me dices de los gladiadores?

–Eran el plato fuerte del espectáculo. Entre ellos había de todo: muchos eran esclavos fornidos adquiridos por el *lanista*, o empresario de gladiadores; otros, esclavos alquilados por sus dueños; otros, prisioneros de guerra. También había hombres libres entrampados hasta el cuello que se vendían para pagar las deudas y, finalmente, voluntarios (*auctorati*) que se comprometían a luchar en el ruedo durante un cierto tiempo o un cierto número de combates a pesar del descrédito (*infamia*) que para un romano conllevaba renunciar a sus derechos ciudadanos y aceptar bajo contrato «dejarse azotar con varas, quemar con fuego y matar con hierro».[34]

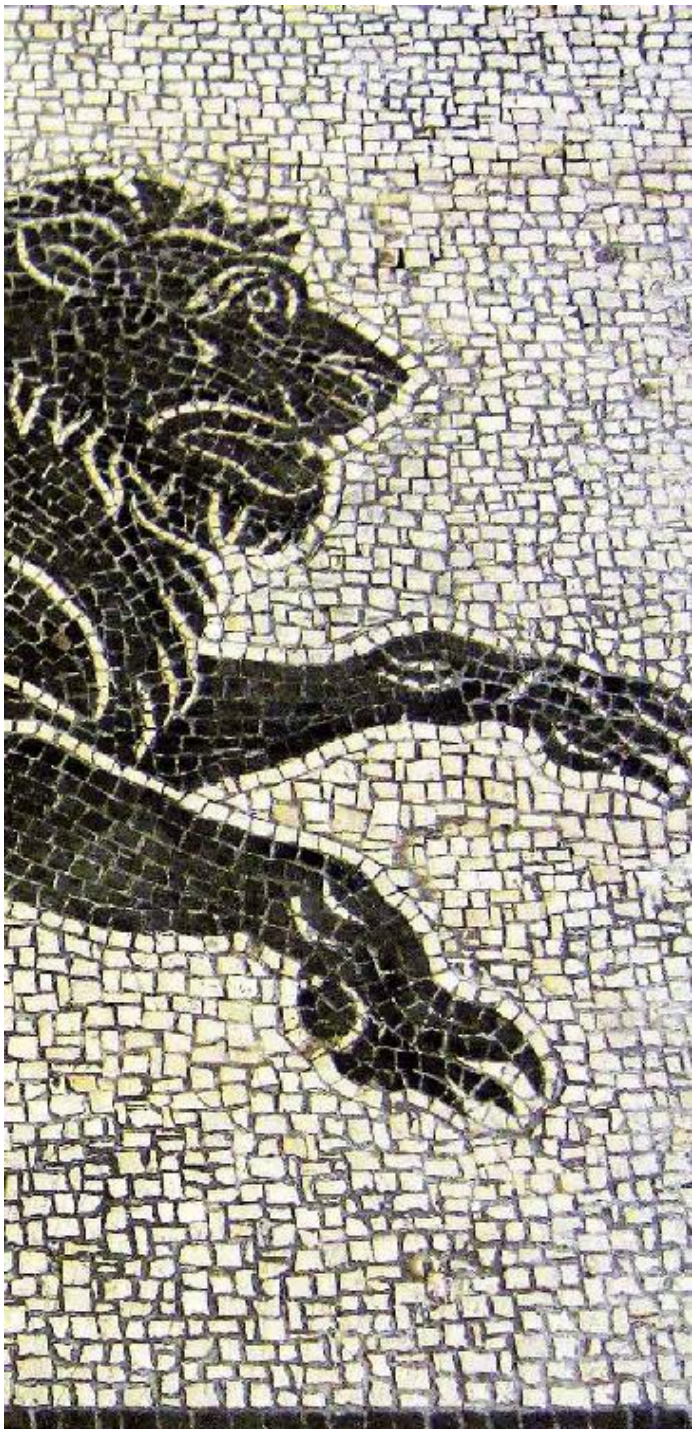
Es fácil imaginar que los primeros gladiadores voluntarios fueron aventureros, malhechores, soldados licenciados sin oficio ni beneficio y gente así, pero andando el tiempo creció tanto el prestigio de los campeones de la espada y decreció tanto el sentido de la decencia del romano que la práctica gladiatoria tentó a individuos pertenecientes a la clase ecuestre e incluso a la senatorial.[35] El colmo fue cuando varios emperadores (Calígula, Nerón, Cómodo) descendieron a la arena para ejercitar sus armas en combates desvergonzadamente amañados: los huesos de los antiguos romanos se removerían en sus tumbas ante el grado de perversión y chabacanería que se había alcanzado.

–¿Tan populares eran los gladiadores?

–Los que más, como los futbolistas o los deportistas actuales. Hablo naturalmente de los que subían hasta los primeros puestos del escalafón, los «figuras» en vocabulario torero. Otros muchos, la mayoría, no sobrevivían a sus primeros combates. Me imagino que los que escogían la profesión voluntariamente lo hacían con ese sueño de triunfar, aun a sabiendas de que no envejecerían en ella. Cuando la edad media de un romano estaba en torno a los 45 años, pocos gladiadores superaban los 30, pero algunos vivían lo suficiente como para hacerse con un nombre y ascender de categoría. Incluso podían recobrar la libertad y retirarse del oficio con una

decorosa fortuna. Una marca de este ascenso era el conocimiento de sus apodos en los círculos de los aficionados. «Destructor», «Terror», «Furor»… Estos eran los *meliores*, veteranos luchadores, robustos, ágiles y conocedores de todos los trucos del oficio, que cobraban –o sus amos– hasta quince mil sestercios, cuando la tarifa normal de los gladiadores ordinarios (*gregarii*) no pasaba de los dos mil. La ley establecía que el *editor* (o patrocinador de los juegos) estaba obligado a presentar igual número de *meliores* que de *gregarii*.

Elefante de Aníbal. (Museo Arqueológico Nacional de Nápoles).



León representado en un mosaico.

CAPÍTULO IX

EN EL QUE *‘LAS OSADAS’* SE FOTOGRAFÍAN EN EL COSO DE LAS FIERAS

Irrumpe en el anfiteatro, con algarabía de colegialas de excursión, un grupo de mujeres de mediana edad, integrantes de una peña de divorciadas. «Club Las Osadas» se lee en los *tituli picti* que lucen en las cintas de los sombreros y en las chapas moradas que llevan prendidas en el pecho.

–Oiga, abuelo ¿nos hace una foto? –le pide a Bonoso la que parece detentar el liderazgo, corta de talla, pelo teñido rubio pollito cortado a lo paje.

Lo ha llamado abuelo. Bonoso disculpa la involuntaria ofensa y acepta la cámara. La tarasca del pelo pollito ordena a sus huestas para la foto testimonial y posa en el centro del grupo, en actitud desafiante, una mano sobre el hombro de su favorita, una chica recortadita de estatura pero aventajada de senos. «Las Osadas con el anfiteatro al fondo». La del pelo pollo recupera la cámara sin dar las gracias e inicia el mantra del club que al momento corean sus cofrades: «Las Osadas no han de ceder / ellos son los que van a perder». Cuando se retiran aparece una rezagada que se demora un poco para contemplar a su sabor la romántica ruina. Con cierto aire melancólico, abre los brazos, que son níveos y hermosos, como si quisiera abarcar aquella belleza. Es evidente que se cree sola. Nuestros dos amigos la observan con viril interés. Ella, al volverse, descubre la presencia de los

dos carcamales, les sonríe un poco, azorada, y se apresura a reunirse con su grupo.

–¿A quién se parecía esta chica? –pregunta Bonoso después de un momento. Y en cuanto enuncia las palabras se arrepiente de haberlas pronunciado.

Se parecía a Lupe Flores, la mejicana, cuyo recuerdo los acompaña como un tercer pasajero desde que están juntos. En Méjico, el trío hizo muchas excursiones a ruinas aztecas y a pueblitos indios, los dos caballeros compitiendo por servirla y ella repartiendo sus gentilezas por igual, con suprema sabiduría, para evitar los celos.

–Hace años que no sé de ella –miente el pelirrojo. En realidad le ha enviado hace un mes un e-mail después de un prolongado silencio: «¿Recuerdas todavía al escocés que te estimaba tanto?» Y ella le respondió: «Claro, ¿cómo te va? Nunca te olvidaré. Un abrazo, Lupe». Solo eso.

–Yo tampoco he vuelto a tener noticias suyas –miente a su vez Bonoso–. Quizá le escriba un día de estos, a ver qué ha sido de ella.

En realidad le escribió una larga carta no hace mucho y ella, después de un largo silencio, le respondió con una felicitación navideña: «Te deseo que seas feliz. Te recuerdo mucho. Un abrazo, Lupe».

Pasa un ángel, en vuelo demorado, sobre los dos hombres que dejaron atrás la juventud pero no el verdor de las ilusiones.

Carraspea el escocés, como cerrando el paréntesis de los recuerdos, antes de comentar:

–Cuando estaba en la escuela secundaria, tuve a una profesora de latín, Mrs. Rigulsford, que intentaba inculcarnos el amor por Roma y solo objetaba de la afición a los combates de gladiadores, aunque los disculpaba como afición del populacho.

–No solamente del populacho. También ilustres romanos fueron aficionados. En realidad los combates de gladiadores tenían un origen sagrado y, por lo tanto, respetable, como tantas instituciones romanas. Al igual que otros pueblos de la antigüedad, los primitivos romanos solían sacrificar prisioneros sobre la tumba de sus caudillos para que los

acompañaran y sirvieran en la otra vida. Eso explica que, en su origen, las luchas gladiatorias se denominaran regalo o tributo (*munus*), porque eran ofrendas de sangre para los difuntos.[36] Con el tiempo, cuando perdieron su carácter sagrado y se convirtieron en mero espectáculo comenzaron a llamarse juegos (*ludi gladiatori*). En época imperial estos juegos cobraron tanta importancia que el Estado se hizo cargo ellos (*ludi stati*) y designó funcionarios de festejos que los organizaran (*curatores ludorum*).

–Eso se comprende –dice Angus–: todos los Estados fomentan cuanto ayude a que sus ciudadanos se desentiendan de los problemas sociales y de la política, justo lo que hoy ocurre con el fútbol y demás deportes.[37]

–Aun así, el sentido religioso de los duelos gladiadores nunca se perdió del todo –prosigue Bonoso–. Por eso se asistía a los juegos con la cabeza descubierta, como a los sacrificios religiosos. Otro vestigio de la sacralización del combate gladiatorio es el uso medicinal de la sangre de los caídos. En el *spoliarium* a donde iban a parar los muertos solían aguardar enfermos de epilepsia, la enfermedad divina, para beber un poco de sangre del moribundo o aplicarse friegas con ella.[38] También la consideraban un afrodisiaco eficaz (una especie de Viagra).

Aquí mismo, en este anfiteatro, existe una especie de capilla, el *sacellum*, en la que se veneraba a Némesis, diosa de la venganza, y a *Dea Caelestis*, la diosa del cielo, representante de la justicia divina, dos devociones muy gladiatorias.

–Parecen dos diosas bastante incompatibles –observa Angus–: la venganza y la justicia divina, que imaginamos misericordiosa.

–Eso es porque somos cristianos adoctrinados en la mansedumbre y en poner la otra mejilla. Antes del cristianismo, la venganza se consideraba parte de la justicia y las dos diosas se confundían, en una especie de sincretismo.

–¿Cómo se sabe que esto era una capilla? ¿Se han encontrado imágenes de la diosa?

–No, las imágenes se habían perdido, pero se han encontrado los exvotos que testimonian la función del recinto: unas huellas de pies

(*vestigia*) y la inscripción con el nombre del oferente. Los pies simbolizan la presencia constante del devoto ante la divinidad.

Gladiadores en un relieve.

Templo de Isis en Itálica.

Exvoto con huellas de pies de gladiadores en un anfiteatro.

CAPÍTULO X

GLADIADORES EN LA ARENA

Me pregunto cómo se preparaba un hombre para ser gladiador. ¿Había entrenadores como los que salen en las películas? –pregunta Angus.

–En efecto. Los gladiadores se entrenaban en ciertos cuarteles o escuelas donde vivían en régimen de internado. Al principio estas escuelas eran privadas, propiedad de un contratista (*lanista*); después, en época imperial, el estado se hizo cargo de ellas, al menos de las más importantes, de las que estaban en la propia Roma. Las más famosas estuvieron en Capua y fueron creación de César y de Nerón (*ludus gladiatorius Iulianus* y *Neronianus*, respectivamente). También las hubo en Egipto, en Hispania y en las Galias. Los instructores (*doctores*) solían ser antiguos gladiadores ya retirados, viejas glorias trinchadas de orgullosas cicatrices que intentaban transmitir a los nuevos reclutas la experiencia de toda una vida jugándose la piel en el anfiteatro.

El *editor* suscribía un contrato con el lanista. Muchos ciudadanos adinerados que aspiraban a una magistratura organizaban juegos pagados de su bolsillo para atraerse el voto de la plebe.

–Como los festivales gratuitos en las campañas de los políticos de nuestro tiempo.

–Algo así. O como las fiestas patronales de los pueblos que costean generosamente nuestras concejalías de festejos. Al pueblo hay que atraerlo con pan y circo (*panem et circenses*), subsidio y diversión.[39]

Muchos días antes de la celebración de los juegos, se fijaban carteles anunciadores en los lugares más concurridos de la ciudad y de las poblaciones del entorno. Esta y otras muchas peculiaridades nos resultan familiares a los españoles porque recuerdan a la fiesta de los toros. Los carteles explicaban el motivo de los juegos, el nombre del empresario, el número de parejas de gladiadores, la fecha y la hora en punto (*sine ulla dilatione*) si el tiempo no lo impide (*qua dies permittat*).[40] Incluso se especificaba si se tenderían los toldos (*vela erunt*) y, el colmo del refinamiento, si se nebulizaría (*sparsio*) agua perfumada.

–¿Agua perfumada?

–¿Tú has visto esas terrazas de cafetería donde un nebulizador mantiene el ambiente húmedo y agradable? Creemos que es un refinamiento moderno, pero lo cierto es que ya lo usaban los romanos en tiempos anteriores al desodorante.

Como ocurre en el mundo de los toros, había forofos de tal o cual famoso gladiador que no se perdían una actuación. Incluso algunos participaban, con permiso del lanista, en el banquete (*cena libera*) que el *editor* ofrecía a los gladiadores la víspera del combate. Esta cena, ocioso es decirlo, que podía ser la última para muchos, obedecía a una finalidad práctica: restaurar las fuerzas de los luchadores y criarles la sangre que iban a perder al día siguiente en el tajo. Los gladiadores solían ser gente muy fornida, porque su rancho básico (*cibus gladiatorum*) consistía en gachas de harina de cebada. Por eso se les conocía como *hordearii* o cebaderos. También comían potaje de habas, pan, frutos secos y algo de carnes rojas.

–Con semejante dieta estarían gordos– observa Angus.

–Lo estaban. En las heridas superficiales, y ellos procuraban que casi todas lo fueran, la capa de grasa actuaba como un cojín aislante para que el corte no afectara a nervios, venas y órganos vitales más profundos, al tiempo que la mayor superficie corporal colmaba las sádicas expectativas de los espectadores que deseaban contemplar heridas vistosas. También bebían los gladiadores sopas de huesos tostados que les aportaban grandes cantidades de calcio. Todo esto lo sabemos por el estudio de los sesenta

enterramientos hallados en un cementerio de gladiadores a las afueras de Éfeso (en la actual Turquía).

A una hora prudencial, cuando ya el bullicioso público se impacientaba, aparecía el *editor* en el palco presidencial y la plebe lo aclamaba o lo abucheaba, dependiendo de su aceptación. El anfiteatro era un buen barómetro político en un tiempo en que no existían las encuestas. A veces el abucheo se dirigía al *editor* sospechoso de estafar al pueblo con un programa más bien flojo. En fin, acallada la plebe, los músicos acometían la primera pieza.

–Como en los toros –señala Angus.

–Algo parecido, aunque no creo que tocaran pasodobles. Cuando el espectáculo era solo de gladiadores, los músicos se instalaban en la propia arena, arrimados al podio. Y no creas que eran solo trompeteros sin gracia, sino músicos hábiles que incluso se hacían acompañar por un pequeño órgano portátil.

Mosaico con escenas de combates entre hombres y animales. (Museo Arqueológico de Susa, Túnez).

***Pollice Verso («Pulgar hacia...»),* obra de Jean León Gérôme. Museo de Arte de Fénix.**

CAPÍTULO XI

TRES TERCIOS, COMO EN LOS TOROS

La costumbre era dividir el espectáculo en tres partes que, juntas, duraban todo el día. Por la mañana se escenificaba la cacería (*venatio*) que a veces admitía una variante especialmente truculenta: la condena a las bestias (*damnatio ad bestias*) como forma de ejecución.[41] Ya puedes imaginarte que si había un león en la arena, el condenado se resistía a salir. Algunas veces lo sacaban a empujones los servidores del anfiteatro y cerraban la puerta detrás de él. Otras veces lo sacaban en una especie de carretilla, atado a un poste, que dejaban donde la viera el león. Ellos, por si las moscas, se ataviaban con una especie de vestimentas de cuero y procuraban no estar en la arena más tiempo que el estrictamente indispensable. Aun así se daban casos de fieras inapetentes o irresolutas a las que los empleados debían azuzar con pinchos. Todo ello favorecía el espectáculo, claro, porque la gente se partía de risa antes de que la fiera ejerciera su oficio de verdugo y les pusiera a todos el corazón a cien.

En los últimos y decadentes tiempos de Roma, cuando no sabían qué inventar, dieron en reproducir cruentas escenas mitológicas (o si no eran cruentas ellos las hacían): un jabalí hambriento que se cebaba en un Prometeo atado a una roca (el cochino en sustitución del águila original); un Ícaro con alas de cera y plumas que se estrellaba desde un elevado trampolín…, incluso un toro berrendo que violaba a una condenada disfrazada de Pasífae.[42] Para entonces había degenerado el espectáculo y ya se ofrecían hasta charlotadas: veladas nocturnas en las que gladiadoras

luchaban contra enanos o contra eunucos y otras extravagancias semejantes. [43]

–¿Mujeres gladiadoras? –se extraña Angus.

–Fíjate, no les faltó por inventar más que el boxeo femenino en el pilón embarrado.

A mediodía se hacía un alto para almorzar, lo que los humildes hacían en las propias gradas con lo que trajeran de casa, acaso pan, higos secos y nueces, y los privilegiados de las filas de abajo en los aposentos interiores del edificio donde sus servidores les habían preparado un refrigerio. En esa hora, a manera de entremés, solían sacar al ruedo a los *gladiatorii meridiani*, como llamaban a los delincuentes condenados a morir combatiendo en el anfiteatro (*noxi ad gladium ludi damnati*).

–¿Cómo podían obligarlos?

–Había fustigadores (*lorarii*) que les propinaban latigazos o les arrimaban hierros candentes si los veían indecisos. Por otra parte tenían poca elección: les entregaban armas y los sacaban a la arena. Si alguno se negaba a usarlas, el contrincante, que era otro condenado, lo mataba directamente. Los enfrentamientos eran bastante torpes, hay que suponer. El que salía vencedor luchaba con otro y así sucesivamente, como en la liga de fútbol, hasta que solo quedaba uno, al que también ajusticiaban.

Estas representaciones del dolor tendrían también una intención disuasoria. Los ciudadanos revoltosos presenciaban en vivo lo que la autoridad reservaba al delincuente y se volvían más cautos.

–¿Tú crees en el valor disuasorio de las penas físicas? –inquiere Angus.

–En absoluto. Creo que al delincuente multirreincidente hay que tratarlo con humanidad y devolverlo al camino recto mediante breves estancias en centros penitenciarios equipados como hoteles de cuatro estrellas, con su piscina, su gimnasio, su calefacción y su tele de pantalla gigante. ¿Sigo con lo del anfiteatro?

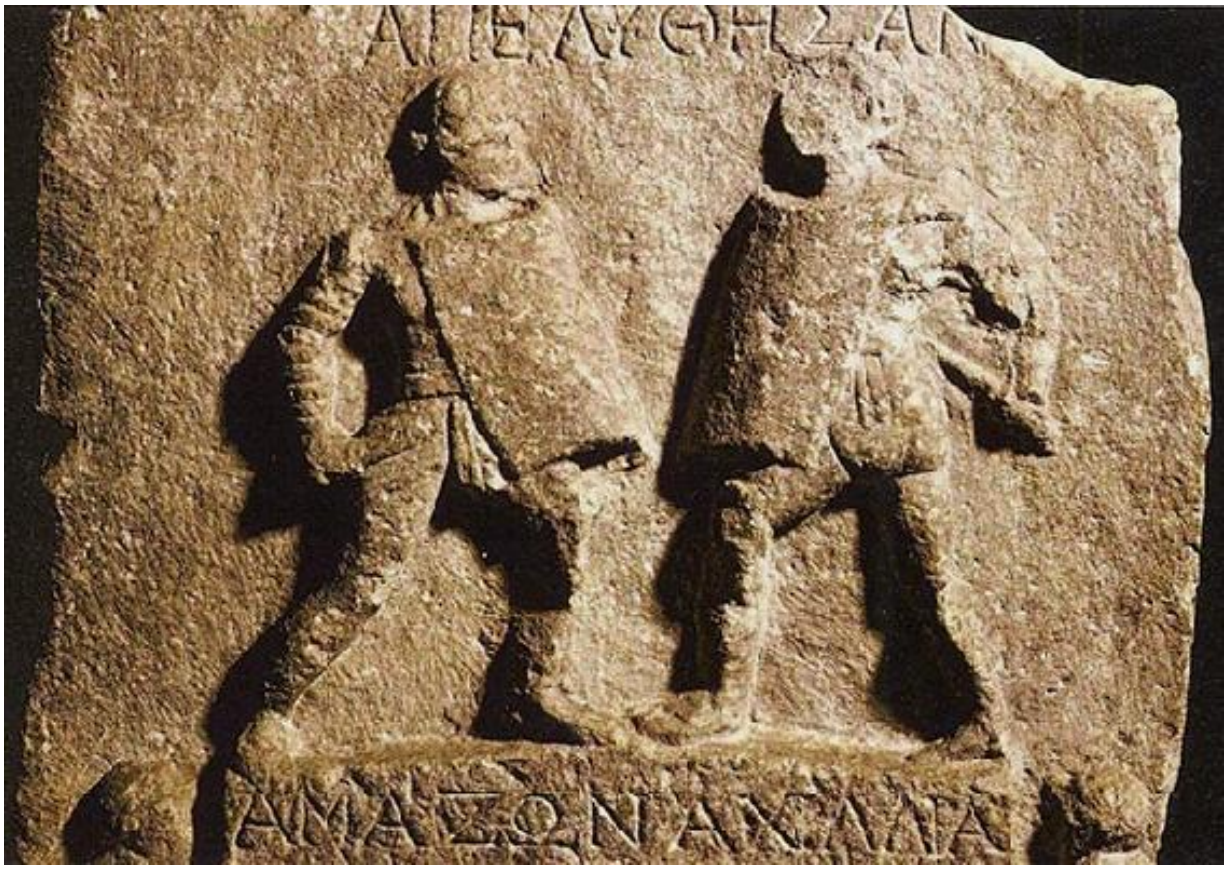
–Sigue, sigue.

–El último tercio era el de la tarde, y este era el más emocionante: la lucha entre gladiadores profesionales que antes habían desfilado

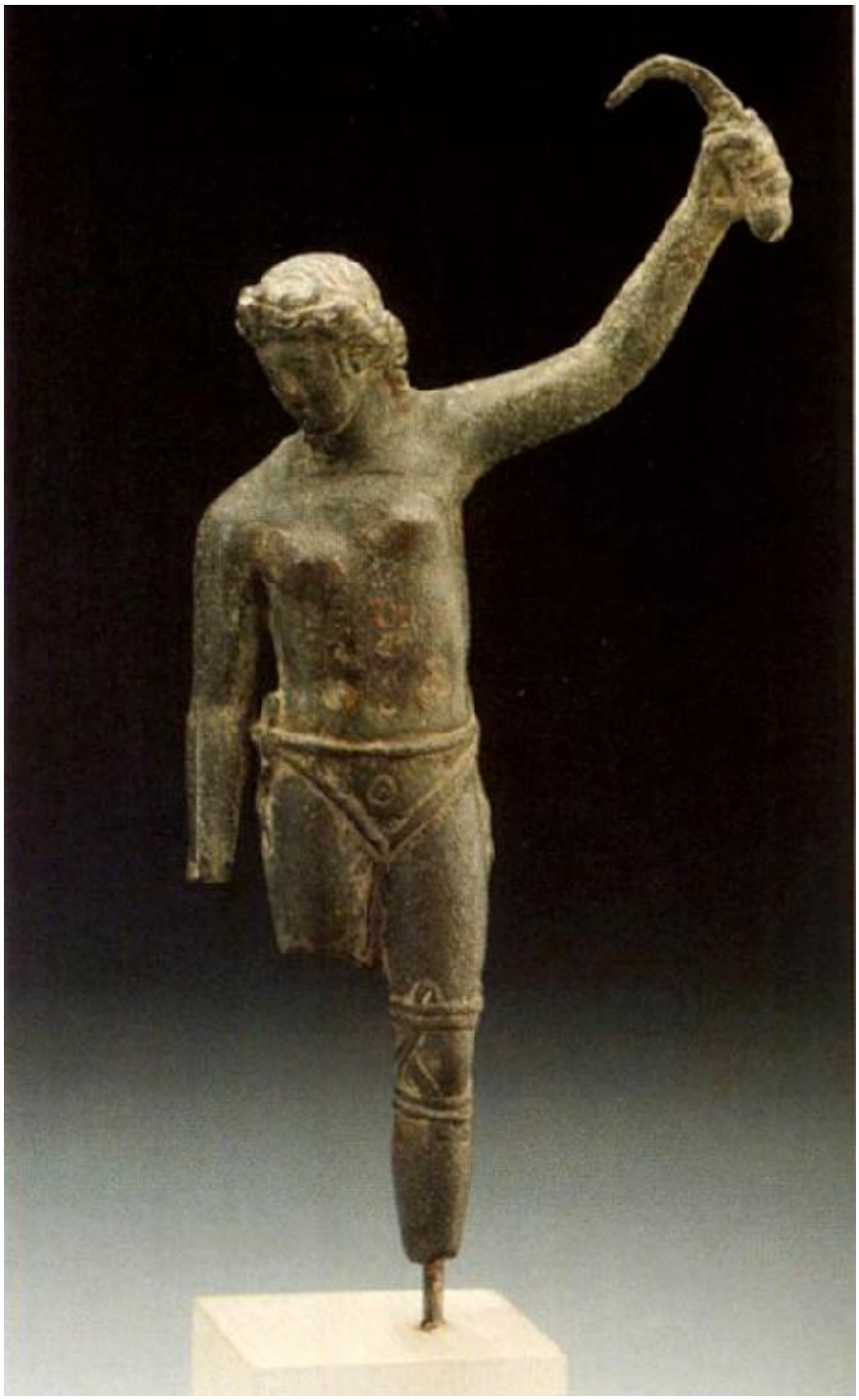
solemnemente por las calles, ataviados con mantos de colores vistosos.

Combate entre león y *bestiarius*.

Muerte de un condenado a las fieras. (Museo Arqueológico de Susa, Túnez).



Las gladiadoras Amazon y Achillia, a punto de enzarzarse. (Museo Británico, siglo I).



Gladiadora. (Museo de Arte y Oficios, Hamburgo).

CAPÍTULO XII

GLADIADORES EN EL RUEDO

A los acordes de la música se abría el portón principal y los gladiadores desfilaban como en el paseíllo taurino, hasta el palco presidencial.[44]

Sorteadas las parejas, el *editor* examinaba las armas para asegurarse de que estaban bien afiladas y aguzadas (*probatio armorum*). Los gladiadores se repartían por la arena y realizaban ejercicios de calentamiento: fintas, carreras, flexiones, estocadas reglamentarias, lanzamiento de redes, etc. Trataban de ganarse la simpatía de los aficionados.

–Toreo de salón –señala Angus exhibiendo sus conocimientos taurinos.

–Algo así. Algunos espectadores saltaban al ruedo y se unían a sus campeones favoritos en el combate simulado con espadas de madera o romas (*arma lusoria*) quizá para lucirse entre el auditorio femenino. Bien sabían que los gladiadores no se emplearían a fondo. Tenían que reservar las fuerzas porque les quedaba por delante toda la tarde, a pleno sol, la cabeza encerrada dentro de un yelmo caliente como una plancha, sobre la candente arena y desangrándose por las inevitables heridas.

A un toque de trompeta militar (*tuba*), se despejaba la arena y quedaban solos los gladiadores y los músicos. El lanista, con un bastón, marcaba sobre la arena el espacio donde combatiría cada pareja. Como es natural, a los favoritos los colocaba delante de la presidencia.

Existían distintos equipos de gladiador, que recordaban las armas de los pueblos que en el pasado se habían enfrentado a Roma (samnitas, tracios, galos, etc.). Para que los combates fueran más emocionantes se enfrentaban armas y estilos de lucha distintos pero equilibrados. Los buenos aficionados

conocían las ventajas y los inconvenientes de cada armamento, así como sus fintas y trucos característicos.

Hay que tener en cuenta que en más de quinientos años de ejercicio, el oficio de gladiador evolucionó. En los primeros tiempos fueron populares los *samnitas*, armados de espada corta y protegidos por un enorme casco con visera y cresta, un escudo oblongo, una manga acolchada o malla de hierro que les protegía el brazo e incluso el hombro derecho y una espinillera de chapa en la pierna izquierda, la más expuesta.[45]

–¿Ya está? Y el pecho, ¿no lo protegían?

–No. El gladiador estaba bastante desprotegido, podemos decir que combatían casi desnudos, solo con un taparrabos (*subligaculum*) que les ocultara las vergüenzas y no decepcionara a las damas ya que, como sabrás, cuando uno está en peligro, el chisme genésico viril tiende a contraerse y se minimiza.

–Eso lo tenemos comprobado los militares en ejercicio.

–En la literatura medieval es frecuente llamar al miedo «encogimiento de ombligo», porque todo el paquete intestinal se contrae, no solo la tripita exterior. Volviendo a los gladiadores, en la época imperial, hacia el año 100, cuando el Estado se hizo cargo de los juegos, quedaron establecidos los tipos de gladiadores que divulga el cine y la literatura: casi siempre el tronco indefenso y expuesto a heridas mortales, pero el brazo armado y la pierna adelantada protegidos por una manga (*manica*) de cota de malla o fieltro para evitar heridas veniales.

–Todo sea por el espectáculo, supongo.

–Los tradicionales *samnita* y *galo* cedieron protagonismo en esta época al *mirmillón*, llamado así porque su aparatoso casco remataba en una cresta pisciforme.[46] El mirmillón usaba gran escudo y espada corta, y las consabidas protecciones de pierna izquierda y brazo derecho. Solían enfrentarlo con el tracio, que se caracterizaba por el casco de cresta alta, pequeño escudo rectangular (*parmula*) no mayor que el tapacubos de un coche, y una espada curva, casi una hoz (*sica*) apropiada para herir la

espalda del contrario, lo que comportaba acercársele peligrosamente. Lo invariable es el yelmo enorme, monumental.

–Siempre me han parecido un poco excesivos –apunta Angus.

–Lo eran, pesaban más de cuatro kilos y las mirillas circulares solo le permitían una vista frontal por lo que había que andarse con cuidado para no perder de vista al adversario.[47]

La pareja más popular en este tiempo de decadencia fue la formada por *secutor* (perseguidor) y *retiario* (el de la red y el tridente). El *secutor* usaba un casco liso, en forma de cabeza de pez, sin crestas ni aristas que pudieran engancharse en la red que le lanzaba su oponente. El reciario solo se protegía el brazo izquierdo y sus armas eran la red para envolver al contrario, el tridente (*fuscina*) y un cuchillo con el que cortar la correa que ataba la red a la muñeca si el otro lo atrapaba. Hacia el final del Imperio apareció una variante de los reciarios, los *laquearii*, que usaban un lazo en lugar de la red, al estilo vaquero.

–Me imagino cómo se pondrían los graderíos.

–Más que en los toros. Aquel público era más desinhibido y ruidoso. Se cruzaban apuestas (*sponsiones*), animaban a uno, imprecaban al otro, insultaban, aconsejaban, jaleaban, se desesperaban, exigían sangre: *Verbera, iugula, ire!* («¡Pégale, degüéllalo, quémalo!»). «¿Por qué va hacia el hierro vacilante?»; «¿Por qué muere de tan mala gana?». Estos gritos de los espectadores nos los transmiten Séneca y otros.[48]

Existían reglas que había que observar. Cada pareja de gladiadores se acompañaba con otra pareja de árbitros vestidos de túnica blanca, con dos cintas rojas verticales, que observaban la lucha e intervenían cuando era necesario. A pesar de ello, si tardaba en verse sangre o el público sospechaba tongo, no faltaban energúmenos que empezaban a gritar: «¡Están peleando como en la escuela!»; «¡Hasta los condenados a las fieras derrochan más valor que ellos!»; «¡Parecen polluelos!»

La suerte suprema, la de morir dignamente, debía afrontarse con entereza. A menudo el gladiador vencido representaba su propia muerte de manera gallarda y heroica. «Detestamos a los gladiadores débiles y

suplicantes –escribe Cicerón–, los que con las manos extendidas ruegan que les permitamos vivir». Plinio, por su parte, alaba «las bellas heridas y el desprecio de la muerte que hacen aparecer incluso en los cuerpos de esclavos delincuentes el amor a la gloria y el deseo de triunfar».

Puedes imaginarte la emoción del combate y la continua descarga de adrenalina que sus distintas suertes provocaban en los espectadores. Con razón había tantos aficionados, incluso entre personas de juicio y sensibilidad. El combate podía durar unos minutos o prolongarse hasta el agotamiento de los combatientes. Cuando uno caía herido o agotado pedía clemencia levantando la mano y el graderío gritaba entusiasmado: *Hoc habet, hoc habet!* («¡Lo pilló, ya es suyo!»). En este punto los árbitros detenían el combate a la espera de que el *editor* que presidía el acto dictaminara lo que había que hacer, si matar al vencido o permitirle vivir. Si los espectadores estimaban que había ofrecido un buen espectáculo y merecía el perdón extendían la mano con el dedo hacia abajo.

–Será hacia arriba –corrige Angus–. Hacia abajo es para pedir la muerte.

–No, esa es la idea errónea que nos ha transmitido Hollywood –insiste Bonoso–. El dedo hacia abajo quiere indicar que el vencedor deponga las armas. Cuando los espectadores pedían la muerte del vencido hacían ese gesto tan universal de llevarse el pulgar a la garganta (degüello) o simplemente al pecho. El presidente decidía en vista de la opinión del público. El gladiador que mataba a un colega condenado solía hacerlo buscándole el corazón desde encima de la clavícula, lo que aseguraba una muerte rápida. También se sacrificaba a los heridos irrecuperables, de un mazazo en la sien, para ahorrarles sufrimientos. Que un gladiador muriera en el ruedo no era tan frecuente como aparece en las películas excepto cuando el *editor* de los juegos pedía expresamente al lanista un enfrentamiento a muerte (*sine missione*), para que el espectáculo fuera especialmente memorable, y eso tenía otro precio, claro.

Los abundantes mosaicos de gladiadores que se han encontrado por todo el mundo romano nos transmiten nombres de famosos campeones y episodios memorables. En uno de ellos, un *secutor* ha esquivado la red de

su oponente y lo persigue. El *retiarius* da un traspié y cae al suelo, herido. Esto o perder el arma son las dos situaciones en que un gladiador queda a merced de su adversario. Reconociéndolo, arroja la defensa de su mano izquierda, sea red o escudo, y levanta el pulgar hacia la presidencia. El árbitro se interpone. El otro gladiador aguarda. Cada espectador consulta el caso con el de al lado. Algunos vecinos de asiento discuten acaloradamente sobre los méritos y defectos del que pide gracia. Los que piensan que ha luchado bien sacan señuelos y los agitan al aire mientras gritan: *Missum!* («¡Sálvalo!»); pero si están descontentos y no quieren indultar a tan flojo luchador, muestran el puño derecho con el pulgar hacia abajo y gritan: *Iugula!* («¡Degüéllalo!»). El *editor* decide a sabiendas de que no contentará a todos, como suele ocurrir también en las corridas de toros. Un proverbio del oficio deja poco espacio para la misericordia: «Mata al vencido, sea quien sea» (*Ut quis quem uicerit occidat*). En los mosaicos se señalan los gladiadores muertos, con la letra griega zeta.[49] En algunos grafitos pompeyanos, el grafitero, con vocación de periodista deportivo, enumera los gladiadores actuantes en un espectáculo y junto al nombre pone la inicial que expresa el resultado: *V(icit)*, «Venció»; *M(issus)*, «Perdonado»; *P(eriit)*, «Pereció».

Los indultados abandonaban la arena por la *Porta Sanavivaria*; los muertos o malheridos por la *Porta Libitinaria* (consagrada a Libitina, la diosa de los muertos), que conducía al depósito de cadáveres (*spoliarium*). Unos esclavos al servicio del anfiteatro los retiraban arrastrándolos con ganchos, como las mulillas taurinas.

–Ese *spoliarium*, ¿tiene que ver con la palabra «expolio»? –pregunta Angus.

–Mucho, porque era la dependencia donde despojaban a los difuntos de las armas. La palabra solía ser muy militar, pero ahora la usan más los banqueros.

El cine nos ha transmitido una falsa imagen de muchos gladiadores muriendo en la arena. En realidad, los enfrentamientos a muerte eran la excepción. Normalmente se indultaba al gladiador vencido, aunque no fuera

por motivos humanitarios sino económicos, para usarlo de nuevo, porque formar a un gladiador era caro y el lanista debía recuperar la inversión o ser compensado por ella.

Debo añadir que se trataba con respeto los cadáveres de los gladiadores muertos. Se han encontrado un par de fosas que lo prueban y existen muchas lápidas sepulcrales que indican entierros honorables.[50] En cuanto a los vencedores, daban la vuelta al ruedo (*discurrere*) con la palma de la victoria en la mano. También recibían propinas en metálico y en casos excepcionales se les entregaba una espada roma (*rudi*), que significaba la libertad si el luchador era esclavo, normalmente a gladiadores que ya habían ofrecido muy buenas tardes a la afición. Algunos de estos liberados, muy pocos, preferían seguir en la profesión y morir en ella. Muchos eran sujetos embrutecidos que no hubieran sabido qué hacer fuera del oficio. Otra recompensa de los vencedores, y de los gladiadores en general eran las mujeres.

–¿Les daban mujeres? –se interesa Angus.

–No se las tenían que dar. Más bien ellas se daban. Muchas mujeres, incluso damas encopetadas, se prendaban de gladiadores. Los muros exteriores de la escuela de gladiadores de Pompeya están llenos de pintadas (*tituli picti*) de mujeres enamoradas. «Celadio, anhelo y rompecorazones de las jovencitas» (*Celadius, suspirium et decum puellarum*), «Cresces, el señor de las chicas» (*Cresces puellarum dominus*); «Cresces, el que caza a las chicas de noche con su red» (*Cresces, ret(iarius) puparum nocturnarum*).[51]

–¡Coño con el tal Cresces!

–Las honorables damas, cuando se encalabrinan, pueden llegar a ser peores que nosotros. Se dieron casos de lo más chusco: una tal Epia, perteneciente a la más encumbrada aristocracia, abandonó marido e hijos para fugarse con un gladiador llamado Sergio, no porque fuera un guaperas sino más bien por el morbo de la profesión, porque lo había visto actuar y se había prendado de él.[52]

–No creas, en Inglaterra tenemos casos históricos y actuales de damas de alta sociedad liadas con mozos de establo, bastos y malolientes.

–Algo tendrán, digo yo.

–Seguro que tienen algo. Y aquellos de Roma también lo tendrían. Ten en cuenta que la palabra *gladius*, espada, de la que procede el nombre del gladiador, significaba también pene, en lenguaje vulgar, lo que no dejaba de estar presente en el subconsciente de las que se encaprichaban con el luchador. Debo añadir una precisión lingüística: el *gladius* solía ser corto, la típica espada legionaria, porque cuando era largo se llamaba más bien *spatha*, por eso, recuerda, los gigolós buscados por las señoras eran los *spadonii*.

–¡Hay que ver lo poco que cambia el mundo!

–No, amigo, el mundo cambia, y casi siempre a peor. Los que no cambiamos somos nosotros, los humanos.

Llega otro grupo misceláneo de turistas. Una señora robusta y rubia teñida, con gorrito de paja veraniego, se prenda de la basa de una columna:

–Mira, Pepe –le dice al marido–, qué buen macetero para el patio del chalet, si tuviéramos el coche cerca.

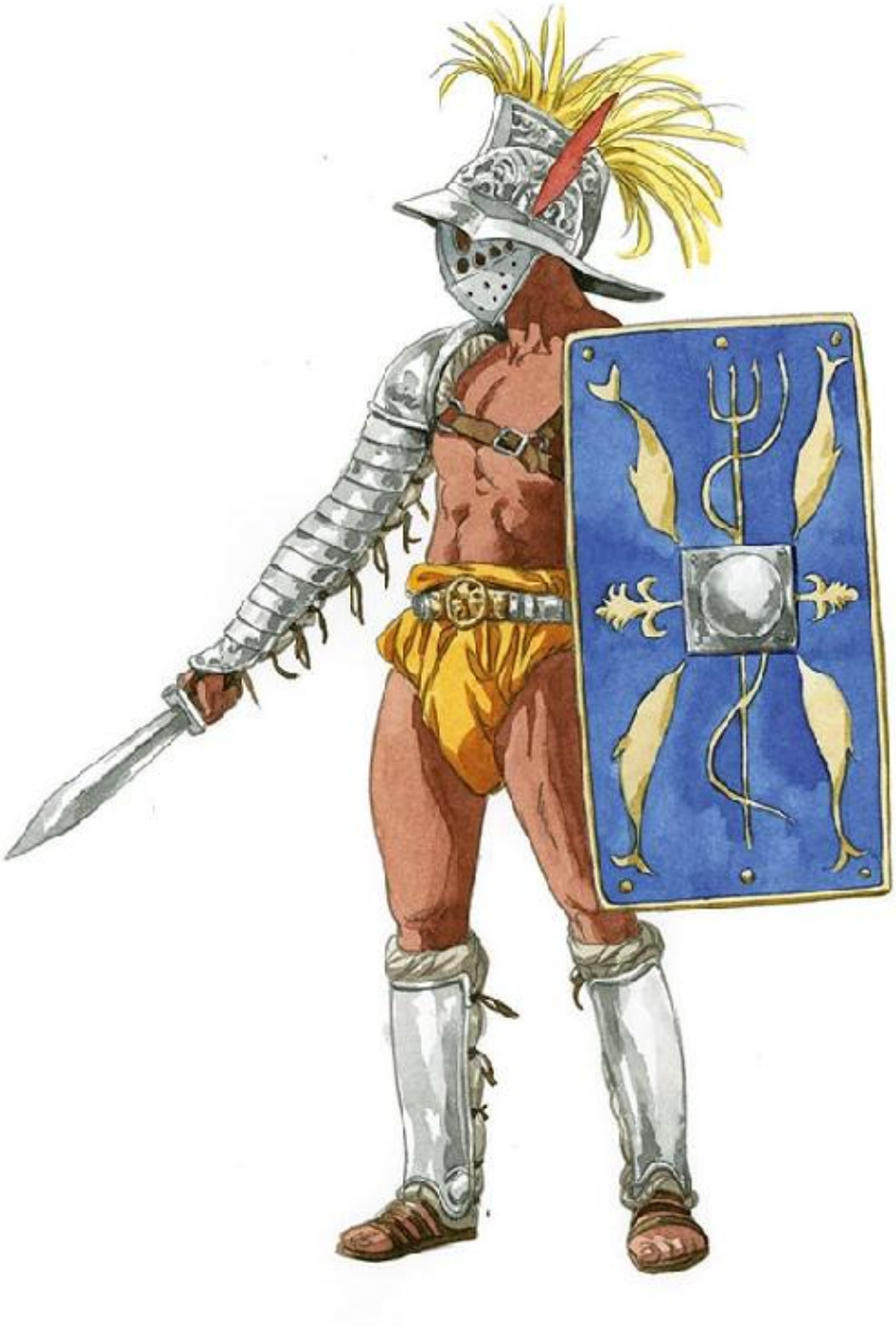
–Al margen de los magnos espectáculos oficiales –prosigue Bonoso–, existieron modestos juegos funerarios ofrecidos por ciudadanos privados en plazas de tercera, para seguir con el símil taurino. Lanistas humildes suministraban cuatro o cinco parejas de remendados gladiadores, llamados *sestertarii* por su baratura, auténtica carne de cañón. Era raro que muriera uno de estos porque en el contrato se especificaba una cifra por el alquiler y otra mucho más elevada por la muerte. El público se mofaba de sus calculados golpes y se ensañaba con ellos insultándolos y gritándoles las expresiones de tongo al uso, mientras los pobres diablos aguantaban el chaparrón y procuraban herirse levemente, con profesional destreza, sobre los callos de anteriores heridas, de manera que la pérdida de sangre fuera lo suficientemente escandalosa como para aplacar las iras del respetable.

Muchos mosaicos romanos nos han conservado escenas de combate de gladiadores, como en la inocencia de un comic torpemente dibujado. En

casi todos ellos apreciamos que se trata de hombres robustos, bien alimentados, de anchas espaldas y poderosa musculatura. Algunos tienen el potente cuello más ancho que la cabeza y una expresión perfectamente brutal en el rostro, lo que nos trae a la memoria unas palabras del malhumorado Séneca: «¡Qué músculos y qué hombros tienen los atletas, pero qué vacías están sus cabezas!». Uno entiende que la vida que arrastraban estos desgraciados no fuera la más idónea para el cultivo de las facultades del intelecto. En cualquier caso, tan incultos no eran: sabían latín.

Los músicos que amenizaban los combates gladiatorios.

Yelmo de gladiador.

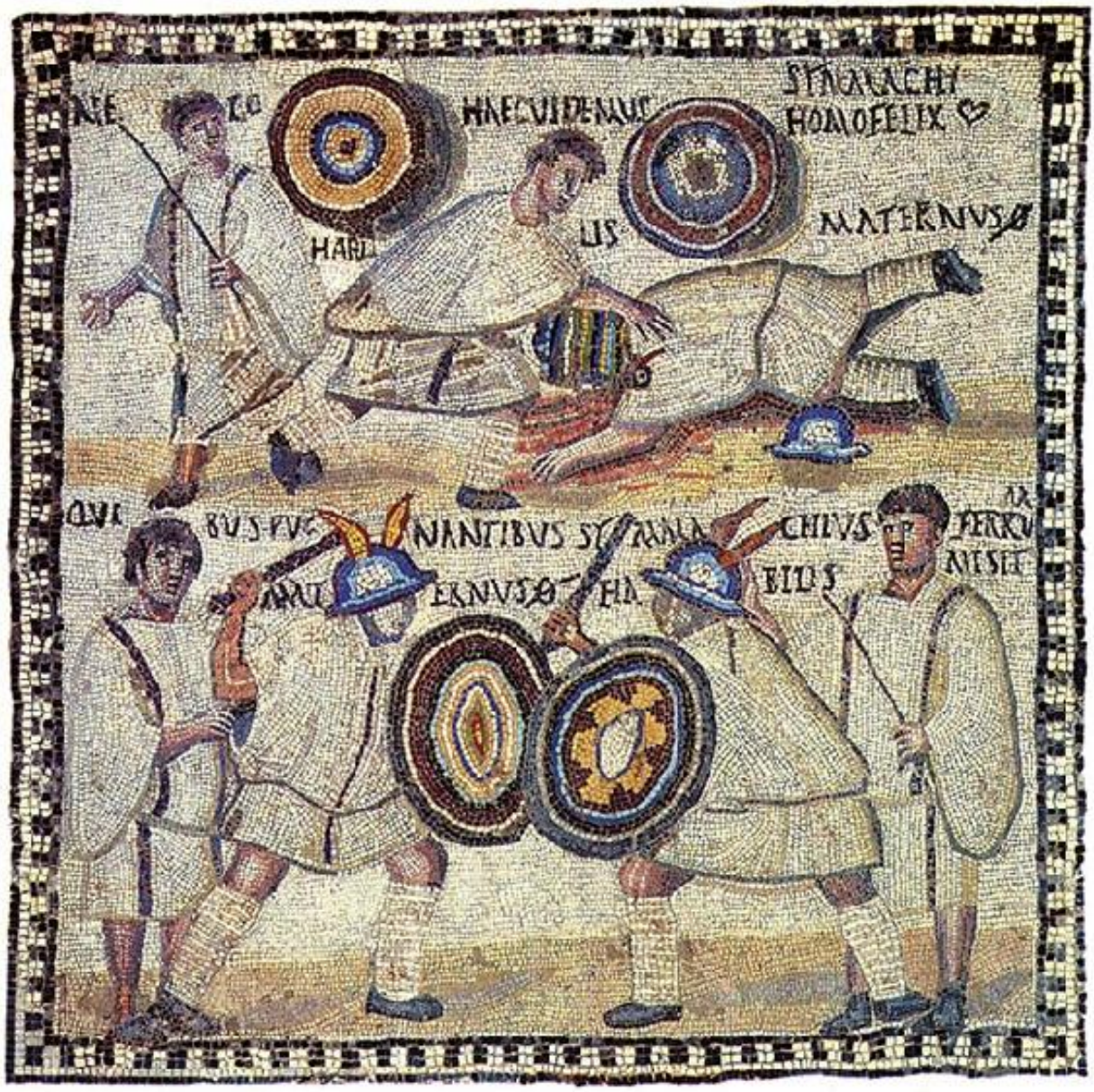


Mirmillón. (Dibujo de Ana Miralles).

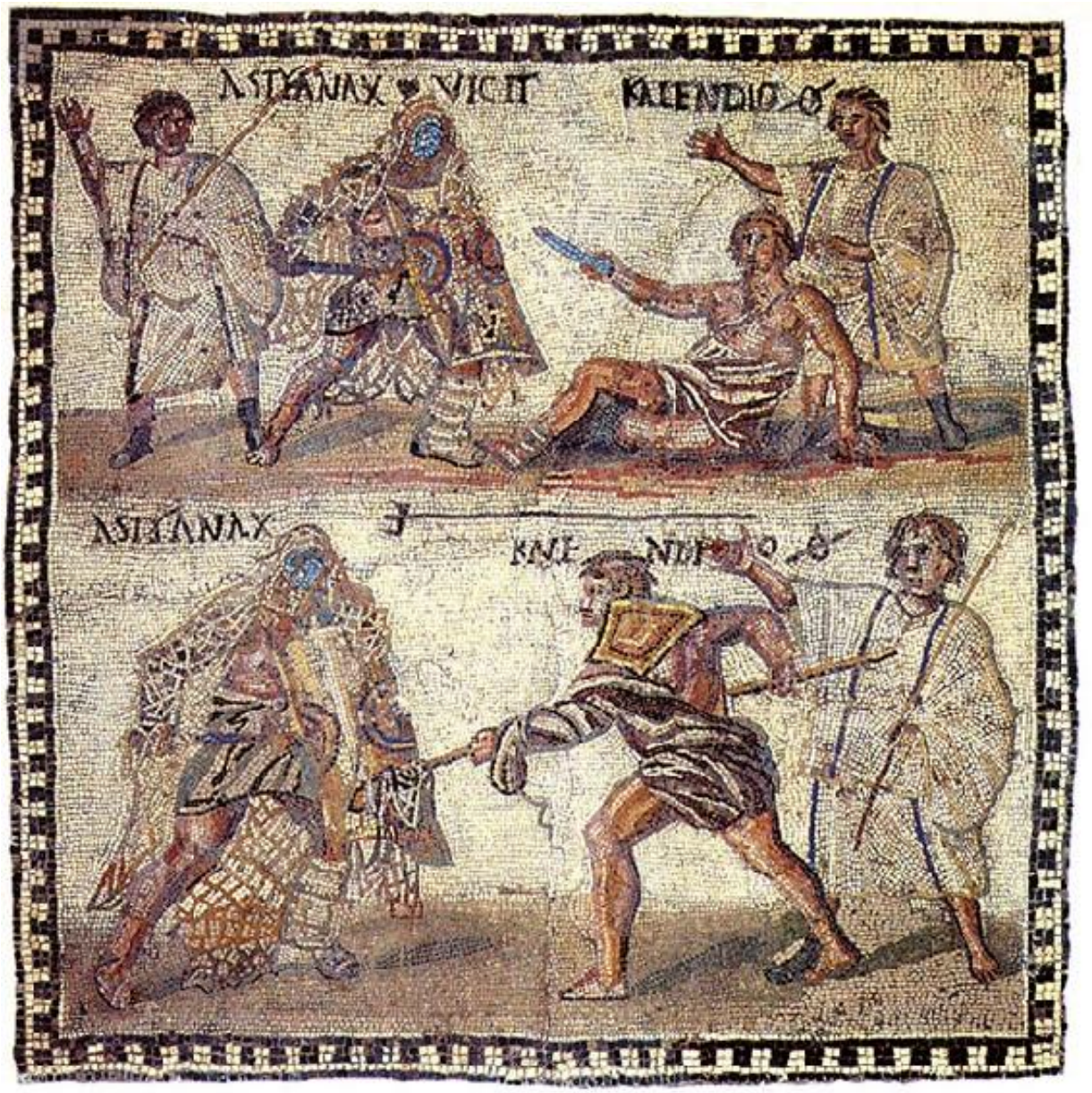
Tracio. (Dibujo de Ana Miralles).

Samnita. (Dibujo de Ana Miralles).

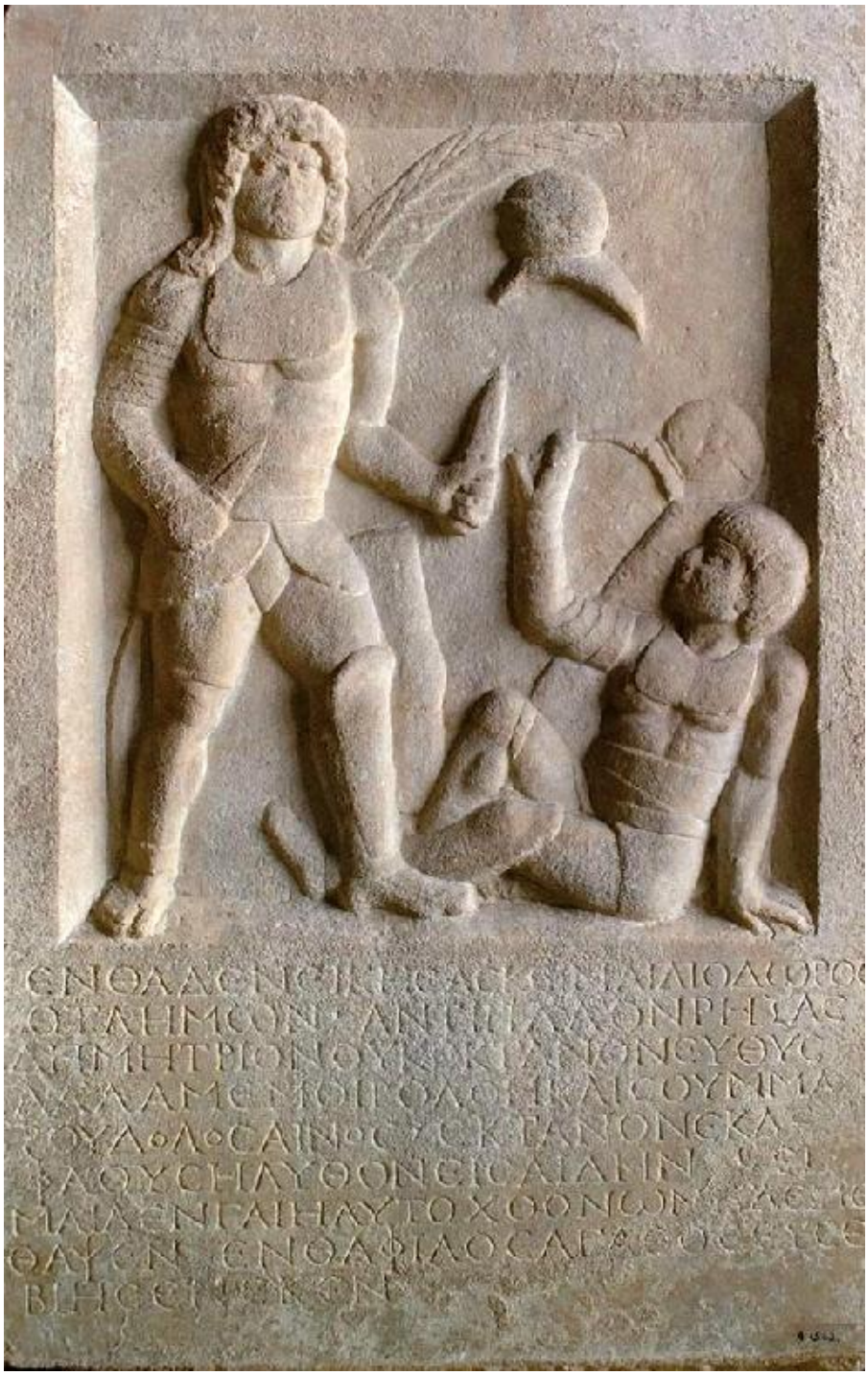
Retiario. (Dibujo de Ana Miralles).



Enfrentamiento de los gladiadores Habilis y Maternus. A sus lados los árbitros que vigilan. La escena siguiente es la de arriba, Habilis se inclina hacia Maternus al que ha dado muerte. La inscripción de la esquina superior derecha dice: *Symmachi homo felix*, o sea, «Symachius hombre afortunado». Probablemente se refiere al patrocinador de los juegos. Mosaico del siglo IV. (Museo Arqueológico Nacional, Madrid).

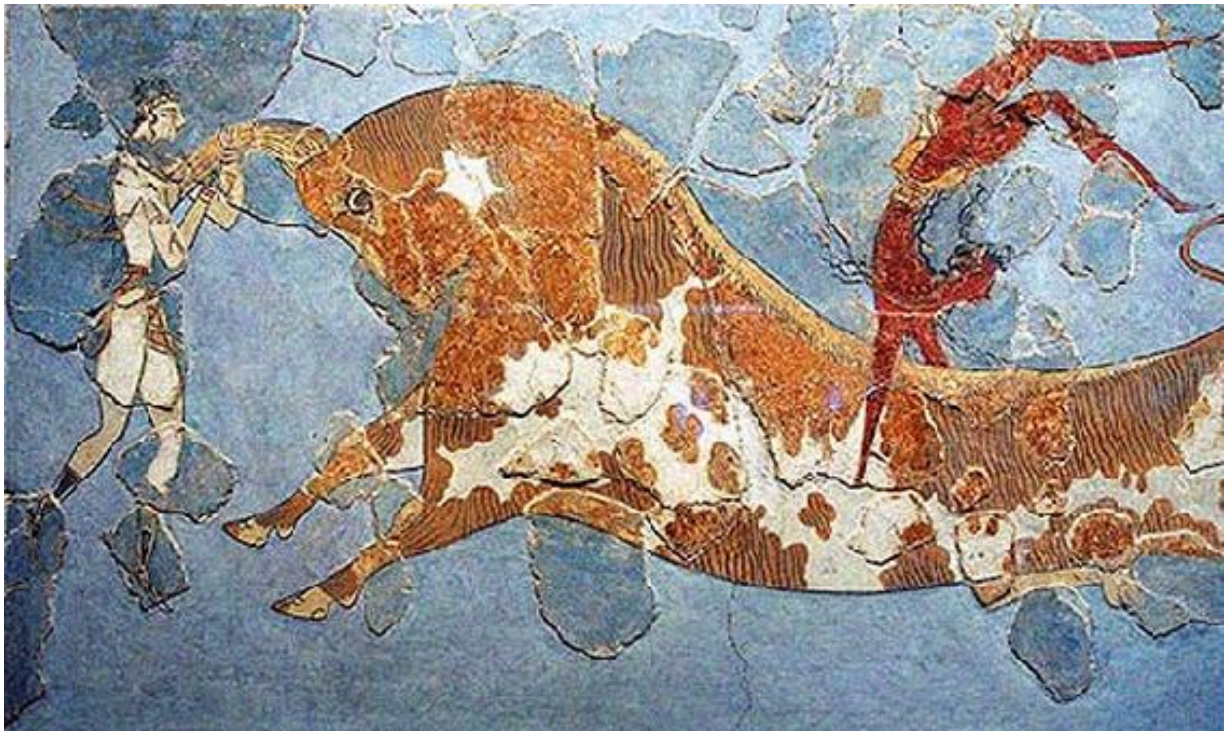


El secutor Astyanax se enfrenta al retiario Kalendio. Abajo Astyanax está cubierto por la red y Kalendio lo ataca con el tridente. Arriba Kalendio yace en el suelo y los árbitros con la mano levantada aguardan el veredicto del editor. Al final Kalendio resultó muerto. (Obsérvese la letra *o* cruzada con un trazo que acompaña su nombre).

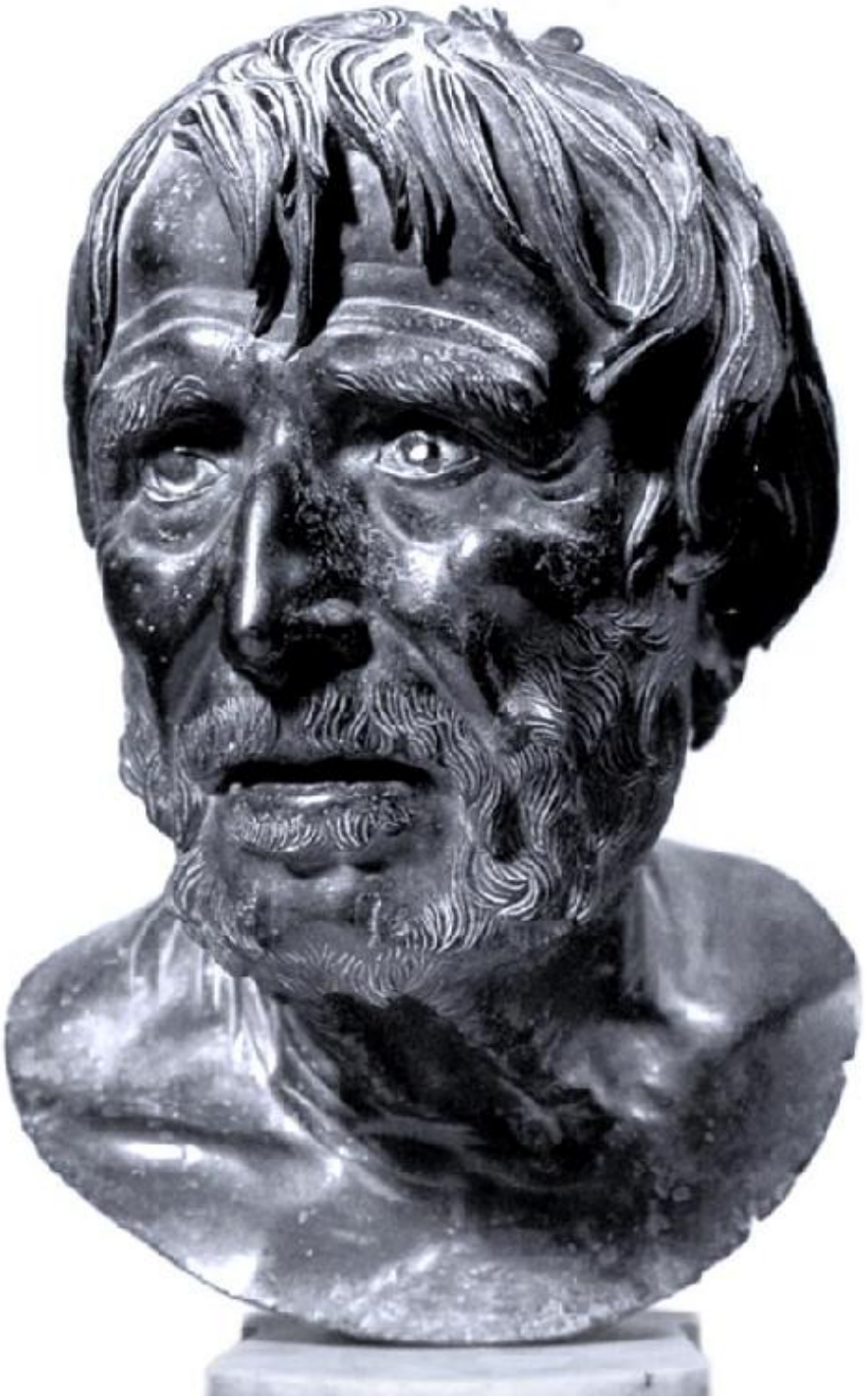


Lápida sepulcral de un gladiador.

Escena de lucha. (Bad Kreuznach, Germania).



Italia, la «tierra de los bueyes», pudo heredar de tradiciones como la cretense festejos que serían un precedente remoto de la lidia.



Busto de Séneca.

CAPÍTULO XIII

BREVE REFLEXIÓN SOBRE LA VIOLENCIA

La posteridad ha rechazado, horrorizada, estos sangrientos espectáculos que deleitaban al pueblo romano. «No logramos siquiera comprenderlos –escribe un historiador moderno–. Es una mancha de oprobio que no se borra». Sin embargo, curiosamente, los intelectuales romanos no se mostraron contrarios a los juegos, con la posible excepción de nuestro compatriota Séneca.

Cicerón admiraba el estricto código profesional de los gladiadores: «Prefiere recibir un golpe a esquivarlo contra las reglas –escribe–. Lo que le interesa en primer lugar es complacer tanto a su amo como al espectador. Cubiertos de heridas, preguntan a su amo si está satisfecho; si les dice que no, están dispuestos a dejarse degollar».

–Sí que da que pensar –observa Angus.

–Y estos hombres nos muestran en sus escritos que no eran insensibles. Ellos no pertenecían, desde luego, a la plebe embrutecida y ciega a la que se daba pan y circo para que se mantuviese alejada de posibles reivindicaciones sociales. Quizá si alguno de aquellos autores romanos hubiese vivido hoy se habría atrevido a justificar de algún modo los juegos, dándoles, podemos presumir, una explicación psicológica. Parece que existe en el hombre un impulso de violencia que es la raíz de una tensión biológica, emotiva y espiritual. Es lo que a veces se ha llamado, por seguir patrones culturales antiguos, violencia dionisíaca. Por supuesto, se trata de algo inaceptable para nuestro código cultural en el que la cólera y la agresividad son tendencias malignas. Ese código no tiene en cuenta que la

agresividad, como la sexualidad, están, por así decirlo, programadas genéticamente. Es una pulsión que los romanos y los otros pueblos antiguos tuvieron en cuenta. En lugar de reprimir la violencia se esforzaron por encauzarla ritualizándola, para que surtiera el efecto catártico de toda representación simbólica.

En el ritual religioso primitivo, el sacrificio de la vida humana es básico: para que la vida siga debe primero destruirse. De aquí proceden los ritos sacrificiales y la tendencia compulsiva al derramamiento de sangre. En realidad se contraponen dos impulsos elementales: vida-muerte (Eros-Thanatos, amor y discordia), que se ritualizan y se consagran a la divinidad. De este modo liberamos los aspectos ingobernables de la naturaleza instintiva.

El hombre moderno, por el contrario, ha optado por la represión del sentimiento: anulamos el impulso destructor declarándolo malvado y nos reprimimos psicológicamente con complejos de culpa. Pero como la pulsión subyace, sustituimos el combate verdadero del anfiteatro romano por la violencia en el cine o en los telediarios. ¿A cuántas escenas de violencia asistimos a lo largo de nuestra vida, aunque sean ficticias?

–O incluso reales –replica Angus–. Porque anda que las que nos sirven en los telediarios… Y cuando hay un accidente los transeúntes miran, morbosos, hasta que llega la ambulancia.

Joven alado de época alejandrina, probable encarnación de Thanatos. (Museo Británico).

CAPÍTULO XIV

DE TIENDAS POR ITÁLICA

Bueno, basta de charla aquí. Vamos a visitar la ciudad antes de que Lorenzo apriete –concluye Bonoso.

Ya sabe Angus de otras veces que Lorenzo es el sol. Para eso ha venido provisto del gorro ornitológico que contrasta grandemente con el sombrero de palma que usa su amigo y cicerone.

–Ahora estamos entrando por la puerta norte de la muralla en la que desemboca el *cardo maximo*, o sea la avenida principal. La muralla casi ha desaparecido pero alcanzaba unos cuatro kilómetros de longitud y abarcaba unas 52 hectáreas. Bastante para su tiempo. Notarás que Itálica es una ciudad ortogonal, al menos la parte más romana, la *Nova Urbs* que es la que vamos a visitar. Es una cuadrícula de calles que se orientan casi exactamente de norte a sur (los *cardines*) y otras que las cruzan de este a oeste (los *decumani*), lo que dibuja manzanas rectangulares.

En el inicio de la calle, que está pavimentada con grandes e irregulares losas de Tarifa, se asoman los visitantes a una abertura en el pavimento que muestra la cloaca que discurre bajo las losas.

–Aquí tienes el punto donde se cruzan la cloaca que desagüa el *cardo maximo* con uno de los *decumani* –explica Bonoso–. En toda Itálica hay como ocho kilómetros de cloacas semejantes a esta. Las aguas sucias de cada casa se vertían, mediante atarjea, en la cloaca que discurría por el centro de la calle y las calles secundarias la vertían a su vez en la cloaca máxima, un verdadero arroyo subterráneo que sacaba las suciedades fuera de la muralla y desde allí, mediante colector, al río. Los caños mayores, por

los que podía colarse en la ciudad una persona, se vigilaban desde alguna torre. Había que pensar en todo. Como ves, en este que tenemos delante puede transitar una persona erguida. Está calculado para que pueda transitarlo un empleado de mantenimiento.

–¿Existía ese oficio? –se admira Angus.

–Y era de lo más respetable. Incluso tenían una diosa tutelar, Cloacina.

–¿Cloacina?

–La diosa de las cloacas y del acoplamiento sexual, una diosa de origen etrusco que terminó ennobleciéndose y asimilándose a Venus, la diosa del amor. Al principio era la diosa de la Cloaca Máxima romana y luego, por extensión, de todas las cloacas del imperio.

–¿Qué relación puede haber entre las cloacas y el acoplamiento sexual? –pregunta Angus.

–Quizá, si se medita un poco, se encuentre alguna. Al fin y al cabo las herramientas con las que la especie humana practica el acoplamiento son también sus naturales desagües, ¿no?

–Hombre, visto así…

–También tenían un dios de la mierda, Sterculus, y un dios del pedo, Crepitus.

–No te estás quedando con el guiri, ¿eh? –inquiere Angus mosqueado.

–En absoluto. Hablo en serio, los romanos…

–Los romanos tenían dioses para casi todo, como el cristianismo tuvo después santos (muchos de los cuales fueron meras adaptaciones de los dioses). Estaban los dioses mayores, los de primera división, Júpiter, Hera, Marte, Venus, Apolo, Saturno, Vulcano, etc., y estaban los dioses menores, una legión de ellos, muy especializados: Candelifera era la del parto; Libitina, la de la muerte y los cadáveres; Muta, la del silencio; Conditor, el dios de la cosecha; Copia, la de la abundancia; Némesis, la de la venganza; Bona Dea, la de la fertilidad y la virginidad; Orbona, la de los padres que han perdido a sus hijos; Pomona, la de los árboles frutales; Quiritis, la de la maternidad; Tampestes, la de la tempestad; Sors, el dios de la suerte;

Voluptas, la diosa del placer; Somnus, el dios del sueño. Los romanos tenían dioses incluso para estados o pasiones que nadie desea: Egestes, la diosa de la pobreza; Invidia, la de la envidia y los celos; Laverna, la del engaño; Strife, la de la discordia en el matrimonio, Mefitas, la del mal olor. Los libertinos que querían despertar la pasión de una mujer le rezaban a Stimula que concita el deseo femenino y a Suadela, que vence la resistencia de las mujeres. También, por supuesto, a Príapo el dios que estimula la fertilidad, tanto de la vegetación como de los animales y de las personas, para que les garantizara una buena erección. Príapo es el que se representa itifálico.

–¿Itifálico?

–Sí, es una palabreja técnica, que evita a los arqueólogos el uso de otra que pudiera parecer poco científica. Viene del griego ἰθύφαλλος, «falo erecto» (de *ithys*, «erecto», y *phallos*, «falo»).

–Ya entiendo.

–Dioses itifálicos los hubo en diversas culturas. También en la egipcia se representa así a Min, a Amón, a Osiris resucitado. En realidad son imágenes benéficas que lo único que indican es la capacidad regeneradora de la naturaleza. El falo erecto, que los romanos usaban liberalmente, en adornos y lámparas de todo tipo, unas veces unido al dios y otras veces aislado, no era una indecencia sino un amuleto apotropaico.

–Otra palabreja.

–También viene del griego: *apotrepein* significa «alejar». Lo que se aleja es el mal de ojo y la mala suerte y por lo tanto atrae lo contrario, la buena suerte. Muchos romanos llevaban un falo en forma de medalla, al cuello, también lo ponían en los tejados de las casas, en las lámparas, en los adornos…, no se consideraba una indecencia. Obviamente eran personas de mente abierta, lo que es muy difícil de comprender desde la pacata perspectiva cristiana en la que nos hemos criado nosotros. Uno de los falos más espectaculares se ha encontrado en un famoso fresco del vestíbulo de la mansión de los Vettii, en Pompeya. Era una familia poderosa, muy rica y

por tanto también muy expuesta a la envidia y al mal de ojo. Allí está el falo, protegiendo la casa y sus moradores.

En fin, ya ves que meterse en el mundo de la religiosidad pagana es como ingresar en una jungla intrincada. Es muy difícil abarcar ese mundo tan rico, como es difícil abarcar el santoral cristiano con todos sus símbolos y advocaciones y variantes. San Agustín, en su calidad de cristiano que consecuentemente comulga con las piedras de molino de sus extravagantes creencias, se burla de sus compatriotas paganos por ese exceso de dioses: «Cualquiera se contenta con poner un portero a la puerta de su casa. Como se trata de un hombre, con uno es suficiente. Pero los paganos ponen a tres dioses: Fórculo, para las hojas de la puerta (*flores*); Cárdea para los goznes (*cardina*) y Limentino para el umbral (*limen*). Se ve que Fórculo es incapaz de guardar simultáneamente el umbral y los goznes».[53]

–A casi todos los dioses que has mencionado se les saca el patronazgo por el nombre –observa Angus–. Por ejemplo, de Mefitas, debe proceder el adjetivo «mefítico», pestoso.

–Bueno, a todos no, porque también hay una diosa Puta relacionada no con lo que te imaginas sino con la poda de los árboles.

–¿Y realmente creían en ellos? –se interesa Angus.

–Eran un pueblo muy religioso. Habría de todo, pero estoy convencido de que en su mayoría creían. También eran supersticiosos y sin embargo tremendamente pragmáticos. Por ejemplo los generales llevaban unos pollos en jaulones y antes de entrar en batalla les daban de comer: si estaban inapetentes era señal nefasta; si comían con apetito, buena señal, señal de victoria. Pero cuando, por motivos tácticos, necesitaban la batalla a toda costa bastaba con dejar en ayunas a los animalitos para que llegado el momento de la consulta se lanzaran como locos por el pienso. Entonces el arúspice (*haruspex*),[54] que no sé si estaría en el ajo, podía aseverar ante el ejército que los presagios eran propicios.

–¿Quién era ese arúspice?

–Eran una especie de sacerdotes de origen etrusco cuyo trabajo consistía en deducir el futuro a partir de la observación de las entrañas de reses

sacrificadas, o por otros diversos medios (el vuelo de las aves, el comportamiento de los pollos…). Generalmente pronosticaban a partir del hígado. Con el tiempo perdieron crédito, como suele ocurrir con estas tonterías de la gente que vive de la credulidad ajena. El descreído Catón decía que dos arúspices «no podían mirarse sin aguantar la risa».[55]

En esa charla llegan a un solar ajardinado. Bonoso se detiene a la sombra de un ciprés:

–Esta es la *Exedra* –indica abarcando con el gesto una ruina de la que sobresalen distintos muros y pilares de ladrillo–. Ocupa toda la manzana, unos cuatro mil metros cuadrados. No sabemos muy bien para qué servía. Digamos que era un edificio de usos múltiples, con esa expresión tan cara a los modernos alcaldes cuando construyen algo que no saben bien en qué emplearán.

–¿Eso hacen?

–Más bien hacían, me refiero a antes de la crisis. Mira: estas habitaciones que dan a la calle y no comunican con el resto de la casa eran las *tabernae*, o sea las tiendas. Casi todas las casas romanas, aun las más finas, alquilaban sus crujías exteriores, las que daban a la calle, para tiendas o talleres artesanales (*tabernae*) que solían exhibir sus productos en la acera porticada y a menudo disponían de un altillo para almacenamiento y vivienda. A los romanos pudientes no les interesaban las fachadas exteriores. Por seguridad, y para preservar la intimidad del hogar, preferían que la casa se abriera y recibiera luz de un patio interior. Hablo de la típica casa romana, de familia bien. Los pobres vivían en colmenas, en corralas o casas de pisos (*insulae*) al menos en Roma, o en chozos miserables.

–¿Entonces esto qué es?

–Ya digo que no lo sabemos bien: pudiera ser la sede de una asociación. Existían una especie de cofradías (*collegia*) de afiliados por razón de oficio, como los gremios medievales, o religiosas. Pudiera ser el club o el casino de una de estas cofradías, con una parte dedicada al hospedaje, otra a la convivencia, una palestra o gimnasio, un comedor con triclinios, unos baños, unas letrinas, todo eso lo encontramos aquí. Los gimnasios solían ser

espacios a cielo abierto, ese rectángulo de hierba que ves ahí, donde los atletas se entrenaban en carrera, salto, boxeo y demás disciplinas deportivas. Las damas solían entrenarse con halteras, como se ve en algunos mosaicos, en los que, por cierto, aparecen en bikini. Lo hacían para embellecer los brazos y fortalecer los músculos que sostienen las tetas. Como no se conocía la cirugía plástica, pues ya se sabe…

–Tendrían sus duchas y todo, estos gimnasios… –se imagina Angus.

–Me temo que no. Los romanos no conocieron la ducha ni el jabón. Lo que hacían después del ejercicio, sudorosos, era masajearse con aceite de oliva y después se espolvoreaban el cuerpo con talco o greda.

–Quedarían como emborrizados.

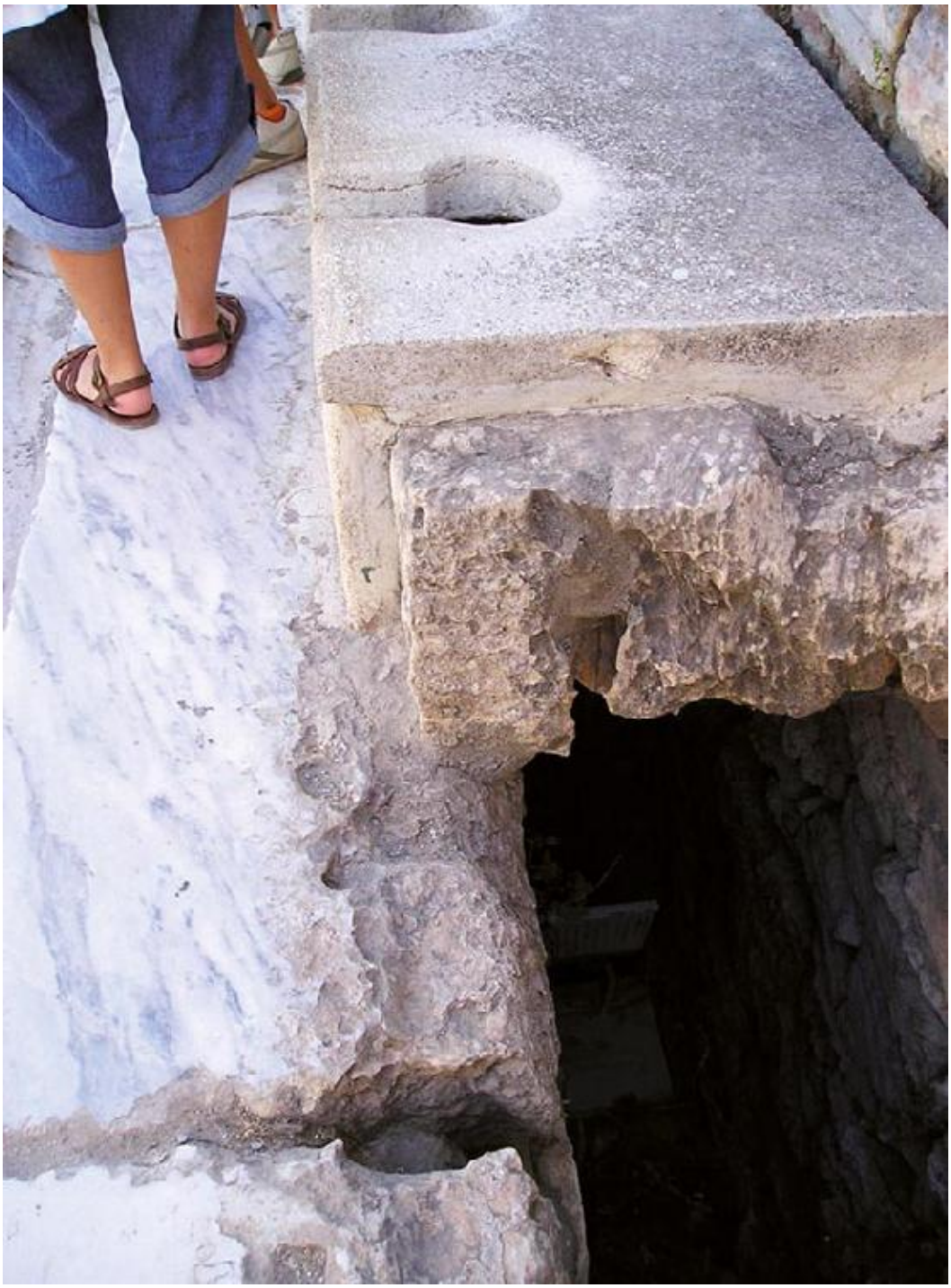
–Algo así. Esa especie de barrillo que les quedaba por la piel lo recogían con pasadas del estrígilo, una rascadera de bronce en forma de hoz, con los bordes redondeados. Lo curioso es que se pensaba que esa porquería hecha de sudor, aceite y polvo era una pomada salutífera. No faltaba quien la recogiera para uso medicinal.

–Aquella especie de sala ¿qué es? –señala Angus.

–Las letrinas, que eran públicas, sin miramiento alguno por la intimidad de los usuarios. Ya ves que es como un banco corrido con agujeros. El usuario llegaba, saludaba a los presentes, escogía un sitio libre, se levantaba los faldones y ya está. Podía defecar mientras se unía a la animada charla de los usuarios. Delante de ese banco corrido había un canalillo, ¿lo ves?, por el que corría continuamente agua. Agua corriente era el papel higiénico que los romanos utilizaban.

–Como en los países árabes actuales –señala Angus.

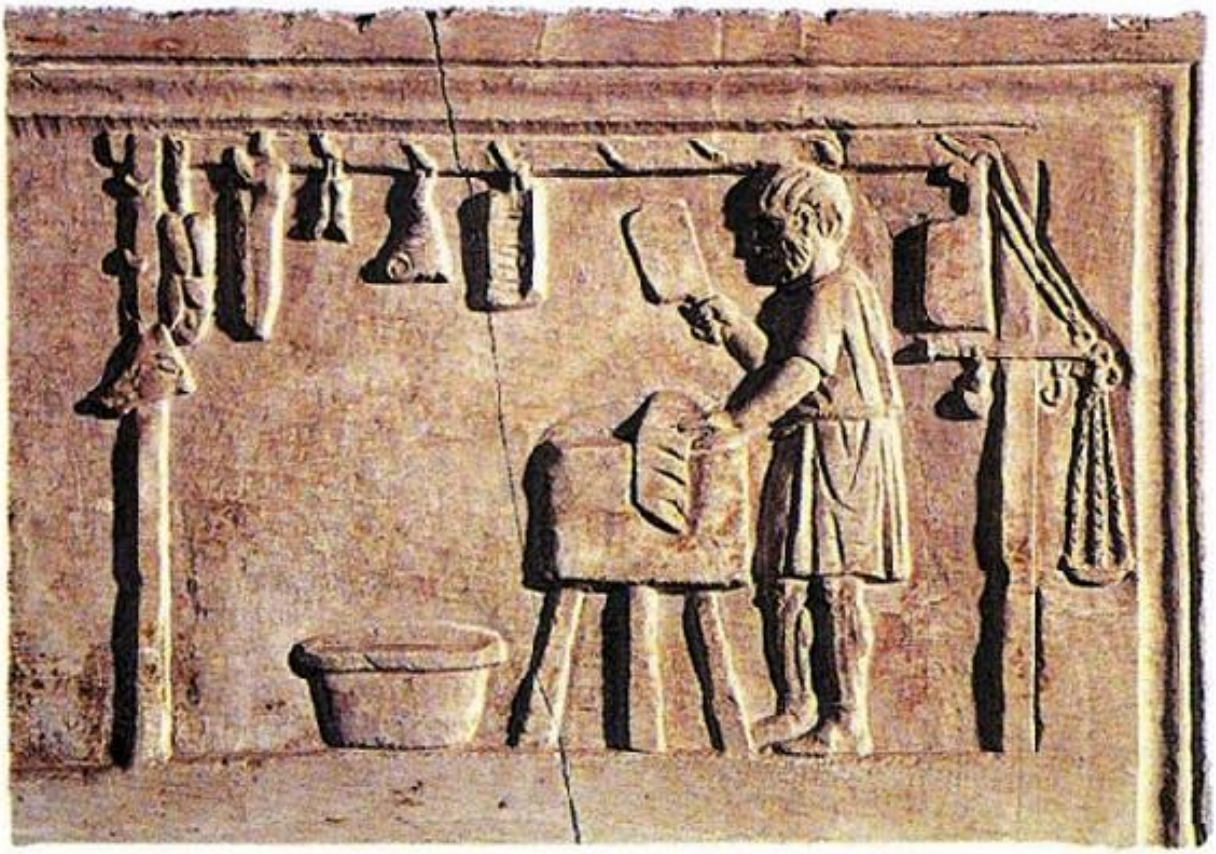
–En algunas letrinas, algo más finas, se disponía de esponjas sujetas a un palito. Cuando el usuario terminaba la faena mojaba la esponja en el canalillo, introducía el palito por la abertura vertical del banco donde estaba sentado, y se aseaba convenientemente. Después rozaba el palito contra el borde hasta que la esponja se desprendía. Por el interior del banco donde defecaban corría otro canalillo de agua que lo arrastraba todo a la cloaca mayor.



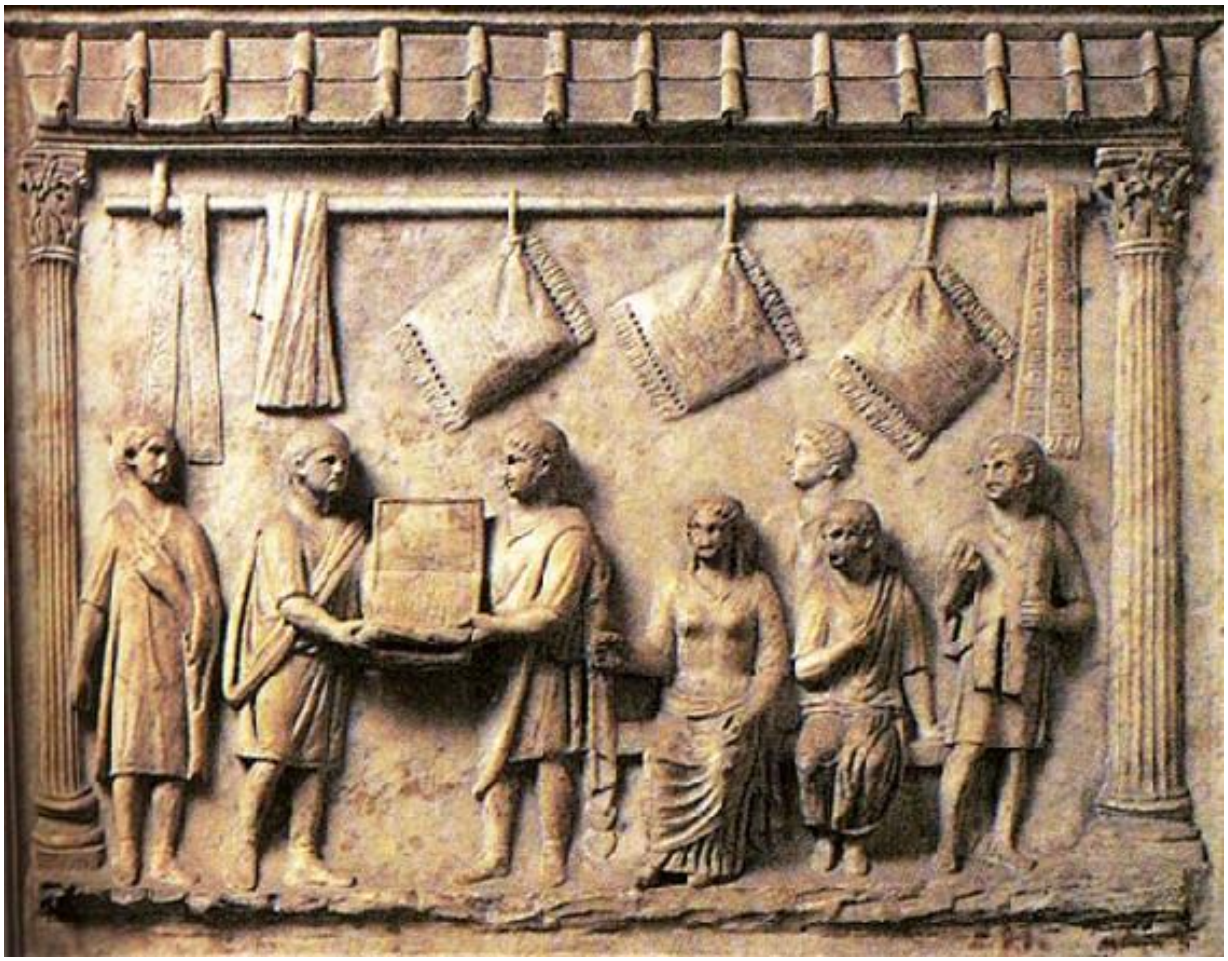
Canal por el que corría el agua para la limpieza de las letrinas.

Amuleto fálico para la protección del hogar. (Foto de Icastro).

Príapo representado en un fresco pompeyano.



Carnicero.

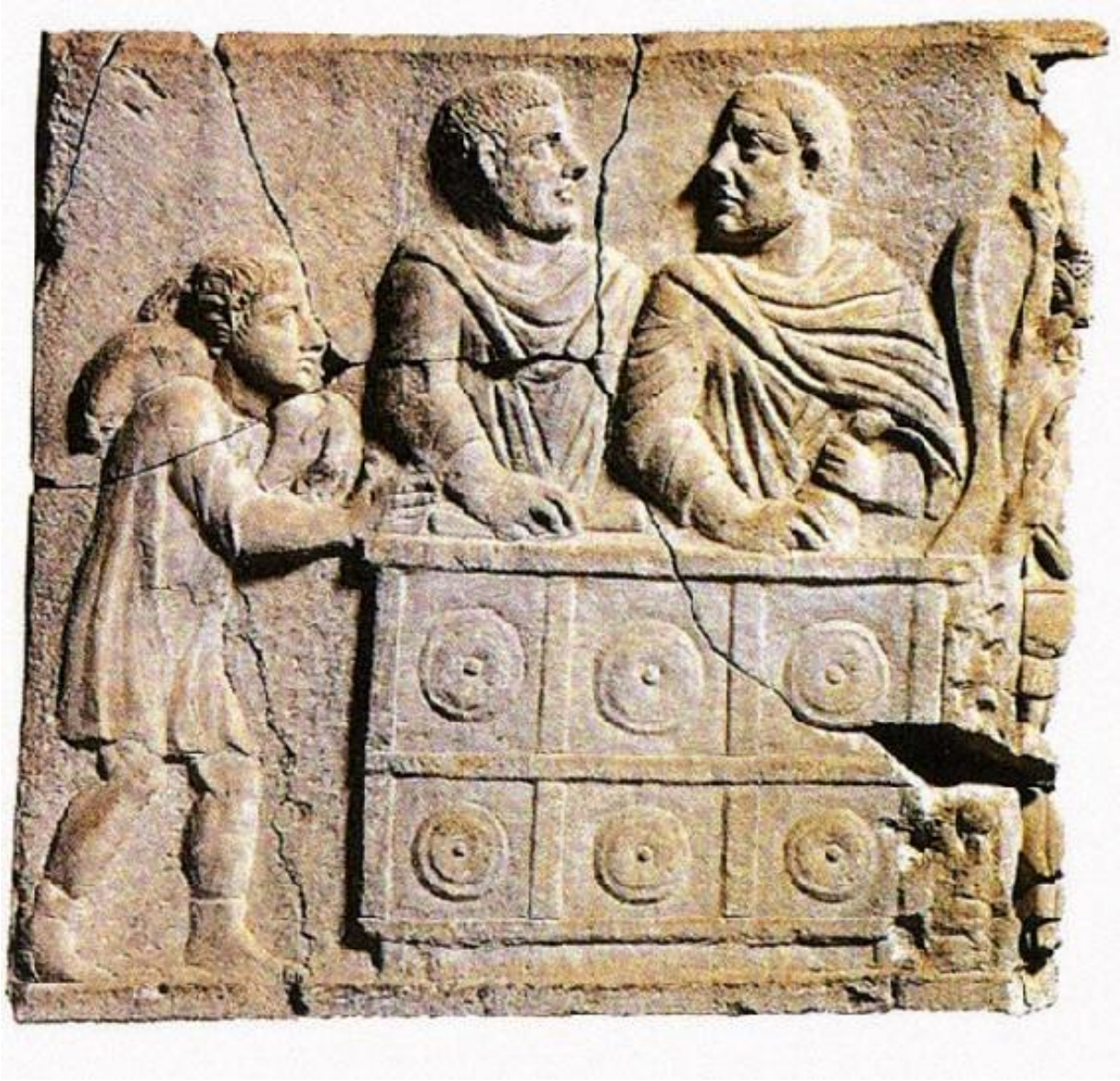


Vendedor de telas.

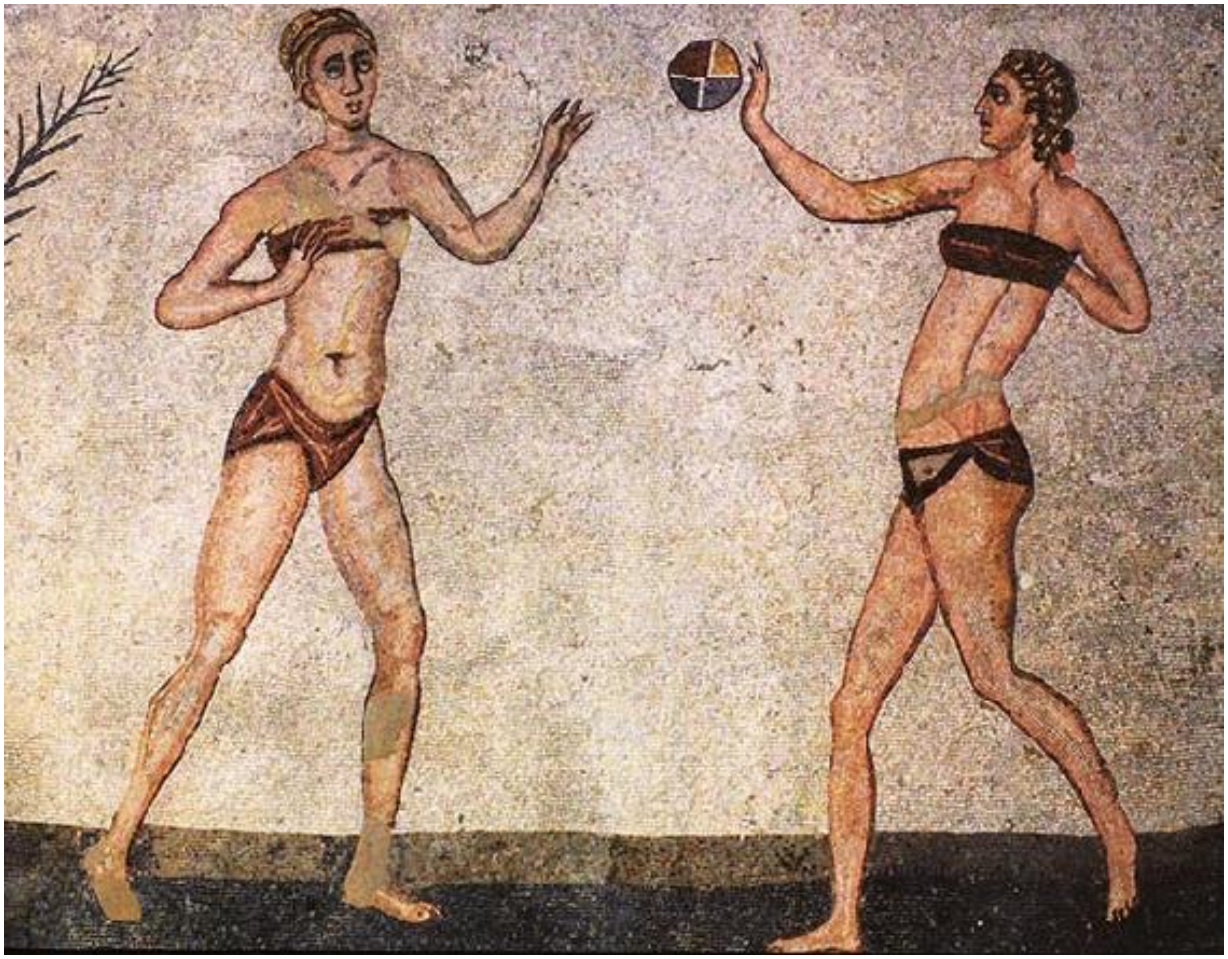
Herrero.

Frutero.

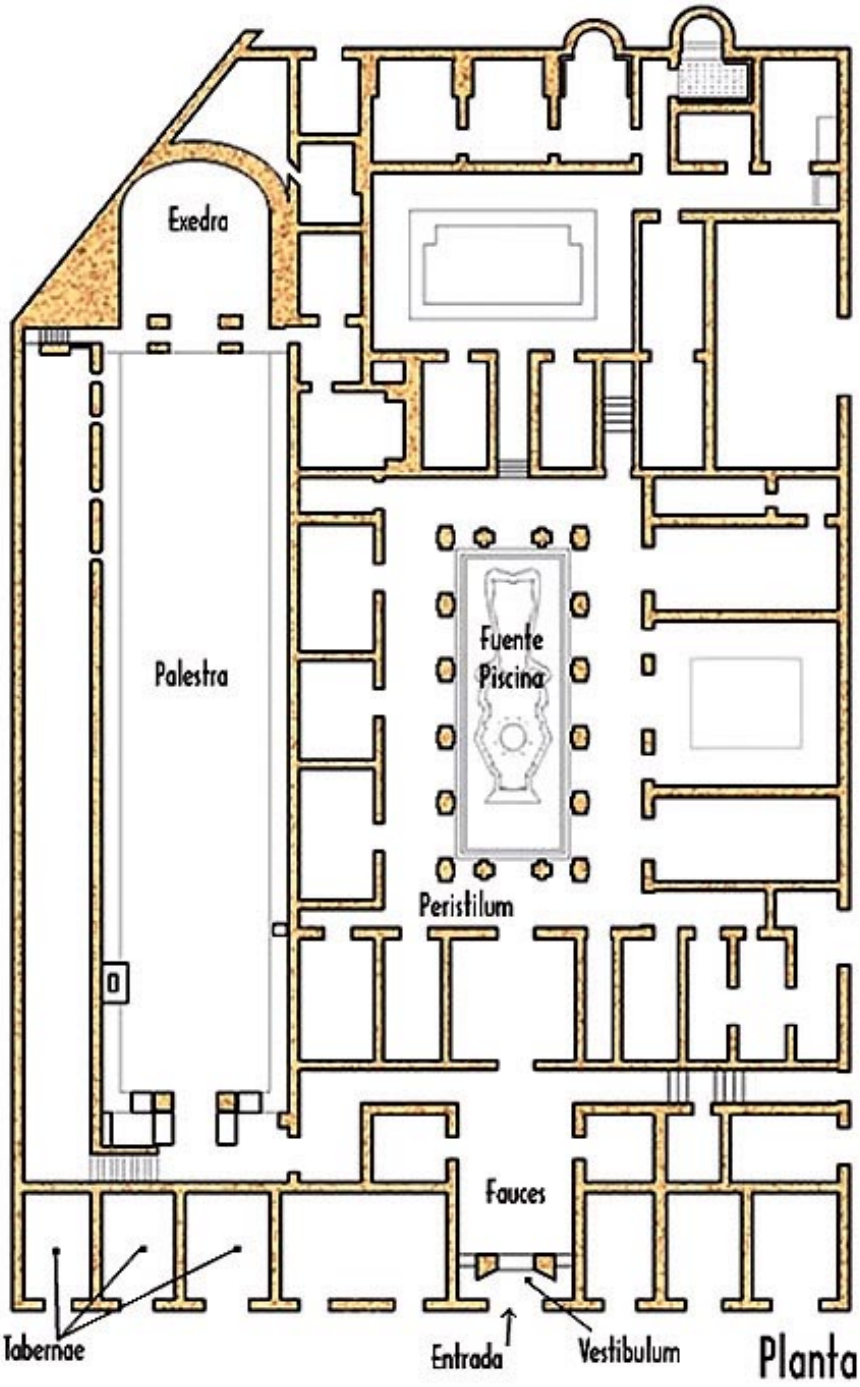
Boticario.



Banqueros.
La profusión y diversidad de los oficios en el mundo romano señala un alto grado de sofisticación en la organización y división del trabajo, claro indicador de las sociedades complejas.



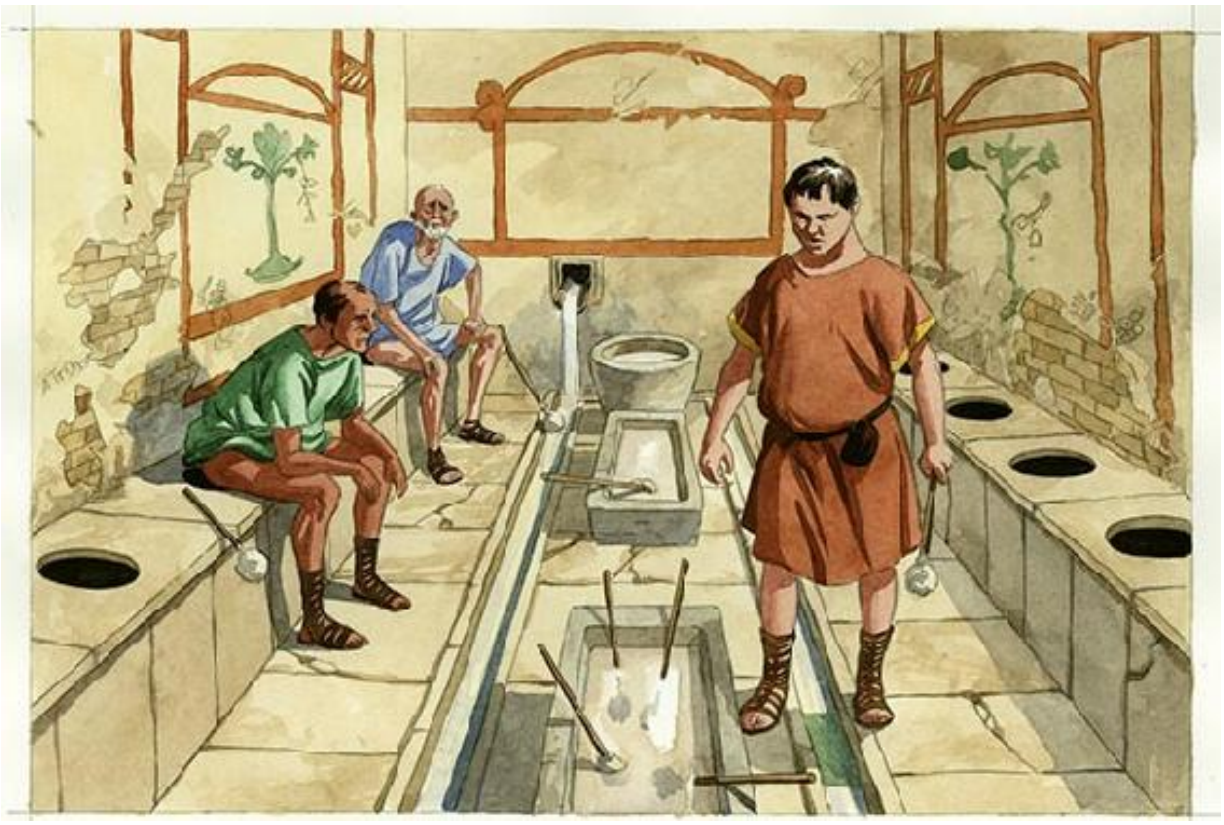
Chicas deportistas en un mosaico del siglo IV.



Planta de la casa de la Exedra.

Letrinas comunitarias.

Estrígilo y recipiente para el aceite.



Romanos en el retrete. (Dibujo de Ana Miralles).

CAPÍTULO XV

DE LOS PELIGROS DEL PLOMO Y DE LOS DEL MINOTAURO

Prosiguen los amigos el paseo y llegan a la intersección de dos calles. En una abertura del suelo se ve una tubería de plomo.

–Mira Angus esto es una tubería (*fistulae*), una lámina de plomo doblada y machacada en la juntura. Existe una teoría, últimamente bastante discutida, que atribuye la decadencia del imperio romano al envenenamiento por acetato de plomo, porque cocían el vino en recipientes forrados de plomo.

–No me digas.

–Eso es lo que sostienen algunos, yo ni entro ni salgo a mi edad. Dicen que la decadencia del imperio romano pudo haber sido provocada por una intoxicación generalizada de sus clases dirigentes por el plomo que tomaban en el vino y en las comidas.

–¿Y cómo es que tomaban plomo?

–Para mantener el color, la suavidad y el bouquet del vino lo hervían a fuego lento en recipientes forrados interiormente de plomo. Luego, según el tiempo del hervor llamaban al vino *sapa*, *defrutum*, *heprena* o *siracum*. El vino resultante contenía entre 250 y 1.000 miligramos de acetato de plomo por litro, esto se ha comprobado en laboratorio, lo que provocaba una lenta intoxicación que, unida a la consanguineidad de repetidos matrimonios en la misma familia, podría explicar los problemas psíquicos que se observan en los emperadores tardíos.[56] A eso hay que añadir que el maquillaje de las

damas para blanquear la cara contenía plomo, que el colorete para las mejillas era nitrato rojo, que la sombra de ojos contenía antimonio y el lápiz de labios minio, todos tóxicos. Ese lento envenenamiento podría explicar por qué las clases dirigentes padecían enfermedades como la gota saturnina.

Llegan a otro edificio que parece interesante.

–Este es el del mosaico de Neptuno. En lo excavado han aparecido unos baños y el referido mosaico que representa al dios del mar con su tridente, policromado, rodeado de criaturas marinas en blanco y negro. El edificio debió de ser público porque ocupa unos seis mil metros de extensión, muchos de ellos todavía sin excavar.

–¿Y cómo es que no los excavan? –pregunta Angus.

–Falta de fondos, amigo mío. Ese es el problema de la arqueología andaluza y española. Tenemos tanto patrimonio bajo tierra que el dinero disponible se va en excavaciones de salvamento. En cualquier pueblo excavas los cimientos de una casa y aparece al-Andalus, más abajo Hispania, más abajo Iberia y más abajo quién sabe, el bronce, el algar y todo eso. Por otra parte, no hay mucho espacio donde guardar lo que se saca y para almacenarlo en cajas cubiertas de polvo más vale dejarlo donde está y dejarles algo a los arqueólogos del futuro.

–No está mal pensado –reconoce Angus.

–Ese otro mosaico representa un laberinto y en el centro al Minotauro.

–No lo veo.

–Estaba representado en el cuadro central, pero lo habrán robado los expoliadores. Ya sabes que los expoliadores son el cáncer de nuestro patrimonio arqueológico. A los beneméritos recuperadores del patrimonio del siglo XIX, como la marquesa de Lebrija, han sucedido saqueadores sin escrúpulos que surten a coleccionistas particulares.

–¿Y no se sabe dónde está?

–¡Vaya usted a saber! En algún museo extranjero o en alguna colección particular. Tú conoces la leyenda del Minotauro ¿no? Había en Creta un rey que atendía por Minos, y estaba casado con Pasífae, una mujer muy hermosa y sobradamente caprichosa. La buena señora se enamoró de un

hermoso toro blanco que enviaron los dioses y cómo estaría de colada por el astado que consiguió que el artesano Dédalo le hiciera una vaca hueca dentro de la cual se acomodó en la postura conveniente para recibir las atenciones del toro.

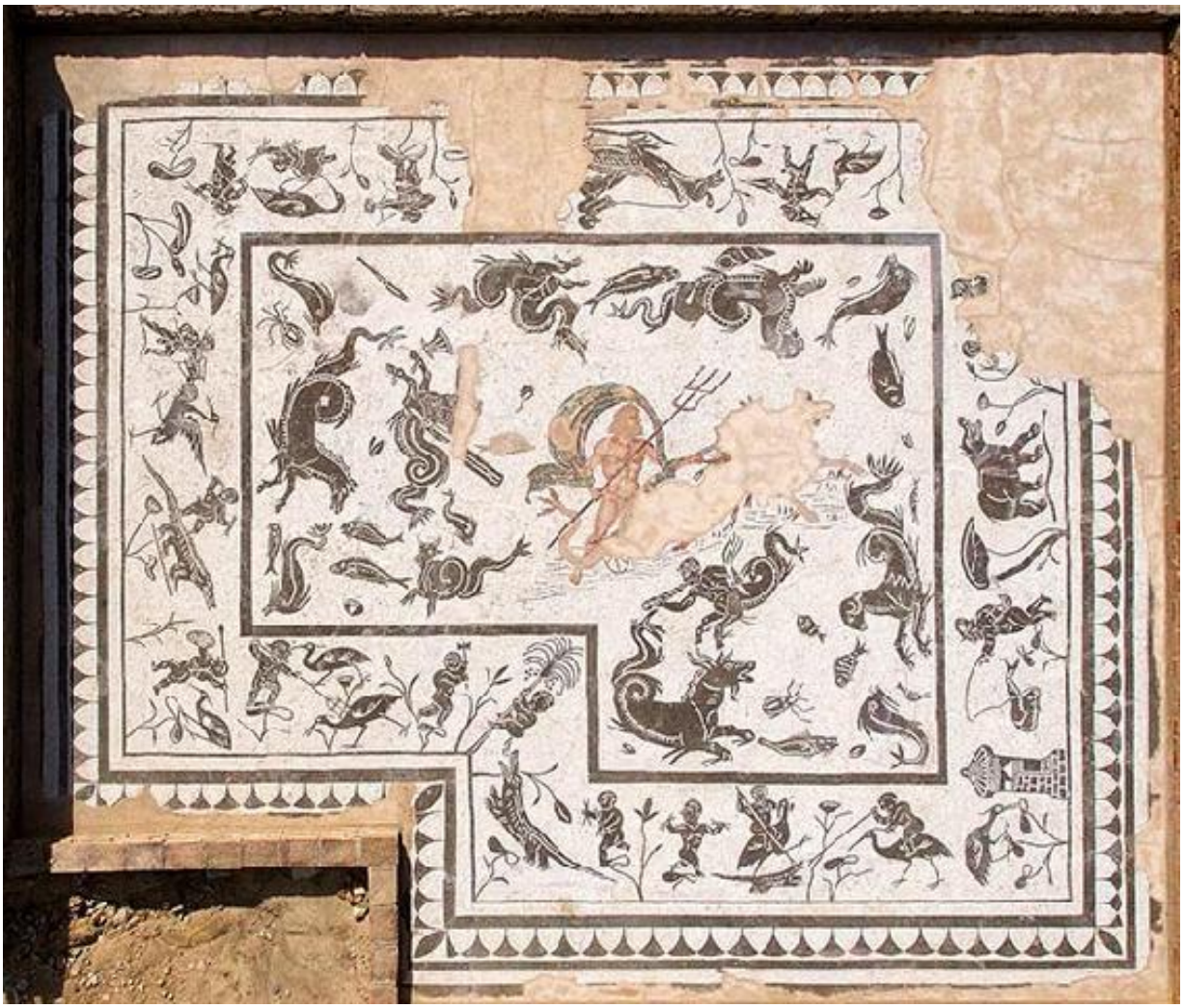
–¡No fastidies!

–Ya ves a dónde pueden conducirnos los bajos instintos. Pues Pasífae quedó preñada del bovino, no sabemos si a la primera o fruto de reiteradas cubriciones, que eso no viene en Borges, y al cabo de nueve meses parió un niño monstruoso que tenía cuerpo de bebé y cabeza de ternero.

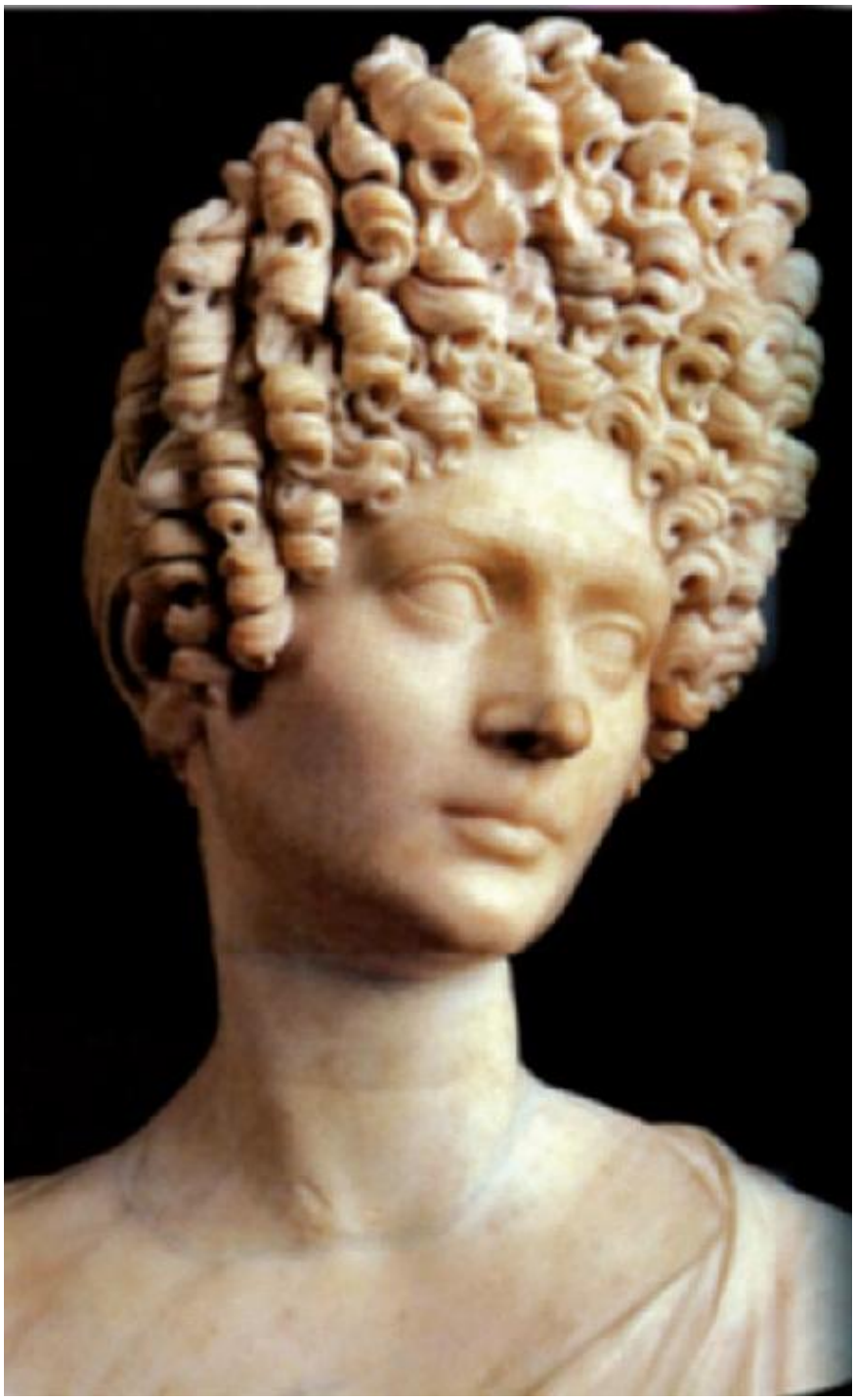
–¡El Minotauro!

–El mismo. Que en cuanto creció se volvió más peligroso que un Miura o que un Vitorino. El rey Minos, que no le tenía mucho afecto, como te puedes imaginar, encargó a Dédalo que construyera un laberinto para encerrar a aquel engendro. El monstruo se estuvo alimentando de las siete doncellas y siete donceles que Atenas entregaba a Creta como tributo hasta que el héroe Teseo penetró en el laberinto y lo mató. La princesa Ariadna, su enamorada, le había entregado un ovillo de hilo para que pudiera encontrar la salida. Podía haber sido un final feliz pero el cuitado lo fastidió: sedujo a Ariadna y después, si te vi no me acuerdo, se largó dejándola llorosa en la playa. Fíate de los hombres.

Tuberías romanas.



Mosaico de Neptuno.



Dama de la alta sociedad.

Copia romana del Minotauro, atribuida a Mirón. (Museo Arqueológico de Atenas).

Mosaico del Laberinto en Itálica.

CAPÍTULO XVI

DE PILILAS MUTILADAS, CIUDADES, VILLAS, DIOSES Y PRÍNCIPES

Contináuan los amigos paseando hasta el Observatorio Oriental, un corralillo en forma de lonja desde el que se dominan las ruinas de la ciudad, muchas de ellas meramente señaladas con hitos, campo de abrojos, inculto, sin excavar todavía. Preside el observatorio una majestuosa estatua de Trajano desnudo. Le falta media cabeza, una pierna, los brazos y la pilila, pero lo que queda se ve atlético y armonioso, con la tableta de chocolate bien marcada en el vientre.

–¡Salve César! –lo saluda Bonoso y se abstiene de acompañar sus palabras con el saludo romano, que bastante lo tuvo que practicar en su juventud.

–Aquí el emperador Marco Ulpio Trajano, aquí un escoto procedente de Caledonia –Bonoso hace las presentaciones–. No pase apuro el César que, aunque bárbaro, está medio civilizado.

–Oye: qué le ha pasado en…, ya sabes –pregunta Angus señalando las partes imperiales.

–Te refieres a la herramienta reproductora ¿no? Bueno, hay variadas versiones. Algunos dicen que encontraron la estatua así, desgraciada de la vida, pero personas de malignidad probada han notado que a todos los desnudos masculinos del museo arqueológico de Sevilla les falta esa pieza, lo cual parece mucha casualidad, y que en el despacho del director o aledaños hay, o había, un cajón, cerrado con llave, en el que se guardaban

todos esos apéndices convenientemente etiquetados con el nombre del propietario.

–¡No me digas! ¿Y eso por qué?

–Hubo aquí un periodo aciago de nuestra historia, el nacionalcatolicismo, algo semejante a vuestra época victoriana, pero más a lo basto, en el que señoreó Sevilla un cardenal gañán que aplicaba la moralidad al estilo salafista. Bástete saber que excomulgaba a sus feligreses por bailar agarrado. Al parecer la indecencia de las esculturas lo incomodaba y como era tan poderoso…, pero conste que esto pertenece a la leyenda negra del cardenal. Cuando estalló el escándalo, el director del museo negó la existencia del cajón peneano y sostuvo que todo era un bulo. [57]

–¡Menudo elemento el cardenal, para tenerlo de confesor! –exclama Angus.

–Bueno, no creas, con él mismo no era tan severo. Ya sabes ese entrañable refrán castellano que dice: el que a sí mismo se capa, buenos cojones se deja. Existen fundadas sospechas de que el pajarraco tenía una amante de la aristocracia sevillana, una marquesona a la que hizo un hijo.[58] ¡La carne es débil!

–¡Gran verdad!

Angus contempla el paisaje: en primer término el campo acotado sin excavar, el mustio collado, al fondo, la carretera que marca el límite y detrás el caserío de blancas paredes y tejados ocres de Santiponce, desde el que asciende un vaho sonoro de ciudad inquieta y laboriosa que no vive del PER.

–Estamos en el límite, más o menos, de la ciudad nueva (*Nova Urbs*), la ampliación del siglo segundo, y de la vieja (*Vetus Urbs*) –le dice Bonoso–. Ahí, en el subsuelo de Santiponce, el pueblo actual, se extiende buena parte de la ciudad vieja o lo que quede de ella, pues el pueblo, con sus cimientos y sus desmontes, habrá destruido buena parte. Se han rescatado, no obstante, el foro, el teatro, un iseo, y unas termas monumentales. El foro era, para entendernos, la plaza mayor de la ciudad, el centro de la vida

económica, administrativa y judicial, una plaza rectangular, rodeada de buenos edificios y un hormigueo de procuradores, secretarios, escribanos, ricos mercaderes, ávidos cambistas, vociferantes abogados, ayunos literatos, geómetras, ganapanes, mendigos, médicos, vendedores ambulantes de salchichas y empanadas de garbanzos, gente ociosa… Esto era un foro de ciudad provincial, pero a pesar de ello, cosmopolita. De vez en cuando, dos fornidos esclavos apartarían a empujones a la gente abriendo paso a una silla de mano cerrada que transportara a una dama o a un importante patricio.

–Se hace uno a la idea y le entra algo de melancolía, en medio de este silencio.

–El sentimiento que nos dan las ruinas, amigo. Ahí estarían las oficinas de la burocracia local: cartas, certificados, informes, órdenes de pago, contratas de obras públicas, nombramientos, recomendaciones, destituciones. Los funcionarios estatales trabajaban media jornada, desde el amanecer al mediodía. La tarde era para el ocio y los deportes.

–Como nosotros en la época victoriana –comenta Angus–. Por la tarde al club. Oye y eso del iseo que has mencionado antes ¿qué era?

–Un templo de Isis, la diosa madre de los egipcios. Aquí, en Itálica, está pegado al pórtico del teatro. Iseos los había en todo el Mediterráneo porque fue un culto muy extendido. El propio Adriano se interesó en los ritos de Isis y decoró con escenas isiacas su lujoso chalet de Tívoli. Cuando se extendió por el imperio la moda de los cultos orientales Isis compitió con Cristo. Finalmente ganó Cristo, claro, de eso no hay duda, a ver quién se acuerda ahora de Isis. El cristianismo que, como sabes, es capaz de digerir piedras, no tuvo inconveniente en apropiarse de la figura de Isis y transformarla en la Virgen María, la que amamanta al niño, como Isis amamanta a Horus. En Egipto incluso transformaron templos de Isis en iglesias de la Virgen sin cambiar a la diosa lactante que los presidía. Gente práctica, lo sé. Al parecer a Isis se la adoraba en ritos orgiásticos, pero de eso se sabe poco. Ya te digo que el cristianismo desarraigó concienzudamente a la competencia.

–Y del teatro ¿qué me dices?

–Uno de los más interesantes de España, pero como hay que regresar al pueblo para verlo, lo pasaremos por alto. No creas que no costó lo suyo desembarazarlo de los edificios parasitarios que le habían crecido encima. Cuando los arqueólogos comenzaron las prospecciones una señora intentó disuadirlos:

–¿Un teatro? Me parece que ustedes se equivocan. Esta casa la tenemos la familia desde antes de mi abuelo y yo les puedo asegurar que aquí nunca ha habido un teatro, ni cómicos ni nada de eso, que aquí somos gente decente.

Angus se ríe de buena gana.

–Esto me trae a la memoria cierta anécdota –prosigue Bonoso–. Hace unos años visité la villa romana de La Olmeda, en Pedrosa de la Vega, Palencia. Una guía joven, morena, de bellos ojos azules, nos explicaba el yacimiento a un grupo heterogéneo de turistas y al llegar al mosaico de Leda mencionó que Zeus se convirtió en cisne para copular con Leda.

–¿Copular…? –preguntó una señora del grupo–. ¿Quiere usted decir que el cisne y la mujer…?

La guía asintió solemnemente.

–¡Qué desvergüenza! –exclamó la señora.

–Oiga, señora, que Zeus era el padre de los dioses, el Dios Todopoderoso –intervine yo.

–No, si no lo digo por él –se atemperó la señora–: él hace bien, que para eso es Dios. Lo digo por esa Leda… ¡acostarse con un cisne!

–Pues a mí los cisnes me parecen muy bonitos, como de cuento de hadas –opinó otra visitante.

–Sí, pero… ¡qué asco! –insistía la señora escandalizada mientras reforzaba sus argumentos propinándose enérgicos abanicazos en el pecho–. Han hecho bien en romperlo, oiga, porque es una indecencia.

–Señora –le advirtió la guía, paciente–. Nadie lo ha roto, es que lo encontraron así.

–¡A saber la clase de gente que vivía aquí! –insistía la señora–. ¡En seguida iba yo a poner eso en mi sala de estar!

–Esto era seguramente el comedor, señora –apuntó la guía.

–¡Pues en mi comedor, menos! Lo que yo tengo en el comedor es una Santa Cena de mi abuela que se le da un golpecito al brazo del Cristo, que es articulado, y te bendice la mesa. De esas no se fabrican ya.

Ríen los amigos de buena gana. Después vuelven a la observación del paisaje de ruinas soterradas y jaramagos amarillos.

–¿Oye y dices que Trajano nació aquí? –inquiere Angus.

–El mismo Trajano, amigo, el *Optimus Princeps*, el mejor de los príncipes como lo llamó oficialmente el Senado.[59]

–Un provinciano que llega a emperador resulta bastante notable –observa Angus.

–En efecto, pero como casi todo, tiene su explicación: a finales del siglo I, dos estirpes llegadas de Hispania, los Aelios y los Annios, bajo el patronazgo del patricio Licinio Sura, constituían un *lobby* importante en Roma.

–Y promocionaron a Trajano– deduce Angus.

–Exactamente –reconoce Bonoso–, pero la elección debió de coincidir con el sentir general porque Trajano era ya un general victorioso que había vencido a los germanos y eso se apreciaba mucho en Roma. Y cuando ascendió a la púrpura no se estuvo con los brazos cruzados sino que reemprendió las conquistas, que estaban estancadas prácticamente desde Augusto. Cruzó el Danubio y amplió el imperio con una nueva provincia, Dacia, en la actual Rumanía. Allí capturó un fabuloso tesoro, que en parte invirtió en el embellecimiento de Roma: la Columna Trajana, el foro romano y otros edificios diseñados por el famoso Apolodoro de Damasco. Cómo de crecido sería el botín que convocó a todos los ciudadanos que debieran algo, pagó sus deudas, rescató los pagarés y los hizo quemar delante de todos.

–Un verdadero padre de la patria –comenta Angus–. Ahora los gobernantes te brean a impuestos y con tu dinero financian dudosas

caridades en el extranjero.

–Será que no nos merecemos otra cosa –comenta Bonoso–. Trajano fue sobre todo un militar brillantísimo. Piensa que Dacia había tentado ya a sus predecesores porque era tan rica en metales como Hispania, el propio Domiciano había acariciado el proyecto de conquistarla, pero había que pensárselo dos veces antes de atreverse con aquellos guerreros que tenían una terrible fama.

–¿Tan fieros eran?

–Tanto. Les iba la vida en ello. Cuando resultaban derrotados se suicidaban como sacrificio a su dios Zalmoxis.

–¡Qué extravagancia! Como los samuráis.

–Sí, una de esas extravagancias en las que incurre el personal cuando cree en la existencia de otra vida en la que te espera la felicidad.

Asiente Angus a la honda, o relativa, verdad.

–Cuando visito Londres –comenta–, suelo darme una vuelta por el Museo de Alberto y Victoria donde tengo una sobrina restauradora. En el patio tienen un molde en yeso de la Columna Trajana de Roma.

–Pues el bajorrelieve en espiral que recorre la columna cuenta las campañas de Trajano contra los dacios –comenta Bonoso–. Yo he estudiado algo el molde del museo nacional de Bucarest. La columna es una valiosa fuente de información sobre el ejército romano en su mejor momento, de la vida en el campamento, del asedio de las ciudades y de las formas de lucha entre el disciplinado romano y el bárbaro. Fue una suerte que hicieran esos moldes porque hoy el original está bastante deteriorado debido a la polución de Roma y los detalles se ven mejor en las copias. No sé si sabrás que las cenizas del emperador se enterraron debajo de la columna en una urna de oro que, como es natural, ha desaparecido con tantos saqueos sufridos por Roma a lo largo de la historia.[60]

Llega al altozano una pareja de enamorados, se sientan en la lonja y se entregan a los preceptivos arrumacos previos al apareamiento. Nuestros amigos, prudentes, dejan solos a los tórtolos y abandonando el observatorio prosiguen su visita.

–¡Cómo está la juventud, eh! –inquiere Bonoso.

–Te advierto que en el Reino Unido, sin llegar a la libertad que hay en España, también se ve cada cosa…

–¡La *pudicitia* que se está perdiendo! –suspira Bonoso–. Tenían que haber vivido en mis tiempos, cuando los severos confesores nos advertían que después de mear si te excedías de las tres canónicas sacudidas, se contabilizaba como paja.

Descendiendo hacia la casa del Patio Rodio los amigos prosiguen la conversación sobre Trajano.

–El sometimiento de un pueblo tan correoso como el dacio hubiese sido suficiente honor en la vida de un César –afirma Bonoso–, pero el inquieto Trajano hizo mucho más: conquistó buena parte del medio oriente, donde creó las nuevas provincias de Armenia, al sur del Cáucaso, Siria, Arabia Pétrea (entre Israel y la península del Sinaí) y Mesopotamia (que arrebató a los partos). Y adoptó sensatas decisiones políticas como integrar las provincias en el núcleo de decisiones del imperio, un sueño de Julio César que Augusto había frenado. Su reinado fue quizá el mejor momento del ejército romano, su cenit. Su sucesor, Adriano, fue todavía mejor.

–¿Mejor aún?

–Para mi gusto el gobernante más acertado que jamás tuvo Roma en sus mil años de existencia. Trajano era un militar, Adriano un intelectual realista que comprendió que el imperio no podía extenderse más y prefirió ceder algunas provincias a cambio de ciertas ventajas.

–Corrección de líneas llamamos a eso en la milicia –aporta Angus.

–Adriano se retiró ordenadamente de lo que era indefendible antes de que los partos se lo arrebataran (la provincia de Mesopotamia) y estableció unas fronteras defendibles que fortificó. En lo personal no fue un hombre feliz porque estaba casado con su sobrina, que le salió malcontenta y respondona.

–¿Y por qué no se divorció?

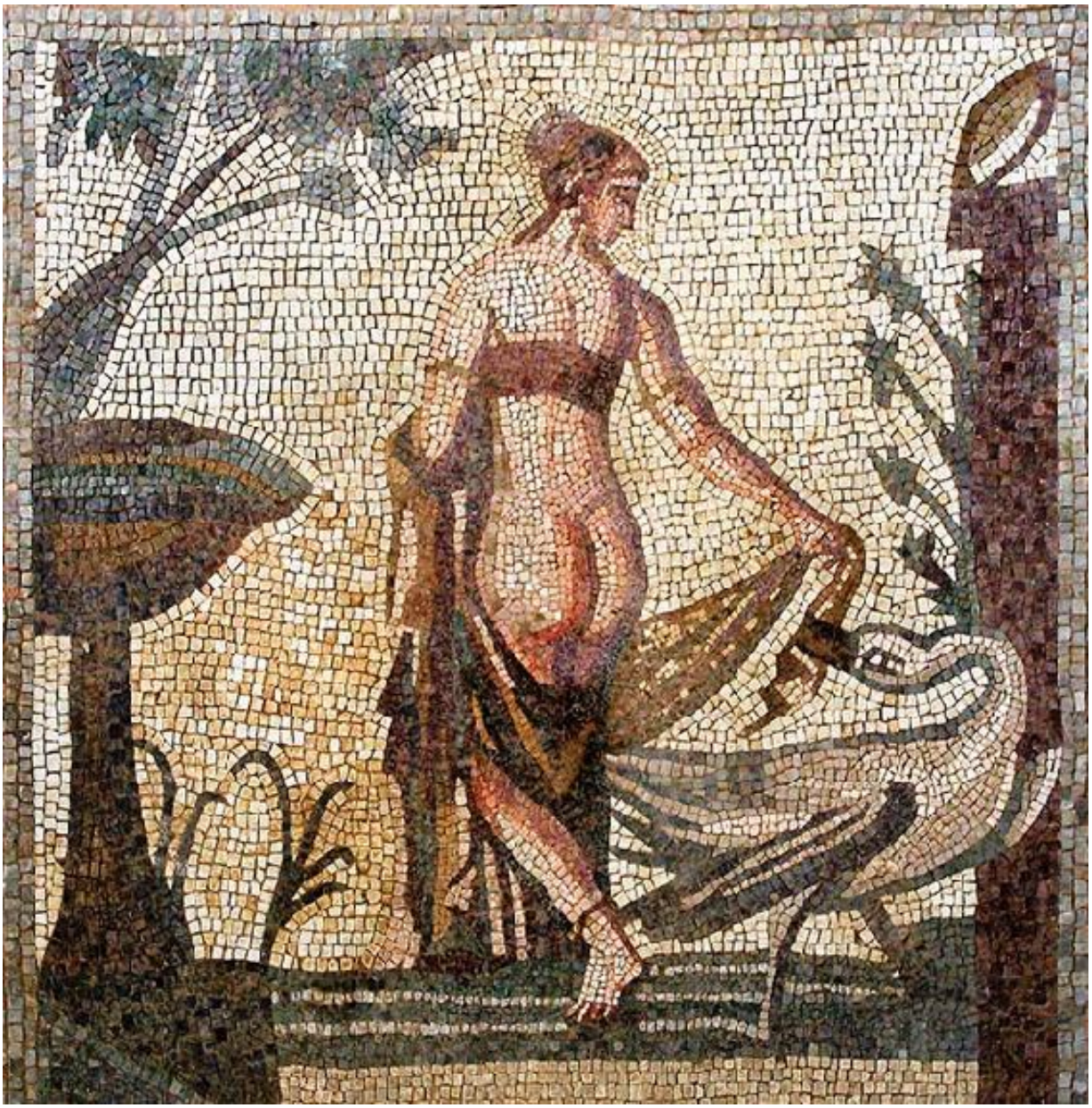
–Eso mismo se pregunta la *Historia Augusta*, una obra colectiva compuesta hacia el siglo VI. Y ella misma responde: porque el emperador

tenía que dar ejemplo. Parece que el gran amor de su vida fue un muchacho griego, Antínoo, del que se siguen encontrando estatuas por todo el imperio. Ya sabes, él, gran admirador de la cultura griega, no vio impedimento alguno en practicar la pederastia. El chico se ahogó en el Nilo, accidentalmente al parecer, aunque no faltaron teorías conspirativas que apuntaban a la celosa esposa de Adriano o incluso a un sacrificio voluntario del mancebo para que los dioses alargaran la vida de su regio amante. El compungido Adriano nunca se repuso de la pérdida: hizo erigir templos al finado y lo proclamó Dios.

–Y eso ¿no les pareció a los romanos una locura?

–En realidad, no. Ya sabes que ellos aceptaban que un Dios pudiera encarnarse en mortal (de eso se aprovecharía después el cristianismo) y les parecía que los difuntos podían proteger a los vivos desde la otra vida si se les realizaban los sacrificios pertinentes, *do ut des*.

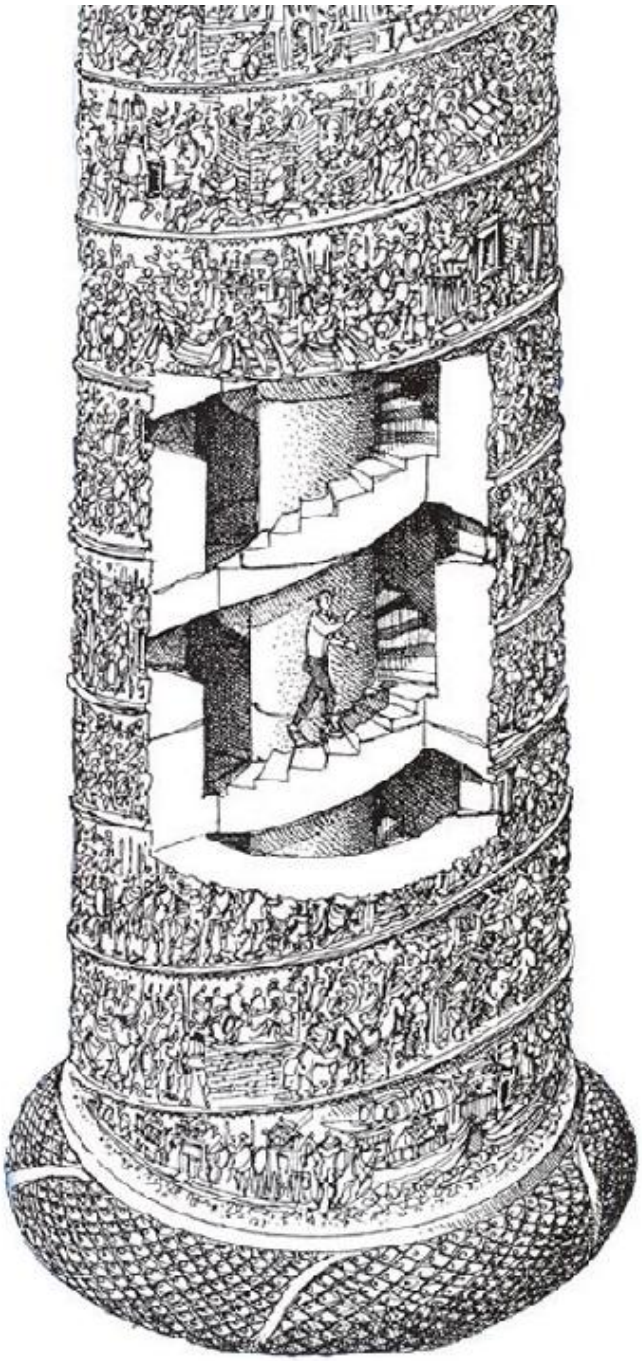
Teatro de Itálica. (Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico).



Leda y el cisne en un mosaico del Santuario de Afrodita en Pafos, Chipre. (Museo de Chipre, Nicosia).

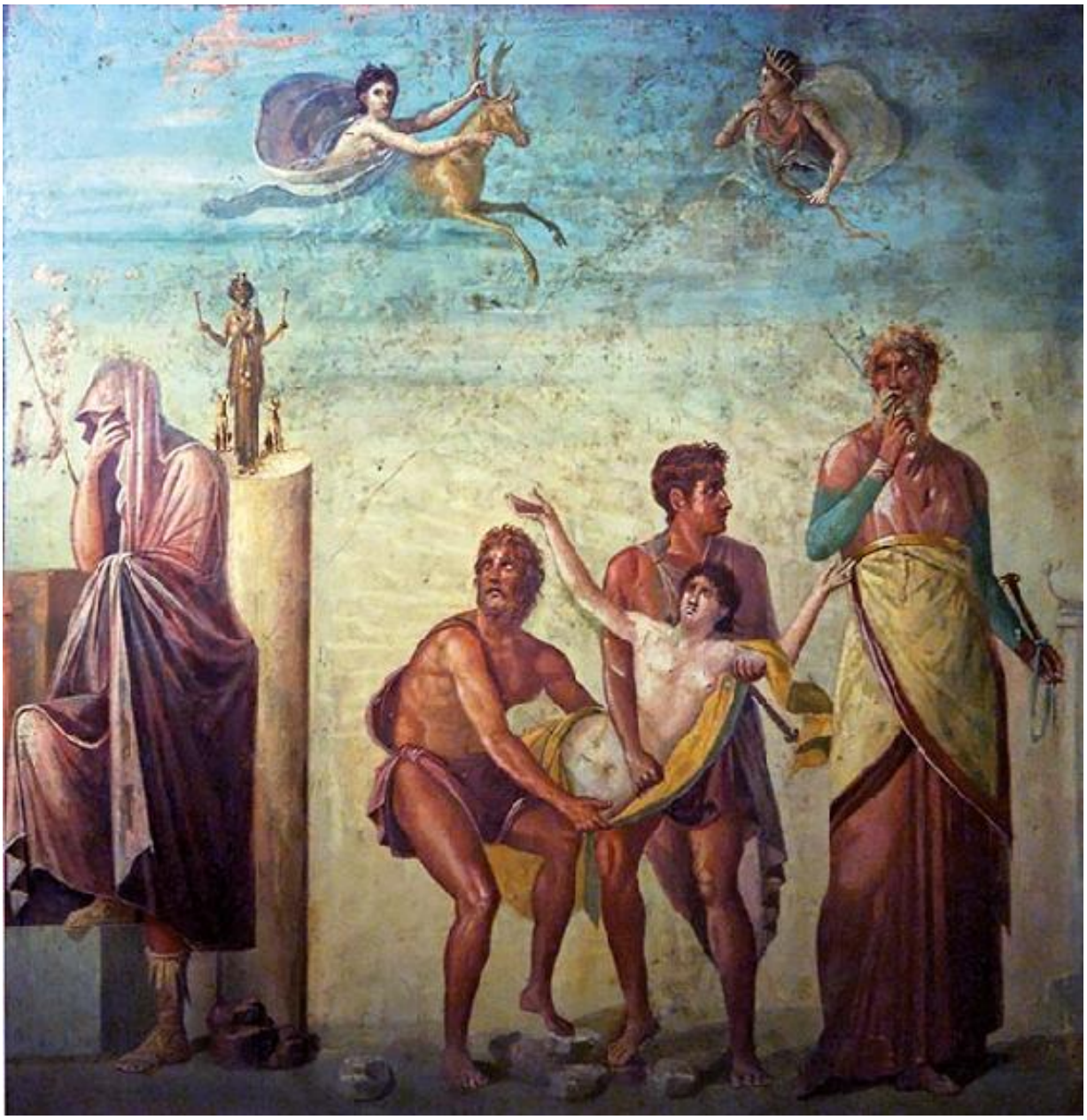
Escultura de Trajano en el mirador de Itálica.

Busto de Trajano en los Museos Vaticanos.

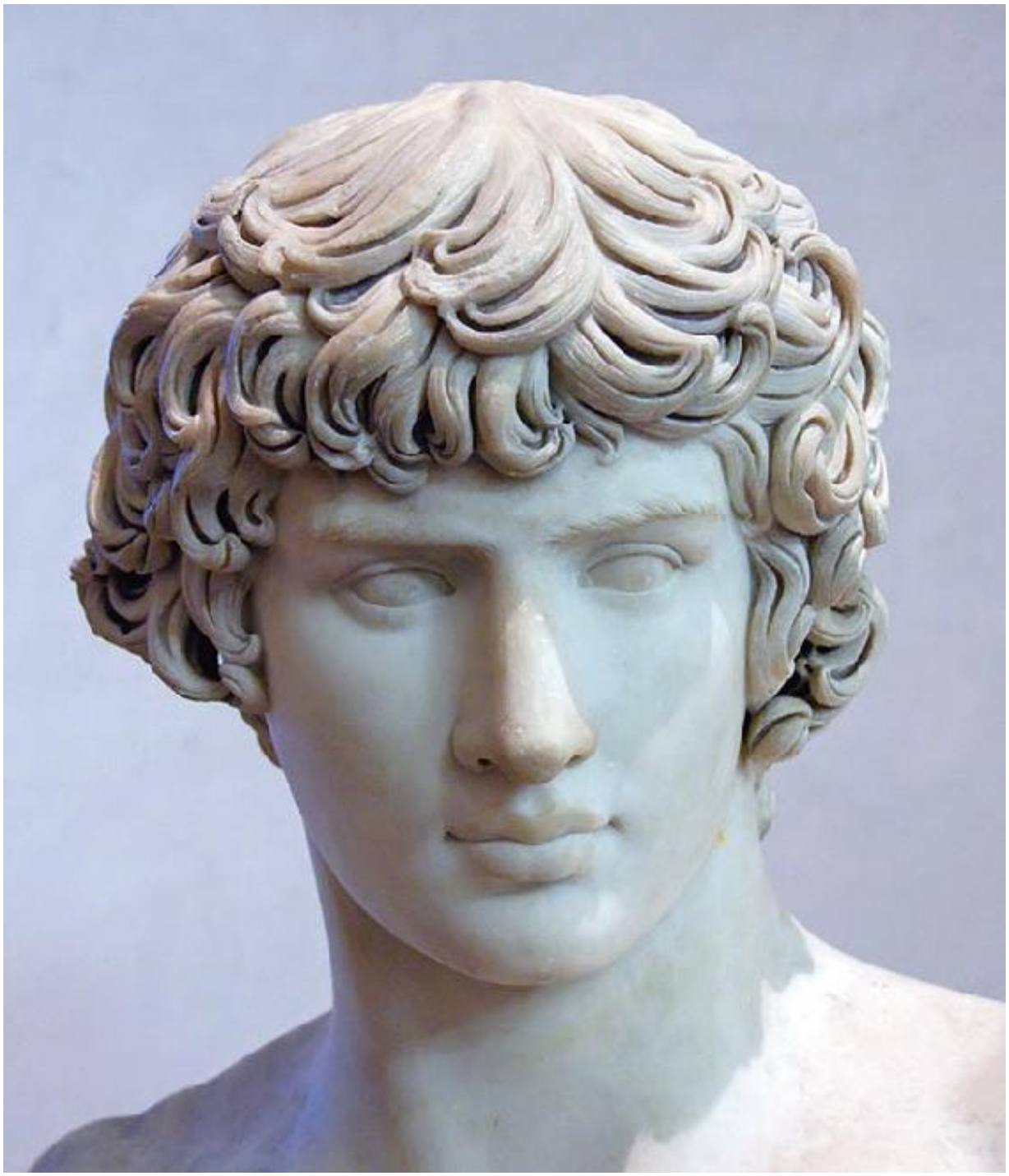


Interior de la Columna Trajana (Roma).

La Columna Trajana.



Sacrificio de Ifigenia. (Museo Arqueológico Nacional de Nápoles).



Antínoo. (Museo del Prado, Madrid).

CAPÍTULO XVII

SOLDADO, EL QUE ESTÁ A SUELDO

La conversación deriva hacia las bondades del legionario romano.

–En tiempos de la república, cuando estaban conquistando Italia, el ejército integraba a todos los hombres libres en edad militar (entre los 17 y los 46 años). Los ricos que podían costear un caballo formaban la caballería; los que no, la infantería. Hacia el final de la República la buena marcha del negocio permitió crear un ejército profesional, en el que los soldados recibían una soldada (de donde proviene la palabra soldado, «el que está a sueldo»).[61] Nunca faltaron voluntarios para las legiones, especialmente cuando los pequeños campesinos y los artesanos se arruinaron debido a la masiva afluencia de mano de obra esclava contra la que no podían competir. Los legionarios se enrolaban por veinte años, prorrogables. En principio se agrupaban por decurias, o sea pelotones de diez, al mando de un decurión. Diez decurias formaban una centuria, con su centurión al frente, cuyo símbolo de autoridad era un bastón retorcido de vid. Dos centurias constituían un manípulo y treinta manípulos, una legión, las famosas legiones romanas, cada una con su águila de bronce y su estandarte rojo con el número de la legión en letras doradas.[62] Todas estas insignias, y en especial las águilas, eran objetos sagrados (ya ves que los romanos eran un pueblo muy religioso, y supersticioso también). En el año 6, cuando los germanos aniquilaron a las tres legiones de Varo en una emboscada (nunca expresado con mayor literalidad, porque la matanza ocurrió en un bosque donde las legiones no

podían desplegarse), Augusto consiguió rescatar las águilas e insignias perdidas y sepultó convenientemente a los muertos.[63]

–Era un ejército admirable por sus tácticas y por su disciplina –comenta Angus.

–Y por su armamento, hasta que los bárbaros lo sorprendieron con espadas de mejor calidad. En el equipo del legionario romano había piezas como la *lorica hamata* o cota de mallas copiada de los galos, que, con el tiempo, se sustituyó por la *lorica segmentata*, hecha de tiras de hierro. También eran importantes las *caligae*, o sandalias de suelas claveteadas con *clavi caligarii*, aptas para afirmarse sobre el terreno evitando resbalones (como las zapatillas con tacos de los futbolistas) y también como arma, pateando al enemigo. Fíjate si eran importantes estos clavos que los soldados percibían una especie de gajes para reponer los que se perdían. En Santo Tomé, un pueblo de Jaén, los arqueólogos están estudiando el campo de batalla de Baecula, la batalla en la que Escipión derrotó a los cartagineses, y pueden seguir los movimientos de los romanos por el rastro de clavos de sandalia que quedaron sobre el terreno.[64]

–¡Qué cosa más notable!

–Durante mucho tiempo, el ejército romano fue una perfecta máquina de guerra que conquistó un extenso imperio gracias a sus tácticas, valor y disciplina. Se entrenaban como cualquier ejército moderno: en campamentos, con mucho ejercicio físico, mucha instrucción con espadas de madera (*armatura*), aprendiendo los golpes sobre postes primero y después en combates figurados con otros soldados o con instructores. Y de vez en cuando marchas de hasta 30 kilómetros llevando a la espalda unos 27 kilos de impedimenta (entre armadura, espada, armas y equipo de campaña diverso). El armamento individual consistía en un escudo en forma de teja, la espada (*gladium*), el puñal (*pugio*) y dos dardos arrojadizos o *pila* (uno ligero y otro pesado), además de raciones de campaña para un par de semanas. A veces, si no había carros de transporte, también tenían que repartirse palas, hachas y otra impedimenta necesaria

para levantar el campamento (por eso, en alguna ocasión los llamaron «las mulas de Mario»).

–Cada tarde –prosigue Bonoso–, después de la marcha, los soldados construían un campamento fortificado cuadrado o rectangular suficiente para rechazar cualquier ataque por sorpresa. Aunque solo les sirviera para pasar la noche (al día siguiente lo destruían antes de partir) lo hacían concienzudamente: mientras la mitad de la tropa formaba en orden de batalla por si atacaba el enemigo, la otra mitad excavaba un foso (*fosa*) de cuatro metros de ancho por tres de profundidad, y con la tierra extraída construían un terraplén (*agger*) coronado por una empalizada de estacas clavadas y atadas entre sí. Como cualquier ciudad, el campamento estaba cruzado por dos calles principales (la *vía Praetoria* y la *vía Principalis*) que en la intersección formaban una plaza o foro donde se levantaba la tienda del general (*praetorium*), el almacén de intendencia (*quaestorium*) y la capilla donde depositaban las águilas e insignias, un espacio sagrado para ceremonias religiosas.

A veces construían campamentos permanentes, de piedra, con el muro torreado y todos los servicios de una ciudad, incluidas las termas y el hospital (*valetudinarium*).

–Eso es un ejército ordenado –comenta el antiguo coronel.

–El orden y la disciplina, el secreto de las legiones, además de una táctica infalible. El romano era muy disciplinado en el combate colectivo, una gran ventaja frente a sus enemigos que solían ser bárbaros acostumbrados al desordenado combate individual. Frente a la turba vociferante del bárbaro, la legión se movía coordinadamente hacia el enemigo y a cierta distancia. A la orden de *eicere pila* («lanzar jabalinas»), probablemente refrendada mediante toque de *cornu*, los legionarios arrojaban una granizada de *pila* ligeros y unos pasos más adelante otra granizada de pesados. El *pilum* (singular de *pila*) constaba de un asta de madera a la que se unía una vara de hierro del grosor del meñique y de unos sesenta centímetros de longitud, terminada en punta piramidal del tamaño de una almendra. Ese hierro atravesaba los escudos del enemigo, que eran

de madera, y penetraba unos palmos por la otra parte hiriendo al adversario o, al menos, inutilizándole el escudo, pues la barra de acero que era muy dulce se doblaba por el peso del asta y quedaba colgando embarazándole los movimientos.

–¿No podían desclavarla y devolverla?

–Imposible porque, en cuestión de segundos y a la orden de *contendite vestra sponte* («enfrentaos a vuestro rival»), los romanos cargaban contra ellos, ya con el *gladium* en la mano, acortando distancias en el cuerpo a cuerpo, a medio metro o menos, lo que dificultaba el manejo de cualquier arma más larga (como la larga espada de los bárbaros, *sphatae*). El *gladium* romano descendía de la espada celtibérica, corta y con doble filo, que los romanos copiaron de los mercenarios de Aníbal. Y la cota de mallas la copiaron de los celtas.

–Gente ecléctica –comenta Angus.

–Lo eran: se apropiaban de cualquier innovación que les pareciera válida. Fíjate hasta qué punto: ellos, siendo gente de secano, no tenían idea de navegación cuando se enfrentaron a Cartago, que era una potencia marítima. Pues desmontaron una galera cartaginesa que había embarrancado en la costa y estudiando sus piezas construyeron docenas de galeras iguales con las que se enfrentaron y derrotaron a los púnicos. Y para compensar su menor pericia marinera inventaron una pasarela terminada en un enorme clavo o gancho (el *corvus*) que llevaban levantada y en cuanto una galera enemiga se ponía a tiro, se la soltaban encima, y una vez inmovilizada la invadían por ese puente. Lo vimos en la película *Ben Hur*, la batalla de Quinto Arrio contra los piratas.

–O sea, transformaban un combate marítimo en uno terrestre –concluye Angus–. Lo mismo que hicisteis los españoles en Lepanto.

–Sí, pero aquello fue por acumulación de barcos, se puso el mar tan espeso que apenas se veía el agua. Las batallas de los romanos no eran tan vistosas como las que reproduce el cine, me temo, sino más bien enfrentamientos de topa carnero, algo sórdidos. La prieta fila de infantes, una muralla de grandes escudos, arremetía contra el enemigo: topetazo para

desequilibrarlo y puñalada por lo bajo, en el fondo se reducía a eso. El legionario romano, protegido íntegramente por su enorme escudo (*scutum*) en forma de teja, que servía tanto de protección como para empujar, empuñaba la espada corta o *gladius* en ángulo recto con el brazo y buscaba el pecho o el vientre del adversario o, acaso, tajando por abajo, la arteria femoral.

–Hemorragia mortal y muerte rápida –comenta Angus.

–Práctico como ves: golpes a los puntos mortales. Eso era lo que entrenaban en el poste de ejercicios. Si en la aproximación al enemigo se encontraban con una masa de arqueros que descargaban una lluvia de flechas o piedras, no se arredraban. A la orden de *testudinem formate* («formad en tortuga») levantaban los escudos, formaban un tejado sobre sus cabezas y seguían avanzando bajo esa cubierta móvil, hombro con hombro. Si por el contrario se veían rodeados por una fuerza enemiga la orden era *orbem formate* («formad en orbe») y hacían una piña con los escudos protegiendo el círculo y los arqueros en el centro disparando por encima de las cabezas.

–Admirable.

–Durante un tiempo fueron invencibles, no solo por esas tácticas y por el elevado sentido del honor y la disciplina, sino por su superior organización: cuidaban mucho la logística, y llevaban consigo administradores, médicos, ingenieros de puentes o fortificaciones (*cohors fabrorum*) y, en fin, toda clase de auxiliares que garantizaran la correcta ejecución de la campaña. A ello hay que sumar la legendaria testarudez romana, insistían una y otra vez, más que ningún otro pueblo, hasta alcanzar la victoria, sin darse jamás por vencidos, Esto se manifestaba especialmente cuando tenían que tomar una ciudad amurallada. Jamás atacaban sin una cuidadosa preparación del campo: montaban campamentos en su entorno y los unían por medio de una muralla (*contravallum*) doble: hacia el interior para defenderse de posibles salidas de los sitiados y hacia el exterior para hacer frente a refuerzos que pudieran atacarlos por la espalda. A todo lo largo de ese anillo impenetrable, de trecho en trecho, levantaban torres vigía

(*turres extruere*). Solo cuando habían completado ese cerco empezaba el asedio propiamente dicho con máquinas, torres rodantes, arietes, onagros, balistas y escalas.

La más gloriosa culminación posible de un *cursus honorum* era regresar a Roma al frente de un ejército triunfante y cargado de botín. Esa consagración a la que todo aristócrata aspiraba también estaba minuciosamente regulada: el Senado podía conceder *gloria*, *fama*, *ovatio* o *triumphus*. Lo máximo era el *triumphus,* que implicaba haber derrotado al enemigo produciéndole al menos cinco mil muertos de una tacada. El *triumphator* era aclamado por el pueblo romano en un vistoso desfile que recorría la Vía Sacra y el Foro y terminaba en el templo de Júpiter, en el capitolio, la catedral de Roma. Imagina al *vir triumphalis*, ataviado con una toga púrpura con adornos dorados (*toga picta*), en un carro de guerra conducido por un mancebo vestido de blanco y acompañado por un esclavo que le sostiene sobre la cabeza una corona de laurel al tiempo que le susurra al oído: «Recuerda que eres mortal» (*memento mori*). Detrás, en solemne y vistosa procesión, iban sus tropas, y carros con los despojos del enemigo, el botín y los caudillos derrotados (a los que al final de la celebración se ejecutaba).[65]

Todo esto duró hasta que, en el siglo III, la disciplina se relajó, y el romano rehusó servir en el ejército y dejó ese trabajo a bárbaros contratados que terminaron siendo mayoría entre los soldados profesionales e impusieron sus tácticas bárbaras que en poco se diferenciaban de las del enemigo al que tenían que combatir, ellos mismos o sus primos.

–El debilitamiento del ejército, la primera señal de ruina de los imperios –cita Angus a un historiador inglés.

–De hecho, ya en tiempos de Trajano, el imperio comenzó a acusar alarmantes señales de cansancio. Con Trajano llegó a su máxima expansión, pero después vino el agotamiento que precede al declive.

–Todo lo que sube, baja –comenta, filosófico, el británico nacido en la India, cuando todavía Inglaterra dominaba medio mundo–. Ya lo dijo Newton.

–Nada nuevo bajo el sol o *nihil novum sub sole*, como lo diría un romano –corrobora Bonoso–. Ahora los soldados profesionales procedentes del tercer mundo comienzan a ser mayoría en los ejércitos occidentales, a cambio de soldada y pasaporte. Sin ir más lejos en las ciudades españolas de África, las que codicia Marruecos, hay más soldados musulmanes que cristianos.

–¿Crees que estamos viviendo una decadencia como la de Roma? –inquiere Angus.

–Algo de eso hay. Hasta el número de espermatozoides de los occidentales ha descendido dramáticamente. Pronto no seremos ni microbios.

Legionario romano y su equipo. (Dibujo de Ana Miralles).

***Caligae*.**

Suelas claveteadas de *caligae*.

Arriba, escena de combate en un relieve del siglo I.

Soldados en un mosaico del siglo IV. (Villa del Casale, Piazza Armerina, Enna, Italia).

Legionarios en la Columna Trajana.

Moderna reconstrucción de la formación de tortuga o *testudo* romana.

Carro triunfal del arco de Marco Aurelio (Roma).

CAPÍTULO XVIII

LA CASA Y SUS DEVOCIONES

Entre los cipreses del camino corre un vientecillo vivificante, apenas una leve ráfaga, que refresca un poco al par de desencantados filósofos.

–Ahora te enseñaré un par de casas romanas para que veas cómo vivían estos civilizados ancestros nuestros –propone Bonoso–. Todo ciudadano medianamente acomodado aspiraba a una *domus* servida por, al menos, media docena de esclavos. Solían ser edificios cuadrangulares, de dos plantas, sin ventanas a la calle, como no fueran a la altura del piso superior, que las tendría cubiertas por tupidas celosías. Las estancias se abrían a un patio central columnado del que recibían luz y ventilación. A menudo había otro patio trasero, más amplio, ajardinado.[66]

La decoración de la casa romana era, quizá, un poco abigarrada para el gusto moderno. Las paredes solían decorarse con pinturas murales de vivos colores y los suelos se cubrían de mosaicos (*opus musivum*) formados por daditos (*tesellae*)[67] de piedra, barro cocido o vidrio, de variados colores En contraste, no había más muebles de los necesarios: camas, mesas, sillas.

–Gente práctica –comenta Angus–, como los japoneses.

–Mira, esta es la casa del Patio Rodio. Se llama así porque como está construida en pendiente, su patio tiene una galería más alta que las otras tres y salva la diferencia con unos peldaños. Al fondo tiene una serie de pilas que han hecho pensar que albergaba una lavandería (*fullonica*), con sus pilas de pisado (*saltus fullonici*) y su alberquilla de aclarado (*lacuna*

fullonica). Yo me permito dudarlo porque esta es una zona residencial, fina, y las lavanderías es posible que apestaran.

Angus lo mira con extrañeza.

–¿Que apestara? ¿Una lavandería? Olería más bien a jabón ¿no?

–Me temo que no, Angus. Verás, los romanos no conocían el jabón. Su detergente consistía en orina humana y ceniza, empleadas como mordientes y blanqueantes. Ya sabes que el amoniaco de la orina es, además de desengrasante, desinfectante. Los esclavos pisaban la ropa en grandes pilas de orina con ceniza previamente hervida y greda y después la aclaraban abundantemente en la alberca y la ponían a solear y secar en las terrazas, sobre armazones de vareta de olivo.

–¡Quién lo diría, la orina como detergente! –se admira Angus.

–El emperador Vespasiano, un hombre con una mente comercial que sacaba dinero de debajo de las piedras, les vendía la orina de las letrinas públicas a los propietarios de las lavanderías. Cuando se lo afearon olisqueó unas cuantas monedas y comentó: *Pecunia non olet*, o sea, «El dinero no huele». Una de las marcas exteriores de las lavanderías era precisamente la existencia de ánforas o urinarios que daban a la calle para invitar a los viandantes a que se aliviaran.

En fin, como esta casa está muy expoliada será mejor que vayamos a la casa vecina, la de los Pájaros, para que te explique cómo era una *domus* romana.

–La casa de los Pájaros, se llama así porque su principal mosaico es un catálogo de aves. Es la típica casa unifamiliar de un romano pudiente: en la fachada habría varias tiendas alquiladas (*tabernae*) sin comunicación con la *domus* y encajada entre dos de ellas, sin mucho protocolo, la puerta de entrada (*iauna*), que solía ser de doble hoja y a veces permanecía abierta durante el día, guardada por un portero (*cella ostiarii*), quizá un esclavo anciano de confianza. Eso de ahí es el zaguán (*vestibulum*) que, por un arco (*fauces*), comunica con el primer patio, el más lujoso de la casa (*atrium*) y centro de la vida doméstica. El espacio abierto al cielo (*impluvium*), se corresponde con una alberquilla (*compluuium*) a la que va a parar el agua de

los tejados cuando llueve. La pila está dotada de un rebosadero para que el precioso líquido alimente el aljibe subterráneo (*cisterna*). En invierno la vivienda se ventila a través de este patio; en verano, se tiende un toldo (*uelaria*) que impide que el sol caliente el interior de la casa. En torno a este patio discurre una galería a la que se abren las puertas y ventanas de las distintas habitaciones (*oeci*), entre ellas el despacho del señor (*tablinum*), así como una escalera que conduce al piso superior donde están los dormitorios (*cubicula*). Enfrente de la entrada había a veces una alacena de mampostería con la puerta de hierro muy asegurada de cerrojos y cierres, la caja fuerte (*arca*) de la casa que guardaba los objetos de valor y el dinero. Había también una hornacina muy decorada (*lararium*), el larario o altar de los antepasados, a menudo enmarcado entre un par de columnas y un tejadito a dos aguas, como una casa de muñecas casi, donde estaban representados, en pequeñas figuras, los dioses de la familia (*dii familiares*), antepasados ilustres que protegían a la estirpe del dueño y los que protegían la casa (*lares loci*). A veces se confunden con los *manes*, que son las almas de los antepasados. Todo esto, si bien se mira, es una pervivencia de cultos ancestrales que han sobrevivido casi hasta nuestro tiempo. Cuando yo era niño se acostumbraba a tener un retrato de los abuelos, tanto de los maternos como de los paternos, a un lado y otro del cuadro o relieve de la Santa Cena que presidía el comedor. Debo añadir que normalmente el comedor era la estancia más cuidada de la casa porque solo se usaba cuando había invitados o en festividades especiales. A diario se comía en la cocina.

Si te fijas en esta casa notarás que del *atrium* parte un corto pasillo que conduce a un espacioso patio trasero, el *peristylium*, más ancho que el primero, con habitaciones suplementarias abiertas a un espacio columnado y ajardinado. En algunas *domus* era la parte del servicio con cuadras, habitaciones de los criados, cocinas, despensas, etc., pero en otras se cuidaba como el primero e incluso instalaban allí una piscina.

Las *domus* más costeadas se adornaban con buenos frescos en las paredes, estatuas, frisos y bellos parterres de plantas de olor y flores. En el

espacio central del patio posterior había, quizá, una fuente a cuyo fresco arrullo se cenaba, en verano, sobre el triclinio de mampostería.

–Hablando de comedor, ¿es cierto que los romanos comían acostados? –pregunta Angus.

–Cierto, con matices. Normalmente comían en la mesa, como nosotros, pero en ocasiones especiales, celebraciones y banquetes con invitados, gustaban de comer a la griega, recostados en una tarima que generalmente era de tres plazas (*triclinium*),[68] con el codo izquierdo apoyado en un cojín y el brazo derecho libre para alcanzar la comida. Este mobiliario acabó sustituyéndose por bancos de mampostería. Los alimentos se tomaban de una mesa central.

–Debía de ser bastante incómodo.

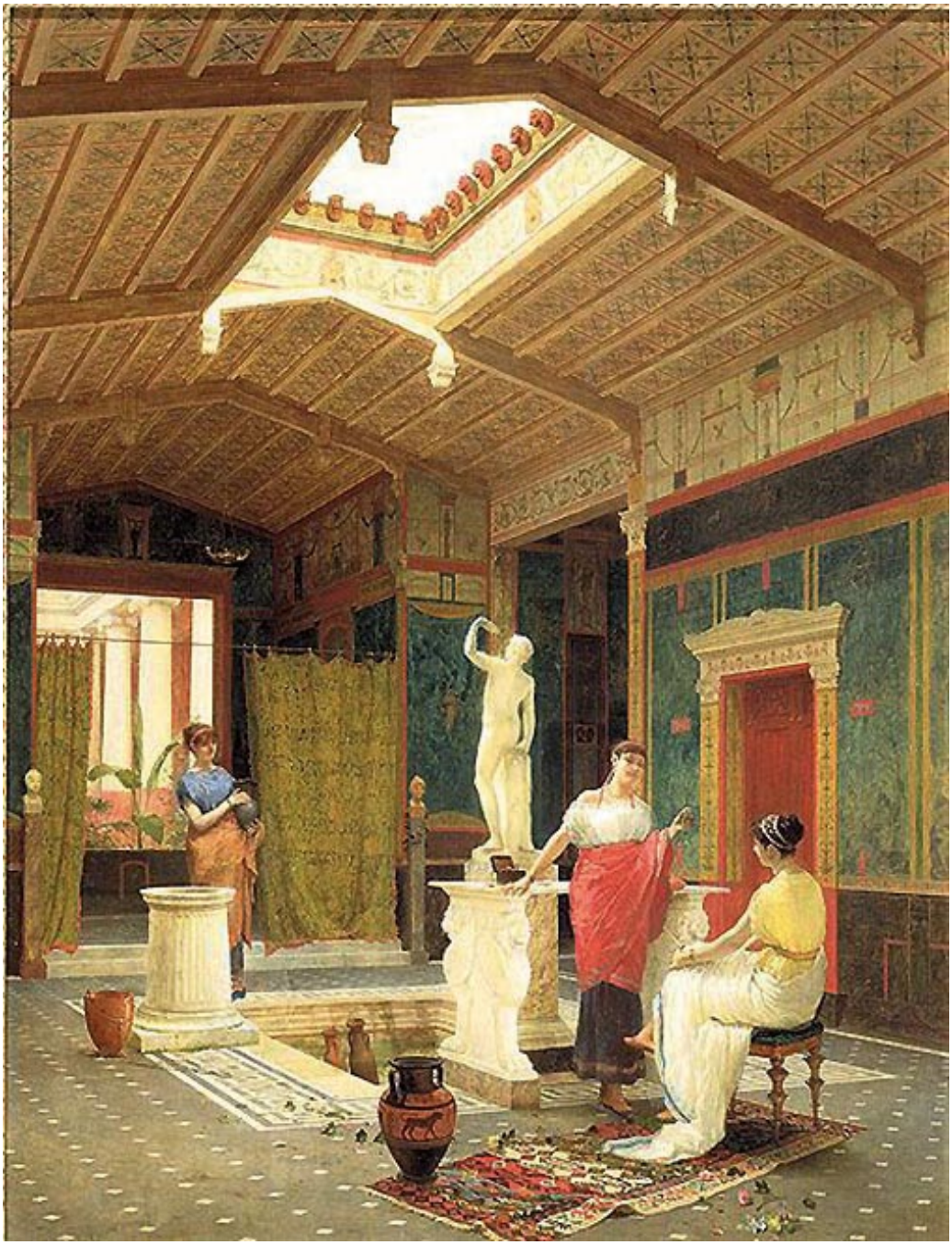
–A ellos, como estaban acostumbrados, les parecería cómodo.[69] Las mujeres, sin embargo, comieron sentadas durante bastante tiempo, y por cierto, en una estancia aparte, hasta que, finalmente, con la decadencia, se mezclaron con hombres.[70] No digo que estuviera mal, que conste, simplemente constato que tuvo que llegar la decadencia para que la mujer conquistara estas modestas parcelas de igualdad.

Debes imaginarte la casa decorada con frescos, como las que habrás visto en Pompeya, aunque quizá sin esas figuras inquietantes de la Casa de los Misterios, ni las escenas subidas de los lupanares.

Caminan un poco, calle abajo.

–Va haciendo calor ¿eh?

–Oye, aquí, a la sombra del ciprés corre un airecillo piadoso, ¿por qué no nos sentamos y me explicas eso de los banquetes romanos?



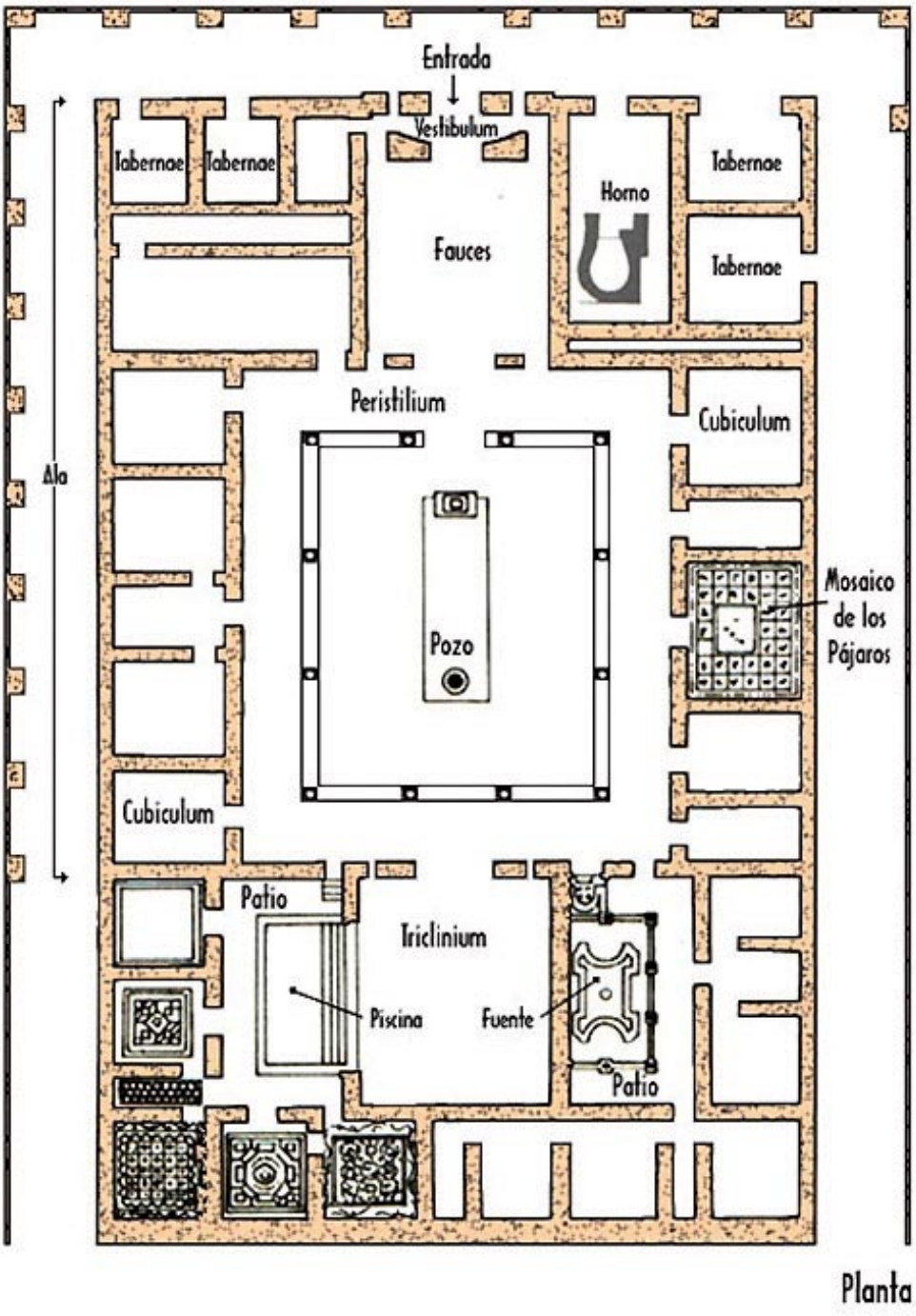
Reconstrucción del interior de una *domus* romana.

Trabajadores en una lavandería.

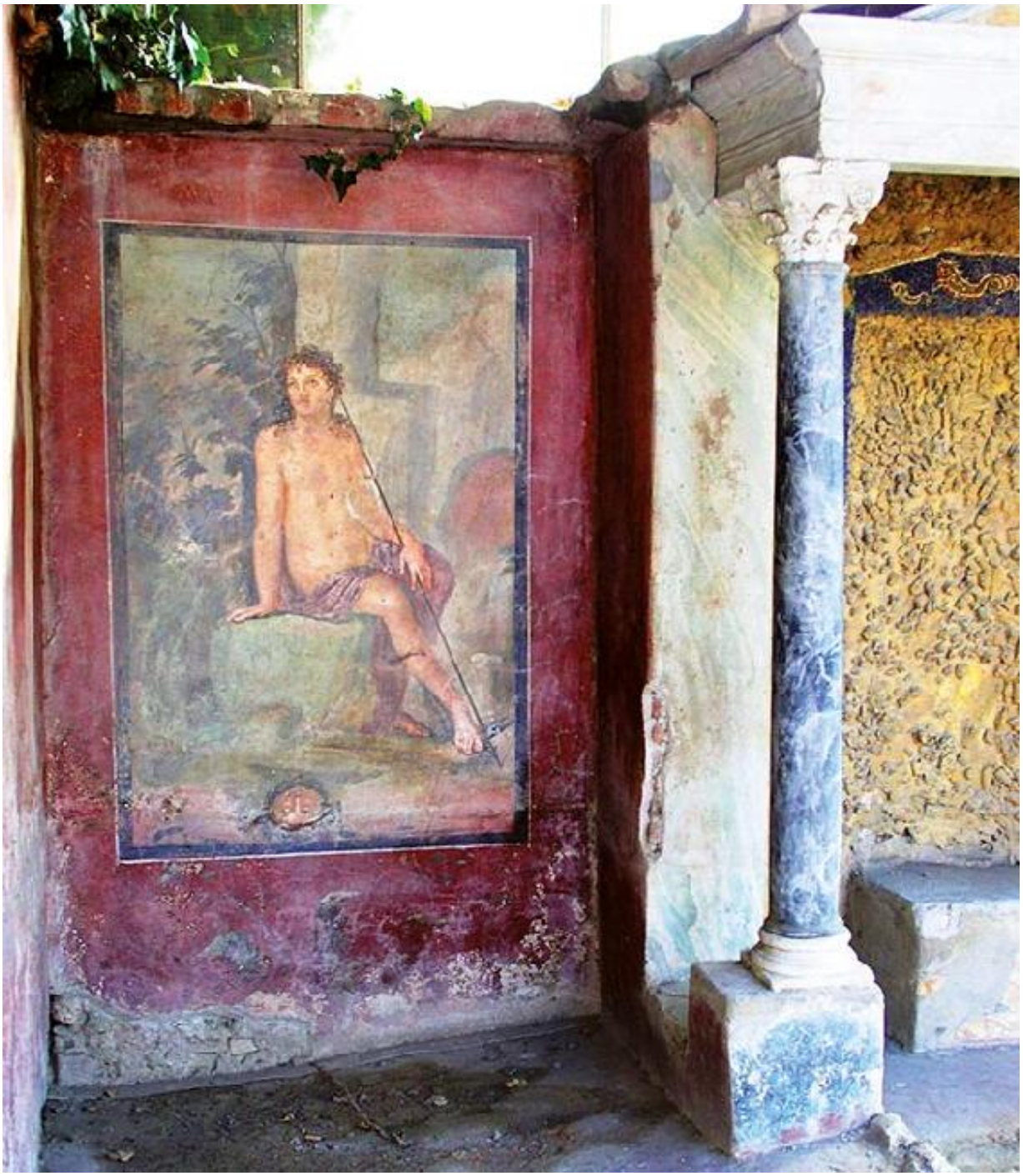
Lavandería de Stefano en Pompeya.

Mosaico de los Pájaros en Itálica.

Plana de la casa de los Pájaros en Itálica.



La casa romana. (Dibujo de Ana Miralles).



Pinturas murales en una *domus* de Pompeya.

Alegres bebedores en los frescos romanos (1).

Alegres bebedores en los frescos romanos (2).

CAPÍTULO XIX

UN BANQUETE ROMANO

Los dos amigos toman asiento en un escalón de la calzada, a la sombra.

–Los romanos, en sus primeros tiempos eran austeros y no se andaban con lindezas culinarias: el plato nacional era la polenta (*puls*), o sea, gachas, pero con el tiempo, cuando las conquistas y el desarrollo los enriquecieron, se volvieron más exigentes y hasta, algunos de ellos, *gourmets* extravagantes. El banquete de una casa pudiente era una fiesta que de vez en cuando el *dominus* daba a sus amigos, los que a su vez le devolvían la invitación: *do ut des*, era y es un utilísimo dicho romano: te doy para que me des, que en español decimos «toma y daca».

–Y en ingles, *this for that* o *what for what* –observa Angus–. Tenemos unas cuantas expresiones que significan lo mismo.

–Ya veo –reconoce Bonoso–: ¡la legendaria liberalidad anglosajona! Como te decía, hacia el final del imperio nos percatamos de que el romano come mejor que sus predecesores y eso se refleja en los retratos pintados o esculpidos en los que empieza a aparecer gente obesa. Lo mismo, por cierto que en las fotos de los españoles. Si comparamos las de hace medio siglo con las actuales, observamos que entonces había pocos gordos, si acaso algún obispo o algún ministro. Hoy los gordos abundamos de manera preocupante. Mírame a mí, con esta panza que no hay manera de rebajarla.

–¿Por qué no te apuntas a un gimnasio?

–¡Antes la muerte! Antes me lanzo sobre la espada, que era el harakiri de los romanos.

–O haces *footing*. Yo hago *footing* cada día por el entorno del castillo y me sienta la mar de bien.

–Yo me niego al *footing* –insiste Bonoso–: Eso es impropio de un hidalgo español. Correr es de cobardes. Por otra parte, tú lo haces en Escocia, en días húmedos, en un verde paisaje de prados herbosos que dan al mar. Así cualquiera. ¿Puedes imaginarte algo más patético que un sesentón español, en sudadera, intentando un trotecillo cochinero en el arcén polvoriento de una carretera vecinal con la cuneta llena de basuras, bolsas de plástico, botellas vacías, compresas higiénicas, mondaduras secas, en fin, todo lo que tiran desde los coches, enredado en los zarzales secos y en los cardos borriqueros? Todavía me queda un resto de dignidad. Quiero perecer en mis grasas, ignorado de las jovencitas e ignorante de sus abuelas, redimido tan solo por los recuerdos del tiempo que fue, el mío y el ajeno, el romano. Y que me quiten lo bailado.[71]

–¡Dichosa edad la que nos libera de la tiranía de la carne! –filosofa Angus–. Creo que lo dijo Platón.

–Yo no estoy liberado de esa tiranía, que conste: todavía me rindo ante un buen solomillo.

Pensando en la tiranía de la carne, la de la carne femenina, acude a la memoria de Bonoso la imagen de Lupe, la mejicana, pero reprime el impulso de mencionarla por no compartir su recuerdo con Angus. Prefiere regresar a la comida de los romanos.

La sala del *triclinium* o comedor –prosigue–, solía ser bastante oscura, aunque también las había al aire libre, a la sombra de tupidos emparrados para aprovechar las brisas refrescantes del verano. Las interiores se iluminaban con lámparas de aceite.

–Si la cena duraba mucho, el humo y el olor terminarían molestando ¿no? –aventura Angus.

–Yo diría que, con unas cuantas copas de más y la pesadez del banquete, los comensales ni lo notarían. No obstante se procuraba adornar la sala con flores y guirnaldas que neutralizaran otros olores. En cuanto al número de comensales ya ves que tres triclinios dan nueve lechos. Podría acomodarse

alguno más en un lecho de madera transportable, pero esa era la excepción. Había una regla que solían observar: «No menos que las Gracias (es decir, tres) ni más que las Musas (que eran diez)». Había también banquetes multitudinarios, con invitados de distinto nivel social, pero entonces se disponían por sectores que reflejaban las clases sociales. A los más humildes se les servían platos más baratos y simples. Tú, en tu condición de escocés, aunque conozco vuestra fama de agarrados, quizá no conozcas la pasión española por comer de balde. Es posible que sea herencia romana, porque en tiempos de Roma había hábiles *canaperos* que parasitaban en los banquetes públicos. Eran gente conocida, aduladores, graciosos profesionales, a los que las personas serias despreciaban. A veces los convidaban para gastarles bromas pesadas o propinarles dolorosas palmadas fingiendo amistad o camaradería. Ellos lo soportaban todo sin inmutarse y permanecían atentos a las sobras de las mesas importantes o a los potajes especialmente preparados para ellos que les traían de la cocina. ¡Lo que puede el hambre!

Bien. Volvamos a la mesa romana. Después de la oración de la mesa (*deos invocare*) comenzaba el banquete. A una señal del *dominus* aparecían los criados más apuestos de la casa, bien vestidos y peinados especialmente para la ocasión, e iban depositando fuentes y más fuentes sobre la mesa cubierta de elegantes manteles bordados, además de la preceptiva vinajera, la aceitera y el salero. Se empezaba por los entremeses (*gustus* o *gustatio*), entre los que no podían faltar las aceitunas ni el huevo. Para definir el tiempo que abarca la cena había un dicho: *ab ovo usque mala*, es decir «del huevo a la manzana». Había también lechuga, melón y ostras, todo ello acompañado de vino con miel o de cualquier otro caldo ligero pero de buena casta, pongamos un Falerno. Si algún comensal incurría en la torpeza de mencionar un incendio ocurrido en alguna parte, varios pares de reprobadores ojos convergían sobre el deslenguado: era de mal augurio hablar de incendios en la mesa. El conjuro, que se apresuraban a realizar, consistía en derramar agua sobre el mantel. Tampoco sería bueno percibir el canto de un gallo.

Después de los entremeses llegaba la *prima mensa*, o cena propiamente. El plato principal (*caput cenae*), en el que el cocinero apostaba su prestigio y el de su dueño, podía ser, supongamos, un ganso rodeado de pájaros. Al probarlo los convidados descubrían regocijados que era carne de cerdo. Un guiño cultural al famoso plato de la literatura latina: el del banquete de Trimalción en la novela *El asno de oro* de Apuleyo. Los invitados aplaudían educadamente la ocurrencia mientras echaban el ojo al jabalí relleno de tordos vivos, que dos robustos esclavos traían sobre una bandeja no menor que un escudo legionario. Las normas de la buena crianza exigían que los invitados protestaran por lo copioso de la cena. «Cuando se han sentado a la mesa –dice Plauto–, los invitados suelen decir: ¿Qué necesidad había de gastar tanto en nosotros? Pero, hombre, si has preparado comida para un regimiento». Y, aunque protestando que te has excedido por ellos, se lo comen todo. No esperes que ninguno te diga: «Que se lleven esto, que retiren esa bandeja, no pongas aquel jamón, estoy repleto; que se lleven esas albóndigas; este congrio estará bueno frío, que lo retiren. No, no oirás hablar así, antes bien se abalanzan sobre la mesa para alcanzar mejor los platos».

Después de la *prima mensa* venía la *secunda*, o sea, los postres, generalmente pasteles de miel, frutas confitadas o del tiempo y vinos dulces.

–Ya veo que el anfitrión se lucía con los vinos y que les hacía probar muchos.

–Era la manera de demostrar cuán surtida estaba su bodega.

–Más de un comensal agarraría una trompa considerable.

–Naturalmente que sí, pero cada uno tenía a los pies a su esclavo acompañante, el *puer ad pedes*, que lo ayudaba a regresar a casa.

–Oye ¿es cierto que vomitaban para seguir comiendo?

–No era la norma, pero algunos tragones lo hacían. El severo Séneca escribe: «Vomitan para comer y comen para vomitar y no quieren perder el tiempo en digerir alimentos traídos para ellos desde todas las partes del mundo». «El castigo de la gula es inmediato –escribe Juvenal–, cuando en

el excusado arrojas un pavo entero sin digerir… De aquí se siguen las muertes repentinas de viejos sin testamento».

–O sea, cenas pantagruélicas, lo que vemos en las películas.

–No sería la norma, pero sí. Algunas cenas se anunciaban «con sobremesa» (*cenae antelucanae*), o sea una velada nocturna (*comissatio*). Más bebida. Primero se derramaba por los dioses lares de la casa y luego se brindaba por el anfitrión y los asistentes. Los criados repartían coronas de hiedra y laurel que los alegres convidados se encasquetaban convencidos de que su verde fragancia disipaba los vapores del vino y despejaba las cabezas. Antes de proseguir se designaba a un maestresala (*rex convivii* o *arbiter bibendi*) facultado para indicar discretamente al copero la proporción de agua y vino que debía escanciar en la copa de cada contertulio. Este oficio exigía dotes de diplomacia y exquisito tacto además de conocer el carácter de cada invitado y su relativa resistencia al alcohol.

–Muy sabio –considera Angus–. Porque algunos tienen la borrachera agresiva mientras que otros la tenemos melancólica.

–Se trataba de mantener a cada cual, a lo largo de la joven noche, en el punto óptimo de su euforia etílica. Lo ideal era que todos estuvieran un poco achispados. También se recomendaba cuidar los temas de conversación: «no deben ser preocupantes sino alegres, variados y de interés general». El programa de estas sobremesas, que se prolongaban durante horas y horas, quizá con alguno de los contertulios vencido por el sueño y roncando en el regazo del amigo, era necesariamente muy variado: se conversaba, se jugaba, se proponían acertijos, se contaban chistes, se intercambiaban pequeños regalos, se improvisaban loterías… En algunas cenas actuaban bufones (*derisores*), o pantomimas. A Augusto y a Aureliano les gustaban los recitales de los juglares (*aretalogi*) y a veces hacían aparecer a artistas callejeros para que distrajesen a sus invitados.

–Te olvidas de las *puellae gaditanae* –le recuerda Angus.

–Claro, y en ciertas cenas aparecerían estas chicas. Ya veo que tú no te olvidas. Da que pensar. A menudo el banquete duraba hasta que la luz turbia del amanecer empezaba a aclarar el horizonte anunciando un nuevo

día. Terminaba el banquete: habían charlado, habían cantado, habían reído hasta llorar y se lo habían pasado muy bien. Pero, como decían los estoicos, la última gota de la copa del placer siempre es amarga. Con la cabeza cargada, el pulso débil y el estómago revuelto dejaban resbalar la acuosa mirada hasta el borde de la mesa para contemplar quizá un esqueleto de marfil taraceado en ella, con la inscripción: «Mirándolo bebe y diviértete, porque en esto has de acabar».

–¿Eso ponían?

–Eso o cosas parecidas. Pero no hay que buscarle un sentido cristiano, la monserga del cura aguafiestas que no pierde ocasión de recordarte el valle de lágrimas. Es más bien todo lo contrario, el *carpe diem* que te anima a gozar de la vida. Y eso se repite a veces en muebles, copas y bandejas. Ese recuerdo de la muerte es también parte del complejo ceremonial del banquete.

–No sé por qué eso me trae a la memoria las palabras de Aquiles a Briseida en Troya: «Te contaré un secreto, algo que no se enseña en tu templo: los dioses nos envidian. Nos envidian porque somos mortales, porque cada instante nuestro podría ser el último, todo es más hermoso porque hay un final. Nunca serás más hermosa de lo que eres ahora, nunca volveremos a estar aquí…»

–Es muy hermoso, como todo lo de la *Ilíada* –reconoce Bonoso.

–No, no es de la *Ilíada*, es de la película *Troya*, la de Brad Pitt.

–Bueno, pues merecería estar en la *Ilíada*.

–No nos queda mucho ¿eh?, digo para traspasar esa puerta. Pero no nos pongamos melancólicos.

Prosiguen el paseo, ya bajo un sol punzante, hasta la casa de Hylas.

–Se llama así por la figura del mosaico principal, Hylas, un personaje menor de la biografía de Hércules que, de vivir hoy, haría las delicias de los programas basura de la tele.

–A ver, cuenta.

–Hércules viajaba con su familia por las cercanías del monte Parnaso, en Grecia, dominio del pastor Tiodamante, rey de los dríopes, quien,

ignorando las leyes de la hospitalidad, le negó alimento. Entonces Hércules, que era persona de escaso aguante y muy resolutiva, asesinó a Tiodamante y se preparó un asado con uno de sus terneros. No terminaban de almorzar, Hércules, su mujer y su hijo, cuando se presentó Hylas, el hijo del difunto Tiodamante. Fue un flechazo.

–Natural, como que había matado a su padre.

–No, hombre, el flechazo lo lanzó Cupido, aunque como estamos tratando de griegos debería decir Eros, su equivalente, ese diosecillo en forma de niño que lanza las flechas del amor.

–No me digas que el huérfano en lugar de llorar al padre se enamoró de la mujer de Hércules.

–No exactamente: Hércules e Hylas se enamoraron el uno del otro, el amor dorio, Angus, el de un muchacho con un adulto barbado que le va a enseñar los misterios de la vida a cambio de que se deje hacer.

–¡La madre que los parió!

–En Grecia, la pederastia militar era una institución que legalizaba las relaciones entre un *erastés* (ἐραστής) o pederasta activo, adulto, y su *erómenos* (ἐρώμενος), el muchacho imberbe que se le entrega, es decir el chapero, hablando llanamente, y debo advertirte que fomentaba la bravura de los dos porque cada uno de ellos tenía que hacerse merecedor del otro. Como en los torneos medievales, en los que el caballero ansiaba lucirse ante su dama.

–Bueno, ese tipo de relación también se daba en los navíos británicos en la época de Nelson. Siempre llevaban buena provisión de grumetes –reconoce Angus, en confianza.

–En la época más recia de su historia –prosigue Bonoso–, los cretenses y los espartanos llevaron la camaradería hasta sus últimas consecuencias, sustituyendo la familia por el cuartel. La población masculina vivía en cuarteles, incluidos los hombres casados, quienes, no obstante, cuando les apetecía, escapaban de noche del campamento e iban a visitar a la esposa con fines procreativos. Eran, evidentemente, familias atípicas, en las que la

autoridad paternal se había transferido al Estado, que era el verdadero educador del individuo.

La vida cuartelera estimulaba los encuentros homosexuales. Esto explica que durante siglos los espartanos fueran objeto de chistes subidos de tono por parte del resto de los griegos. En la escena de reconciliación de *Lisístrata*, cuando por fin los hombres ceden y renuncian a la guerra y las mujeres, obtenido su objetivo, desconvocan la huelga sexual, el personaje que simboliza a los atenienses dice: «Ahora quiero desnudarme y labrar el campo», en clara referencia al coito heterosexual, mientras que el espartano replica: «Y yo, primero quiero estercolar», lo que alude al acto homosexual. La comedia ateniense del siglo –IV. está repleta de referencias parecidas. De hecho, a nivel popular, los espartanos eran considerados inventores del coito anal, incluso del practicado con las esposas.

–Bien –admite Angus–, el muchacho y Hércules se enamoran ¿y qué pasa entonces? ¿Cómo se lo toma la mujer de Hércules?

–No consta. Lo único que sabemos es que Hércules y el pimpollo se embarcaron en la expedición de los Argonautas en pos del vellocino de oro, la piel mágica de carnero que permitiría al héroe Jasón recuperar la corona de su padre. El vellocino estaba en la Cólquide, a orillas del mar Negro, el límite del mundo civilizado. Por cierto que el vellocino es lo que representa el Toisón de Oro, la orden borgoñona que heredaron los Austrias españoles y después los Borbones.

–¿Y de Hylas y Hércules qué fue?

–La historia acaba mal: en una escala para hacer aguada el muchacho se extravió camino de la fuente y no volvió a aparecer. Hércules, desolado, abandonó la expedición para buscarlo. Sin resultado, claro. Lo del secuestro de Hylas por las ninfas ha sido un tema reiterado en el arte desde la antigüedad, pero yo me atrevería a afirmar que no hubo tal secuestro. Para mí tengo que el muchacho, que ya iba encañando en hombre y quería escapar de la tutela de su *erastés*, se encandiló con la belleza de las ninfas titulares de la fuente y se quedó con ellas «para compartir su poder y su amor», según escribe Valerio Flaco en su *Argonáutica*. Uno de vuestros

pintores menores (casi todos lo son, je, je), John William Waterhouse, retrató el encuentro de Hylas con las ninfas que salen del agua y lo atraen con palabras cariñosas.

–No conozco ese cuadro –confiesa Angus.

–Es solo un pretexto para pintar a siete señoritas con las ubres al aire, saltándose las convenciones victorianas.

Los amigos prosiguen su paseo, por la acera sombreada a trechos por los cipreses. Más abajo se cruzan con el grupo de Las Osadas, las que «no han de ceder y ellos son los que van a perder», que vienen ahora algo dispersas, no tan alegres como al principio, debe de ser por el calor, la jefa del pelo pollito algo apartada escuchando las confidencias de su amiga. Nuestros dos viajeros buscan con la mirada, disimuladamente, a la que se parece a Lupe Flores. Allí está, un poco ensimismada, sin terminar de encajar en el grupo, bella y silenciosa, como la ultramarina que habita en el recuerdo de los dos jubilados.

Los amigos guardan silencio, cada cual en sus cosas, Angus pensando en Lupe, a la que en sus poemas llamaba la Dama Azul. Rememora una tarde de otoño, en un patio empedrado, remolinos de hojas muertas y ella sirviendo el té.

–Hacía muy bien el té –dice Angus.

–¿Quién?

–Lupe Flores.

Bonoso no dice nada. Para qué sacarlo de su error. Lupe adoraba el café, pero era tan gentil que al escocés le hacía creer que le gustaba el té. El español prefiere eludir esas confidencias por miedo a comprobar que en realidad a Lupe le gustaba el té y que la mentira piadosa la usaba con él, no con el otro. Por cambiar de conversación, regresa al tema de los emperadores de Itálica.

–Antes, cuando hablamos de Trajano, debí mencionar a su sucesor y ahijado Adriano, quizá el emperador más culto que tuvo Roma, «indagador de todo lo curioso» (*omnium curiositatum explorator*).[72] Adriano no fue un militar victorioso como Trajano, pero fue un excelente administrador que

reestructuró la administración y el ejército, codificó el derecho civil romano, viajó por todo el imperio y fundó ciudades en un intento de reactivar la economía. También fue un gran impulsor del estado del bienestar.

–¿Estado del bienestar?

–Sí, Angus, el *welfare state* que inventasteis los británicos y los españoles hemos llevado más lejos que nadie. Adriano prosiguió las obras sociales de su predecesor con juegos, repartos de alimentos y amnistía fiscal, lo que le granjeó el aprecio de los romanos cada vez más inclinados al *dolce far niente*. En fin, renunció formalmente a la expansión del imperio, hizo la paz con los partos, a los que devolvió extensos territorios, y solo se preocupó de ganarse la amistad de los pueblos sometidos y de establecer fronteras seguras: la oriental en el Éufrates y la europea en el Danubio y el Rin.

–Ya hemos comentado que en Inglaterra construyó el muro de Adriano, de 125 kilómetros de longitud de costa a costa –apunta Angus.

–Para conteneros a vosotros, a los pictos –bromea Bonoso.

–Un hombre a la defensiva– observa Angus.

–Bueno, Roma había alcanzado su máxima expansión, pero también acusaba alarmantes señales del cansancio y agotamiento que precede al declive.

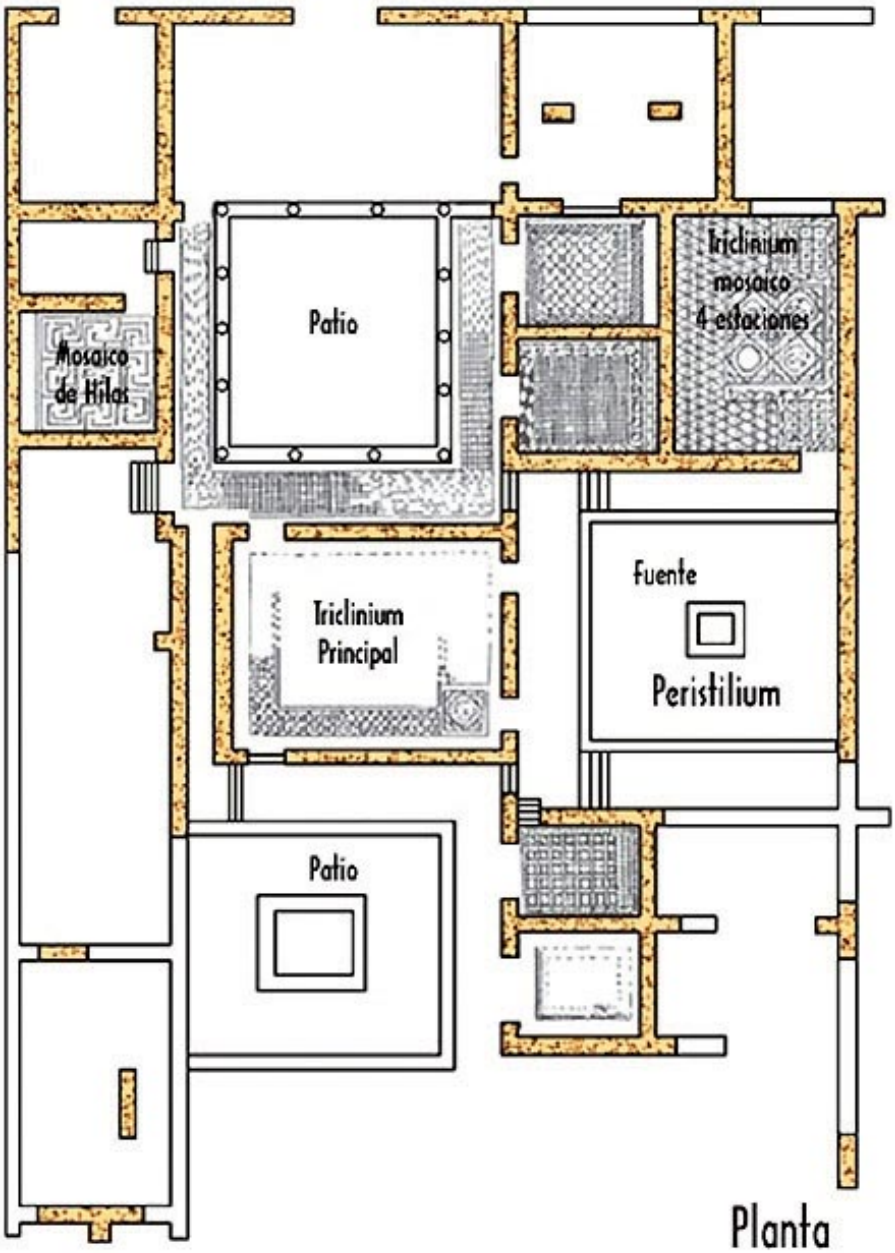
En fin, el benéfico emperador murió a la razonable edad de 64 años y lo sepultaron en un monumental mausoleo circular (*mausoleum Hadriani*), la base del actual castillo de Sant Angelo. Cuando estaba en el lecho de muerte compuso uno de los más delicados poemas de la lengua latina: *Animula, vagula, blandula / Hospes comesque corporis / Quae nunc abibis in loca / Pallidula, rigida, nudula, / Nec, ut soles, dabis iocos…* («Almita, inquieta y afable, / huésped y compañera del cuerpo, / ¿dónde vivirás ahora? En lugares / yertos, austeros y desnudos / y jamás volverás a animarme como antes»).

Triclinio de mampostería en la villa de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba).

Banquete en un mosaico romano.

Banquete romano en triclinios. A veces el mosaico del suelo representaba los desperdicios.

Bodegón pompeyano.



Plano de la casa de Hylas.

Estatua de Hércules.

Cuenco de plata con escenas homoeróticas, conocido como «copa Warren».

***Hylas y las ninfas*, óleo de John William Waterhouse.**

Muro de Adriano.

Adriano. (Museo capitolino).

CAPÍTULO XX

DONDE SE HABLA DEL GAZPACHO ROMANO

En el paseo han llegado hasta una esquina donde hay un patio enladrillado y un horno.

–Esto debía de ser un horno público al que la gente acudía con el pan amasado en casa, listo para hornear –indica Bonoso–. Esa institución ha llegado casi a nuestros días. A veces, en los tiempos del trueque, el panadero recibía un puñado de masa por sus servicios, la polla. En la mitología popular de Jaén figura un panadero legendario, Pollagorda el Hornero de los Caños, que la gente de hoy, perdida la tradición, reverencia como un superdotado, ya sabes, rodillero, cuando en realidad su apodo aludía a las pollas abusivas que detraía de los panes que amasaba porque, al parecer, tenía la mano grande y con el puñado se llevaba medio pan.

Suben los amigos una escalerita metálica que accede a una plataforma elevada a un metro del suelo.

–Esto es para ver bien el mosaico de la Casa del Planetario, para mi gusto, el mosaico más bello de Itálica: el gran círculo central alberga otros siete círculos enmarcados en hexágonos que representan en sus medallones los dioses tutelares de cada día de la semana. No es casualidad que el del centro, que los preside, sea el del viernes, o sea, la diosa Venus –Bonoso va señalando los otros–. Ahí tenemos al domingo representado por el Sol, con sus rayos (*dies solis*); al lunes que es el de la Luna, aquella dama a la que sobresale por detrás la luna creciente (*dies lunae*); el martes dedicado a Marte, aquel del yelmo empenachado (*dies marti*); el miércoles del dios Mercurio, aquel de las alitas en el sombrero (*dies mercurii*); el jueves que es

de Júpiter, con su corona olímpica (*dies iovis*), y, finalmente, el sábado que es de Saturno (*dies saturni*).

Prosiguen el paseo hasta unas ruinas especialmente devastadas que Bonoso explica:

–En este solar levantaba sus portentosas columnas el templo mayor, la catedral de Itálica como quien dice, el *Traianeum*, así llamado en memoria de Trajano que aquí recibía culto, divinizado. Era una religión estatal: sacrificando anualmente en memoria del César mostrabas obediencia a Roma y a sus leyes. Los tropiezos de los cristianos vinieron precisamente de ahí, de que, fanatizados por sus creencias, se negaban a ese sacrificio estatal que, en realidad, era un mero trámite porque los romanos, como eran politeístas, admitían todos los dioses y ritos, por extravagantes que fueran, pero negarse a sacrificar al emperador significaba rebelión contra Roma. Estaban tan obcecados con sus excluyentes doctrinas que no lo entendieron y eso les granjeó la enemistad no solo del pueblo sino de personas respetables. Tácito considera el cristianismo «superstición detestable» (*exitiabilis superstitio*) y tiene a los cristianos por «enemigos del género humano»;[73] a Suetonio le parecen practicantes «de una superstición nueva y maligna» (*superstitionis novae ac maleficae*).[74] Sin embargo, al final, se impuso el cristianismo y Roma y sus dioses ya ves en qué quedaron.

Angus observa unos cimientos rectangulares enmarcados en zanjas arqueológicas.

–Como todo lo de arriba era de mármol, columnas, sillares, pavimentos, cubiertas, ha desaparecido, ya sabes. Los lados mayores tenían treinta columnas de mármol griego y los menores veinte. Una pena, ¿verdad?

En la zona del *Traianeum* no hay árboles y el sol aprieta de lo lindo.

–¿No te tomarías ahora un buen gazpacho? –pregunta retóricamente Bonoso, buen conocedor de la respuesta porque al escocés le encanta esa sopa refrescante.

–Hace rato que no pienso en otra cosa.

–Pues dejemos el resto de Itálica para otra visita.

En el aparcamiento, las alegres divorciadas están subiendo en un microbús morado en cuyo lomo se lee *Club Las Osadas*. Se ve que algún repugnante machista (quizá un exmarido reconcomido por el rencor) les raspó la parte superior de la «O» para transformarla en una «U» y al repararla han usado una pintura de un tono ligeramente distinto que no acierta a ocultar el desaguisado.

Los amigos regresan a Sevilla y almuerzan en el restaurante Eslava junto a la plaza del Jesús del Gran Poder.

Mientras esperan el refrescante gazpacho, Bonoso ilustra a su amigo sobre el origen de este plato:

–El gazpacho, en su variedad primitiva, lo inventaron los campesinos romanos y de ellos pasó a las legiones y las legiones lo trajeron a la Bética. Ya sabes que hasta el descubrimiento de América no tuvimos tomates ni pimientos, que hoy son ingredientes esenciales del gazpacho. Al principio solo era agua del pozo, fresquita, con adición de vinagre. Vinagre y agua (*acetum cum aqua mixtum*). A eso llamaban *posca* y con un poco de sal añadida constituía el reconstituyente natural del legionario romano en sus fatigosos entrenamientos y en las marchas. Después le añadieron aceite y pan migado para hacerlo más nutritivo, así como la verdura que hubiera a mano. Lo que le dieron los soldados romanos a Jesús en la cruz no fue vinagre para fastidiarlo (que bien fastidiado estaba ya, el hombre), sino la *posca* que llevaban en sus cantimploras. Fue un acto de caridad.

–Pero el gazpacho tiene, además, ajo –observa Angus.

–Un ingrediente esencial en toda cocina civilizada, diga lo que diga Camba –opina Bonoso–. Delicioso alimento y medicina por su efecto vasodilatador. Los romanos lo apreciaban y lo usaban mucho en una salsa popular, el *moretum*.[75] Era inevitable que lo añadieran al gazpacho para redondear su sabor. Quizá descubrieron el maridaje el día que hicieron un gazpacho en un dornillo donde previamente habían majado ajos, quiero pensar que fue así. Los mejores descubrimientos culinarios son casualidades propiciadas por los dioses.

Les sirve el gazpacho una gentil camarera que podría llamarse Testilis, como la bella esclava que les lleva la comida a los segadores en la Égloga de Virgilio. Los amigos se sirven los canónicos tropiezos de pepino, pimiento, cebolla y tomate. De segundo plato han solicitado sendas piernas de cordero a la miel de romero.

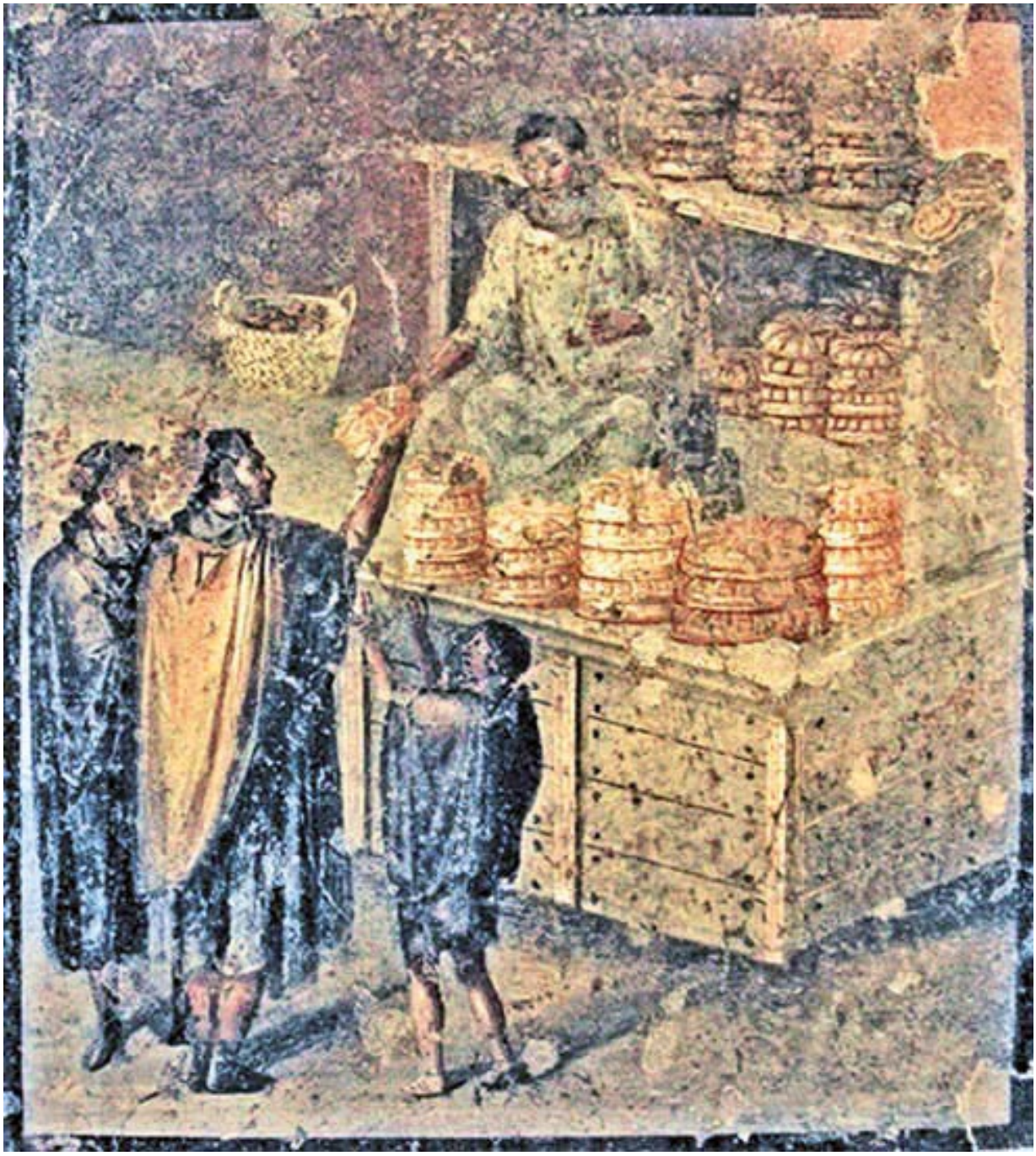
–¡Ah, el delicioso cordero! –celebra Bonoso el regreso de Testilis con las fuentes humeantes–. Has de saber, querido Angus, que estamos en presencia de una receta romana. Los cocineros romanos usaban bastante la miel, para contrarrestar la grasa de la carne. Y preferían el cordero y el cerdo, e incluso la liebre, a la sobrevalorada ternera de nuestros días. Eso sí, solían hervirla previamente y después la asaban para que quedara doradita.

–¿Tomarán postre los señores? –pregunta la dulce Testilis, al tiempo que retira los platos, recoge las migajas y alisa el mantel con su palustrito de plata.

–Melón para los dos –solicita Bonoso–, degustemos el delicioso fruto veraniego que los romanos trajeron de Egipto.

Dividen la cuenta, sin pelearse por pagar, que es de pobres, y salen de nuevo a la calle, donde el sol derrite las piedras.

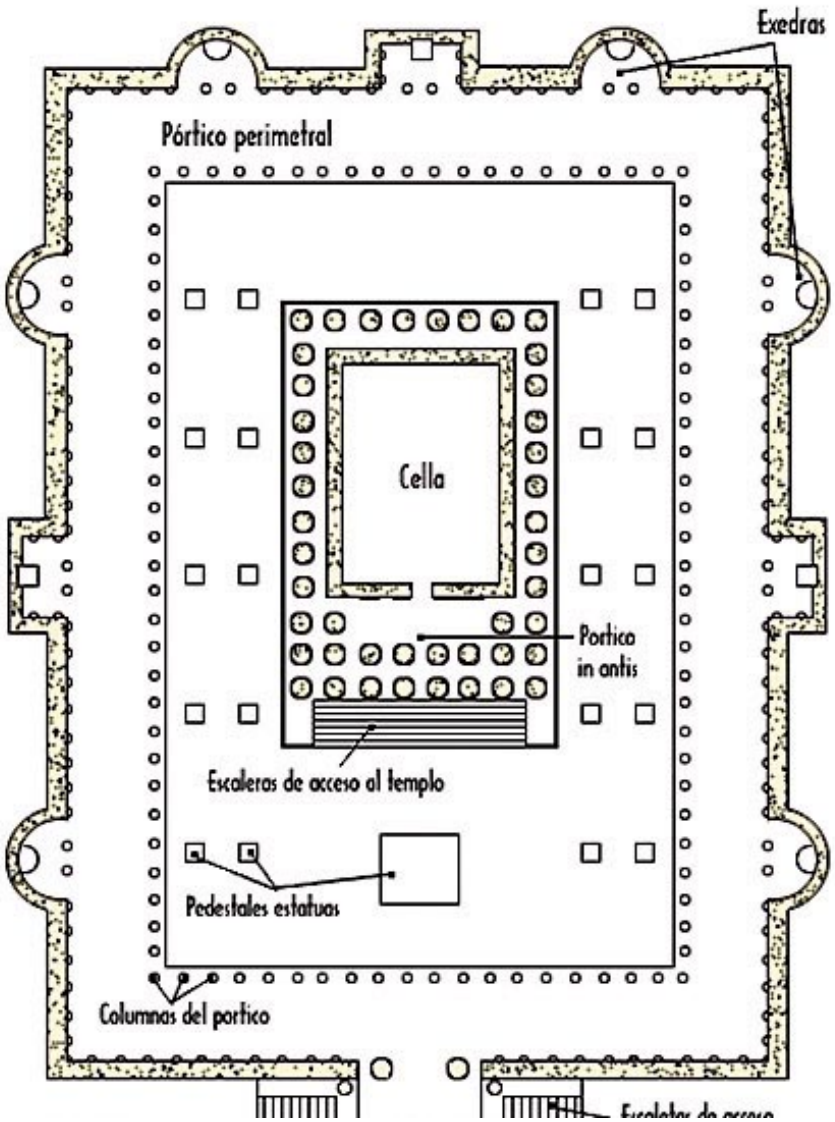
–Ya sabes que ahora es obligatorio echar la siesta –avisa Bonoso–. ¿Quedamos para eso de las seis en la puerta de tu hotel? Esta tarde vamos al mar, a Baelo Claudia.



Panadería romana.

Horno de Itálica.

Plano del *Traianeum*.



Mosaico del Planetario de Itálica.

Recreación de una cocina romana.

CAPÍTULO XXI

CAMINITO DEL MAR

El camino a Cádiz parece que refresca buscando el mar, y los amigos lo hacen calmosamente (*festina lente*),[76] dejándose adelantar mientras charlan de esto y de aquello. A medio camino deciden parar a tomar un refresco y visitar el mingitorio.

Es un bar de carretera frecuentado también por cazadores, uno de esos establecimientos modernos copia de las antiguas ventas, a cuya barroca decoración, que no ahorra en maderas hiperbarnizadas, escayolas y azulejos, sirve de delicado contrapunto un despliegue de expositores niquelados con una variada oferta de CDs de El Fary, vídeos porno, pegatinas futbolísticas, navajas traperas, quesos manchegos, chorizos en aceite, dulcería industrial, y otros productos alimenticios o de fantasía como llaveros con la efigie de Tejero o la de dos felices cerditos sodomizándose. En el inevitable televisor de pantalla gigante, adosado a la pared a considerable altura donde no lo roben, un conocido político perora en la tribuna del parlamento. Angus intenta seguir su razonamiento, pero se pierde en los vacuos vericuetos del marrullero que empiedra su discurso de lugares comunes y fórmulas perifrásticas ayunas de significado.

Mientras el *mansionarius* les trae la comanda, miran al figurín del televisor.

–Patético ¿eh? –comenta Bonoso–. La más espantosa nada envuelta en obviedades. Esa es la casta que nos gobierna. Ni hablar saben, consecuencia de unos planes escolares calamitosos. En tiempos de Roma, querido amigo, un político debía conocer su oficio. Los alumnos realizaban ejercicios

(*suasoriae*) en los que defendían una determinada postura ante el maestro y sus compañeros. A menudo fingían ser algún personaje del pasado, lo que, de paso, les permitía aprender su historia. Otras veces se enzarzaban en *contraversiae* consistentes en que dos muchachos sostuvieran tesis contrapuestas. No era necesario que estuvieran de acuerdo con lo que defendían, el maestro repartía los papeles; a lo mejor al día siguiente te tocaba defender el contrario. De ahí salía gente que sabía hablar y defenderse, no estos mamarrachos que solo saben enhebrar frases hechas.

El locutor del telediario cuenta que Sánchez Gordillo ha capitaneado a una cuadrilla que ha robado comida en un supermercado.

–¿Es posible? –pregunta Angus–. En el Reino Unido dormiría esta noche en la cárcel.

–Y en cualquier país civilizado –admite Bonoso–, pero en España, ya ves, debido a los acuerdos de protección a las minorías, nos obligan a mantener una cuota de payasos en los parlamentos. Ese de la camisa abierta, la barba hirsuta, los dientes conejiles y la boa palestina es parlamentario, ahí donde lo ves. Sabe que puede perpetrar hechos delictivos escudado en su inmunidad y en el miedo del Gobierno a aplicar las leyes.

La televisión ofrece imágenes del altercado. Los bien alimentados ladrones apartan a empellones a las cajeras y corren por el aparcamiento empujando los carritos repletos de comida. Sus compinches los aguardan con las puertas de las fragonetas abiertas.

–No parecen gente famélica –observa Angus–. Yo los veo a todos gordos.

–Es que son sindicalistas.

–Y los guardias del súper, ¿cómo es que no detienen a ese fantoche? Yo le pondría las esposas aunque luego el juez lo soltara.

–¿Las esposas? Difícil lo veo, con la cantidad de pulseras que lleva.

Apuran sus refrescos. Mientras Bonoso paga, Angus visita el mingitorio. Al regresar pregunta:

–Oye, Bonoso, ¿qué significa *to*?

–¿To? No sé ¿Es español?

–Sí. En la pared del retrete han escrito con algo punzante: «A la mierda to».

–¡Ah, una pintada! –comprende Bonoso–. Bueno, en ese contexto «to» es la condensación de «todo» y abarca al universo.

–O sea una propuesta nihilista.

–Más o menos. Antes en España, cuando la dictadura, la libertad de expresión se limitaba a los retretes y las pintadas eran de índole sexual o insultos al Caudillo. Ahora, con la libertad, ya se puede decir cualquier cosa en la calle, incluso lo que en otras democracias más imperfectas que la nuestra, a Europa me refiero, constituiría delito. Entonces el retrete ha quedado para la más profunda introspección filosófica: «a la mierda to» es un ejemplo de frase densa y totalizadora, no se puede decir más en menos palabras, eso abarca a los presocráticos, Platón, Tomás de Aquino, Descartes, Kant, Hegel, Shopenhauer, Heidegger, Camus y el *sursum corda*.

Vueltos al coche, Bonoso habla de las pintadas de los romanos:

–Era de lo más normal pintar en la pared: todo lo que nosotros ponemos en los carteles publicitarios o electorales ellos lo ponían en la pared, vota a fulano, vota a zutano y por supuesto pintadas de índole más íntima y clandestina.

–Recuerdo *La vida de Brian* –dice Angus–. El judío haciendo pintadas subversivas en los muros.

–Ah, sí, lo sorprende la ronda romana y el oficial le da una clase de latín. Había escrito erróneamente *Romanus eunt domus*, y le hace escribir cien veces *Romani ite domum*, o sea, «Romanos *go home*». En el mundo romano se usaban los *graffiti* incluso más que ahora. Los había indecentes en los que casi siempre aparecen las palabras claves *mentula* y *cunnus*, o sea «polla» y «coño». Por cierto «testículos» se decía *colei* (singular: *coleus*), o *coleones* (singular: *coleo*), de donde procede nuestro vocablo «cojones». Y «clítoris» se decía *landica*. En Perugia se ha encontrado un glande de plomo, ya sabes un proyectil de honda, con la inscripción: *peto [la]ndicam Fvlviae* («busco el clítoris de Fulvia»). Fíjate que las inscripciones en los proyectiles de las hondas suelen ser más directas: *ferii*

Pompeii, «hiere a Pompeyo» y cosas así. Y ya puestos con las palabras íntimas, *futuo* significa «follar», de donde deriva el sustantivo *fututio*, un casquete, o polvo y *fututor*, follador.

–Veo que los españoles habláis latín.

–Pues sí, un latín evolucionado si quieres, pero eso son las lenguas romances de Europa.

Rememora Bonoso algunos *graffiti* curiosos o divertidos.

–En Pompeya se encontró uno, en la pared del prostíbulo: *Arphocras hic cum Drauca bene futuit denario* («aquí Harpocras echó un buen casquete a Drauca por un denario»).[77] Otra en el mismo sitio dice: *Myrtis bene felas* («Myrtis la chupa la mar de bien»). O *suspirium puellarum Celadus thraex* («las chicas suspiran por Celadus, el tracio»): ese se encontró en el cuartel de los gladiadores.[78] O *lucrum gaudium* («en la ganancia está la felicidad»). En los establecimientos hoteleros son bastante frecuentes y a veces nos ilustran sobre las comodidades que ofrecían a los clientes. Hay una que dice: *Miximus in lecto. Fateor, peccavimus, hospes. Si dices: Quare? Nulla fuit matella* («Nos hemos meado en las camas. Hotelero, reconozco que no está bien. Si preguntas ¿por qué? Porque no había orinal»).

–Ya se ve que las sábanas eran la hoja de reclamaciones –deduce Angus.

–Pues mira esta otra, de parte del hostelero: *Cacator cave malum, aut si contempseris, habeas Iovem iratum.* O sea: «Tú que cagas aquí, cuida las instalaciones. Si no Júpiter se enfadará contigo».

En esta inocente conversación llegan a Baelo Claudia, una de las más bellas ruinas romanas de la Bética, encuadradas de un lado por el mar y del otro por un incomparable paisaje serrano. Primero pasan por el moderno Centro de Interpretación cuya inspirada arquitectura compite en protagonismo con las nobles ruinas. Bonoso le va explicando a su amigo:

–Baelo Claudia fue, en sus inicios, fenicia, como casi todas las ciudades costeras mediterráneas de Hispania. Los romanos llegaron en el siglo –II e hicieron de ella un puerto importante para el comercio con el norte de África. Marruecos era entonces romano, sus provincias Mauritania

Tingitana y Mauritania Caesarensis de las que recibía mano de obra estacional cuando era necesaria.

–Como ahora –señala Angus–. Tengo entendido que vienen muchos norteafricanos a la recolección de la fresa y a la de la aceituna.

–Más a la aceituna que a la fresa –puntualiza Bonoso–. A la fresa acuden sobre todo chicas de los países del Este, entre las que abundan las rubias con ojos azules, precisión que lejos de ser machista intenta subrayar una cierta acomodación de la dulzura y el mimo femeninos a la dulzura y delicadeza de la fresa.

–No nos metamos en honduras –propone Angus–. Que luego pasa lo que pasa y las reclamaciones van al amanuense, al que menos culpa tiene.

–Prosigo entonces con lo de Baelo Claudia –dice Bonoso–. La ciudad vivió su esplendor entre los siglos –I y –II. Después cayó en picado, primero destruida por un terremoto y después saqueada por piratas, por los bárbaros que venían del norte y por los que venían del sur, los moros, los nietos de los que habían llegado como temporeros, que habían tomado buena nota de las riquezas de la ciudad y de las blancas carnes de sus *dominae*.

–¿Está eso documentado? –pregunta Angus, dudoso.

–Lo de las blancas carnes lo pongo yo, pero debes saber que se deduce de las pinturas al fresco que se encuentran por todo el imperio: los hombres aparecen muy bronceados, casi mulatones, y las mujeres blanquitas. De hecho la sombrilla la inventaron las romanas. Cuanto más blanca era la mujer, mejor, así demostraba alta posición social que le permitía no salir de casa ni callejear ni trabajar, como hacían las esclavas y las pobres.

–Estábamos en lo de los bárbaros llegando por todas partes –recuerda Angus.

–Eso fue, claro, cuando Roma ya no podía contenerlos. En esta ciudad como en muchas de la costa existió una floreciente industria alimentaria basada en el garo (*garum*), el *ketchup* de la antigüedad.

–¿Hubo tal cosa? –pregunta Angus.

–La hubo, y el *garum* hispano constituía una de las exportaciones más codiciadas en Roma. Era una especie de pasta de anchoas de consistencia casi líquida que llegó a ser tan imprescindible en las mesas del imperio romano como la mostaza y el *ketchup* lo son en una hamburguesería o la salsa agridulce en un restaurante chino. La elaboración era relativamente simple: tripas, hocicos, paladares, gargantas y otros desperdicios de peces grandes (atunes, murenas, caballas, esturiones…) se vertían en pequeñas albercas de salmuera expuestas al sol y se dejaban fermentar durante meses hasta que las bacterias disolvían las partes más sólidas y la evaporación concentraba los líquidos. Cuando aquella podredumbre se había reducido a la mitad, la prensaban y obtenían un líquido oscuro: el precioso *garum*. Los residuos sólidos que quedaban en la pila se regaban con salmuera y se volvían a prensar para que destilaran *garum* de segunda, y así sucesivamente porque había *garum* de varios precios y calidades. En el fondo de las albercas quedaba un residuo exprimido y seco que emulsionado con aceite de oliva resultaba ser una especie de pasta de anchoas, el *allec*.

–O sea, un jarabe de pez putrefacto –dice Angus.

–Sí, pero a los romanos se les hacía la boca agua de solo mencionarlo. El *garum* era la salsa comodín que combinaba con todo, ya fuera carne, pescado o verdura. Sus más fervientes aficionados incluso la añadían al vino (*oenogarum*), al agua (*hidrogarum*) y al aceite (*oleogarum*). «Actualmente el mejor *garum* –leemos en Plinio– se obtiene del pez escombro (caballa) en las pesquerías de Cartagena. Se conoce con el nombre de *sociorum*. Dos congios (unos tres litros) no se pagan con menos de mil monedas de plata. A excepción de los perfumes, no existe ningún licor que se pague tan caro, dando su nombre a los lugares de donde procede».

–O sea, incluso tenía denominación de origen.

–Ya lo ves. El *garum* vivió su época dorada en los primeros tiempos del imperio pero el ocaso de Roma acarreó también su decadencia. Quizá la nueva clase aristocrática, los conquistadores bárbaros llegados del norte, no

supieron apreciarlo, dado que no se habían acostumbrado a él desde la infancia. Quizá la decadencia del comercio y el deterioro de las comunicaciones dificultaron el suministro desde los centros de producción a los de consumo. Quizá el consumidor se aficionó tanto al *garum* a la pimienta (*garum piperatum*) que acabó quedándose solo con la pimienta y rechazando el resto de la fórmula. Vaya usted a saber. También pudiera ser que pereciera simplemente por la reñida competencia de otras salsas. Animados por sus extravagantes amos, los cocineros del imperio dieron en experimentar con las exóticas especias que llegaban de países lejanos por la ruta de la seda.[79] Es legítimo comparar a aquellos cocineros romanos con ciertos cocineros actuales que llaman cocina creativa a la mezcla de sabores inarmónicos o creen que cocinar a la francesa consiste en profanar un honrado solomillo con una gachuleta de crema y queso azul danés (lo he sufrido recientemente y aún respiro por la herida).

–Yo, en la brumosa Escocia, me atengo a lo de siempre, así no me llevo sorpresas, aunque últimamente proliferan los restaurantes étnicos que ofrecen marranadas.

–Eso pasa en todas partes, amigo. Es la decadencia. El abandono del *garum* fue, en todo caso, paulatino. En el siglo IV, *garum* procedente de Barcelona seguía llegando a Burdeos. Incluso en el siglo VI hay noticias de que lo producían todavía en Montpellier. Su consumo se redujo drásticamente en el siglo VIII, y, aunque todavía Rondelet lo cite en el siglo XVI, es evidente que lo hace a título testimonial, porque la antigua salsa ya había cedido su terreno a la pimienta que todavía sigue reinando en nuestra cocina (junto con el aromático ajo). Algunos autores creen que el *rajihe* que se fabricaba en Turquía hasta hace un siglo pudo estar emparentado con el antiguo *garum*. Es posible.

–Esto me trae a la memoria una salsa que usan en Filipinas, Tailandia y Vietnam –dice Angus–. En un viaje la intenté probar y era vomitiva, al menos para mí. También se hacía con un concentrado de pescado, el *nouc-mam*, que, por lo que me dices, tiene todas las trazas de parecerse al *garum*.

–Puede que sea parecida –conviene Bonoso–. Para el educado (o flaco) gusto occidental de hoy aquella salsa resultaría nauseabunda y excesivamente fuerte. De hecho, el aliento de los que lo consumían apestaba: «Si recibes una tufarada de aliento pestilente –escribe el poeta Marcial– *ecce, garum est*».

Los dos amigos pasean por las ruinas. Primero recorren la basílica judicial, en la que se han restituido bastantes columnas que andaban por los suelos además de la blanca estatua de Trajano que la preside; después el foro, pavimentado con estupendas losas de Tarifa (el pueblo inmediato), y los templos adyacentes, desafortunadamente casi desaparecidos, aunque quedan sólidos vestigios que testimonian su pasada grandeza.

–Baelo Claudia, tal como la conocemos ahora, era la típica ciudad romana de nueva planta: unas murallas, que aquí tenían unas cincuenta torres, configuran un recinto urbano formado de calles en cuadrícula con las dos principales, el *cardo* y el *decumanus,* que se cruzan en una plaza cuadrangular central, porticada, en la que se encuentran los principales edificios oficiales: el gobierno local (*curia*), una gran sala para la administración de justicia (*basilica*), la que hemos visto presidida por Trajano, y algún templo. En otros lugares de la ciudad baños, mercados, un teatro con aforo para dos mil personas y más templos. En Baelo Claudia quedan vestigios de cuatro templos, tres de ellos dedicados a la tríada capitolina, la trinidad romana como si dijéramos: Júpiter, Juno, su esposa, y Minerva, y otro a Isis, la egipcia, el culto mistérico que al parecer tenía muchos adeptos en la Bética, acuérdate de que en Itálica había otro, junto al teatro.

Pasean los amigos por las ruinas, visitan las instalaciones del *garum,* con sus características alberquillas redondeadas o cuadrangulares. Siguen el amplio *decumanus* hacia la puerta de Gades para visitar las termas.

–Higiene y convivencia combinados: me parece la mar de civilizado –dice Angus.

–Bueno. Los ricos tenían sus propias termas, más pequeñas, claro, en casa y preferían no mezclarse con la plebe que frecuentaba las públicas.

–Toda esta gente, ¿cómo coordinaba el trabajo sin relojes?

–Tenían relojes de sol e incluso relojes de agua (clepsidras), pero a pesar de ello lo de calcular las horas del día era materia ardua. Tenían doce horas de día y doce de noche, cuya longitud variaba según la estación, claro. La *hora prima* comenzaba con el alba, después la *secunda*, la *tertia* y las demás hasta la *duodecima* que era la del ocaso. La hora *sexta* correspondía al mediodía. Algunos aficionados creen que nuestra palabra *siesta*, deriva de *sexta*, yo en eso no me manifiesto, me limito a practicarla sin preocuparme de si me mantengo en la fase no-REM o si, metido en harina, alcanzo la fase REM.

–Pero, con un horario tan elástico, ¿cómo sabían cuándo empezar y cuándo terminar?

–Vivían con el sol: de día se trabajaba hasta pasado mediodía, y la tarde se dedicaba a las termas o a actividades más personales. No estaban tan obsesionados con el trabajo como los occidentales actuales. Bueno, para eso tenían a los esclavos, pilar básico de la economía romana, y en provincias además de esclavos, a las clases explotadas. Esos trabajaban de sol a sol.

–¿Y el calendario? –inquiere Angus.

–En cierto modo es el que seguimos usando. Al principio se basaba en el año agrícola y, como el romano era pragmático, no contaba el invierno en el que la tierra está muerta, así que se conformaba con diez meses que sumaban 305 días. Comenzaba en marzo (consagrado a Marte, dios de la guerra); abril (*aprilis*), así llamado por la floración vegetal (porque *aperire* es «abrir»); *maius* (mayo), por la pléyade Maia; *junius* (junio), por la diosa Juno, esposa de Júpiter, y ya está. Los seis meses restantes carecían de denominación y se designaban por el ordinal correspondiente: quinto (*quintilis*), sexto (*sextilis*), séptimo (*september*), octavo (*october*), noveno (*november*) y décimo (*december*).

–¿Y enero y el resto de los meses?

–Esos los añadió Julio César cuando reformó el calendario para integrar el invierno: enero fue *januarius* por Jano, el dios de los dos rostros, uno que mira al año anterior y otro que mira al año que empieza; y el siguiente se

llamó *februarius* (febrero), por los ritos de purificación (*februalia*) que se hacían en esas fechas. Después de la muerte de Julio César, Augusto decidió honrar su memoria dando su nombre a un mes: *quintilis,* el quinto, se llamó desde entonces *julius,* julio, y por la misma razón *sextilis* se llamaría *augustus*, agosto, en memoria de Augusto. Al sucesor de Augusto, Tiberio, le propusieron denominar *september,* septiembre, con su nombre pero él, que era un hombre inteligente y no tan perdido como se dice, rechazó la idea: «¿Qué haréis cuando se acaben los meses y siga habiendo emperadores?»

De Baelo Claudia a Acinipo, la próxima parada del viaje, hay un buen tirón, pero las carreteras son buenas y la circulación pasable. Cuando llega la hora de almorzar, el español avisa:

–*Ego esurio et sitio,* o sea, «tengo hambre y sed».

–Yo también voy teniendo hambrecilla –admite el escocés.

Dejan atrás una *caupona* de pinta dudosa (tres chicas de neón, ligeritas de ropa, sostenían el nombre: «El metisaca del routier») y aparcan junto a un restaurante de carretera llamado «La buena mesa», que les parece respetable *mansio*. Ascienden unas escaleras imperiales, quizá algo excesivas, calculadas para que los novios y los padrinos de las bodas perpetúen el momento ante el fotógrafo, y entran en el comedero que es amplio, estilo castellano remordimiento, con sus escayolas decoradas, sus maderas rechinantes, sus molduras enmarcando techos y ventanas y su televisor gigante al fondo en el que Rubalcaba se sujeta una mano con la otra al tiempo que intenta convencernos de que la burra es una pava. El menú es amplísimo, se ve que el chef ha desarrollado esa habilidad tan nuestra de mezclar latas y añadirle a todo un churretazo de nata de spray entreverado con limaduras de queso azul danés. Nuestros viajeros, que saben más por viejos que por diablos, se atienen a lo seguro: un ajoblanco avinagrado de entrada, filete de cerdo con patatas medio cocidas en aceite de girasol refrito y copa de helado que, como su enunciado promete, consiste, efectivamente, en una copa de cristal en la que han metido un bombón helado de esos que venden en las playas, con su envoltorio y su

palito. La camarera, una veinteañera maleada por las dietas, que luce un *piercing* en la comisura de la boca y un tatuaje gótico que le pilla todo el brazo, sirve con desgana a los dos viejos asquerosos. Se conoce que ella –que casi llegó a graduada escolar, mide 92-63-95, y ostenta el título de Miss Camiseta Mojada de las Fiestas Patronales de Villarejos del Prior, 2007– se merece más. Quizá un príncipe azul que llegue a rescatarla a este lugar de mierda a bordo de un Maserati descapotable y que le ofrezca la solvencia de una nómina de cinco cifras, por lo menos.

Angus, que solo ha comido la parte del filete menos carbonizada, mira su plato con cierta pena.

–Ya ves que en cuestiones de restauración en este país vamos como motos –ironiza Bonoso que, a pesar de lo hambreado que llegaba, se ha dejado casi todo en el plato–. ¡Que se joda la *cuisine* francesa!

–Yo he visto unos salchichoncillos que no tenían mala pinta, en la entrada –insinúa el escocés.

Ágil de reflejos, Bonoso recoge el pan correoso y mal cocido que quedaba en la panera.

Al salir compran una tripa de salchichón. Se sientan debajo de un pino, frente al aparcamiento, sin mantel ni nada a dar cuenta de ella. Bonoso, gran lector, descifra la etiqueta que pende del extremo del embutido: Cárnicas la Equina S.A.

–¿A ti te gustan los caballos? –le pregunta al amigo.

–No especialmente ¿por qué? –responde el escocés.

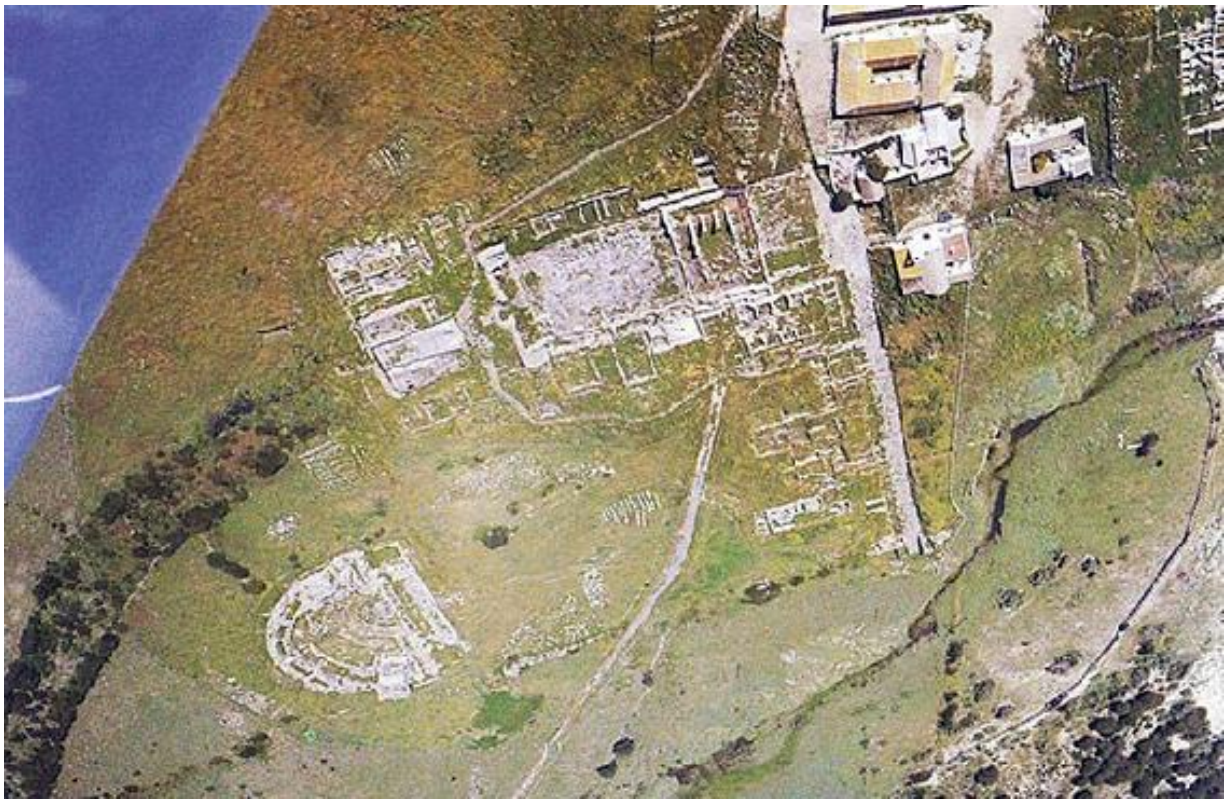
–Por nada. Más vale que te vayan gustando.

Los viajeros van cortando rodajas de salchichón hasta que acaban con la tripa.

–Bueno, parece que se ha enmendado la cosa –comenta Bonoso palmeándose la andorga satisfecha.

Prosiguen el camino, ya metidos en las anfractuosidades de la sierra, en busca de un lugar propicio para la siesta. Cuando lo encuentran tienden la manta a la sombra de un almendro. El campo hierve de chicharras, pero

como están en alto no hace demasiado calor y una brisa intermitente los alivia algo.



Ruinas de Baelo Claudia.

Vista de las ruinas de Baelo Claudia.

El mar desde las ruinas de Baelo Claudia.

Pozos en una factoría de *garum* (Almuñécar, Granada).

Reloj hallado en Baelo.

Calefacción de los baños mediante hipocausto. (Dibujo de Ana Miralles).

CAPÍTULO XXII

ACINIPO Y SU TEATRO

Hermoso paisaje –comenta Angus mientras esparce la mirada por la alta sierra, montañas grises, cerros ocres, cielo azul. Tienen delante la gran mesa caliza ligeramente inclinada en la que se instaló Acinipo, la hermosa ciudad, el nido de águilas rodeado de fértiles campos desde el que se dominaba de un lado la campiña del Guadalquivir y del otro el surco intrabético que conduce a Cartagena. Este otro campo de soledad, mustio collado permanece mayormente sin excavar, pero promete mucho porque llegó a tener unos cinco mil habitantes.[80]

–Las ruinas se conocen ahora como Ronda la Vieja –dice Bonoso–. Erróneamente, porque Ronda ya existía, a veinte kilómetros de aquí, y se llamaba Arunda. Otra cosa es que la decadencia de esta ciudad ayudara al crecimiento de la otra, como suele suceder.

Saludan al guarda que vigila las ruinas y remontan sin prisa la leve pendiente.

–Aquí hubo una primera población en la edad del bronce porque se han encontrado vestigios de las consabidas cabañas circulares. Después fue un poblado ibérico de cierta importancia y finalmente la ciudad romana que vivió su apogeo a finales del siglo I, y decayó a partir del siglo III. O sea, la secuencia acostumbrada. La ciudad está sin excavar, mayormente, pero ya ves que afloran lienzos de murallas como estas que ves. Aquí estaba la puerta del sur.

–¿Y esos montoncitos de tierra? –pregunta Angus.

–Ves que los hay a cientos, ¿verdad?, como un paisaje lunar. Los hacen los piteros.

–¿Una especie de topo?

–Un topo humano, más peligroso que el insectívoro. Expoliadores arqueológicos que reconocen los yacimientos con un detector de metales y destrozan el patrimonio. Pitero viene de pito, el sonido que el aparato produce cuando detecta algo metálico. Los objetos que encuentran los malvenden a anticuarios desaprensivos, muchos de ellos de natural bronceado, que a su vez los traspasan a otros anticuarios de guante blanco, aparentemente respetables, que se los colocan a coleccionistas. Es todo un negocio con tintes mafiosos. No sabes cuánto daña nuestro patrimonio.

Llegan al teatro.

–Este es uno de los teatros por fuerza mejor conservados de la península. Ya ves que aquí el terreno se hace más pino, lo que le vino de perillas al arquitecto porque solo tuvo que excavarlo en la roca madre y con la piedra extraída levanto la escena. Dos pasillos horizontales situados a distintas alturas (*praecinctiones*) dividían el graderío en tres sectores (*caveae*): el de abajo, para la gente más importante (*ima cavea*), el central para los de medio pelo (*media cavea*) y el gallinero para los más pobres (*summa cavea*). Todo picado en la roca caliza.

–Como el anfiteatro –sugiere Angus.

–Es lo mismo –reconoce Bonoso–. Y además, para facilitar el acceso a los asientos estaban esas escaleras verticales (*scalae*). Este espacio semicircular que queda aquí, frente al escenario, sería la *orchestra*; el escenario propiamente sería el *pulpitum*, elevado sobre un podio forrado de mármol (*balteus*) y detrás tendría una fachada monumental, la *rons scaenae*, provista de varias puertas (*valvae*) por las que entraban y salían los actores provistos de las máscaras correspondientes al personaje que interpretaban, las comisuras de los labios hacia arriba para la comedia, o hacia abajo para la tragedia. Qué te voy a contar que no sepas, los británicos sois un pueblo de grandes comediantes.

Se sientan en una grada de las bajas, frente al escenario, como dos duunviros.

–Los romanos fueron grandes aficionados al teatro, un préstamo cultural que heredaron en parte de los griegos y en parte de los etruscos, aunque eran más dados a la comedia bufa que a la tragedia solemne y casi sacramental de los griegos. En eso se nota la influencia de las *satura* etruscas, unas sátiras escenificadas de mucha aceptación popular. Luego desarrollaron una *fabula palliata*, más seria (de *pallium*, el vestido griego) y otros subgéneros arrevistados como la *tabernaria*, con diálogos casi zarzueleros empedrados de dobles y triples sentidos, casi siempre de temática sexual que hacían que la gente se partiera de risa, ese punto cáustico que dieron en llamar *italum acetum*, o sea «vinagre itálico».

–En la serie *Roma* aparece un teatro callejero de lo más grosero –recuerda Angus.

–No exageran nada. Al final al pueblo le encantaba esa sal gorda rayana en lo pornográfico que degeneró en mero mimo y pantomima con escaso argumento. Entonces todo eso se aceptaba como algo natural porque todavía el cristianismo no les había tomado las riendas de las conciencias y los romanos desconocían que esto es un valle de lágrimas al que hemos venido a sufrir y que usar libremente de los placeres que nos ofrece la vida, el sexo o la gula, es una grave ofensa al único dios verdadero, que nos los ha otorgado para que los usemos estrictamente para engendrar hijos y para nutrirnos.

Queda Angus un poco pensativo sobre las palabras de su amigo y al final reconoce:

–Sí, los romanos vivían en esa ignorancia, los pobres.

–La cosa se remedió en cuanto llegó el cristianismo con las rebajas y acabó con el teatro y con el anfiteatro. En adelante solo iglesias y catedrales, como debe ser.[81]

Cuando regresan al coche la tarde va de retirada. Ponen rumbo a Sevilla charlando sobre la crisis que vive Occidente y sobre la decadencia de los imperios. Algo sabe de eso Angus, que nació en la India, hijo de un oficial

británico que a su vez había nacido en Sudáfrica, cuando los ingleses se esforzaban en civilizar a los zulúes, explotándolos de paso.

Noche cálida sevillana en una terraza de la calle Betis. Están tan molidos que solo toman una fritura de pescado. Angus repite con el cazón en adobo.

–¡Qué cosa más rica! Esto está de escándalo –alaba el escocés extremando su vocabulario castizo–. ¿No lo venden enlatado?

–Me temo que no –admite Bonoso–, pero ¿no tenéis en las islas vuestro *fish and chips*?

–Por favor no compares, que ofendes.

–Esto del escabeche es una antigua receta romana. Los romanos usaban mucho del vinagre como conservante. El propio Apicio ofrece la receta básica del escabeche: «Para que el pescado frito dure más, en cuanto se fríe y se saca de la sartén, se vierte encima vinagre muy caliente».

Bonoso se demora, prostático, en el mingitorio. Aprovecha esa contrariedad para leer los *graffiti* y culturizarse: «Lo importante no es ser guapo, sino desprender follabilidad» –dice uno.

–A buenas horas, mangas verdes –murmura el usuario como para sí.

Actores romanos en un mosaico. (Museo Arqueológico Nacional de Nápoles).

Teatro de Acinipo, erróneamente identificada como Ronda la Vieja.

Vista cenital del teatro de Acinipo.

CAPÍTULO XXIII

DE ELEFANTES Y MANTECA ‘*COLORÁ*’

Al día siguiente se despiden de Sevilla y toman el camino de Carmona, la Carmo ibera y romana.

–Esta ciudad, en alto y rodeada de una extensa y fértil campiña –va explicando Bonoso–, con mucha tierra excelente de aluvión que da ubérrimas cosechas, estaba abonada por la naturaleza para entrar por la puerta grande de la historia. Ha estado poblada desde el Neolítico, si no antes, y ha recorrido todo el *cursus honorum* de la arqueología nacional: el bronce, el hierro, el *oppidum* turdetano, el enclave cartaginés, importantísimo, y, finalmente, Roma. Lo malo es que la ciudad actual está construida sobre la antigua y ya sabes lo que eso significa, que no nos deja ver el subsuelo. Pero visitaremos una necrópolis de los siglos I y II que merece la pena, única en el mundo.

Recorren la necrópolis de Carmona. Las tumbas se excavaron en la arenisca dorada y blanda del paraje a lo largo de la calzada que llevaba a Sevilla. Descienden los amigos unas escaleras y transitan entre cámaras subterráneas en las que pequeñas cajas de piedra, cistas, que contenían las cenizas de los difuntos, se alinean en vasares u hornacinas. Las familias más pudientes tenían su propia cámara (*ustrinum*), a veces con varias estancias, unas para las cenizas, otras para el ajuar funerario, y con las paredes estucadas y pintadas al fresco. Las cenizas de los humildes, por el contrario, quedaban en el pozo de cremación que se delimitaba con unas lajas de piedra y se cubría de losas o de ladrillos o *tegulae* (las anchas tejas romanas, planas y ligeramente elevadas en los bordes).

–Debió de ser un cementerio muy lujoso, no menos que los nuestros, llenos de buenos mausoleos de mármol –explica Bonoso–. Lo que vemos es lo que había bajo tierra. Todo lo demás lo han ido saqueando con el tiempo para construir la actual Carmona. Y las pinturas que debieron de ser espectaculares también se han deteriorado mucho desde que esto se descubrió en 1868.

Entran en un conjunto de estancias de paredes corroídas, muy evocadoras.

–Esta es la famosa tumba del Elefante, así llamada por esa figura que ves en el centro de la estancia.

Angus ve una cámara funeraria con seis cistas en sus hornacinas y otra adjunta que presenta un elefante sobre un pedestal o altar.

–Los romanos estaban bastante familiarizados con este animal que abundaba en el norte de África. Después lo cazaron tanto que lo extinguieron. Son los que Aníbal llevó a Italia en su famosa campaña. La figura ha perdido parte de la trompa y bastantes detalles debido a la escasa calidad de la arenisca. El patio adyacente es parte de la misma tumba. En su origen estaría cubierto, pero hoy ha quedado al aire libre.

–¿Esto son triclinios? –pregunta Angus en el patio.

–Triclinios sí, para el banquete funerario. El complejo es, en realidad, un santuario de Cibeles y de Atis. Seguramente lo destruyeron los cristianos cuando tomaron el relevo del resto de las religiones mistéricas, sus competidoras, a las que persiguieron con saña.

–¿Por qué crees que le hacían la competencia al cristianismo?

–Porque se parecían mucho y venían a prometer las mismas cosas. Todas las religiones mistéricas tienen un origen común, en el próximo oriente o Egipto. En estas religiones encontramos casi siempre a un dios que se encarna en un hombre, al que ejecutan y después resucita y garantiza la salvación de sus adeptos y el paso a una vida de ultratumba. Atis, como Cristo, moría y resucitaba cada año, lo que era de gran consuelo a los difuntos que aguardaban la resurrección y la vida eterna. Estos cultos ya te puedes imaginar que allanaron el camino al cristianismo, pero luego la

Iglesia los persiguió sañudamente. Ya sabes que no hay peor cuña que la de la misma madera.

–Y Cibeles ¿dónde está?

–Su imagen era un betilo, o sea una piedra ovoide que es la representación anicónica de la Diosa Madre. A lo largo de este viaje vamos a encontrar distintas acepciones de la Diosa Madre bajo la forma de betilos.

Pasan adelante por un pasillo excavado en la roca.

–Esa tumba se llama de las Guirnaldas, por las que decoran el podio del *ustrinum*.

Angus cuenta hasta trece cistas de piedra.

–Las familias eran numerosas, entonces –explica Bonoso–, pero también debes tener en cuenta que aquí se enterraban varias generaciones. Aquella otra la han llamado, con derroche de imaginación, «la de los cuatro departamentos», ¿aciertas a adivinar por qué? Es la que mejor ha conservado sus estucos. Y ahora vamos por aquel sector para ver la joya de la necrópolis.

Caminan un poco entre restos funerarios menos notables.

–¡La tumba de Servilia! –la presenta Bonoso–. Un lujo de tumba, para una familia sin duda de ricos propietarios y de funcionarios encumbrados en la época de Augusto. Hasta ahora lo que hemos visto recordaba las necrópolis púnicas. Esta es completamente romana, o mejor dicho de estilo helenístico, la derivación de lo griego que tanto apreciaban los romanos.

Deambulan los amigos por el amplio peristilo, el patio abierto a cielo abierto al que dan las cámaras funerarias. Admiran bellos estucos que reproducen arquitecturas. Visitan la gran cámara con bóveda apuntada y gruesos nervios que arrancan del suelo.

–Tiene algo de bárbaro, no sé –dice Angus.

–Y al mismo tiempo, algo de gótico, ¿verdad?

Lo último que examinan es el Columbario-Triclinio, un gran patio con un triclinio en el centro y numerosos nichos cinerarios alrededor.

–Es posible que perteneciera a un *collegium*, palabra que significa «juntos por ley», o sea a una cofradía o gremio. De este modo personas

relativamente modestas se aseguraban un entierro decente en el panteón colectivo.

Se despiden de la interesante necrópolis y prosiguen el viaje por la fértil campiña cereal y olivarera. Bonoso no excusa su ritual parada intermedia para repostar y reponer fuerzas en la acreditada venta de los altos de Écija, donde nada más verlo entrar el dueño que atiende la barra le prepara un mollete con manteca *colorá*.

–¿Y la compañía, qué tomará, don Bonoso?

–Otro mollete, como es natural.

–¿Qué es mollete? –pregunta Angus cuando el hostelero se aleja.

–Un pan muy rico que hacen aquí, y no me extrañaría que fuera romano porque tiene toda la pinta del que se ve en los frescos pompeyanos. Se toma con aceite o con manteca *colorá*. Yo creo que dado que eres un guiri debes tomarlo con manteca *colorá*. Ya verás qué rica.

–¿Y qué es la manteca *colorá*?

–Es una especie de mantequilla hecha con asadura, manteca de cerdo, ajo, orégano, pimienta blanca y pimentón.

–¿Y qué es asadura?

Suspira Bonoso acopiando paciencia, que ya ve venir los molletes calentitos y tiene la boca hecha agua.

–Asadura es como llamamos al hígado cuando se cocina. Mucho preguntas tú. Atento que ya llega esto.

Un festín, un verdadero festín. Angus reprime la tentación de pedir un segundo mollete. Sabe que va a pagar su amigo y no quiere abusar.

–Écija tiene un estupendo museo arqueológico porque está, toda ella, fundada sobre una de las más importantes ciudades romanas de la Bética, Astigi, que era cabeza de uno de los cuatro conventos jurídicos de la Bética, el astigitano, pero me temo que lo dejaremos para una próxima visita.

El GPS, que es un gran invento para los que se hacen un lío con los mapas, los conduce a su nueva estación, en Torreparedones.

–El yacimiento romano está junto a aquel castillo que ves allí, en aquel cerro cubierto de olivos. Es un castillo medieval que parece que esté

custodiando la ciudad romana. Todavía no sabemos si fue colonia o municipio, aunque hay fundadas sospechas de que sea la Ituci Virtus Iulia mencionada por Plinio, eso lo tiene que aclarar la epigrafía, cuando se encuentren las pruebas necesarias. Hay, al parecer, un estrato tartesio, de poco antes de los iberos, que se prolonga hasta Roma. Para lo poco que llevan excavado han salido cosas interesantísimas.

Aparcan los visitantes no lejos de los primeros restos, un tramo de la muralla ibérica en el que destaca una puerta monumental, flanqueada por dos grandes torreones casi cuadrados. La atraviesan y caminan hasta el amplio foro (700 metros cuadrados) totalmente excavado que en buena parte conserva el pavimento original.

–¿Qué te dije?

–Buenas losas.

–Y bien escuadradas. Aquí había buenos canteros y dinero para contratarlos.

En el centro del foro, encuentran una fila de losas recorrida con una inscripción tallada profundamente en la piedra.

–Esta es la placa, un poco exagerada quizá, que perpetuaba el nombre del prócer que costeó la pavimentación de esta plaza –señala Bonoso–. Originalmente debió de estar en letras de bronce sobredoradas que quedaban a ras del piso, sujetas por grapas de las que han quedado esos agujeros que ves en el fondo.

Bonoso consulta su cuaderno de notas donde lleva apuntada la inscripción. Lee:

–M(arcus) Iunius M(arci) f(ilius) Gal(eria) Marcellus (…) (Aug)usti forum s(travit) (d)e s(ua) p(ecunia), o sea «Marco Junio Marcelo, hijo de Marco, de la tribu Galeria (…) de Augusto pavimentó el foro con su dinero».

–Un filántropo.

–Más o menos. Ya te dije que algunas veces lo hacían por recibir el aplauso de sus ciudadanos, lo que es muy encomiable, pero a menudo lo que buscaban era ganárselos para hacer carrera política. Eran unos tiempos

en que, para ser político, había primero que hacer fortuna, lo que ya demuestra que vales, y después había que rascarse el bolsillo y ofrecer a la comunidad alguna obra de utilidad común: una plaza, un acueducto, unas letrinas… Hoy primero se meten a políticos y luego se llenan el bolsillo con el dinero de la comunidad. Es el mundo al revés. La política, que debiera ser la más noble ocupación del hombre, permite encumbrarse a cuatro aprovechados que solo quieren medrar y robar.

–Parece que aquí se han tomado las cosas en serio –opina Angus señalando al pórtico norte del foro, donde han musealizado acertadamente el espacio con fustes de columnas y reproducciones de las estatuas allí encontradas.

–Hacen bien. Esta es una de las excavaciones más prometedoras de la Bética. Algún día devolverá al pueblo cuanto gastan en ella, y con aumentos.

Recorren el mercado (*macellum*) junto al foro y admiran una hermosa tubería de plomo encontrada en la cloaca del cardo, así como una posible *schola* con losas de caliza y canal perimetral.

–Oye, en el mercado ¿qué vendían?

–De todo, pero especialmente alimentos. Creo que éste se especializaba en carne vacuna.

Bajando la pendiente del cerro, la zona que todavía está por excavar, llegan al extremo de la ciudad donde se ha desenterrado un interesante santuario.

–En realidad comprende dos templos –precisa Bonoso–: uno de época republicana y otro altoimperial.

Suben una rampa estrecha que comunica con un vestíbulo, lo atraviesan y pasan a un patio.

–Esa cámara al otro lado del patio es la *cella*, el *sancta sanctorum*, donde habita o se manifiesta la divinidad, el lugar de la diosa en este caso. Este edificio responde a un trazado muy mediterráneo, común a varias culturas.

El santuario consta de un espacio cuadrangular acotado, abierto a las estrellas, desde el que se observaban los signos (*auspex*) y augurios del cielo. Bonoso le explica a su amigo las peculiaridades de la observación celeste y de la *contemplatio* del vuelo de las aves que permitía adivinar lo porvenir y deducir la conveniencia de obrar de una u otra manera.

–Se basaba aquella ciencia en la creencia de que los dioses lo controlan todo y en que todo está interrelacionado, de la caída de una hoja puedes deducir, conociendo el infinito encadenamiento de causas y efectos, la salud de tu enamorada.

–Hace tiempo que no veo caer las hojas –dice Angus–. Y eso que vivo en el campo.

–¡Ay, querido amigo, yo tampoco las veo caer! Solo quería explicarte que de un solo fenómeno natural, por mínimo que sea, predecían otro que todavía no había ocurrido, pero podía ocurrir si uno obraba de determinada manera.

–Eso de la *contemplatio* debe de ser lo único que los sacerdotes actuales han heredado de aquellos –ironiza Angus.

–Te veo venir –se ríe Bonoso–. Fíjate la de filos que tiene el latín.

Cruzan el patio y se asoman a la *cella* reconstruida, un cuarto de apenas dos metros de lado.

–Aquella columna del fondo, la que no sostiene nada, representa a la original que era un betilo estiliforme, o sea, un betilo en forma de columna, pero con el significado primigenio del betilo, la piedra en la que reside la diosa, en este caso la *Dea Caelestis*. Seguramente el santuario estuvo vigente entre los siglos –I y I, y después lo abandonaron. Debió de ser importante a juzgar por los exvotos con figuras de hombres, mujeres o miembros del cuerpo que aquí se encontraron, más de trescientos.

Regresan al coche por medio del olivar.

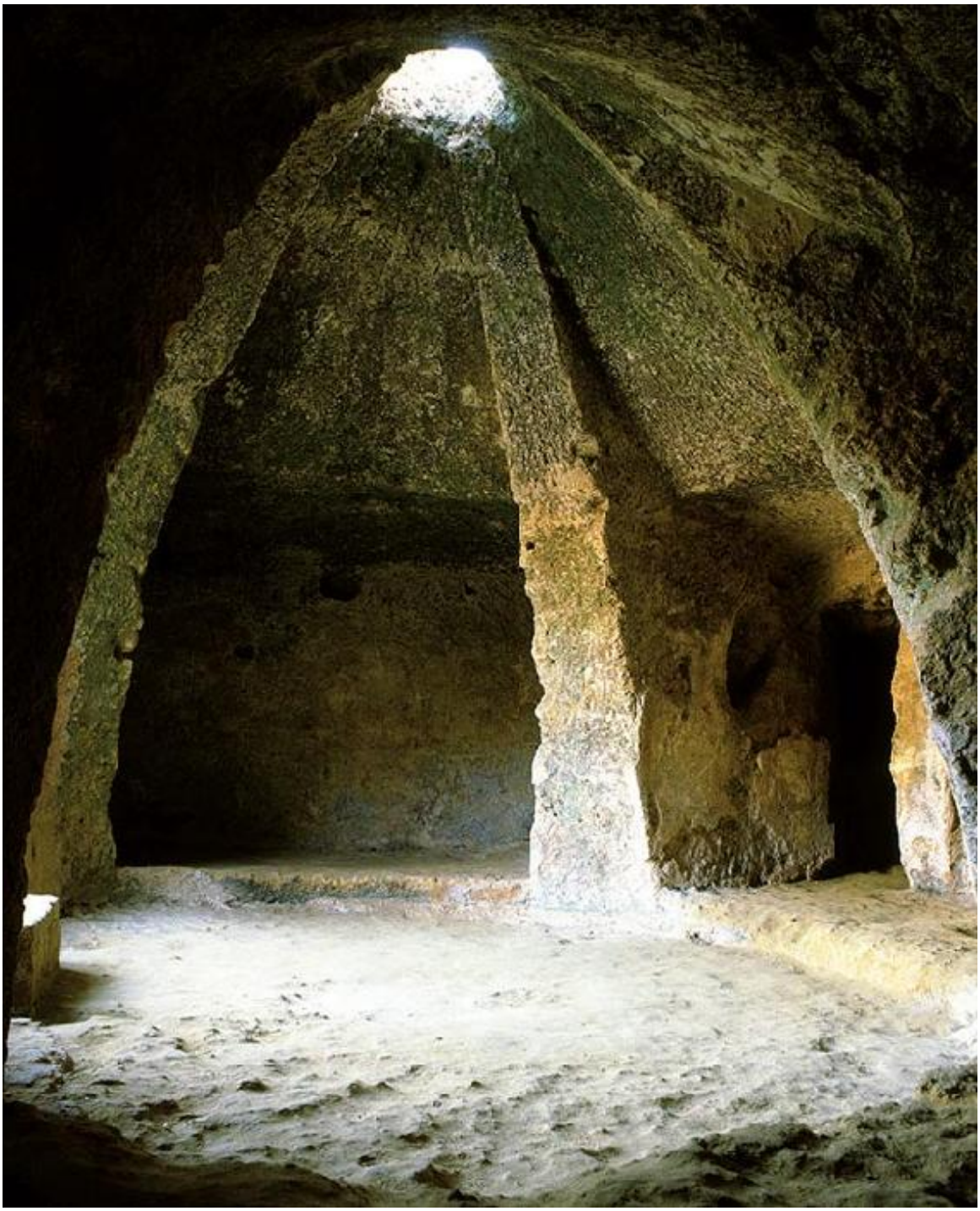
–Se nos ha hecho tarde –dice Bonoso–. Lo más prudente sería almorzar algo antes de seguir.

Reconstrucción de una cremación. (Museo Arqueológico de Lyon). (Fotos de Icastro).

Reconstrucción de una pira funeraria. (Museo Arqueológico de Lyon). (Fotos de Icastro).

Tumba del Elefante. (Necrópolis de Carmona).

Necrópolis de Carmona.(Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico).



Tumba de Servilia. (Necrópolis de Carmona). (Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico).

Hogaza de pan carbonizada en Pompeya.

La Astigi romana aparece bajo la Écija actual.

Mosaico astigitano.

Las ruinas de Torreparedones. (Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico).

CAPÍTULO XXIV

LA VILLA DEL RUEDO Y LAS CABEZAS VIAJERAS

Baena, pueblo ilustre y olivarero, tiene buenos sitios donde comer. Los amigos escogen la boquería donde les han dicho que hacen bien el atún rojo de almadraba. Sentados a la mesa piden de primero salmorejo y de segundo atún:

–Esta es una exquisitez que pronto desaparecerá del mercado –dice Bonoso–. Se lo llevan todo los japoneses, que lo pagan a peso de oro. Este pescado antes abundaba mucho, procedente de las almadrabas de Cádiz. Ahora, como todo lo del mar, se lo están cargando con la sobreexplotación. Los romanos apreciaban al *thunnus thynnus*, ese cerdo marino, y solían tomarlo en salazón. En realidad el *garum* era, en un principio, subproducto de las factorías de salazón. Lo que pasa es que acabó siendo tan caro o más que el producto principal. En algunas tenían una torrecilla o atalaya desde la que un vigía atisbaba el mar y en cuanto veía acercarse un banco de peces, lo que se nota por la distinta coloración de las aguas, y porque algunos peces asomaban fuera de ellas, daba la alarma para que los pescadores salieran a su encuentro con redes almadraberas, un laberinto en el que envolvían a los atunes, los encerraban en un cerco de barcas, los mataban a hachazos y los jalaban con ganchos a los barcos. Una vez en tierra los cortaban en tiras y trozos, los limpiaban con agua dulce y los curaban en piletas alternando capa de pescado y capa de sal. Después de veinte días envasaban ese pescado en ánforas, las sellaban y las almacenaban.

Por la tarde, guiados por el GPS, los dos viajeros llegan a Almedinilla, ya en la raya de Jaén, donde piensan visitar una villa campestre de las más lujosas que se hayan encontrado en el imperio romano, la villa de El Ruedo que hoy, por una de esas casualidades de la vida, resulta estar abierta y visitable.

–Cuando las conquistas enriquecieron a las clases dirigentes –explica Bonoso–, los dueños de las tierras marcharon a las ciudades en busca de mayores comodidades para vivir como rentistas (vida social, baños, espectáculos, diversiones) y dejaron el campo en manos de aparceros. Siglos después, cuando las ciudades se tornaron incómodas e incluso peligrosas, la aristocracia las abandonó para vivir en residencias campestres o *villae*, auténticos palacios dotados de termas y adornados con lujosos mosaicos que testimoniaban la opulencia del propietario. Muchas *villae* parecían castillos cuadrangulares, con sus cuatro esquinas defendidas por torreones; pero en el interior eran palacios de amplias salas organizadas en torno a un gran patio central, decoradas con estupendos mosaicos y equipadas, como esta que vemos, con termas privadas y calefacción central.

–Estamos en una gran propiedad de algún patricio rico del siglo I, quizá horaciano, que se retiró al campo a vivir romanamente y, al propio tiempo, a cuidar de su hacienda, que debería de ser mucha y rica. Hay que imaginar olivos, rubios trigales, vides y rebaños de ovejas, quizá también piaras de cerdos. El hombre escogió un lugar soleado y ventilado, rico en buenas aguas y cercano a una calzada.

Entran los amigos a la villa, que está muy cuidada, bajo un techo que deja pasar la luz y recorrida por pasillos metálicos que permiten escudriñar cada rincón de la ruina sin pisarla.

–Como ves, la villa se articula en torno a un gran patio central, helenístico, rodeado de columnas. En el centro un estanque adornado con estatuas, entre ellas un Atis en actitud pensativa y un Hypnos de bronce, lo que confiere al conjunto cierta melancolía.

–Evocaciones del sueño y de la muerte.

–Sí, pero a lo mejor también recordatorios de la fugacidad y de la hermosura de la vida. En los suelos buenos mosaicos que por desgracia han desaparecido casi por completo. Tenía sus termas, naturalmente, e incluso su habitación cálida para los malos días invernales: la mejor calefacción del mundo, ahora la vuelven a practicar los rusos: aire caliente por el suelo y por las paredes.

En el otro extremo de la villa, recorren las ruinas de la explotación agropecuaria.

–Aquí vivirían los trabajadores –dice Bonoso–, que seguramente serían esclavos dirigidos por un esclavo administrador (*vilicus*). En la villa rústica, de la que descienden directamente los modernos cortijos andaluces, distinguimos dos corrales (*cortes*) dotados de sendos abrevadores centrales (*piscinae*) y una serie de establos para bueyes o caballos, así como graneros (*granaria*) y dependencias. La parte más frecuentada de la casa era la gran sala en la que se cocinaba y se vivía. Se conocen porque suelen estar rodeadas de poyos de mampostería que servían de asiento durante el día y de cama durante la noche. En los mayores latifundios podía haber incluso un calabozo (*ergastulum*) y un hospitalillo (*valetudinarium*).

–Pensaban en todo –reconoce Angus.

–Eran como ciudades en pequeño –dice Bonoso–. Los monasterios cristianos, siglos después, reprodujeron bastantes detalles de las *villae*. En cierto modo este esquema constructivo se ha mantenido hasta nuestros días en cortijos y caserías. A un lado la vivienda del señorito, la *pars urbana*, con todas las comodidades, y al otro, sin que interfiera, pero vigilada por la primera, la *pars rustica*, que integraba las viviendas de los aparceros, los almacenes, las cuadras y demás dependencias agrícolas.

–¿Y cuánto tiempo se mantuvo esta casa?

–No mucho o bastante, depende de la perspectiva con que lo miremos. Se abandonó hacia el siglo IV, con la liquidación del imperio.

Lo último que visitan es el ninfeo de la *villa.*

–No ha quedado mucho –comenta Angus.

–Me temo que no, pero su mera existencia significa que a la villa no le faltaba un perejil. Los romanos estaban agradecidos a las ninfas que guardaban las fuentes y los manantiales y les hacían pequeños monumentos, a menudo en forma de cueva. Hay muchos en la Bética. En Jaén, donde iremos mañana o pasado, existió uno muy importante en el manantial de la Magdalena. Hace muchos años participé en una pequeña excavación y me llevé una de las mayores emociones de mi vida al encontrar y desenterrar con mis propias manos la estatua de una hermosa dama togada. El marido, o quien fuera, apareció a su lado, los dos sin cabeza.

–¿Los habían decapitado?

–No, nada de eso. Los romanos, tan pragmáticos, solían esculpir por un lado la escultura y por otro la cabeza. Si te mudabas de casa solo tenías que llevarte tu cabeza y ponérsela a la escultura que encontrabas en el jardín de la nueva. Lo mismo haría el nuevo inquilino de la tuya, que vendría con su cabeza en mármol. Hablo, naturalmente, de los romanos ricos, de los que podían permitirse contratar a un artista o vivir en una casa con esculturas.

Está oscureciendo el cielo.

–Vamos a pernoctar en Frailes –propone Bonoso–. Tengo allí un amigo, Manolo Ruiz, el Sereno, que nos ofrece albergue.

Frailes es un pueblecito pintoresco de la Sierra Sur arrimado a una peña a cuyo pie discurre un rumoroso riachuelo. Hay también unas termas naturales de salutíferas aguas.

–Aquí habrá bastantes ninfas de las fuentes –comenta Angus.

–Si es por los manantiales, debe de haber más que habitantes.

Manolo Ruiz, doctorado en la escuela de la vida, generoso y trabajador, vive, ya jubilado, en una mansión instalada sobre el peñasco que domina el pueblo, en medio de un gran jardín arbolado. Los hace aparcar dentro de la finca, junto al laurel más aromático que se conoce en estos contornos, un árbol bien romano, y los lleva a cenar al merendero particular del jardín, casi un balcón con vistas a la sierra, en el que ya esperan Mercedes, Manolo y otros amigos de las cofradías gastronómicas de la Cuchara de Palo y El Dornillo.

Con una copa en la mano de vino del país, ciertamente mejorable,[82] conversan de lo divino y de lo humano, especialmente de lo humano.

–Manolo, cuéntale a Angus cuando rescataste por la ventana a Sara Montiel.

–Manolo, que no se marche Angus sin ver la fábrica de aceite más pequeña del mundo.

Manolo se ha construido una almazara en miniatura debajo de la escalera de su mansión. La batidora es un barril de cerveza reaprovechado y el motor el de una lavadora reciclada.

–Manolo, cuéntale…

La cena está estupenda. Manolo ha preparado para la colectividad un remojón, la ensalada veraniega típica de estas tierras: naranja, bacalao, aceitunas, huevos, cebolletas, ajo, vinagre, pimentón y patata cocida.

–¡Qué cosa más rica –reconoce Angus–, cuando yo cuente lo bien que ligan el bacalao y la naranja!

Al día siguiente, desayunan tostadas con aceite del que fabrica Manolo y se ponen en camino. Discurre el Ford alegremente, a paso vivo y matinal, por el mar de olivos que se pierde por los cerros de Alcaudete, la antigua frontera de los moros, abundada de castillos y atalayas.

–¿Ves ese peñasco imponente?

–¿No lo he de ver?

–La peña de Martos. Encima hay un gran castillo construido por los freires calatravos (la versión española de los templarios) hacia 1240. En tiempos de los romanos Martos se llamaba Tucci. Junto con el pueblo siguiente, Torredonjimeno, formaba la Colonia Augusta Gemella Tuccitana. Por esta comarca se encuentran abundantes restos romanos. Hubo un franciscano en el convento de Martos, el padre Recio Veganzones, que se dedicó a recoger y conservar todo lo ibérico y romano que aparecía en los campos. Dejó dicho que en su lápida funeral pusieran: *Occido cum sole* («Me oculto con el sol»).

–Conmovedora modestia franciscana.

Dejan atrás la impresionante peña.

–Ahora pasaremos junto a la antigua Tosiria –prosigue Bonoso–. Hoy es un pueblo, Torredonjimeno, cuyo himno proclama: «somos tosirianos, gente sin temor». Ese cerro de la derecha es el despoblado romano de Bastora, después conocido como Torre Venzala.

–Ya veo las ruinas.

–Las romanas están soterradas. Lo que ves en la cumbre es un torreoncillo que queda del castillo medieval.

Llegan al Pilar de Moya y toman la desviación de Arjona.

–¡Qué enormidad, cuántos olivos! –comenta Angus– ¡Un mar de olivos!

–Más que un mar, un océano –corrobora Bonoso–. Nosotros lo llamamos el bosque ordenado. Antes de internarnos en él, como los legionarios de Varo se internaron en el bosque de Teotoburgo, hagamos acopio de munición de boca –decide Bonoso–. *Primum vivere, deinde philosophare,* o sea que debemos alimentarnos, que no parece sino que no paramos más que para repostar gasolina. Sería pecado pasar de largo por mi pueblo sin probar los pasteles.

–¿Pasteles? ¿De *steak and kidney*? –pregunta Angus, que todo lo traduce a la cocina de los britanos.

–No, hombre, pasteles dulces. El alimento del legionario moderno. El antiguo, el romano, no les hubiera hecho ascos porque su dieta era de lo más variada, regimental. La base era harina integral, con la que hacían las tradicionales gachas romanas (*puls*) o pan. El chusco de la tropa se llamaba *panis militaris castrensis*, y uno algo más fino *panis militaris mundus.*

–Ese sería para oficiales.

–*I gather so, sir* –responde militarmente Bonoso–. Pero también comían alubias, lentejas, cebollas, verduras, frutos secos y hasta carne, especialmente panceta (*laridum*).

–¿Qué es panceta?

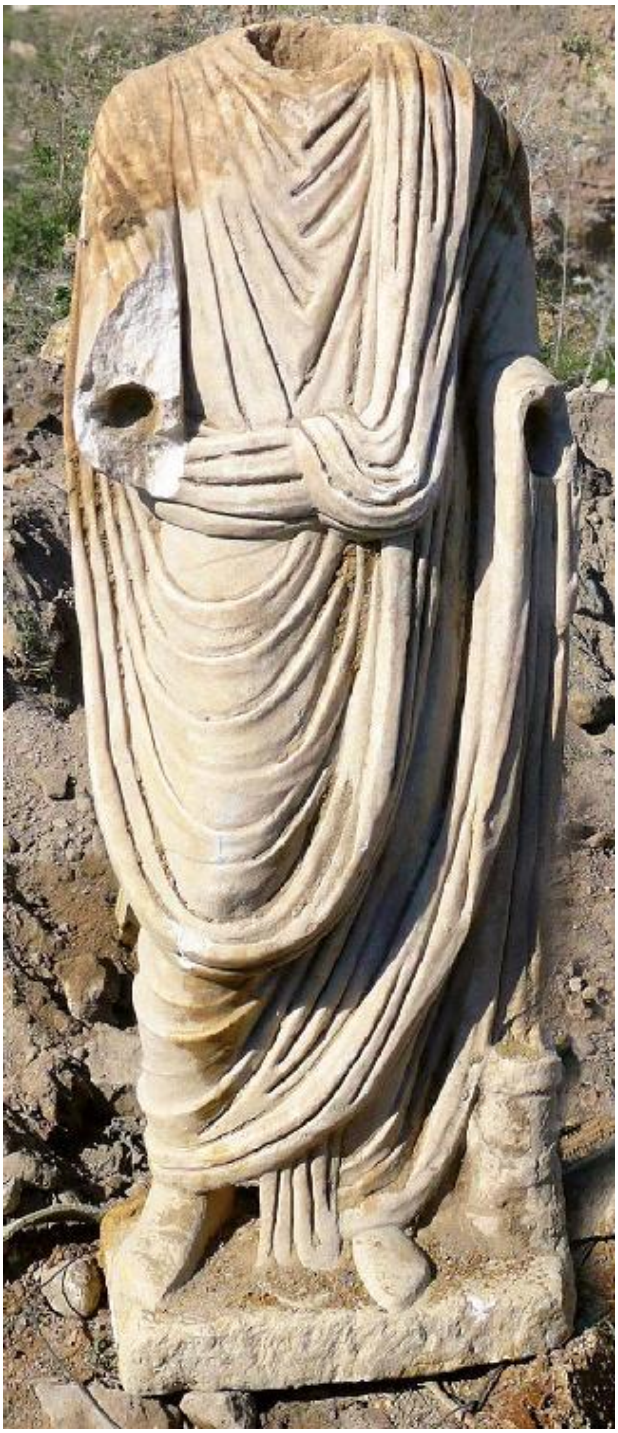
–*Bacon*, pero menos fino, con pelos en la corteza.

Representacion de la villa romana en un mosaico procedente de Tabarco. (Museo del Bardo, Túnez).

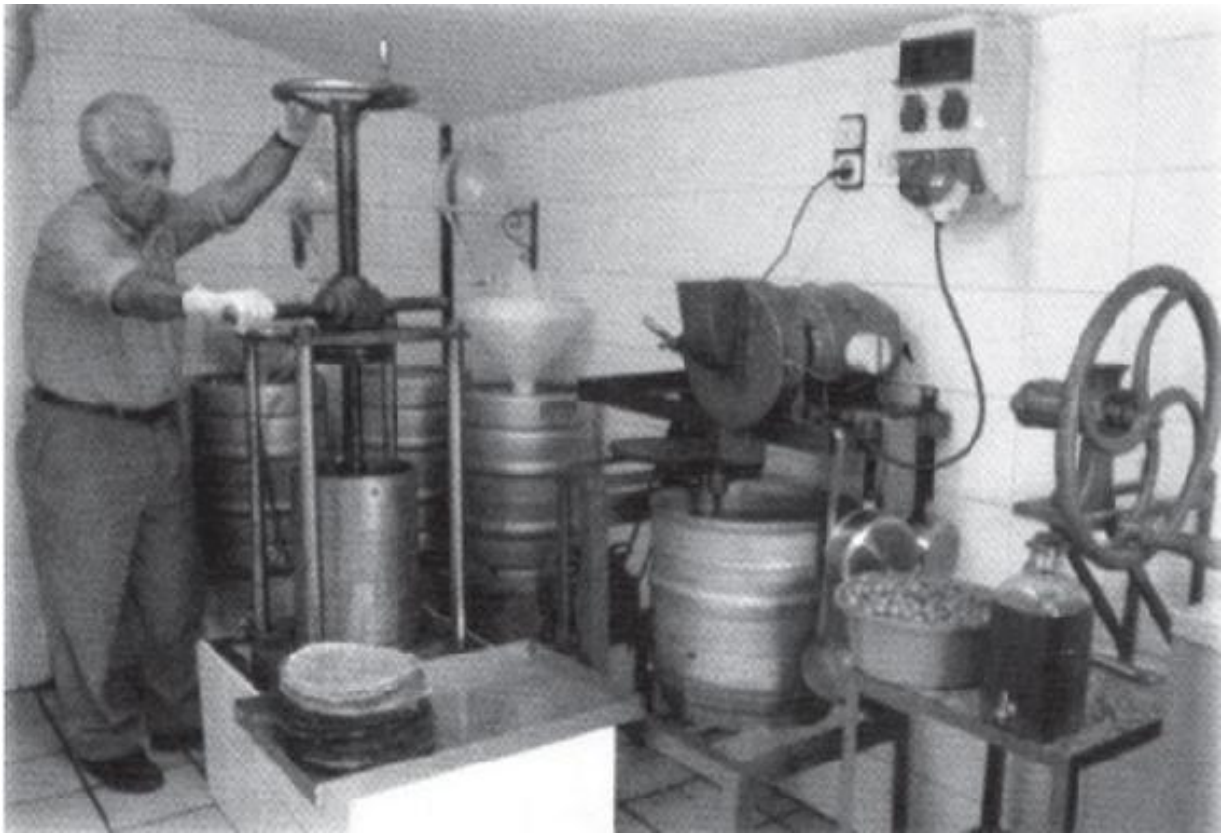
Mosaico y pinturas murales en Almedinilla (Córdoba). (Foto de Rafael del Pino).

Dos perspectivas de Almedinilla (1). (Fotos de Rafael del Pino).

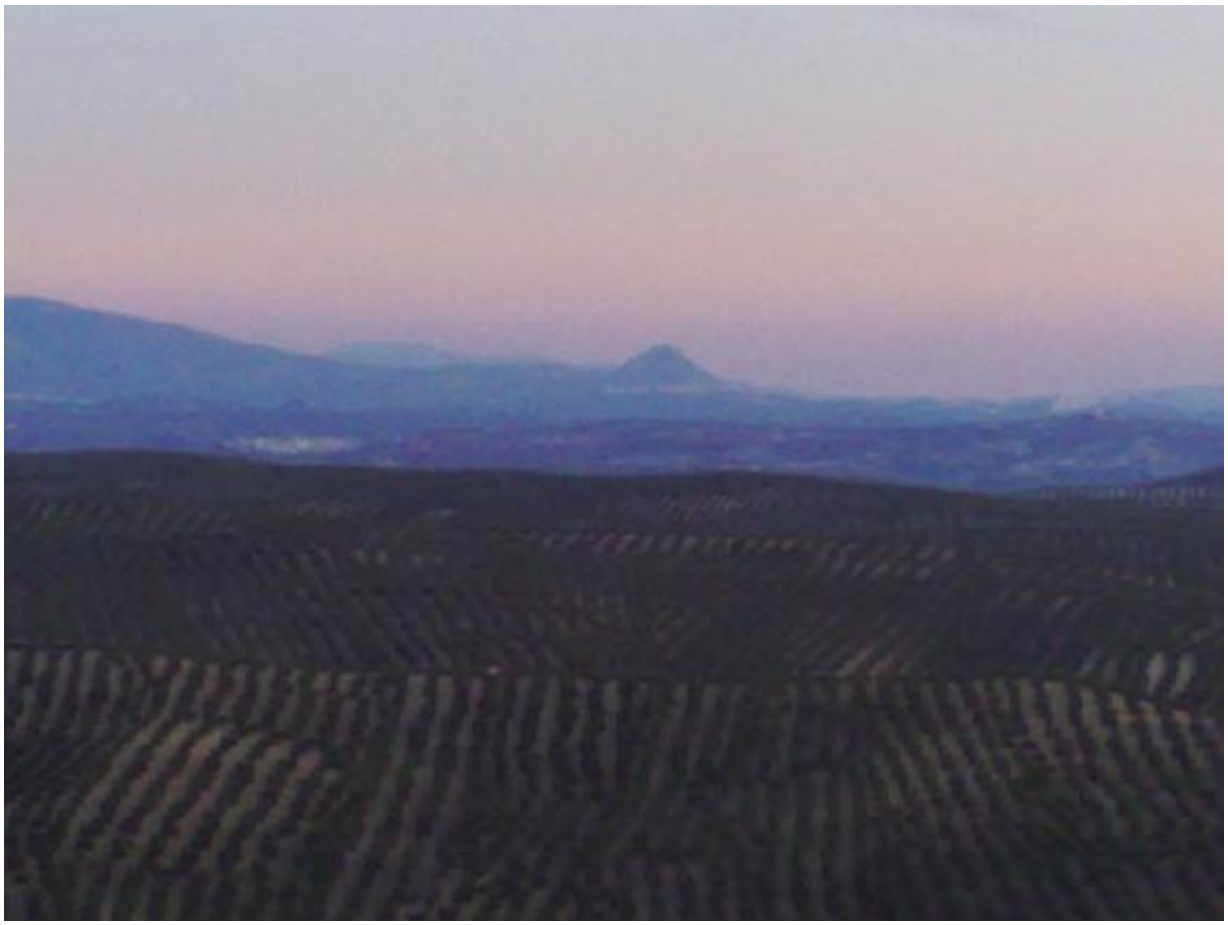
Dos perspectivas de Almedinilla (2). (Fotos de Rafael del Pino).



Un togado. Obsérvese el alveolo donde encaja la cabeza de quita y pon.



Manolo Ruiz en la fábrica de aceite más pequeña del mundo.



Un mar de olivos rodea Arjona.

CAPÍTULO XXV

DE LÁPIDAS Y HÉROES

A pocos kilómetros aparece un pueblo blanco encaramado en un cerro, que despunta como una isla en el mar de olivos.

–Te presento a Arjona, centro geográfico de la campiña jiennense y vértice geodésico de primer orden, *municipium* romano por lo latino, que tiene por patronos precisamente a dos legionarios, mira por dónde, uno de ellos Bonoso, como yo, y el otro Maximiano. Es también la patria de Aben Alhamar, el fundador de la dinastía nazarí, la última de al-Andalus, la que mantuvo el reino de Granada durante dos siglos y medio. Aunque solo fuera por los paisajes de la campiña que se disfrutan desde lo alto del pueblo valdría la pena venir, pero lo que vamos a buscar está en la confitería del pueblo: los cortadillos.

–¿Los cortadillos? –repite Angus– ¿Qué es?

–Los mejores pasteles que te será dado degustar en tu regalada vida mortal, un verdadero homenaje a Ceres, la panificadora, la hornera. Y es pena que no sea Navidad, porque entonces ibas a ver qué mantecados. Los mejores de España. Como el aceite bético, llegan incluso a Germania pues sus indígenas, aunque bárbaros y gente zafia, eso nadie se lo discute, saben apreciar las *delicatessen.*

Entrados en el pueblo, recorren la calle de las Torres, en la que madrugadoras amas de casa barren y riegan las aceras. Remontan la cuesta que conduce a la parte alta del pueblo, donde aparcan.

–¡Oh manes, la pastelería o *dulciarius* está cerrada! –exclama Bonoso ante la fachada del establecimiento.

Han llegado antes de la hora de abrir.

–Demos una vuelta por el pueblo mientras hacemos tiempo –propone Bonoso–. Para no perder puntada vamos al ayuntamiento a pedir que nos faciliten la entrada al museo. Angus asiente complacido. Los museos locales de los pueblos a veces guardan sorpresas, especialmente en su tierra, donde la gente aprecia y conserva lo antiguo, no como otros.

En la casa consistorial, un edificio de estilo andaluz cuya fachada preside un escudo de piedra con la corona real borrada a martillazos (*damnatio memoriae*, se dice eso en latín), un amable municipal les facilita información sobre los museos. Cuando están a punto de marchar les comenta:

–Pensé que venían ustedes a ver la lápida templaria –y señala el patio consistorial–. Como a veces vienen forasteros a verla.

En el patio recoleto hay una fuentecita central de mármol. La lápida, que es también de mármol, está empotrada en un muro. Representa un extraño mandala de circunferencias, estrellas y letras hebreas, un *liber mutus*, que guarda obstinadamente su secreto de las miradas profanas.

–¿Y qué es lo que dice ese *liber*?

–A parecer es un tratado cabalístico sobre el Nombre de Dios, cuyo conocimiento atribuían los antiguos al rey Salomón. A principios del siglo XX existió una especie de logia o secta ocultista, «Los doce apóstoles», que se decía depositaria de ese secreto. Uno de sus miembros construyó una extraña cripta cuyo altarcito estaba presidido por esta lápida. Los romanos también creían en el nombre secreto de las cosas: el de Roma, era precisamente AMOR, su semipalíndromo.

Los dos visitantes ascienden una calle pina. A medio camino topan con una fuerte muralla en talud cuya contemplación, porque es muy hermosa, con sus quiebros y sus giros, les suministra un pretexto estupendo para reponer el resuello.

–Esta es la muralla ibérica de Urgao o Urgavo, un *oppidum* famoso mencionado por Plinio.[83] ¿Impresionante, eh? Ese talud de piedra, pudiera

ser hasta anterior *oppidum*, porque este cerro estuvo poblado por lo menos desde época argárica, hace unos tres mil quinientos años.

Continúan ascendiendo y llegan al mirador que corona la muralla. Desde aquella altura se domina un espectacular paisaje de olivares que va a morir en las estribaciones azules de Sierra Morena.

–Cuando la Bética se romanizó, este pueblo se convirtió en el *municipium* Alba Urgavona. Luego los moros lo llamaron Aryuna, y de ahí deriva su nombre actual.[84] Esta plaza mirador se llama el Cementerio de los Santos y ese edificio tan armonioso que tenemos detrás, una joya renacentista, es el Santuario de los Santos encabalgado en el escarpe de la antigua muralla de la alcazaba, lo que permite que sus dos pisos superpuestos ofrezcan acceso en planta, sin escalera, aunque estén a diferente nivel. En la sala baja hay una obra extrañísima y muy notable: un altar criollo.

–¿Criollo americano?

–Sí, como si estuviéramos en una antigua misión de México o de Perú, una cosa insólita. Siempre he pensado en un escultor criollo que viniera con algún conquistador del pueblo.

El Santuario de los Santos es de planta rectangular y tiene a cada lado una ancha escalinata. Los viajeros suben por la de la izquierda hasta dar en una plaza muy amplia, empedrada, con una antigua iglesia al fondo.

–En este lugar se realizaron las primeras excavaciones más o menos científicas de España y es posible que hasta de Europa.

Se sientan en una especie de balconada que tiene en el centro una gran esfera de piedra de aspecto antiguo.

–Verás cómo fue –comienza Bonoso–. No sé si sabes que en el concilio de Trento, cuando la Iglesia reaccionó contra el protestantismo que le arrebataba la clientela, se decidió favorecer los cultos particulares, los santos locales y diversas milagrerías que sustentaran la religión del pueblo sencillo. En ese contexto, en 1628, se descubrieron muchos restos humanos a cuyas osamentas «parecían auerseles dado cuchilladas, y algunas heridas, que demostrauan en los huesos parecían ser de otro instrumento que de

espada por ser las cisuras muy grandes». A estos restos humanos se asociaban estratos de carbones testigos, al parecer, de incendios y destrucciones coetáneas, «y piedras hechas cal del fuego que se juzga auer sido muy grande, por estar señaladas del mas de dos estados de alto en la dicha muralla; algunas piedras (…) auian estado entre el fuego porque estauan negras por una parte por otra tenían su color natural». Y para rematar aparecían restos de hornos donde estaban los huesos y ciertos platos y vasos en forma de cáliz. Un profano actual, en este mundo descreído y pretencioso que vivimos, habría detectado una necrópolis argárica con sepulcros de corredor, y ajuares funerarios con la típica cerámica de copas en forma de cáliz e inhumaciones de difuntos espolvoreados con óxido de hierro, pero en aquel tiempo de fe ardiente se vio el vestigio de una matanza de santos mártires cristianos ejecutados por los romanos durante la persecución de Diocleciano, la peor.

–Ya veo.

–La Iglesia organizó una excavación sistemática del terreno, en medio de un ambiente de fe exaltada, con tropeles de peregrinos que llegaban de lugares muy distantes, curaciones milagrosas, luces misteriosas, voces, huesos sangrantes, visiones y toda clase de prodigios. Uno de los hallazgos más notables (que se exhibe en el santuario) fue el de parte de un potro de tormento romano, la *troclea* (latín *trochlea*, «polea»). Tengo para mí que lo que encontraron fue el mecanismo que enrollaba la soga del pozo en la alcazaba islámica.

Todo coincidió con la divulgación de la obra de un tal Román de la Higuera, un jesuita algo evanescente de seso, que falsificó una crónica de las persecuciones y los martirios.

–¿Es posible?

–Ya sabes cómo se las gastan los jesuitas con tal de servir a la Iglesia: el fin justifica los medios. Él pergeñó la falsa crónica y se la endilgó a un romano inexistente, Flavio Dextro. Para cuando la superchería se averiguó, ya los pueblos de media España habían tomado sus santos protectores del catálogo de Román de la Higuera.

–¿Y qué hizo la Iglesia?

–Algo muy suyo: *sostenella y no enmendalla*. Y te diré más: a los arjoneros que no nos toquen los santos. Seguimos con ellos, tan felices, lo que muestra que el pueblo asume el mito sin mayor problema y lo digiere todo.

–¿Y esa piedra? –pregunta Angus señalando una enorme esfera que adorna el mirador, entre tres apuntados cipreses.

–Un betilo o betel,[85] ya sabes, la piedra sagrada que representaba a la Diosa Madre en el ámbito mediterráneo, la que fija el centro del mundo, el *omphalos*.[86] En Roma los primeros dioses Penates familiares se representaban por piedras redondas, de manera que puede decirse que el terreno estaba abonado para la introducción de cultos orientales de piedras sagradas (*silex religiosa*).

El primero fue el de Gea-Cibeles, Diosa Madre romana, la que rige la vida, la muerte y la resurrección, que se veneraba en diversos templos bajo la forma de un meteorito negro y de superficie pulida.[87] El primitivo santuario estaba en Pesinonte, Asia Menor, la morada de la Diosa Madre frigia. Parece que su culto se inició por causa de la Guerra Púnica, cuando en –205 los romanos consultaron su oráculo más sagrado, los libros sibilinos, buscando el consejo de los dioses en tan apurada situación. El oráculo les aconsejó traer a Roma la piedra negra de Pesinonte, lo que cumplieron sin rechistar (ya sabes, *do ut des*).[88]

Después el culto se extendió por todo el imperio romano, Hispania incluida.[89] Existe cierto parecido entre el sacerdocio de Cibeles y el católico. Como a nuestros curas, a los sacerdotes de Cibeles, los coribantes o *galli*, les estaban prohibidas en cierto modo las relaciones sexuales.

–¿Cómo que en cierto modo? ¿Estaban o no estaban prohibidas?

–En realidad puede decirse que sí, puesto que los castraban de raíz al ingresar en el seminario.

A Angus se le encogen sus partes.

–Recia manera de asegurarse la castidad –reconoce.

–También, como los católicos, eran expertos en música sacra y gorigoris gregorianos para los que se acompañaban con flautas, tambores y címbalos. Y tenían una especie de papa, el Archigallus (*Attis populi romani*). En lo que se diferenciaban mucho es en que introdujeron festividades orgiásticas para honrar a la Diosa. Eran gente bastante enrollada. Volviendo a los romanos: no se limitaron a adorar las piedras de Cibeles. También importaron el culto sirio de El Gabal junto con la piedra sagrada en la que residía el dios.[90] Y la diosa Diana, versión romana de la griega Artemisa que se veneraba en Éfeso, residía igualmente en una piedra en los distintos templos que se le erigieron en ciudades de Asia Menor y en la propia Roma.[91]

–¿Y qué fue de las piedras sagradas cuando llegaron los cristianos? –inquiere Angus.

–La Iglesia hizo todo lo posible por desarraigar los ritos relacionados con piedras sagradas. En 681 y 682 los Concilios de Toledo anatematizaron a los *veneratores lapidum* o adoradores de piedras. Como los fieles persistían, los obispos optaron por una solución de compromiso: cristianizaron las piedras poniéndoles una cruz o una imagen santa encima. Por eso ves que esta piedra, que procede del solar de la antigua catedral de Jaén, tiene una entalladura. Muchas de nuestras vírgenes medievales, por no decir todas, se entronizaron sobre piedras como esta, aunque las ocultaban bajo el manto.[92]

Un galgo señorito, limpio, bien peinado, con collar y placa, se acerca a olisquear a los forasteros. Angus le hace una cucamona y el chucho, agradecido, le propina unos cuantos rabotazos en las canillas. Después el cánido atiende al otro huésped, que le acaricia la cabeza dura y huesuda, de culebra.

–¿Qué te cuentas tú, hermano rabilargo? –le pregunta Bonoso, franciscano–. ¿Tú tienes conocimiento de que eres un majestuoso cazador? No, ya veo. Pero sí sabrás, espero, que tu nombre, galgo, procede del latín *Gallicus canis*, «perro de la Galia», y que el primer romano que te

menciona es más conocido como Arriano de Nicodemia, en su tratado *Cynegeticus.*[93]

El perro acoge la información con rabotazos joviales. El prestigio de lo francés.

–¿Qué, seguimos? –propone Angus.

–Vamos allá.

Cruzan la plaza y van al museo donde ya los espera Joaquín, el conservador, al que han avisado del ayuntamiento. El museo tiene dos plantas: abajo, arqueología en la que se manifiesta el pasado ibero y romano del pueblo; arriba, etnografía, trillos, cántaras aceiteras, la primera mula mecánica que se inventó y utillajes venerables que trabajaron manos antiguas. Abajo les llama la atención un torso de romano armado con coraza (*toracata*), recuperado de un muro del Santuario de los Santos, y un trono mudéjar razonablemente labrado, con sus policromías y su pan de oro.

–Este trono se hizo para la película *Lawrence de Arabia* –explica Joaquín– que, como sabrán ustedes, se rodó en parte en los alcázares de Sevilla. Estaba olvidado entre los chismes que se amontonaban en el almacén de los alcázares y a raíz de la boda de la infanta doña Elena llegaron los de seguridad escudriñándolo todo y dijeron que debajo se podía ocultar una bomba como para volar media Sevilla, que no la querían allí, así que uno de los empleados, Juan Eslava, que era del pueblo, dijo: me la llevo yo, y aquí la tenemos.

–¿Juan Eslava, el escritor? –pregunta Bonoso.

–El mismo. Es que, el hombre, como la cosa de escribir está trasteada, que España está casi a la cola de Europa en índice de lectura, se ayuda también, para llegar a fin de mes, con la recogida de cartones y chatarra y haciendo portes. Otros colegas suyos andan peor; el otro día vieron a un finalista del premio Nada con una linterna en la boca, hurgando en un contenedor.

Salen de nuevo a la explanada del alcázar. Joaquín los acompaña a visitar el aljibe almohade, uno de los más notables de la península, con una columna central que reaprovecha aras romanas inscritas. Después recorren

la iglesia de Santa María, una de las primeras construcciones góticas que emprendieron los conquistadores cristianos, y continúan el paseo hasta la cripta bizantina de la iglesia de San Juan.

–¿Una cripta bizantina, aquí?

–Bueno, es una cripta que se construyó un aristócrata algo excéntrico, el barón de Velasco, en 1914. El arquitecto que la planeó había estudiado en Venecia, donde, como sabes, la influencia bizantina es patente.

Visitan la cripta enteramente cubierta de mosaicos y de mármoles de Carrara. Admiran el pantocrátor de la cúpula, los ángeles de seis alas, los bajorrelieves y los muros decorados con teselas doradas que brillan como un ascua de luz, así como las tres grandes estatuas de mármol de Carrara que representan la Fe, la Esperanza y la Caridad, unas mujeronas muy en sazón y de tamaño mayor del natural.

–Están un poco maltrechas, ¿no? –observa Angus.

–Es que les dieron de martillazos cuando la guerra.

A la salida, con solo cruzar la plaza de san Juan y un tramo de calle, llegan a la pastelería, que encuentran invitadoramente abierta e iluminada. Tres gentiles mozas los atienden:

–Pónganos una caja con dos decenas de cortadillos, gentil señorita –solicita Bonoso–. Y mientras los empaqueta, si nos hiciera la caridad de darnos otros dos por cápita, para comer aquí mismo, se lo agradecería infinito, que es que venimos desmayados.

Después del primer mordisco, que saborea con delectación, entrecerrando los ojos, pregunta Bonoso a su compadre:

–¿Qué te dije?

–*Not half bad* («no está medio malo») –la manera que tienen los malages británicos de indicar, contenidamente, que se están muriendo de gusto.

–¿Nos pondría otros dos, señorita, que nos queda un día de mucha fatiga, más que arrancando garbanzos?

Salen los amigos con cuatro cortadillos puestos y las dos decenas empaquetadas.

–Si te parece hoy nos saltamos el almuerzo –propone Angus.

–De eso nada, el almuerzo se respeta –discrepa Bonoso–. Otra cosa es que lo retrasemos para que nos coja digeridos. Los dietistas dicen que hay que hacer cinco comidas al día.

–También dicen otras cosas –replica Angus.

–Sí, pero lo más sustancioso que dicen es lo de las cinco comidas.

Lápida templaria de Arjona.

Diosa Cibeles. (Foto de Marshall Astor). (Getty Villa).

Muralla ibérica de Arjona.

Aljibe almohade sobre columnas romanas (Arjona).

Betilo llamado Piedra de la Luna (Arjona).

Cripta neobizantina de Arjona.

CAPÍTULO XXVI

LOS GUERREROS DE OBULCO

De nuevo motorizados, enfilan la carretera de Porcuna dejando atrás el Paseo Nuevo con sus casinos «de los ricos» y «de los pobres» y el Tres de Oros, hoy gasolinera, antiguamente pintoresco humilladero, a las afueras del pueblo donde, en tiempo de la recolección de la aceituna, se instalaban unas hetairas ambulantes en una casilla para atender a la afición que tenía dinero fresco y podía derivar algunas pesetillas en honrar a Venus extramuros del monótono matrimonial himeneo.

–Nos dirigimos a la ilustre Porcuna, la Ibolca ibera, la Obulco romana –avisa Bonoso–, la plaza fuerte donde Julio César concentró sus tropas y las descansó antes de derrotar a su enemigo Pompeyo en la batalla de Munda.

Aparcan junto al Parque Arqueológico de Cerrillo Blanco, un kilómetro al sur del pueblo. Mientras lo recorren, Bonoso le explica a su amigo:

–Aquí tenemos tumbas de distintas épocas que nos ilustran sobre las cambiantes costumbres funerarias desde la época tartésica, hace unos dos mil setecientos años, a la ibérica, doscientos años después.

Contemplan la simulación de fosa donde se quemaba el difunto y su ajuar en época ibérica; la fosa de inhumación tartésica, la necrópolis de incineración, la recomposición de túmulo funerario, con estela en la cabecera, y la tumba megalítica principal.

–Lo más sobresaliente de esta necrópolis fueron las esculturas que se encontraron hace cuarenta años en una zanja. Un hallazgo sensacional que nos permite tener en Jaén la mejor colección ibera después del Museo

Arqueológico Nacional. Las esculturas procedían de uno o de varios monumentos funerarios ibéricos que se demolieron *manu militari*.

–¿Qué pasó? –inquiere Angus.

–¡Vaya usted a saber! Quizá los enemigos del difunto las destruyeron y luego los amigos o familiares reunieron los pedazos y les dieron honorable sepultura. Es el mejor conjunto escultórico ibérico que se conoce. Esta tarde lo veremos en Jaén.

Cuando terminan la visita, está más que cumplida la mañana y parece que va habiendo hambrecilla. Buscan dónde comer en el pueblo y encuentran un establecimiento de honrado aspecto, donde toman berenjenas con miel de caña, lomo de orza con salmorejo, choto asado y melón.

–¿Qué animal es la orza? –inquiere Angus mientras saborea el lomo.

–¿La orza? Un cérvido que se cría en la sierra. Está rico ¿eh?

–Superior.

Cuando salen del aire acondicionado encuentran a san Lorenzo que los espera en la puerta con la simbólica parrilla a todo gas. El Ford que dejaron a la sombra está ahora al sol debido al movimiento de rotación de la Tierra, que cada cuatro minutos gira un grado, y a eso se achacan la alternancia del día y la noche, amén de otros fenómenos astronómicos trabajosos de detallar.

–Menudo horno –comenta Bonoso cuando se acomoda tras el volante–. ¡Un *caldarium*! Habrá que buscar pronto dónde dormir la siesta.

A pocos kilómetros, camino de Jaén, ven un cerrete coronado de árboles con una torre medieval en el somo.

–Eso es Torre Alcázar. Ahí vamos a sestear.

Toman la desviación rural que sale a la derecha del acreditado club-whiskería Francis (antes La Jungla). Remontan unos cientos de metros atravesando las casi borradas trincheras republicanas de la Guerra Civil y aparcan a la fresca sombra de unos pinos. Bonoso deja las puertas y el maletero abiertos, para que se ventile el coche, y despliega una manta de viaje sobre el mullido colchón de las agujas del pinar.

–Aquí vamos a estar la mar de bien, si Hestia y Somnus se conjuran para hacer nuestra estancia agradable

–¿Quiénes dices?

–Hestia, la diosa que cuida del fuego, que si le caemos en gracia no nos deparará el típico incendio forestal veraniego, y Somnus el dios del sueño, gemelo por cierto de Tánatos, la muerte apacible. Le ayuda en la faena Morfeo, el que espanta los ruidos y ayuda a dormir.

Los dos amigos se han echado sobre la manta y no tardan en quedarse dormidos, el primero Bonoso, cuyos ronquidos, percibidos en la lejanía, no tendrían nada que envidiar al urgente reclamo nupcial de un *tiranosaurus rex.*

Al rato el roncador atempera los rugidos y pone cara de satisfacción. ¿Quizá algún sueño lúbrico? No, nada de eso, él está ya en la edad en que esas urgencias se atemperan. Es un sueño pedagógico. Sueña que forma parte de un grupo de escolares, todos ataviados con túnicas, en los tiempos de Roma, y que atienden la lección del *magister* en la tumba de Servilia que vieron en Carmona (esa es la parte extravagante del sueño, porque entonces las lecciones se explicaban al aire libre). El *magister*, que se llama José Sáez y gasta barba recortadita, les está diciendo en buen romance castellano:

–La palabra *maestro* deriva del sustantivo *magister*, que a su vez viene del adjetivo *magis*, «más» o «más que». Según eso un *magister* sería «el que destaca en algo», «el que es más» en una determinada habilidad u oficio. Por eso decimos *magister equitum* («jefe de la caballería») o *magister officiorum* («superintendente del palacio»). Por el contrario la palabra *ministro* deriva de *minister* que, a su vez, deriva del adjetivo *minus* cuyo significado es «menos» o «menos que». El *minister* es «el que es menos», originalmente un sirviente o subordinado poco cualificado. Todavía Quevedo habla despectivamente de los ministros de la justicia refiriéndose a los sayones que hacían el trabajo sucio como detener o torturar a la gente. Así veis, queridos niños, cómo el latín explica por qué cualquier inútil puede llegar a ministro, pero nunca será maestro de nada.

De nuevo en la carretera, tras la siesta reparadora y didáctica, los amigos se dirigen a Jaén dejando a su derecha Torredelcampo, con su cerro de santa Ana, donde un impresionante lienzo de muralla ciclópea testimonia la existencia de un *oppidum*, y descienden la cuesta de Regordillo viendo a lo lejos la torre del Homenaje del castillo de santa Catalina, la guarda de Jaén.

–Cada vez que paso por este sitio me viene a la memoria que siendo niño asistí al primer sermón, solemnísimo del obispo Romero Mengíbar en la catedral de Jaén:

–¡Jiennenses! –clamó con voz engolada y clerical– Cuando el automóvil me traía por la cuesta de Regordillo… ¡Ya os amaba!

Entran los amigos en Jaén, la Auringis romana, la ciudad dormida en el sopor placentero de su prolongada siesta. Tras aparcar en el parque de la Victoria cruzan la arbolada avenida de la Estación, con sus raíles del tranvía más silencioso de Europa, para dirigirse al museo provincial.

En la penumbra del museo, que a esa hora recibe pocos visitantes, disfrutan de una colección arqueológica sin parangón: las esculturas ibéricas de El Pajarillo (Huelma) y las del Cerrillo Blanco (Porcuna), que representan personajes y animales.

–¡Son espléndidas! –exclama Angus.

–Ya te dije que es la mejor colección ibérica que existe –explica Bonoso–. Todas estas figuras se encontraron revueltas y despedazadas en una zanja, así que ignoramos su disposición original, pero da la impresión de que estaban agrupadas en escenas. Este es seguramente un sacerdote ataviado con sus vestiduras ceremoniales; aquella una escena de pugilato; la siguiente un cazador con una liebre en la mano y su perro detrás…

Van recorriendo la sala. Angus contempla embobado las figuras de una calidad extraordinaria, apenas carcomidas por el tiempo, como si acabaran de salir del taller cuando las destruyeron y sepultaron, lo que probablemente ocurrió.

–Observa estas tres figuras que se tallaron en un mismo bloque de piedra –señala Bonoso.

Angus contempla un jinete descabalgado que con una mano sostiene las riendas del caballo y con la otra alancea a un enemigo caído al que la punta de la lanza le sale por la espalda.

–Al guerrero vencido le falta la cabeza, ya ves –explica Bonoso–, y no hay constancia de que la lanza penetre por la boca, pero se puede suponer, porque esa era la muerte sacralizada en la Antigüedad. Recuerda que los dragones mueren por la boca (o por el ojo) y que en la *Ilíada* se cuentan muertes semejantes.[94]

–Es impresionante, la fuerza que emana –comenta Angus.

–Es posible que represente un combate ritual como rito funerario. Recuerda lo que te expliqué de los *ludi gladiatori* romanos. Observa que se trata de un combate singular, dos hombres, y con armas dispares, como los gladiadores.

–De hecho el vencedor va completamente armado, mientras que el vencido no lleva armadura ni ha sacado la espada de la vaina –nota Angus.

–Exacto –corrobora Bonoso–. Da la impresión de que se trata de un sacrificio en el que la víctima asume su destino y se entrega a la muerte representando un combate ritual.[95]

–¿Y esto qué representa?

–Esta es la grifomaquia: la lucha del héroe con un grifo, el animal compuesto de cuerpo de león y cabeza y alas de águila. Esta bestia imaginada en Oriente siglos antes, puede que tenga un sentido funerario. Desde los tiempos de Tartessos se repite en la península el tema de la lucha del hombre contra el monstruo, generalmente un león, que es una de las pruebas que debe sufrir el caudillo para divinizarse o heroizarse. Puede ser un vestigio del ritual de iniciación, como los de algunos pueblos primitivos, donde el individuo que pasa de la pubertad a la plena hombría tiene primero que enfrentarse a una fiera, o exponerse a ser devorado por ella, o sufrir dolores difícilmente soportables.

–Eso me recuerda el ritual de iniciación apache en la película *Un hombre llamado caballo*.

–El grifo (un león con pico y alas de águila) es de ascendencia griega –prosigue Bonoso–. La palabra procede del griego *gryps*, «ganchudo», por la forma del pico, pero también del persa *giriften*, «agarrar» o «asir». Los helenos incorporaron este animal a su mitología en la historia de la lucha de los *arimaspos* contra los grifos que guardaban el oro de Escitia. Los comerciantes griegos que traficaban con el oro escita desde el siglo –VII estaban convencidos de que el grifo era un animal real que abundaba en el desierto de Gobi y que el altísimo precio del oro era consecuencia de lo difícil que se había puesto extraerlo de allí.

–Tenían buena imaginación los griegos –comenta Angus–, imaginar un animal compuesto de tres bichos tan peligrosos.

–No creas, es muy posible que se basaran en descripciones de fósiles erróneamente interpretados. En el desierto de Gobi abundan los esqueletos de *Protoceratops* y *Psittacosaurus*, que vivieron hace cien millones de años, y se encuentran a veces en superficie. El pico y los huesos de las caderas del *Protoceratops* son tan parecidos a los de las aves rapaces que los griegos las confundieron con ellas, por eso Cresias (–400) creía que eran unas «aves con cuatro patas» y Esquilo los llama «silenciosos perros de caza con picos crueles y puntiagudos».

–Oye –exclama Angus–, y esa otra escultura, ¿representa lo que estoy pensando?

–Esa es la joya del museo, el masturbador.

–¿Y dices que estaba en el conjunto funerario?

–De allí salió, doy fe porque fui de los primeros que la vieron. Para explicar qué pinta una figura tan aparentemente indecente en un contexto religioso y funerario hay que recurrir a paralelos culturales mediterráneos. He venido preparado –Bonoso saca su cuaderno de notas, busca la anotación y lee–: «En el principio era el caos. Caos era la oscuridad. El primer dios Ammón, surgió de las aguas usando tan solo su fuerza para formar su cuerpo. Solo, cogió su pene con su mano. Hizo el amor a su puño. Alcanzó el placer con sus dedos y con la llama de la ráfaga de fuego que surgió de su mano, creó el universo».

–¡Qué barbaridad!

–Un respetable texto egipcio. Ya lo ves: un dios se masturba y crea el universo, ese es el sentido religioso de esa acción de darse amor propio, aunque nuestra pacata religión la haya condenado como pecaminosa. En realidad, si entramos en detalle, lo que hizo Ammón, según el mito egipcio, fue beber su semen y luego escupirlo. De las gotitas esparcidas surgieron el universo, las galaxias y sus hijos divinos.[96]

–¿Un mito egipcio entre los iberos del siglo –V? –duda todavía Angus.

–¿Por qué no? Objetos egipcios se encuentran, incluso en fechas más antiguas, en contextos ibéricos, traídos por los fenicios.[97] Los mitos bien pudieron llegar también con aquellos comerciantes. Los mediterráneos participaban de muchas tradiciones culturales comunes desde mil años antes.[98]

Los dos amigos regresan al edificio principal del museo y atraviesan las salas del Paleolítico y el Neolítico.

–Los primitivos hispanos –va diciendo Bonoso– practicaban lo que los romanos llamaron la *devotio iberica*: durante la batalla, los clientes del régulo (*devoti*, *soldurii*), respondían de la vida del jefe con las suyas. Si el jefe perecía, el código de honor exigía que ellos también murieran, por lo que se suicidaban ritualmente para acompañarlo en la otra vida. Como los guerreros dacios ¿recuerdas?

–¡Auténticos samuráis practicando el harakiri! –concluye Angus.

–Algo parecido, solo que este sacrificio es muy probable que adoptara la apariencia de un combate ritual durante las exequias. Eso explicaría que uno de los combatientes que hemos visto, el que muere, no se proteja con armadura ni desenvaine la espada frente a su oponente o ejecutor.[99] Las luchas rituales no son específicamente ibéricas, sino mediterráneas y aparecen en el arte griego y en las tumbas etruscas.

–Y en Roma –añade el escocés–. El origen de los gladiadores.

–Claro, lo que pasa es que acabaron convertidas en mero espectáculo, olvidado su significado religioso. El origen sacrificial se mantiene en el hecho de que los gladiadores vayan desigualmente armados.

En la sala contigua contemplan la colección de exvotos ibéricos del santuario del Collado de los Jardines, el mosaico de la diosa Tetis rodeada de peces, en el que Bonoso percibió por vez primera, todavía niño, la grandeza de Roma, admiran el sarcófago paleocristiano de Martos y curiosean la reproducción en poliéster de la cámara sepulcral de un príncipe ibero de Toya.

–Todo esto me trae muchos recuerdos –dice Bonoso un poco melancólico–. ¿Tú sabes que en el verano de 1967 yo eché muchas siestas en este sepulcro? Bueno, no exactamente en este que es una reproducción, sino en el original donde, debido al efecto cueva, se estaba muy fresquito.

–No tenía idea. Cuenta.

–Estábamos excavando una villa romana en Hornos de Peal, una aldea cercana al *oppidum* de Tugia (hoy Peal de Becerro), y en las horas del mediodía se suspendía el trabajo porque el calor era insoportable. Yo entonces me iba a la cámara sepulcral con mi llave, que llevé todo el verano en el bolsillo del Meyba, y me echaba la siesta tan ricamente, sobre un camastro de periódicos que me había hecho en el suelo. Un día vino a ver la cámara el arqueólogo Antonio Arribas Palau, una eminencia en el asunto de los iberos, y como el director de excavaciones, González Navarrete, se había torcido un tobillo y no estaba para andar por el terronal, me encomendó acompañarlo hasta la cámara. Arribas, uno de los más prestigiosos arqueólogos del momento, tomó la linterna que le ofrecía y estuvo no sé cuánto rato curioseando acá y allá, el techo, el suelo, los vasares, los dinteles de las cámaras laterales, todo. Yo detrás, sin perder detalle, por si el gran hombre se dignaba explicarme lo que veía y derramaba su ciencia sobre mí, pero no dijo nada. Solamente al rato, cuando se empapó de aquello, comentó, casi como hablando consigo mismo: «¡Qué belleza, qué belleza, llevo toda la vida hablando de esta cámara y nunca me había hecho a la idea de lo bonita que era!»[100]

–Y en la *villa* romana ¿qué encontrasteis?

–Nada. Un fracaso. Ni mosaicos ni nada, pura ruina saqueadísima. Seguramente la quemaron los bárbaros porque había un buen estrato de

cenizas y huesos equinos en lo que parecía ser la cuadra. Lo que sí aparecieron fueron algunas tuberías de plomo que en su día llevarían agua corriente. Los excavadores, sin embargo, no disfrutábamos de esa comodidad y debíamos acarrear el agua, en cántaros, de una fuente a más de un kilómetro.

Al salir del museo es ya de noche. Las farolas de la avenida de la Estación están encendidas. En la acera, una ambulancia con las luces destellantes aguarda con el portón abierto a que los camilleros carguen a una novia entradita en carnes que ha rodado, envuelta en su traje nupcial, por la majestuosa escalinata de la vecina iglesia de Cristo Rey. Los espectadores comentan que ha arrastrado en su despeño a dos señoras emperifolladas, dicho sea sin segundas, y al fotógrafo que perpetuaba el fausto acontecimiento. Los dos amigos se suman al corro de mirones. El novio, un poco lelo de natural, parece que atiende más a su mamá, a punto de vahído, que a su ya esposa accidentada. Un revuelo de pamelas y chaqués acosan al enfermero con demandas de diagnóstico, lógicamente preocupados por si el accidente ha sido tan grave como para suspender la cena.

–Yo creo que ha sido un vahído del aprieto de la faja. Suéltensela y verán cómo se repone –dice una señora.

–Ha sido el calor –opina otra.

–¿No estará embarazada? –sugiere malévolamente una tercera, enfundada en un vestido de gasa verde jade, con tonos víbora.

Nuestros amigos se apartan de la escena y reanudan el paseo acera arriba.

–El matrimonio es una fuente de desdichas –comenta Bonoso–. Lo dice un autor romano del siglo I. Pero Séneca parece que disculpa a los que incurren en él. Dice: *Aliquanto et insanire iucundum est* («De vez en cuando es divertido hacer una tontería»).

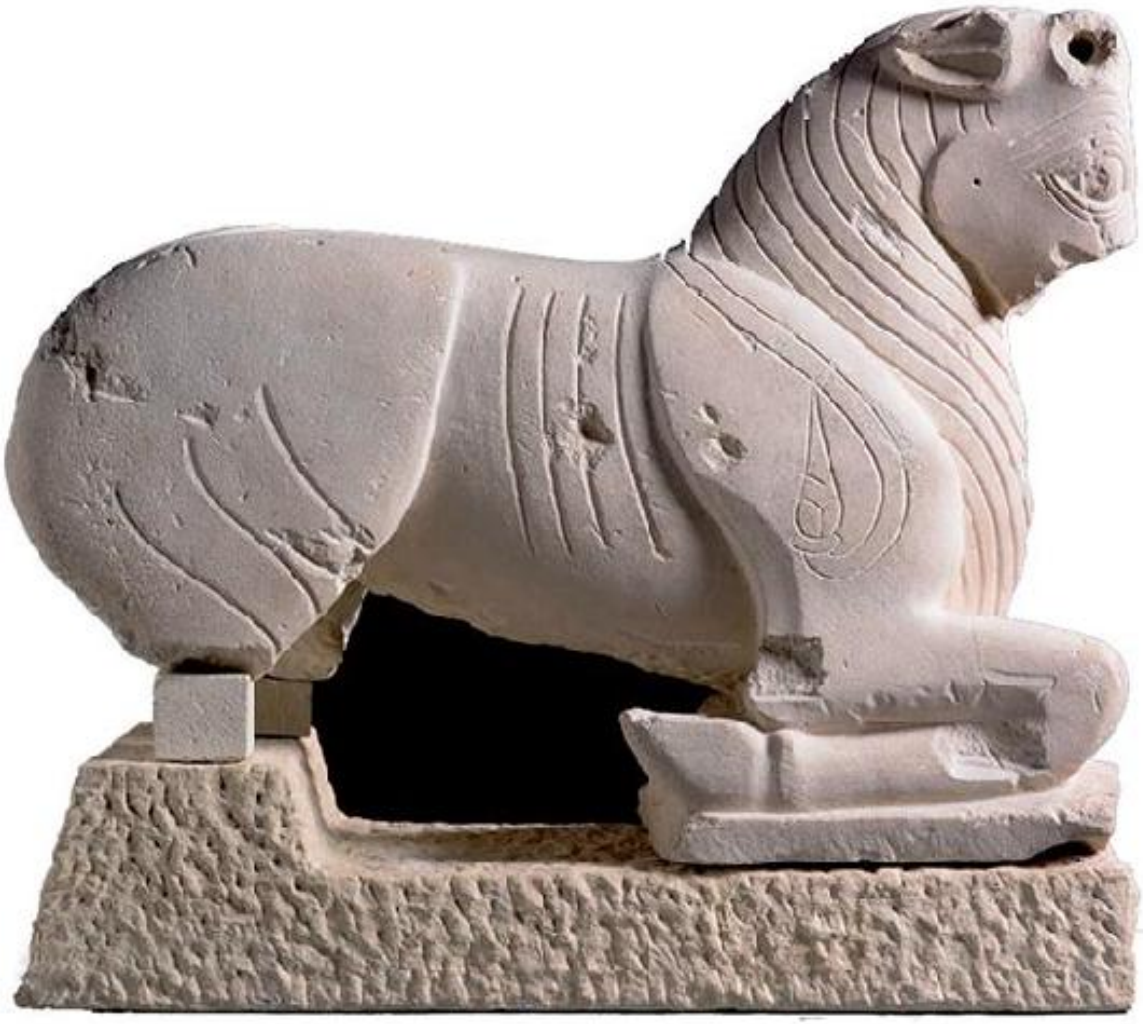
–Por eso no nos hemos vuelto a casar nosotros, supongo –dice Angus.

–¡Ay, si hubiéramos podido con quien tú sabes! –suspira Bonoso.

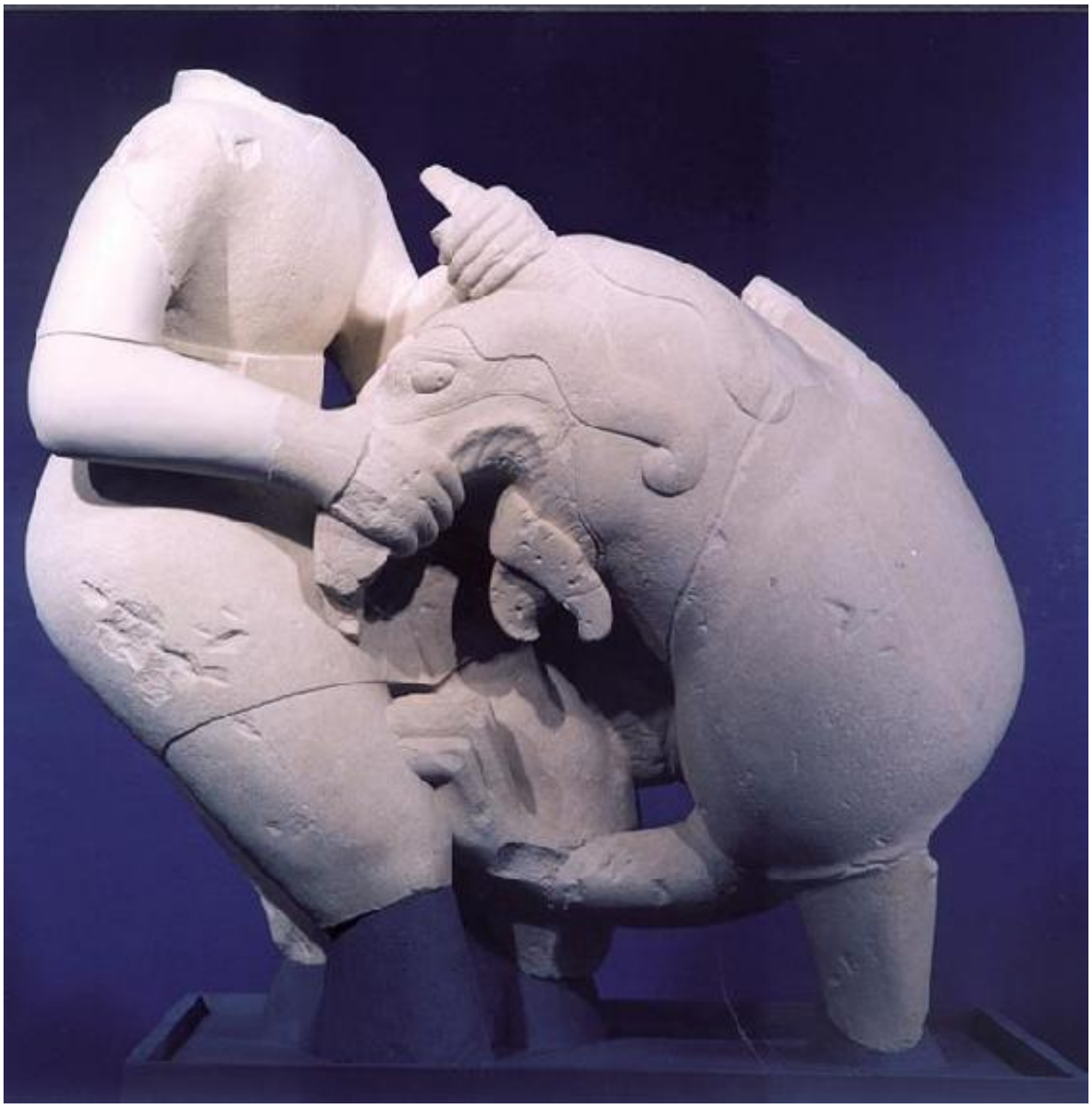
Recogen la maleta del aparcamiento y se hospedan en el vecino Hotel Condestable.

–Una ducha rápida y nos vemos en el *hall* –propone Bonoso–. Yo voy teniendo hambrecilla.

Detalle del Ara Pacis Augustae, que conmemora las victorias de Augusto en Hispania y Galia.



Toro ibérico de Porcuna. (Museo Ibérico de Jaén).



Esculturas ibéricas de Cerrillo Blanco, Porcuna, Jaén (1). (Foto Decoestudio).

Esculturas ibéricas de Cerrillo Blanco, Porcuna, Jaén (2). (Foto Decoestudio).

Esculturas ibéricas de Cerrillo Blanco, Porcuna, Jaén (3). (Foto Decoestudio).

Esculturas ibéricas de Cerrillo Blanco, Porcuna, Jaén (4). (Foto Decoestudio).

Esqueleto fósil de Protoceratops, que inspiró la creencia en los grifos. (Dibujo de Ed Heck).

Estatua de Ammón (Karnak).

Exvotos del Santuario de Collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén).
(Museo Gómez-Moreno de la Fundación Rodríguez-Acosta de Granada).
(Foto de Carmen Rueda Galán).

CAPÍTULO XXVII

QUE TRATA DE DECADENCIAS Y MELANCOLÍAS

Hace una noche agradable, no demasiado calurosa, cuando Bonoso y Angus se encaminan hacia la parte antigua de la ciudad.

–Esta plaza se ha llamado de toda la vida plaza de las Batallas –explica Bonoso–, pero ahora como somos unos gilipollas políticamente correctos le hemos cambiado el nombre y se llama plaza de la Concordia. Vosotros tenéis vuestro Trafalgar Square; los franceses su estación de Austerlitz y su arco del Triunfo. Los pueblos con un mínimo de patriotismo se enorgullecen de su historia y no reniegan de ella, aquí cuatro indocumentados creen que ser español es ser facha y que hay que corregir la historia para que no moleste a nadie. ¡Coño, con la tontería!

–¿Y por qué se llamaba de las Batallas? –inquiere Angus.

–Porque ese monumento del centro retrata en buenos bronces las dos grandes batallas reñidas en la provincia, la de las Navas de Tolosa y la de Bailén, y el ángel que hay encima de la columna es la Victoria.

–Ah, ya me estaba pareciendo que tenía muchas tetas para ser un ángel.

–Bueno, recuerdo que lo del sexo de los ángeles no llegó a resolverse.

Ascienden la recta avenida por la que suben y bajan automóviles, pero no tranvías, hasta llegar a la plaza de la Constitución, antes de José Antonio, antes de las Palmeras.

–Aquella escultura –señala Angus la del centro de la plaza–, ¿qué representa?

–Nada, un alfarero que se quedó encerrado dentro de la vasija, ¿no ves cómo asoman las manos?

La primera estación gozosa de la ruta de las tapas la hacen en el Pósito.

–Este bar se llama el Fígaro. Verás qué masa de morcilla más rica nos ponen.

–*Black pudding* –dice Angus, confrontado con el humeante engrudo negro–. En mi tierra lo tomamos en el desayuno.

–Bueno, la base del plato es la sangre de cerdo, pero aquí le añadimos mucha cebolla, que es lo suyo. Y especias. Prueba.

Angus toma una porción con el tenedor. La saborea.

–No sabe igual que la nuestra. Muy rica, riquísima –comenta aprobador.

Frente a una segunda cazuela, Bonoso prosigue con sus recuerdos arqueológicos.

–Cuando excavamos la villa romana de Hornos de Peal, como dábamos de mano por la tarde, jugaba al dominó con los lugareños en el bar. Uno de ellos me regaló un cancel visigótico que tenía empotrado en el brocal de un pozo, en un corralón.[101] Por cierto que se empeñó en enseñarme el bancal donde su abuelo había encontrado unas monedas de Carlos III, a las afueras del pueblo, y gracias a eso descubrí la existencia de un pequeño acueducto romano todavía en servicio, con dos hiladas de arcos. El museo de Jaén lo reprodujo aquel año en sus felicitaciones navideñas.

–¡Oye, no está mal descubrir un acueducto!

–Yo, como era jovencillo, me alegré como si hubiera descubierto Troya. Bueno, en realidad después ha salido un fotógrafo de Cazorla que va por ahí diciendo que lo descubrió él en 1963.

–¡Qué más da! –dice Angus–. Y todos los hortelanos del pueblo sabrían que el acueducto estaba allí ¿no? Lo importante es identificarlo y dárselo a conocer a la comunidad científica. También los vikingos llegaron a América en el año 1000, pero fue Colón el que la descubrió cuatro siglos más tarde.

–Lo que me dices es de mucho consuelo –se pone Bonoso sentimental–. No sabes lo mal que he dormido desde que salió este señor discutiéndome el descubrimiento.

–¡Un acueducto magnífico, ahí es nada!

–Bueno, regular de magnífico si hemos de ser razonables. Por un defecto de construcción, los machones de los arcos superiores no siempre coinciden con los inferiores, indicio evidente de que el ingeniero que lo diseñó no era tan hábil como sus predecesores. González Navarrete lo fechó hacia el siglo IV, cuando ya Roma estaba en decadencia.

Continúan los amigos su viacrucis nocturno. Subiendo las escaleras del Pósito, se cruzan con dos mujeres, una madre cuarentona y una hija veinteañera, de las que sería arduo decidir cuál es más agradable de contemplar.

Bonoso se vuelve a mirarlas y declara:

–Salvando que yo aprecio a las mujeres por sus cualidades intelectuales, por su agudeza, por su talento, por su constancia, por su laboriosidad, por su ponderación y por su sensibilidad, y por la rectitud de sus juicios, es forzoso que añada que las mujeres criadas en las ciudades en cuesta, como la presente, se favorecen más que las de las ciudades llanas en el modelado natural de piernas, muslámenes y traseros, lo que los hace singularmente agradables tanto de ver como de palpar.

Angus se muestra totalmente de acuerdo, aunque no lo diga en cristiano.

–I quite agree, it is a fact of considerable biological interest.

La siguiente estación es la acreditada taberna del Gorrión, a la sombra de la catedral.

–Bonum vinum laetificat cor hominis –recita Bonoso–. «El buen vino, alegra el corazón del hombre». Este ha sido, de toda la vida, el santuario del buen vino en Jaén. Ahora encuentras un vino razonable en cualquier parte, pero antiguamente en las tabernas de esta bendita ciudad de la Cara de Dios solo se bebía valdepeñas de guarnición y para catar otro caldo había que venir aquí. Desde entonces ha llovido mucho y han cambiado la mar de cosas, casi siempre degradándose, baste decir que donde estuvo El Rancho ahora se enclava un colegio del Opus.

Entran en un local decimonónico que huele a bodega y a tabaco de cuarterón. Detrás del gastado mostrador de madera, reinando sobre dos filas

superpuestas de vetustos bocoyes, está el tabernero, un hombre joven, tercera generación ya, que saluda afectuosamente a Bonoso y compaña y, sin ser consultado, les sirve dos añejos en vasos de culo macizo y unas cortaduras de queso picante que acompaña de un par de rosquillas.

Mientras saborean el vino, Bonoso le muestra a su amigo la venerable momia de un jamón (*perna*) que se guarda en una vitrina del local.

–En 1914, cuando empezó la Gran Guerra, el tabernero apartó este jamón con el encomiable propósito de celebrar con él el fin de la guerra, que se presumía breve. La guerra se prolongó cuatro años, como bien sabes, y cuando llegó la paz el jamón se había puesto duro como una piedra, así que no hubo más remedio que indultarlo y aquí sigue.

Un grupo de jóvenes, chicos y chicas, entra en el local, jovial y bullanguero, en la flor de la edad, ellas guapas y desenvueltas, gente desprejuiciada y amante de la vida que pone un punto de envidia, quizá solo de melancolía en los dos solterones que esta noche dormirán solos.

–¿Te acuerdas de Lupe Flores? –le pregunta Bonoso al escocés.

El pelirrojo se vuelve, sorprendido de esa evocación mejicana, en un lugar tan lejano en el tiempo y en el espacio.

–¿No me he de acordar? La recuerdo muy a menudo.

Guardan silencio, cada cual inmerso en sus pensamientos. Tenía Lupe Flores esa frescura amable de la cuarentona en posesión de belleza adensada por el tiempo y la experiencia de una vida interesante. Agua bajo los puentes de la vida.

En la segunda copa dice Bonoso:

–*Beati hispani, quibvs vivere bibere est.*

–No te he entendido –dice Angus–. Mi latín no llega a tanto.

–«Dichosos los hispanos, para los que vivir es beber» –aclara Bonoso–. Esto decían los romanos, porque en la peculiar pronunciación del latín propia de la Bética no se distinguía entre el sonido de la «b» y el de la «v». Todavía no lo distinguimos, aunque escribamos esas letras.

Nuevos grupos de jóvenes entran en la taberna donde antes solo entraban señores de edad respetable, generalmente silenciosos, taciturnos

devotos de Baco. Tiempos cambiantes.

En la tercera copa, dice Bonoso:

–Pasado el tiempo, y después de muchas lecturas y reflexiones, advierto que las invasiones bárbaras que incendiaron aquella villa, la de Hornos de Peal, no se hubieran producido si el maestro de obras que dirigió la construcción del acueducto hubiera sido capaz de interpretar debidamente los planos del ingeniero. No fue posible porque la antigua excelencia se había perdido, los controles de calidad fallaban, los productos no eran tan buenos como antes, ni las personas tan firmes y laboriosas y eso, claro, afectaba también al ejército, a las invencibles legiones que habían conquistado el mundo. Una resignada melancolía se instaló en el alma de sus ciudadanos más clarividentes.[102]

–En fin, que el mundo romano había decaído y las cosas no eran ya como antes –resume Angus–. Algo de eso sentimos ahora ¿no?

–Como el toro lidiado, Roma boqueaba cansada y arrimada a las tablas, en espera de que el mundo bárbaro la apuntillara –dice Bonoso–. Las invasiones bárbaras significaron una calamidad y un gran retroceso para la cultura grecorromana. Todos los avances aportados por Roma a su dilatado imperio, aquella Europa unida bajo la ley y la paz romana, se fueron por el desagüe de la historia. Se trastocaron las funciones del Estado. Dejaron de funcionar los tribunales, la policía y las escuelas. Las carreteras y los edificios se arruinaron por falta de mantenimiento; la industria retrocedió, las ciudades se despoblaron y los caminos se tornaron peligrosos. A la radiante civilización urbana que Roma había impuesto sucedió una sociedad rural, atrasada, que malvivía sin moneda ni comercio, otra vez en una economía de subsistencia basada en el trueque. La propia Roma que, en sus buenos tiempos, había rebasado con creces el millón de habitantes quedó reducida a una población de no más de veinte mil… Fue un retroceso de siglos (así funciona la historia, no siempre se avanza). Con el declive de la industria y el comercio, se terminó la cultura del ocio. El cristianismo había clausurado los teatros y los circos. Los gimnasios eran lugares sospechosos de cobijar ofensas a la moral. Las tabernas y los prostíbulos cerraban; las

bibliotecas, también (cuando no las quemaban para destruir la cultura pagana, como seguramente hizo el virtuoso obispo Teófilo con la de Alejandría).[103] Las tristes e inseguras ciudades se despoblaron: la gente se mudaba al campo donde era más fácil subsistir. Los ricos dejaron arruinarse sus palacios urbanos y se mudaron al campo, a sus grandes fincas, donde construyeron lujosas *villae* fortificadas, protegidos por sus propios guardias. Los artesanos y los artistas, faltos de compradores, tuvieron que reciclarse en campesinos. Creció el analfabetismo. La sociedad se ruralizó. El retroceso general también afectó a la agricultura. Se araba con arado romano, de palo, tirado por bueyes cansinos, con un yugo en los cuernos, y en cultivos de año y vez que apenas rendían cinco veces lo sembrado. Los más humildes debían complementar su escasa dieta con productos recogidos en los bosques. La cultura, en manos de la Iglesia, se refugió en los monasterios, donde pacientes monjes copiaron y preservaron el legado clásico, ciertamente, pero también destruyeron todo lo que incomodaba a la Iglesia y falsificaron muchos textos para favorecer su negocio o justificar sus abusos. Esa minoría de clérigos cultos (san Agustín, san Isidoro, san Jerónimo…) fue como una lamparita que apenas alcanzaba a iluminar el vasto océano de tinieblas de una mayoría analfabeta, en la que también se incluyen nobles e incluso reyes (el propio Carlomagno, que apadrinaría cierto renacimiento cultural, era analfabeto, y firmaba los documentos con gran trabajo, sacando aplicadamente la lengua mientras se concentraba en la faena).

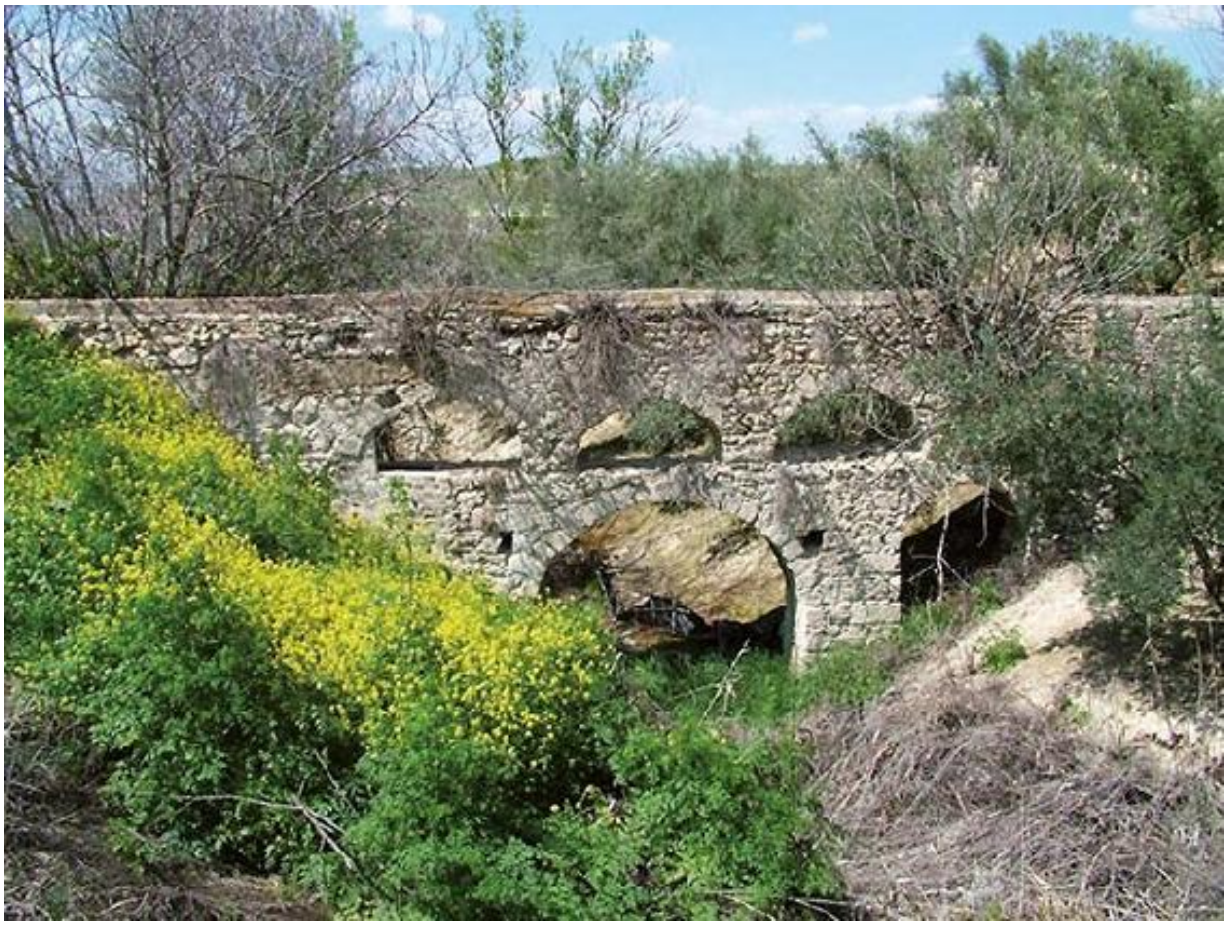
La última estación la hacen en el Montana de la calle Cerón, donde Bonoso solicita criadillas, la especialidad de la casa. Angus las prueba y las encuentra riquísimas. Él solo se come casi todo el plato.

–Y esto ¿qué es? –pregunta.

–Son ¿cómo te lo digo? –titubea Bonoso, buscando una respuesta que aúne lo convincente con lo piadoso–. Son calabacines emborrizados. ¡Eso son! Ricos ¿eh?

–¡Exquisitos!

–Ya sabía yo que te iban a gustar. Oiga –llama al *barman*–, ponga otra ración, aquí al señor.



Acueducto romano de Hornos de Peal. (Foto Ayuntamiento de Peal de Becerro).

Escena doméstica en un mosaico romano.

Ruinas del foro de Roma.

CAPÍTULO XXVIII

ACEITE BÉTICO EN LA LUZ DE ROMA

A la mañana siguiente, después del desayuno de tostadas con aceite y ajo, nuestros viajeros se encaminan al polígono industrial Los Olivares, en Marroquíes Bajos, donde se ha encontrado poblamiento desde la prehistoria y una singular aldea compuesta de anillos concéntricos de agua y tierra, anchos canales y cultivos, como la Atlántida platónica.[104] Aparcan a la sombra de la fábrica de galletas y escalan unos desmontes para dirigirse al lugar donde las excavaciones han descubierto una enorme fábrica de aceite, con seis prensas paralelas que en la época de los Severos, cuando comenzó la decadencia de Roma, se redujeron a cuatro. Los amigos cruzan un descampado sembrado de montoncitos de escombros de derribos urbanos, que cuando pasen dos o tres mil años suministrarán fundados motivos a los arqueólogos del futuro para especular con que aquí ocurrió un terremoto. Allí, en medio de la devastación, yacen seis enormes cilindros de piedra minuciosamente tallados, con escotaduras en la parte superior.

–Aquí los tienes: contrapesos de prensas de viga. Los mayores que se han encontrado en todo el imperio. Cada uno pesa unos cuatro mil kilos.

–Las prensas debieron ser gigantescas –comenta Angus.

–¡Tú verás! Imagínate la cantidad de aceite que se producía aquí. La magnitud de las instalaciones nos hace sospechar que fuera el lugar donde el Estado molía la aceituna tributaria.

–¿Tributaria?

–Sí. En el museo de Linares, que visitaremos mañana, se conserva el pedestal del *Rescriptum sacrum de re olearia*, un edicto del emperador,

posiblemente de Adriano, inscrito en planchas de bronce con la normativa legal de la recaudación del tributo aceitero. Había unos *difusores* o agentes gubernativos que fiscalizaban la tarea. El aceite que salía de estas prensas llegaba incluso a tu tierra, a la brumosa Albión.

–¿Cómo es eso? –inquiere Angus.

–Lo sabemos por las ánforas. Ya sabes que los romanos transportaban en ánforas el vino, el aceite, las conservas de pescado y hasta el grano. Las empleadas para transportar aceite tenían una forma especial, panzudas, casi esféricas, por eso se llaman *olearias* en contraste con las estilizadas y terminadas en pico que se llaman *vinarias* porque principalmente se usaban para transportar vino. La punta servía para inmovilizarlas, clavadas sobre el lastre de arena en las bodegas de los barcos. Cada ánfora olearia iba marcada en un asa con el sello del alfarero (*figlina*), lo que denota el origen. Olearias fabricadas en la Bética se han encontrado en puntos tan distantes como Inglaterra y la India, lo que prueba que el aceite de esta tierra llegaba hasta los confines del imperio. Hasta tiempos recientes se había creído que la región más olivarera de la Bética era el triángulo comprendido entre Corduba, Hispalis y Astigi, en las llanuras aluviales regadas por el Guadalquivir y el Genil, en total unos cinco mil kilómetros cuadrados. Ahora el descubrimiento de estas piedras ha obligado a reconsiderar el asunto: la principal comarca productora estaba aquí, aunque al principio la ausencia de alfares para la fabricación de ánforas despistó a los arqueólogos. Es evidente que la cabaña ganadera del piedemonte de Sierra Morena surtía de pellejos en los que transportar el aceite por barcaza o carreta, Guadalquivir abajo, hasta los embarcaderos de más calado, que es donde se ubican las fábricas de ánforas aceiteras. La mayor parte de las olearias iba a Roma, especialmente cuando el aceite se incorporó a la *Annona*.

–¿La *Annona*? –repite Angus repasando mentalmente su vocabulario hispánico.

–Recuerda, la seguridad social romana. Los emperadores se aseguraban la lealtad de la plebe urbana mediante repartos gratuitos de alimentos y con

espectáculos públicos.

–Ah, el *panem et circenses* –recuerda Angus.

–Exacto. Al principio la *Annona* consistía principalmente en trigo. El aceite aparecía raramente. A partir de Adriano el aceite bético se incorporó a los repartos. Las exportaciones alcanzaron su máximo desarrollo durante el reinado del sucesor de Adriano, Antonino Pío.

–¿Y repartían mucho?

–Figúrate. Roma tenía entonces un millón y medio de habitantes. Aunque a cada romano sólo le correspondieran unos doce litros al año, la cantidad era considerable. El caso es que entre los siglos II y III el aceite bético ganó tal reputación que se hizo imprescindible en Roma. A Marcial le parecía que era insuperable y Plinio admitía que solo lo igualaba el de Istria, una comarca entre Italia y Serbia. Casi toda la cosecha se transportaba por vía marítima en ánforas olearias desechables. Ese comercio originó una industria auxiliar de envases cerámicos. A lo largo del Guadalquivir y el Genil se han encontrado unos ochenta alfares fabricantes de ánforas y ocho puertos fluviales para el embarque del aceite. Posiblemente las fabricaban cuadrillas de alfareros itinerantes que iban de alfar en alfar, porque son casi idénticas, con mínimas diferencias en la boca, que pueden atribuirse al tamaño de la mano del alfarero. Cuando se sistematice toda la información que vamos reuniendo seguramente podremos identificar a cada alfarero, solo nos va a faltar el nombre.

Angus se admira del poder de deducción de los arqueólogos.

–Los almacenistas –prosigue Bonoso– transportaban el aceite en pellejos hasta el embarcadero y una vez allí, lo trasvasaban a estas ánforas y lo enviaban en barcas de fondo plano hasta el puerto de Hispalis, donde se trasladaban a las bodegas de unas grandes naves de carga u onerarias, que llevaban el aceite a Ostia, el puerto de Roma, su último destino. Al vaciarlas, como el envase no era retornable, los almacenistas rompían las ánforas y arrojaban los tiestos a un descampado cercano al puerto. El montón de tiestos rotos fue creciendo entre los siglos I y III, y al cabo de ese tiempo, los restos de unos veinticinco millones de ánforas rotas

formaron el *Testaccio*, o monte de los tiestos, una colina artificial de 22.000 metros cuadrados de base, cuarenta y cinco metros de altura y un volumen de más de medio millón de metros cúbicos. Ahora se está excavando.[105] Cada ánfora lleva una serie de inscripciones a tinta y pincel, en letra cursiva (*tituli picti*), en los que se consigna el peso del envase, el peso del aceite, el nombre del productor y otros datos fiscales.

Angus emite un tímido silbido de admiración

–¡Caramba con los romanos!

–Gente organizada y eficaz, ¿eh? –dice Bonoso–. Todo lo bueno que tenemos, idioma incluido, nos vino de ellos. ¡Parece mentira que después de tanto tiempo tengan tanto todavía que enseñarnos!

El sol comienza a notarse. Los amigos regresan al coche.

–Los pequeños productores béticos no disponían de prensas como estas, claro. El aceite para el consumo familiar se obtenía por el procedimiento de «canal y zueco» (*canalis et solea*), que consiste en meter aceitunas en un saco de trama ancha y pisarlas con un calzado de madera sobre una artesa fuerte de roble. Luego vendría la piedra rodadera aplastando aceitunas sobre una balsa (*mortarium*), que aparece en un sarcófago del siglo –IV. No se sabe quién inventó este procedimiento, pero los iberos lo conocían antes de la llegada de los romanos. Seguramente los romanos lo perfeccionaron. En los molinos romanos la muela (*mola olearia*), era una gran piedra cilíndrica plantada en tierra con un eje en el centro en torno al cual gira una piedra en forma de rodillo (*suspensa*), que aplastaba las aceitunas. La *suspensa* se graduaba y se podía bajar o subir a voluntad, según la cantidad de aceituna molturada, a fin de que no se rompiera el hueso.

–¿Qué sentido tiene no romper el hueso? –inquiere Angus.

–Los romanos creían que, si se rompe el hueso, el gusto del aceite se altera. Algo de razón tenían, pero si la masa se prensa inmediatamente no importa que el hueso se rompa.

Los amigos se dirigen ahora al *oppidum* de Puente Tablas, próxima estación del viaje, distante solo tres kilómetros de Jaén.

–El molino romano más característico era el trapeto (*trapetum*) –explica Bonoso–. Tenía como base un gran mortero (*mortarium*) provisto de un eje fijo central (*miliarium*) en forma de columna, alrededor del cual giraban dos casquetes esféricos (*orbes*), que se ceñían, por la parte recta, al eje central, mientras que la curvada se adaptaba a la concavidad del vaso del mortero.

–Veo que cuidaban mucho el aceite.

–Cierto. Si aprendiéramos de ellos, mejor nos iría –prosigue Bonoso–. Por lo pronto no mezclaban las calidades de los aceites y los clasificaban según el prensado. El que más apreciaban era el de la primera prensa: «el que sale puro con menos esfuerzo de la prensa es mucho mejor que los demás», dice Columela, que era de Cádiz;[106] y después el de la segunda, añadiendo previamente algo de sal.

–¿Con sal?

–Sí. El texto latino dice: «la sal disuelve el aceite y lo separa de todo lo que lo altera». Columela enumera las tres clases de aceite que consumían los romanos. El más corriente era el *oleum viride*, un aceite amarillo oro de la aceituna fresca, procedente de aceitunas pintonas recolectadas en diciembre.

–¿Pintonas?

–Sí, cuando empiezan a ponerse moradas o negras. Luego estaba el aceite de lujo, o sea el *oleum astivum acerbum*, verdoso, algo amargo y aromático. Como lo sacaban de aceitunas todavía verdes, recolectadas antes de diciembre, el rendimiento era bajo y por lo tanto resultaba muy caro. Finalmente estaba el *oleum maturum*, el más basto, sacado de aceitunas muy pasadas o atrojadas. Ese era el que consumían los pobres, también se usaba apara el alumbrado, o sea, el aceite lampante, como lo llamamos ahora. Lampante viene de lámpara. ¿Has visto las lámparas de barro romanas, las lucernas?

–Sí, he visto algunas en museos.

–Los romanos tenían también un aceite extrafino usado en cosmética y perfumería, el *oleum omphacium*, de aceituna verde, molida a mano, sin partir el hueso, en capachos nuevos y con mil cuidados. De todas formas,

según Columela, el aceite verde cosechado en diciembre es más rentable porque los olivareros «sacan más dinero de un poco de aceite verde que de mucho malo». O sea, que no mezclaban calidades, ya podían tomar nota los olivareros actuales. También aconseja Columela «que el fruto que se coja cada día se muela y se prense al instante». ¡Tenemos mucho que aprender de Roma!

–¡Verdaderamente! –reconoce Angus.

–Una vez obtenida la pulpa de la aceituna, sin romper el hueso, había que prensarla para sacar el aceite –prosigue Bonoso–. La prensa fue primero de torno y luego de viga, un invento que ha estado vigente hasta principios del siglo XX. La prensa romana constaba básicamente de una larga viga de madera (*prelum*) ajustada en su cabecera a dos ejes verticales (*arbores*), por medio de un pasador (*lingula*).[107] El aceite obtenido se trasegaba primero a los *labrum* y, después de decantado, se almacenaba en las ánforas (*dollium*).

En esta conversación llegan los amigos a la colonia veraniega de Puente Tablas, donde muchas familias jiennenses huyen de los calores capitalinos a sus chalets con piscina, a cual más coqueto y personalizado con decoraciones que manifiestan el variado gusto del personal y que sobre gustos no hay nada escrito. Una carretera rural ascendente y un camino polvoriento que parte de ella los conducen a las inmediaciones del *oppidum* ibero más notable de la Bética.

–En mi juventud me dio por buscar los campamentos de Fernando III cuando asedió Jaén y con ese propósito me correteaba todos estos cerros –recuerda Bonoso–. Aquí creí encontrar el campamento principal porque veía restos de muralla y de cerámica. Luego terminé mis estudios en Granada, me fui a México y a la vuelta supe, por mi amigo González Navarrete, el director del museo, que mi campamento cristiano había resultado ser, en realidad, un *oppidum* ibero, como habían confirmado unas someras excavaciones de Maluquer de Motes. La verdad es que durante un tiempo no se le prestó mucha atención, porque el mérito se lo llevaban los hallazgos de Cerrillo Blanco, pero ahora, gracias a la Universidad de Jaén y

al Centro Andaluz de Arqueología Ibérica, se han reactivado las excavaciones y está aflorando un poblado la mar de interesante.

Uno de los dos arqueólogos que dirigen los trabajos, el doctor Arturo Ruiz, catedrático de Prehistoria, sale al encuentro de los viajeros e intercambia un abrazo con Bonoso, del que fue compañero de clase en sus años de instituto.

Hechas las presentaciones, los visitantes recorren el yacimiento con el arqueólogo.

–Este cerro ha estado poblado desde el bronce final, en torno al año –1000, hasta época islámica, con una breve interrupción en el siglo –IV en que la población se trasladó a Jaén para regresar al siglo siguiente, y otra mucho más larga y conclusiva cuando la romanización trastocó las estructuras económicas y sociales de la comarca. De la primera población hemos encontrado fondos de cabaña y los típicos alveolos que acogían los postes. En la siguiente etapa se va fortaleciendo el poblado con esos muros ataludados que habéis visto reforzados por bastiones.

El sendero los conduce al pie de los bastiones rectangulares hasta una zona en que el suelo aparece protegido por grandes lienzos.

–Esta es una entrada principal al poblado, entre dos bastiones. La hemos documentado en dos niveles que corresponden a épocas distintas. Por ahora, las dos son visibles y están en estudio. La inferior, más antigua, que corresponde a la fortificación de los primeros bastiones, hacia el siglo –IV, tiene un paso de unos quince metros y un ancho de cuatro, orientada al Este, que sugiere algún rito equinoccial en el que el sol naciente pasaría por el centro de la puerta iluminando la estela de la diosa y, al elevarse sobre el horizonte, proyectaría la sombra del dintel de manera que la diosa quedara nuevamente en penumbra empezando por la cabeza y terminando por los pies. Estos efectos mágicos, ayudándose de circunstancias astrales, son bastante frecuentes en las culturas antiguas del Mediterráneo. En el siglo –III, cuando ocuparon nuevamente el poblado, la remodelaron, porque uno de los bastiones estaba derruido, y de ahí esta segunda puerta que vemos, bastante más estrecha y algo desviada respecto al trazado de la primera.

Hay algo interesante: aquí hemos encontrado una cista de piedra que contenía huesos de cabras, de cerdas y de cochinillos neonatos, lo que hace pensar en sacrificios propiciatorios de cabras y de cerdas preñadas a una diosa que seguramente favorecía la fertilidad y que pudo llamarse Betatun, a juzgar por una inscripción hallada en un santuario a pocos kilómetros de aquí. Lo que digo se relaciona con esta especie de capilla lateral que hospedaba esta estela antropomorfa.

Lo que el arqueólogo señala es una gran piedra casi cilíndrica partida en dos. Tiene una especie de bracitos que sostienen lo que parece ser un disco solar tenuemente marcado.

Unos metros más adelante un grupo de jóvenes arqueólogos se afanan con palustres y brochas en la limpieza de una estancia.

–Esta es una vivienda principal, probablemente la de un aristócrata, un príncipe ibero, quizá construida en el siglo –IV y remodelada en el –III, cuando el *oppidum* se volvió a ocupar después de su abandono. Para entonces el poblado tendría unos mil habitantes. En los casi cuatrocientos metros de planta de este edificio se observan dos ambientes: un patio enlosado rodeado de estancias y otra parte cubierta que seguramente tuvo una segunda planta. Esto configura un sector público y otro privado. Desde la calle se podía acceder a la *cella* o espacio de culto de los antepasados del príncipe.

–Como los manes de los romanos –propone Angus.

–Algo así. En la comunidad de pueblos del Mediterráneo es natural que los usos religiosos coincidan.

Recorren con el arqueólogo una calle principal, ya excavada, con casas a un lado y a otro.

–El tipo de casa de planta cuadrangular que supera la choza primitiva se impone en el siglo –VII y en adelante configura un poblado de calles paralelas y perpendiculares.

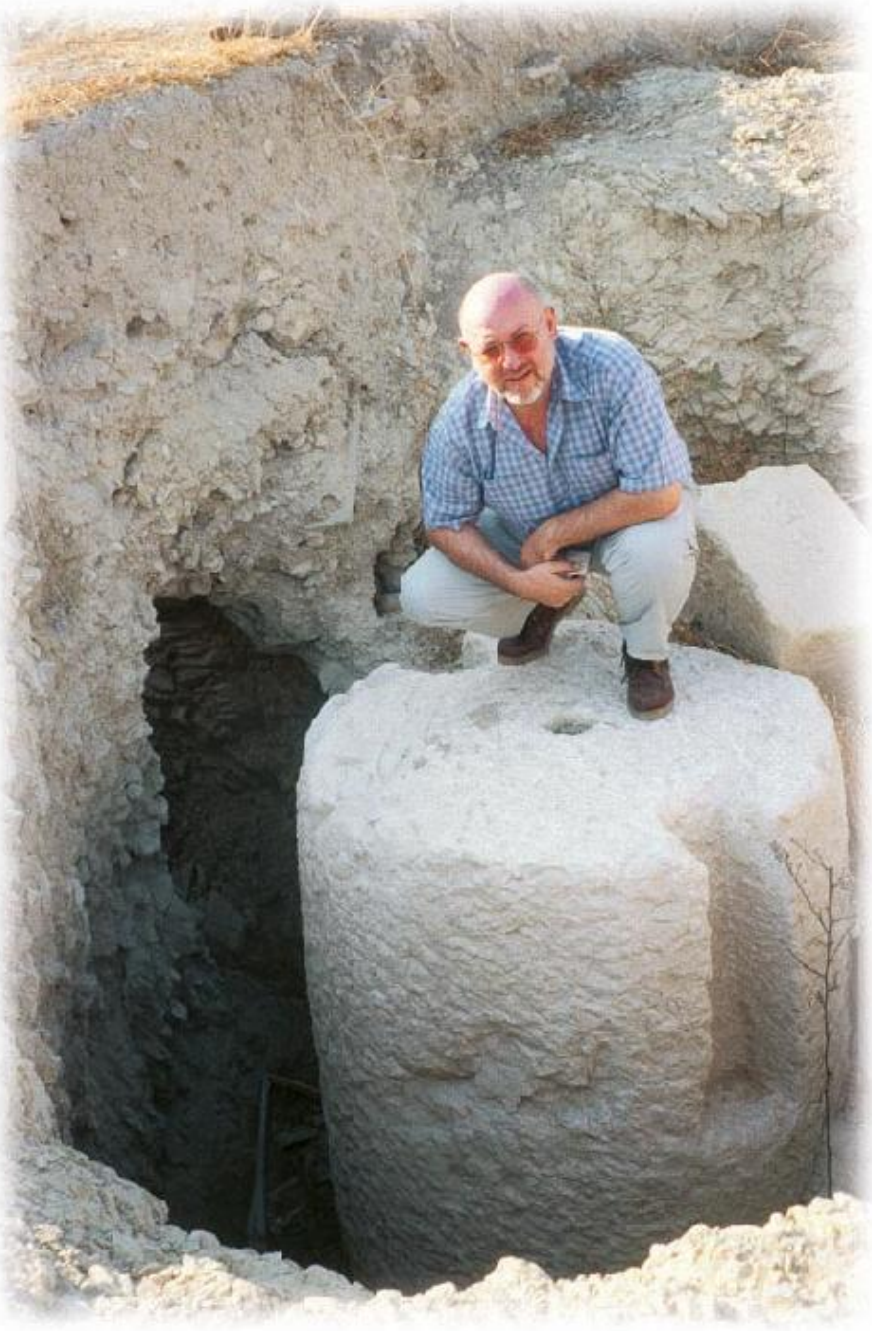
A los visitantes les resulta muy evocador deambular por esta vía de tres y pico metros de ancho, como una calle antigua de cualquier pueblo andaluz. Un muro medianero sirve de pared maestra en la que se apoyan las

casas de una y otra calle. Casi todas presentan una habitación central y alguna secundaria y un patio, algunos con porche. La habitación principal tiene unos cinco metros de lado. Prácticamente vivían ahí: el hogar en el centro, donde cocinaban, y asientos alrededor que por la noche eran lechos.

–Ahora lo vemos devastado –explica el arqueólogo–, pero podemos imaginar los cimientos de piedra, los muros de adobe, los techos de palos, ramas y barro, las paredes decoradas con trazos geométricos y cenefas en sus partes bajas.

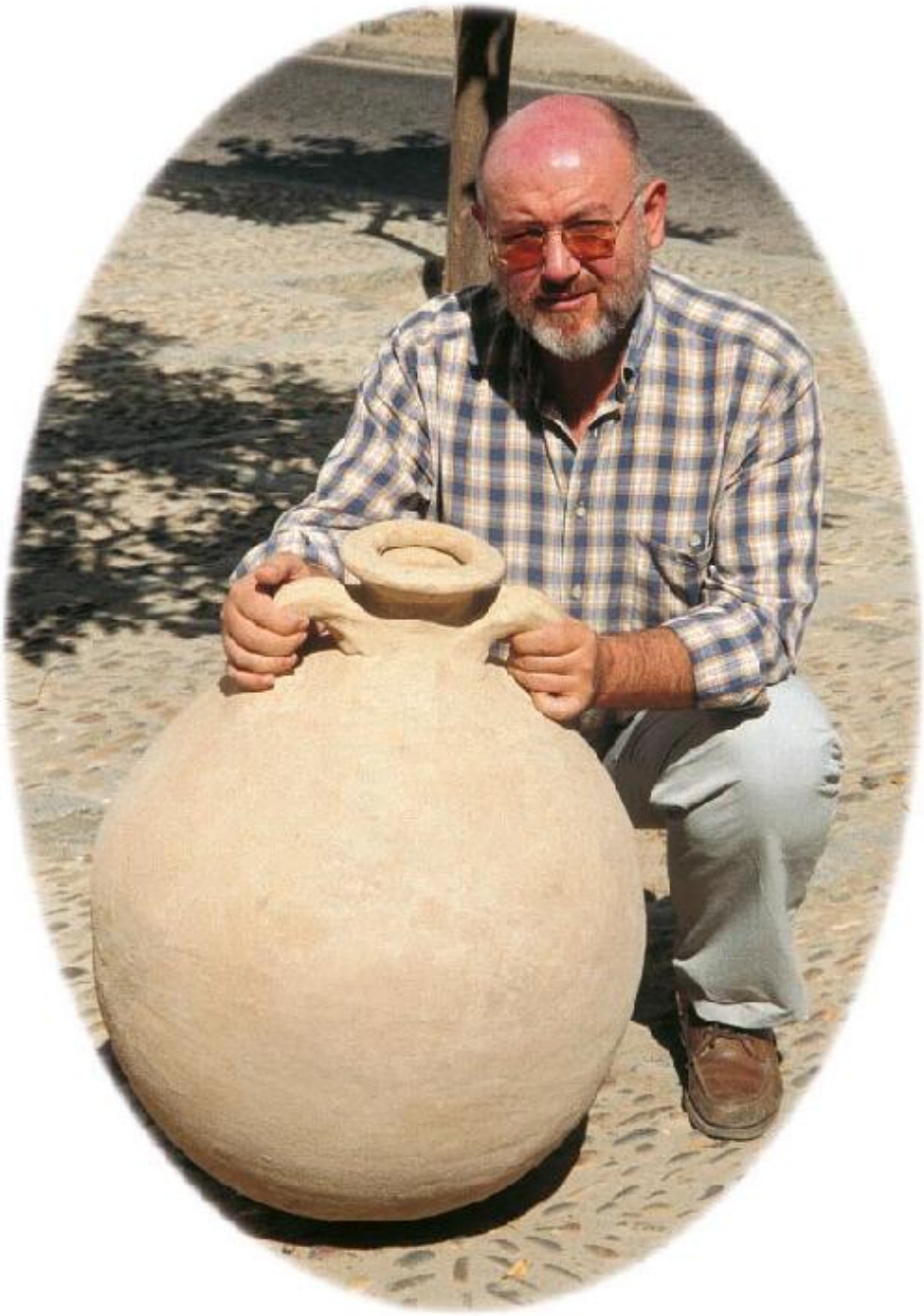
–Y la vida bullendo –dice Bonoso–. La calle animada, gentes que salen y entran, niños que corren, señoras que charlan con el cántaro al brazo, hombres que regresan con la capacha del almuerzo, del campo de abajo, quizá con un borriquillo, algún guerrero que cruza, orgulloso, de la guardia de la muralla, la falcata al cinto, porque se le ha antojado saludar a su mujer sin aguardar a la siesta.

Los dos visitantes se despiden del arqueólogo y reanudan su camino rumbo al yacimiento iberorromano de Giribaile.



Contrapeso de molino romano, en Marroquíes Bajos, Jaén. (Foto de Icastro).

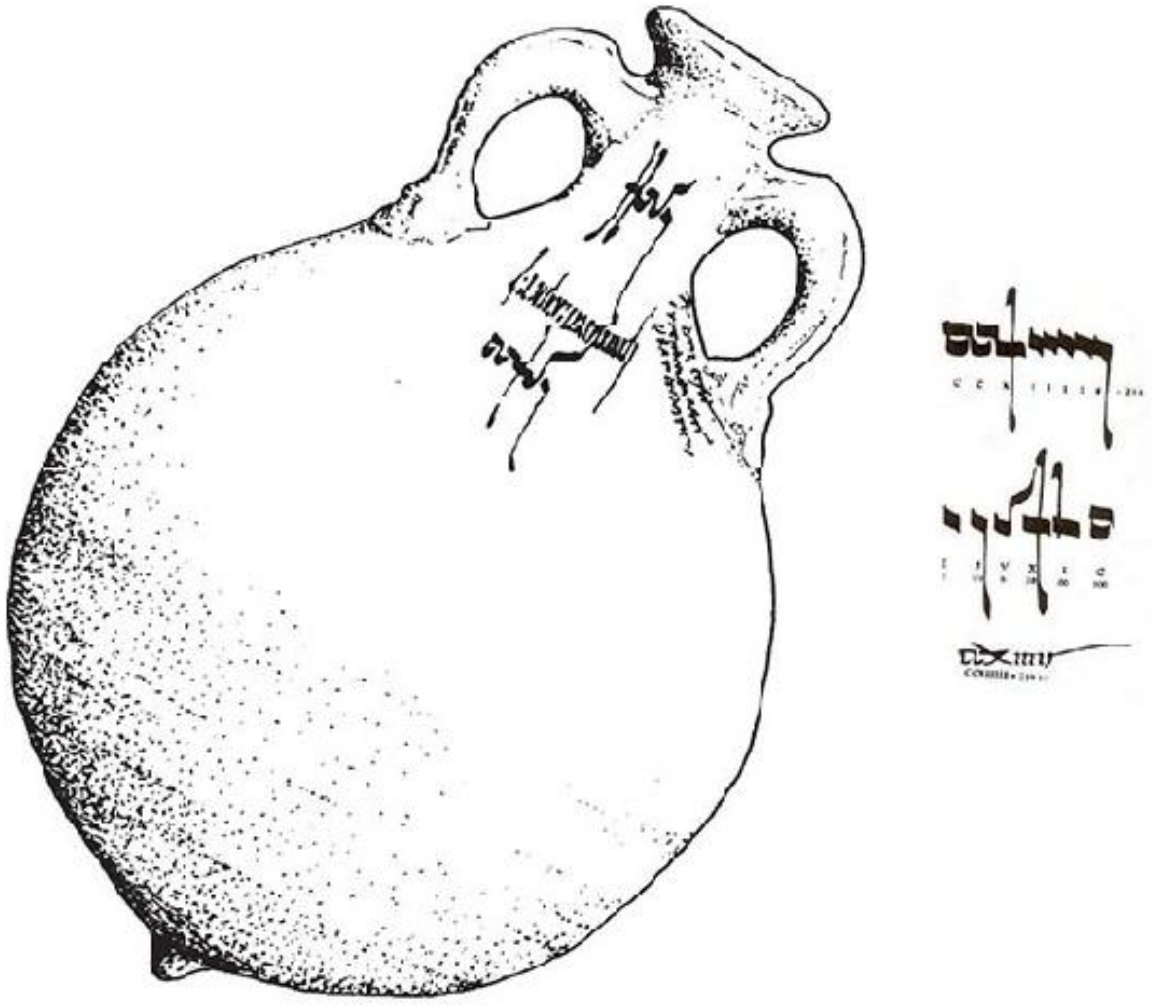
Ciudad concéntrica de anillos de tierra y agua de la Edad del Cobre a las afueras de Jaén. (Dibujo de Ana Miralles).



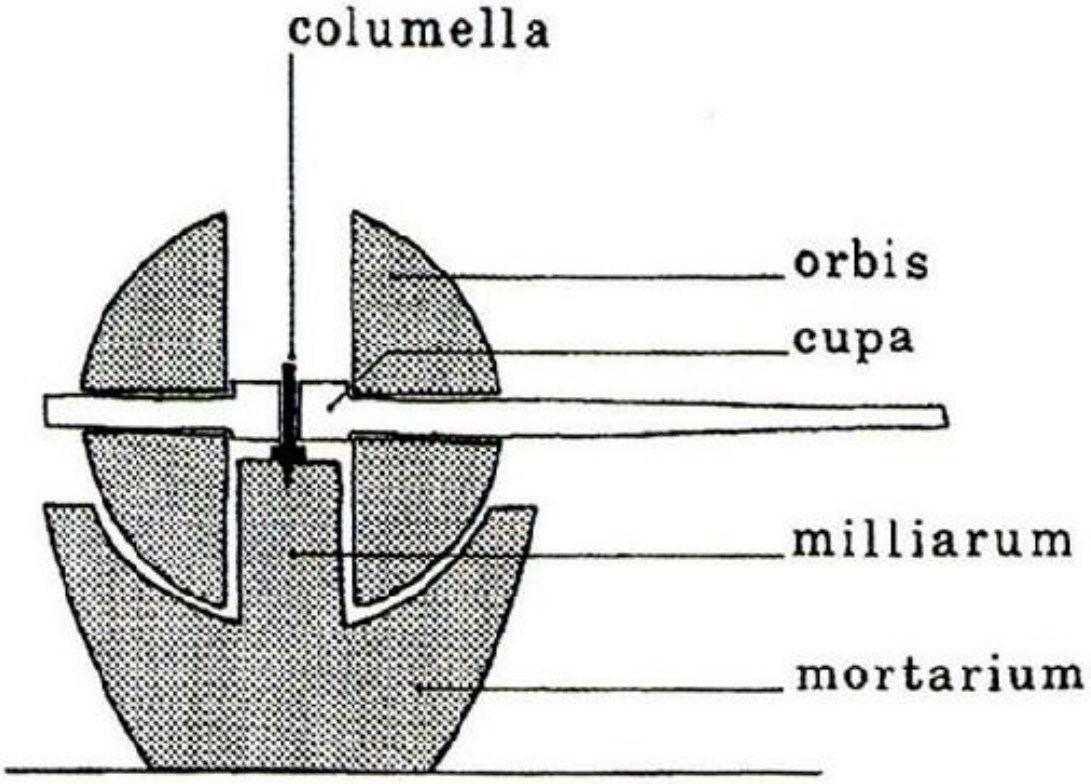
Ánfora olearia. (Foto de Icastro).

Ánforas olearias en un pecio del siglo IV.

El transporte fluvial en un fresco romano.



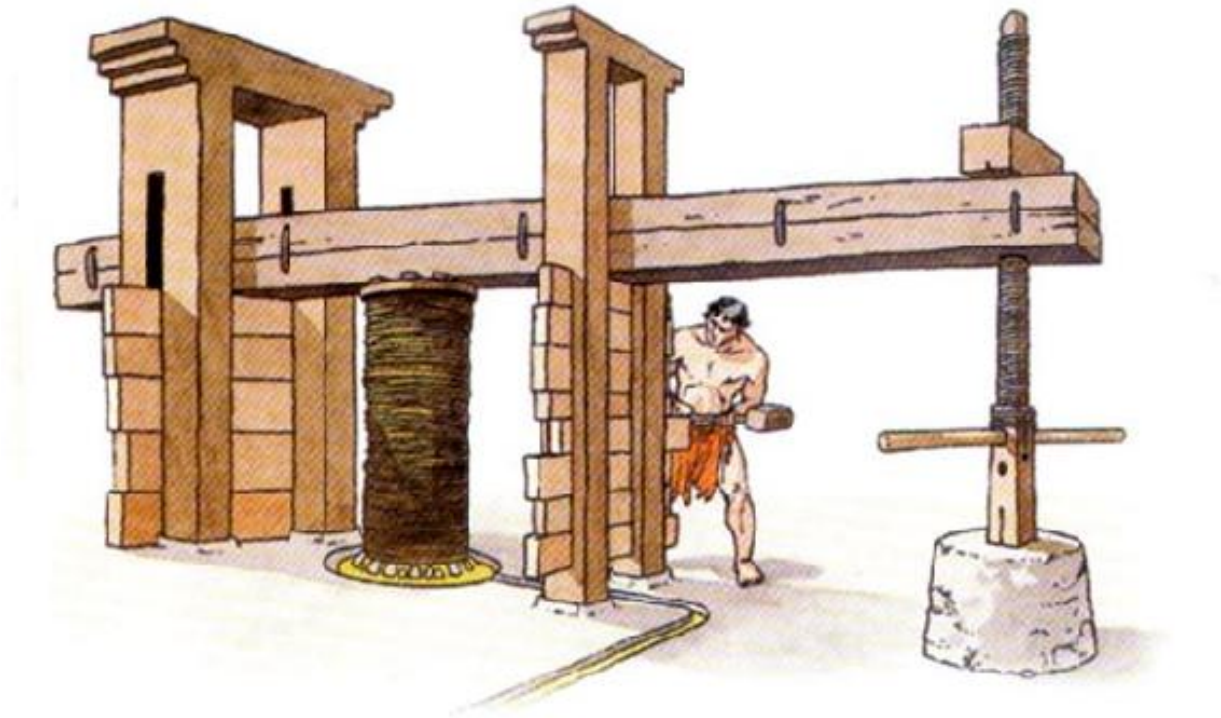
Ánfora olearia con sus *tituli picti*.



Esquema del *trapetum* romano.

***Trapetum* romano. (Foto de Icastro).**

Uso del trapetum romano. (Dibujo de Ana Miralles).



Prensa romana. (Dibujo de Ana Miralles).

Poblado ibérico de Puente Tablas, Jaén. (Foto de Morales).

Ruinas del poblado ibérico de Puente Tablas, Jaén.

Betilo de Puente Tablas. (Foto de Pedrosa).

El betilo de Puente Tablas iluminado por los primeros rayos de sol del equinoccio. (Foto de Pedrosa).

CAPÍTULO XXIX

LAS MISTERIOSAS CUEVAS

Qué te ha parecido la visita?–pregunta Bonoso.

–Me ha encantado. Es como pasear por la historia.

–Estos poblados ibéricos funcionaban como verdaderas ciudades estado –prosigue Bonoso–. El territorio de su *hinterland* dependía de la importancia del poblado y limitaba con el territorio de los poblados vecinos, con los que las relaciones no siempre eran buenas. De hecho en esas fronteras marcadas por lo general por arroyos, divisorias de aguas u otros accidentes del terreno, solía haber unos pequeños castillos o torres que antiguamente se conocieron como Torres de Aníbal y los modernos arqueólogos suelen denominar recintos. Delante de cada uno de estos recintos, en el territorio del poblado vecino había otro vigilándolo. Otro arqueólogo amigo mío ha estudiado el poblado de las Atalayuelas, cercano a Fuerte del Rey. Para unos sesenta y tres kilómetros cuadrados de *hinterland*, había no menos de veinticinco torres de vigilancia.[108]

–Un notable esfuerzo.

–Pues sí, para unas relaciones vecinales muy a la española debemos pensar que los gastos militares se llevarían una buena parte del presupuesto. Es lo que pasa cuando gobierna una aristocracia guerrera. Si preparas la guerra, acabas guerreando y si acabas guerreando tienes que mantenerte listo para la guerra. Luego llegó Roma, se impuso a todos ellos e instituyó, más o menos, la *pax romana* y el progreso. Se lo debemos todo a Roma.

Toman la carretera de Linares, entre olivares, y dejan a la derecha el lago del embalse del Guadalén.

–Desde aquí se ve bien lo que es Giribaile: una montaña de poca altura y bordes escarpados, como una laja suave, que está rodeada, como una isla, por las aguas de varios ríos, el Guadalimar, el Guadalén y el Guarrizas. Todos confluyen en un solo cauce para rendir sus aguas al Guadalquivir. Un lugar de lo más estratégico, porque a su pie discurren varias calzadas romanas: la vía Heraclea de Roma a Cádiz y el camino real de Toledo a Almería, por Úbeda y Granada. A esto súmale que está en el corazón de la zona minera de Cástulo y ya tienes el cuadro de su importancia.

El camino discurre entre olivos hasta que llegan a la vista del embalse. Allí toman una desviación ascendente, a la derecha, que los conduce a unos cortijos ruinosos arrimados al escarpe del cerro.

–Ya estamos en Giribaile –dice Bonoso–, o si lo prefieres en Spelunca, las Cuevas, las Cuevas de Mari-Algar o el Castillo Viejo, que por todos esos nombres se conoce este cerro. Abre los ojos porque por todas partes vamos a encontrar vestigios arqueológicos: restos de muros, piedras sueltas, hornos de minería y cerámica ibérica, romana y medieval en superficie. Lo primero que vamos a ver es un monasterio rupestre vaciado en la roca de la montaña, algo único.

Aparcan en un espacio empedrado cubierto de hierba, junto a las melancólicas ruinas. Una enorme higuera cobija una alberca antigua, de piedra, con fuente, abrevadero y lavaderos, arrimada al lomo del cerro. Angus encuentra el lugar muy romántico.

En una de las casillas apoyadas en la roca del escarpe encuentran una angosta escalera con toscos peldaños de yeso y madera que asciende hasta el nivel superior de las ruinas a través de tres aposentos cuya pared del fondo es la roca madre de la montaña. Otra escalera accede a un agujero abierto a cincel en la piedra. En el tercer nivel encuentran otra serie de estrechas estancias, más escaleras, hornacinas de diversas hechuras, todo ello vaciado en la montaña con minuciosa paciencia.

–Estas deben de ser las celdas de los monjes –dice Bonoso.

Entran en un cuarto de forma circular, con un banco corrido en torno a una mesa, y una hermosa ventana asomada al paisaje, a los olivos, al lago, a

los montes azules que cierran sobre el cielo.

–Esta debe de ser la sala capitular donde se juntaban a deliberar.

–No serían muchos.

–A lo mejor seis o siete –supone Bonoso–. Y más delgados que yo –admite con un suspiro.

Después de recorrer el monasterio rupestre regresan al claro donde dejaron el coche. Un sendero que sale a su izquierda entre cobertizos medio derruidos, los conduce al otro lado de las ruinas. El largo escarpe del cerro se ofrece abiertamente, sin construcciones parásitas, a la contemplación de los visitantes: hay muchas cuevas talladas, ventanas, escaleras, fantasías arquitectónicas ideadas por la mano del hombre en combinación con la naturaleza.

–¿Qué es todo esto?

–Un santuario, un monasterio, o un eremitorio, lo más probable, cuevas en las que vivían los monjes o los ermitaños de época visigoda o quizá mozárabe, cuando ya los moros dominaban estas tierras pero toleraban la existencia de comunidades cristianas. Te hablo de los primeros tiempos islámicos, los del califato de Córdoba. Más adelante, con los almorávides y los almohades, triunfó el fundamentalismo africano y ya no las toleraron. ¿Tú conoces estas prácticas del primer cristianismo?

Angus pone cara de no saber mucho del tema.

–Ya sabes que Jesucristo, el histórico, creyó que el fin del mundo era inminente y aconsejó a sus seguidores que vendieran sus propiedades y repartieran el dinero entre los pobres.

–Un recio consejo.

–Bueno, pues algunos cristianos se lo tomaron al pie de la letra y escogieron vivir en la pobreza y en la oración. Ese fue el origen del monacato cristiano en sus dos variantes: la anacorética y la monástica. La anacorética se refiere a individuos aislados que se retiraban a un despoblado o desierto para ayunar y mortificarse; la monástica se nutría de anacoretas que se agrupaban y aceptaban una regla común. El monacato cristiano surgió en varios lugares casi simultáneamente, en el siglo IV, pero donde

fructificó fue en los desiertos de Egipto, en la Tebaida, donde contaba con ciertos precedentes paganos.

–¿Monjes paganos?

–No te extrañe. Me refiero a los reclusos o *katochoi* de los templos de Serapis, en el antiguo Egipto, unos ascetas obsesionados por la idea de combatir a los demonios. Algo de esa obsesión la heredaron los eremitas. Ya sabes, las tentaciones de san Antonio y todo eso. ¿Recuerdas a san Antonio y sus tentaciones?

–¿No lo voy a recordar, si todos los pintores antiguos han tratado el tema?

–Era el pretexto que tenían los artistas para retratar en sus lienzos mórbidas carnes femeninas sin salirse de la temática religiosa que imponía el cliente.

Ríe de buena gana el par de viejos verdes mientras recorre una antigua corraliza ganadera que sirve de cerramiento a nuevas cuevas.

–Volviendo a lo de los precedentes del monacato –dice Bonoso–, también es posible que se inspiraran en las comunidades esenias del Mar Muerto, en Qumram, las de los manuscritos bíblicos. El monacato llegó a España en tiempo de los visigodos y perduró hasta después de la conquista islámica. Entonces estos parajes no estarían muy poblados y quizá las ruinas de la ciudad que sostiene esta montaña atraerían a los primeros hijos de san Antonio.

–¿Por qué los llamas hijos de san Antonio?

–Me refiero a san Antonio, el primer anacoreta, según la tradición cristiana, un joven que repartió sus riquezas entre los pobres y se retiró a vivir en un sepulcro abandonado, en las afueras de la ciudad, sin ingerir otra cosa que pan, agua y sal. San Antonio acabó retirándose al desierto de la Tebaida, lejos de toda comunidad humana, aunque no del demonio, que lo tentaba a menudo con la figuración de mujeres hermosísimas.

–¿Y él qué hacía?

–¿Qué iba a hacer? Perseverar en la virtud, castigar sus carnes con azotes, restregar el miembro en los espinosos zarzales y hasta, eso sostienen

los libros piadosos, con hierros al rojo vivo.

–¡Caramba! Eso tiene que doler.

–No sé, yo soy un pobre desgraciado que siempre ha sucumbido a la tentación y, por lo tanto, no puedo aquilatar los méritos del santo. Muchos anacoretas y cenobitas que siguieron el ejemplo de san Antonio tenían por objetivo alcanzar la *apatheia* o *imperturbatio*, una especie de nirvana, la paz profunda, la aniquilación del deseo, la impasibilidad que se consigue cuando se dominan las pasiones humanas. El camino consiste en vivir en soledad, encerrarse en el cenobio y superar las tentaciones. Los cenobitas desarrollaron una demonología compleja para explicar las tentaciones que padecían. El más peligroso era el que llaman «demonio del mediodía», así llamaban al sentido común, el poquito que les quedaba, que les infundía dudas acerca de la sensatez de la vida ermitaña y, a veces, no siempre, conseguía la *inrationabilia confusio mentis* o «confusión irracional de la mente».

–¿Y qué ocurría cuando un monje sucumbía?

–Que ahorcaba los hábitos, como se diría aquí, en España, y se reintegraba a la vida seglar, a las mujeres, al vino, a los placeres, a la vida de una persona normal, aunque pecadora. Entonces sus compañeros oraban por el *desertor Christi miles* o «soldado desertor de Cristo», el desventurado que se estaba entregando a la buena vida, al vino y a las mujeres para resarcirse de las escaseces pasadas mientras ellos quedaban allí felicísimos de perseverar en las privaciones que les ganarían el cielo.

–¿Sabes de qué me estoy acordando? –dice Angus–. De unas palabras de Gibbon, el gran historiador inglés. Según él, los conventos y monasterios se convirtieron en «refugios de hombres pusilánimes, holgazanes, derrochadores o cobardes que preferían no enfrentarse con la vida». Gibbon atribuye al cristianismo, entre otras cosas, la caída del imperio romano.

–No te digo yo que no haya algo de verdad en eso –concede Bonoso–. En unos papeles de cierto convento carmelita recuerdo que se dice «que no se reciban más frailes legos, que está la providencia llena de ellos y casi todos vienen huyendo del trabajo».

–Y hablando de monjes y de trabajo ¿no te parece que ya va siendo hora de almorzar? –propone Bonoso.

A la sombra de la higuera hay un rodal de hierba verde que no se ha agostado por la vecindad de la fuente y de la alberca.

–Ahí nos vamos a instalar, más felices que Dios en su Eucaristía –señala Bonoso.

Sentados a la sombra de la higuera, junto a la refrescante alberca, abren el maletero y extraen el mantel, que extienden sobre la hierba fresca. Angus va sacando envoltorios de papel parafinado del hatillo de las provisiones: el queso y los embutidos que les regalaron en Frailes y la caja de cortadillos de Arjona.

Bonoso, con su navajita de viaje, va cortando en rebanadas el queso y el salchichón de Noalejo. Angus ha abierto un bote de aceitunas, las ha enjuagado en el chorrillo del manantial, para rebajarles la salmuera, y las extiende en un plato desechable. El pan que compraron al salir del hotel está crujiente y las patatas de Casa Paco superiores. La cerveza, templadita, como la *caelia* de los iberos.

–¡La paz del campo, el aire puro, el lago allá abajo espejeando, el cielo azul…! –exclama Bonoso, bucólico–. Aquí solo nos faltaría compañía femenina.

–¿Y qué íbamos a hacer con la compañía femenina? –inquiere Angus.

–Tú a la tuya le podías contar una de tus derrotitas mientras yo…

–…mientras tú le hablabas a la tuya de tu lumbago y de tu artrosis.

Bonoso se queda pensativo. Asiente, resignado. Apura la cerveza templada. Se observa la panza, que rebosa ampliamente la cintura. Hace tiempo que cuando orina solo ve el chorro.

–*Vae victis!* –suspira con resignación.

–Y ese nuevo latinajo, ¿qué significa?

–¡Ay, de los vencidos!

Un minuto después ronca apaciblemente olvidado del mundo y de las mujeres. La brisa mueve las hojas de la higuera y proyecta cambiantes rayos de sol sobre su calva bruñida. Angus lo contempla con cierta ternura.

Se levanta y va a la fuente a refrescarse la cara y el cuello. El pilón le devuelve como un espejo las arrugas, el pescuezo de lagarto viejo y las orejas crecientes.

–*Vae victis!*

La breve siesta acaba. Los dos amigos recogen el campamento y vuelven a su actividad de viajeros curiosos, que consiste en proseguir la expedición por el piedemonte del cerro y examinar unas anchas estancias talladas en piedra del cenobio medieval. Algunas cuevas están intactas y penetran profundamente en el interior de la montaña con pasillos horizontales que las comunican. Exploran una, techos altos, paredes rectas talladas a cincel, con sus alacenas, sus chimeneas, sus escalones. Angus mira las aberturas a distintas alturas, escaleras que suben, ventanas que se abren en lugares insospechados del escarpe pétreo.

–Algunas cuevas se vinieron abajo cuando el terremoto de Lisboa, hace doscientos cincuenta años –comenta Bonoso–. Para entonces ya hacía siglos que nadie las habitaba. Si acaso, servían de refugio a los pastores.

–Incluso las derruidas tienen cierta belleza en sus volúmenes desencajados –admite Angus–. Les dan un aire a ciertos paisajes de Capadocia.

–No se me había ocurrido nunca, pero es así –admite Bonoso–. Tienes alma de poeta, coronel.

En el trayecto de las cuevas hay un antiguo abrevadero que mana un caño de agua clara y fría. Bonoso aprovecha para llenar la botella y bebe golosamente.

–¡Qué rica está! De aquí se surtían los monjes o los eremitas. El claro manantial al amparo de la montaña. ¡Qué bien sabían los condenados dónde emplazar sus monasterios! Por cierto, ¿tú conoces la novela de Jan Potocki *Manuscrito encontrado en Zaragoza*? Ya veo que no. Fue un oficial polaco de los tiempos de Napoleón que se quedó prendado de Sierra Morena con sus ventas fantasmales y sus castillos arruinados. Para mí tengo que estuvo aquí y que estas cuevas le inspiraron una parte de su libro, cuando habla de los subterráneos portentosos no excavados por los moros, sino por los

túrdulos y escribe: «los idólatras que habitaban en las Alpujarras a su llegada ya tenían muy avanzado el tajo. Los sabios señalan que en este mismo lugar estaban las minas de oro nativo de la Bética». Lo de la desubicación de las Alpujarras se le perdona. Se ve que no tenía un atlas a mano y lo puso porque le sonaba a moro.

Junto a la cueva del santuario hay una escalera tallada en la roca, con su pasamanos y todo. Ascienden con precaución, pues algunos peldaños están muy gastados.

–Observarás que, en realidad, la escalera termina aquí –indica Bonoso al llegar a una especie de meseta intermedia–. Es decir, que este segundo tramo no tiene peldaños ni nada parecido.

–Llevas razón, ¿quizá no los necesitaba?

–Fíjate en las marcas de este barreno y en las de este –señala Bonoso.

–Las veo. Esto lo han abierto con explosivos, pero ¿quién y con qué objeto?

–Seguramente la misma gente que hizo los cortijos de ahí abajo, hace cincuenta o cien años, para abrir el acceso a la meseta superior del cerro, donde habría cultivos y pastos. Yo tengo una hipótesis: los primitivos eremitas tallaron el primer tramo de escalera que no conducía a parte alguna, sino a una especie de capilla en la roca de la montaña, un oratorio para una sola persona. En algunas iglesias antiguas, por ejemplo en la de San Baudelio, en Soria, o en la Vera Cruz, a las afueras de Segovia, había un habitáculo al que se accedía por una dificultosa escalera, donde los frailes o los eremitas velaban su consagración. Era una ceremonia iniciática durante la cual el hombre antiguo moría para que de él naciera el hombre nuevo, incluso cambiando de nombre. Seguramente la ceremonia proviene de antiguos cultos precristianos.

–Esa ceremonia dejó su rastro en el nombramiento de los caballeros –señala Angus–. Ellos también debían velar sus armas en una noche antes de acceder a la caballería.

Después de descansar, los dos amigos terminan de subir por el hueco abierto con barrenos.

–Bueno, esta es la meseta superior En toda esta llanada se extendía un importante *oppidum* ibérico y desde entonces siempre ha estado ocupado, hasta época medieval.

–¿Y esos montones de piedras?

–Si te fijas bien verás que es una muralla derruida. Se calcula que tenía unos diez metros de altura y unos doscientos cuarenta metros de longitud. Barreaba toda la meseta, de lado a lado.

–Una muralla enorme.

–Era, además de defensa, una representación del poder de la ciudad. Estos dos montones de piedras corresponden a dos bastiones y el paso entre ellos a la entrada principal. El cerro está por excavar, pero promete ser muy interesante. Es tan dilatado que tuvieron que acotar solo este extremo más alto para instalar la ciudad y lo cortaron con esta muralla monumental. El resto del entorno se defendía solo, porque era escarpado.

–¿Y se sabe algo de la gente que construyó todo esto?

–Algo se sabe. En este lugar hubo un poblado de cabañas en el Bronce Medio, luego volvió a poblarse en época ibérica, en la primera mitad del siglo –IV, y se despobló cuando lo destruyeron.

–¿Quiénes?

–El primer arqueólogo que describió estas ruinas, Manuel de Góngora, en el siglo XIX,[109] las identificó con la Giri u Orisia mencionada por Plutarco. Tengo aquí apuntado su texto.

Bonoso busca la página correspondiente en su cuaderno de notas y lee: «Estaba Sertorio en cuarteles de invierno en Cazlona, ciudad de los celtiberos cuando unos soldados borrachos molestaron a la gente del pueblo. Los de Cazlona llamaron en su ayuda a sus vecinos de Orisia y estos, yendo de casa en casa, asesinaron a muchos soldados. Sertorio escapó al campo con unos pocos, y reuniendo a otros que también habían huido regresó con ellos a la ciudad y se encontró abierta la puerta por la que los de Orisia habían entrado, pero lejos de precipitarse como ellos procedió con cautela, puso guardias y avanzó calle por calle eliminando a todo el que encontró en edad de llevar armas. Hecho esto vistió a sus soldados con las

armas y vestidos de los iberos muertos y se dirigió a Orisia, la ciudad de la que procedían los atacantes. Los de la ciudad creyeron que regresaban los suyos y salieron a recibirlos alborozados. Demasiado tarde advirtieron que eran romanos: a muchos los mataron allí mismo, junto a la puerta, y a los que se rindieron los vendieron como esclavos».[110]

–Impresionante –comenta el coronel.

–Bueno, esa ha sido la identificación tradicional, como te digo, pero ahora un joven arqueólogo que lleva varios lustros estudiando la ciudad, Gutiérrez Soler, ha propuesto otra que, por la ausencia de cerámicas posteriores al siglo –III en el yacimiento, parece más plausible: quizá la ciudad sea la Orongis que Lucio Escipión destruyó en –207.[111]

Bonoso regresa a su cuaderno de notas y lee: «Escipión envió a su hermano Lucio Escipión con diez mil peones y mil jinetes a atacar Orongis, la ciudad más rica de aquella comarca, en el territorio de los meses, rama de los bastetanos; de fértil suelo y propietaria de minas de plata. Orongis había sido la base desde la que Asdrúbal atacaba a los pueblos del interior. Escipión acampó cerca de la ciudad y antes de circunvalarla envió hombres a sus puertas para que conversaran con los nativos, los sondearan y les aconsejaran llevarse bien con los romanos en lugar de oponerse a ellos. Como la respuesta no fue nada amistosa, Escipión rodeó la ciudad de foso y doble empalizada, y dividió el ejército en tres cuerpos, para que uno atacara mientras los otros dos descansaban. La primera lucha fue enconada, pero quedó en tablas: no resultaba fácil acercarse a los muros ni aplicar escalas bajo la lluvia de proyectiles; las escalas que podían llegar al muro las derribaban con horcas o las enganchaban con garfios para levantarlas. Cuando Escipión vio que la lucha estaba igualada a pesar de que había comprometido a pocos de los suyos y de que los enemigos contaban con la ventaja de la muralla, retiró la primera sección y atacó con las otras dos simultáneamente, lo que provocó la desbandada de los defensores, ya cansados de la lucha anterior. La guarnición cartaginesa, recelando que la ciudad se hubiera rendido por una traición, desamparó sus puestos y se concentró en un solo punto…»

Bonoso interrumpe la lectura y explica:

–Debe referirse a una especie de acrópolis, que correspondería al castillo actual. Sigo con el texto:

«Después, los habitantes, temiendo que los romanos mataran a todo el que encontraran en la ciudad, hispano o cartaginés, prefirieron entregarse a la clemencia del vencedor, abrieron las puertas y salieron desarmados, llevando solo los escudos por si antes de advertir que iban en son de paz les disparaban flechas. La mano derecha la llevaban en alto para demostrar que no portaban armas, pero fuera porque desde lejos esto no se vio o porque recelaran una trampa, lo cierto es que los romanos atacaron a los que se entregaban e hicieron en ellos una carnicería. Después tomaron la puerta, que seguía abierta, e irrumpieron en la ciudad. Los jinetes se dirigieron directamente a ocupar el foro y los peones avanzaron echando abajo las puertas de las casas pero se abstuvieron de saquear y respetaron la vida de los que se entregaban. Solamente apresaron a la guarnición cartaginesa y a los trescientos ciudadanos que se habían resistido, a los demás los dejaron libres con sus bienes intactos. En toda la operación caerían cerca de dos mil enemigos y no más de noventa romanos. La conquista de esta plaza alegró tanto a los que participaron en la acción como al general y al resto del ejército. Fue muy vistosa su llegada llevando por delante la muchedumbre de prisioneros. Escipión felicitó a su hermano y comparó la toma de Orongis con la de Cartagena que él mismo había conseguido».[112] Hasta aquí Tito Livio, ¿qué te parece?

–Me parece que sea la ciudad la Orongis del siglo tercero o sea la Orisia del primero, sus pobladores aparecen como unos mantas. En los dos casos apenas oponen resistencia y el enemigo encuentra las puertas abiertas.

–Es una manera de verlo, pero yo aprecio más que procuraran salvar la vida. En ese sentido distaba de ser una ciudad modelo para la provincia *horrida et bellicosa*, que dijo un autor romano.[113]

–La vía pacífica no siempre es la solución –argumenta el coronel– ¿Y los campamentos de Escipión, y el *intervallum* del que habla Tito Livio?

¿Qué ha sido de ellos? ¿Se han encontrado? Yo he visitado Masada y algunos lugares de Europa donde las obras de asedio romanas son visibles.

–Que yo sepa, no se ha encontrado nada –responde Bonoso–. Ten en cuenta que los estudios arqueológicos de la ciudad están comenzando ahora. Para los medios con los que cuentan, bastante hacen.

–Un lugar como este bien merecería que se emprendieran unas excavaciones como Dios manda –se lamenta Angus–. En cualquier otro país un yacimiento tan interesante ya estaría excavado y estudiadísimo. Tendrías que ver cómo tenemos nosotros ruinas de poca monta, el Tintagel remotamente artúrico, lugares así.

–A ver, Angus, aquí vamos más atrasados, me temo, y especialmente esta provincia, en la que apenas se ha invertido un duro en arqueología.

Caminan los amigos a lo largo de la cordillera de piedra que después de leer los textos ha tomado de pronto una dimensión trágica.

–A propósito, ese Sertorio que asoló Orisia ¿quién era?

–Un romano, rebelde a Roma, que se hizo fuerte en Hispania. En Roma, como sabes, dominaba la oligarquía aristocrática enriquecida con el botín de las guerras, pero el pequeño campesino y el artesano se habían arruinado por la competencia de la mano de obra esclava que aportaban las conquistas. Las tensiones sociales se polarizaron en dos partidos políticos, los populares y los *optimates*: es decir, los privilegiados y los que no tenían privilegios, izquierdas y derechas, lo de siempre. El enfrentamiento desembocó en guerras civiles que repercutieron también en las provincias. Cuando el dictador Sila conquistó el poder, muchos caudillos populares tuvieron que huir de Roma para salvar la vida. Uno de ellos era este Quinto Sertorio que se refugió en Hispania, se atrajo a los indígenas (ya bastante romanizados) y formó un gobierno romano en el exilio, con su Senado y todo. Pero la empresa era demasiado ambiciosa para sus fuerzas: durante un tiempo, sus tropas celtíberas y lusitanas derrotaron a algunos ejércitos que Roma enviaba contra él, pero luego muchos de sus partidarios desertaron y uno de sus hombres de confianza lo asesinó durante un banquete. Entonces su guardia personal, formada por hispanos, se suicidó ritualmente.

–La *devotio* ibérica –señala Angus.

–¡Mira cómo te acuerdas! Bueno, murió Sertorio, pero su muerte no terminó con el problema. Poco después, los populares encontraron un nuevo líder en Julio César, que derrotó a Pompeyo, el vencedor de Sertorio.

–¿Y triunfaron los populares?

–A medias. A César lo asesinaron los aristócratas senatoriales, pero dejó el camino expedito a su heredero y sucesor, Augusto, que metió al Senado en cintura, se proclamó rey con el nombre de César y estableció una dinastía hereditaria.

Mientras conversan, los dos amigos han dejado atrás los dos enormes montones de piedra suelta que marcan la entrada del recinto.

–Ya estamos dentro de la ciudad –dice Bonoso.

Angus solo ve un prado de irregular relieve en el que afloran cúmulos de piedras acá y allá. Un rebaño de ovejas que pació toda la noche viene de retirada con su pastor y su perrillo al frente.

–¡Dios guarde! –saluda Bonoso.

–¡Dios guarde a *usté* y a la compaña! –responde el ovejero.

Se para a charlar con los visitantes mientras las ovejas, a las que no les sienta bien el sol, como a quien va vestido de lana en pleno verano, aguardan pacientes a que despegue la hebra.

El pastor parece que no tiene prisa. Es un hombre de como cincuenta años, algo gastado por una vida a la intemperie que le ha marcado hondos surcos en las mejillas y le ha pavonado la piel. Es locuaz y se interesa por todo. Un filósofo natural, piensa Angus, mirándolo con simpatía. Después de charlar un poco del tiempo, de la calidad de la hierba y del carácter de la oveja en comparación con el de la cabra, le pregunta Bonoso:

–Oiga, ¿usted no está deseando llegar a su casa después de toda la noche guardando el rebaño?

–Pues verá *usté* –responde el pastor–. Es que tengo un poquillo de prevención de asomar por mi casa. Está la *jembra recalentá* de *toa* la noche en la cama y me va a decir: «Niño, ¿vienes con frío? ¿Te ha hecho mucho

relente? Anda, métete aquí conmigo que te caliente…» ¡Y *pa* cubriciones vengo yo!

Se despiden y el pastor parte a su incierto destino mientras los amigos prosiguen su andadura.

–Lo que ves es una ciudad sin excavar. Aquí debajo están las calles, las casas, los hornos, los lagares, las vasijas, las chimeneas, la vida que fue. Es como un libro cerrado, que contiene la existencia pasada y que está esperando que los arqueólogos lo abran y lo descifren.

Cruzan el campo. Bonoso señala, en el escarpe del cerro, un castillo con dos potentes torres, una de piedra y la otra de tapial.

–¿Ves aquel castillo?

Angus contempla las airosas ruinas a trescientos metros de distancia.

–Este castillo se construyó en época califal y se reforzó hacia 1213, cuando los cristianos llegaron a la vecina Vilches tras la batalla de las Navas de Tolosa, cuyo octavo centenario celebramos hace poco. Bueno, celebrarlo es un decir. Como estamos atontados con el rollo de la corrección política, las autoridades han procurado que la efeméride pasara inadvertida, pobres moritos agredidos, alianza de civilizaciones y todo eso. En el centro de interpretación de la batalla ponen un vídeo que acaba con imágenes de Bush, con eso se dice todo.

–¡No fastidies!

–Sí, permíteme que fastidie, porque yo fui de los que impulsaron el proyecto, aunque no tengo responsabilidad en los contenidos del Centro. Y además, como no han arrancado el espeso pinar que hoy entorpece la observación del campo de batalla, puede decirse que no hay nada que estudiar.

Después del desahogo, Bonoso, más calmado, prosigue con su explicación:

–Hacia 1292 este castillo tuvo un alcaide llamado don Gil, juez de Baeza, y más adelante, en 1379, otro Gil Baile o Gil Bailo de Cabrera del que procede el topónimo Giribaile. Este personaje tiene una curiosa leyenda.

–¡Hombre, por fin encontramos un castillo con leyenda! –exclama Angus–. En Escocia todos los castillos tienen leyenda y muchos, además, su fantasma. En cuanto se encuentran cuatro piedras juntas, ya nace una leyenda.

–No, aquí también abundan los fantasmas, no creas –replica Bonoso–, pero no los tenemos en los castillos precisamente, sino en los despachos de las instituciones. Este Gil Baile del que te hablo era un señor de los que auxiliaban al rey en la conquista y el monarca lo recompensó concediéndole el castillo con cuantas tierras pudiera divisar desde su torre más alta. Entonces Gil Baile alargó la torre todo lo que pudo, de manera que le correspondió toda la comarca. A la entrada del castillo puso un letrero que decía:

De río a río todo es mío.
Esta es la tierra de Gil Baile
que no morirá ni de sed ni de hambre.

–Era algo soberbio, el fulano, por lo que veo –comenta Angus.

–Bastante soberbio, pero ahora viene lo bueno. Un día don Gil Baile andaba persiguiendo a un venado por estas dehesas (entonces no había tantos olivos) y su caballo se encontró de pronto con un agujero en el suelo, la boca de una mina antigua, frenó en seco y despidió al jinete por las orejas. Aquí tienes a don Gil Baile precipitándose en la bocamina y dando una gran costalada en el fondo del pozo. Cuando el caballo regresó a sus cuadras, sin el señor, los criados se preocuparon, es posible que tampoco mucho, según los tratara, y salieron a buscarlo, pero sus propiedades eran tan extensas que no dieron con él, hasta que, por casualidad, unos cazadores encontraron el cadáver, años después, en el fondo del agujero. Por lo visto se había fracturado las piernas al caer y no pudo salir.

–O sea, que murió de sed y de hambre.

–Exactamente. Lo contrario de lo que había pronosticado en la puerta de su castillo.

–Aleccionador.

Los dos amigos recorren las ruinas, comenzando por el gran aljibe central. Siguen el escarpe circular del cerro que cierra la fortaleza.

–Ya ves que el relieve natural ahorra los muros casi a todo lo largo del cerramiento. Bastaba con un buen parapeto.

Contemplan los amigos el dilatado paisaje del valle. Corre una suave brisa que mitiga el calor y el cielo está medio nublado, lo que concede un respiro.

Bonoso le muestra al escocés el solar de una de las necrópolis.

–Hay que andar doscientos metros ¿te animas?

–Yo siempre estoy animado. Vamos adonde haga falta.

–Entonces bajaremos por el acceso lateral. La ciudad ibérica tenía la entrada principal en la muralla, pero además tenía dos entradas secundarias, a uno y otro lado del monte. Si te fijas bien, notarás que el sendero de acceso no se ha desdibujado del todo, a pesar de los siglos.

–Es cierto.

–A una ciudad importante correspondía una necrópolis importante. Los arqueólogos han señalado en esta los restos de un monumento funerario de cierto fuste, probablemente la tumba de un aristócrata que vivió a finales del siglo –V o poco después. ¿Ves esta especie de rectángulo de sillares que parece brotar del suelo?

Angus asiente.

–Este era el contorno. A partir de él se elevarían unas tres gradas, todo alrededor, que conducirían a una especie de podio de cerca de tres metros de altura rematado en una cornisa con moldura de gola egipcia.

Bonoso extrae de su carpeta un dibujo que representa la reconstrucción ideal del monumento.

–Esta es la reconstrucción propuesta por Gutiérrez Soler.

–Me parece sobrio y señorial, pero ¿cómo pueden deducirlo los arqueólogos si aquí no queda casi nada?

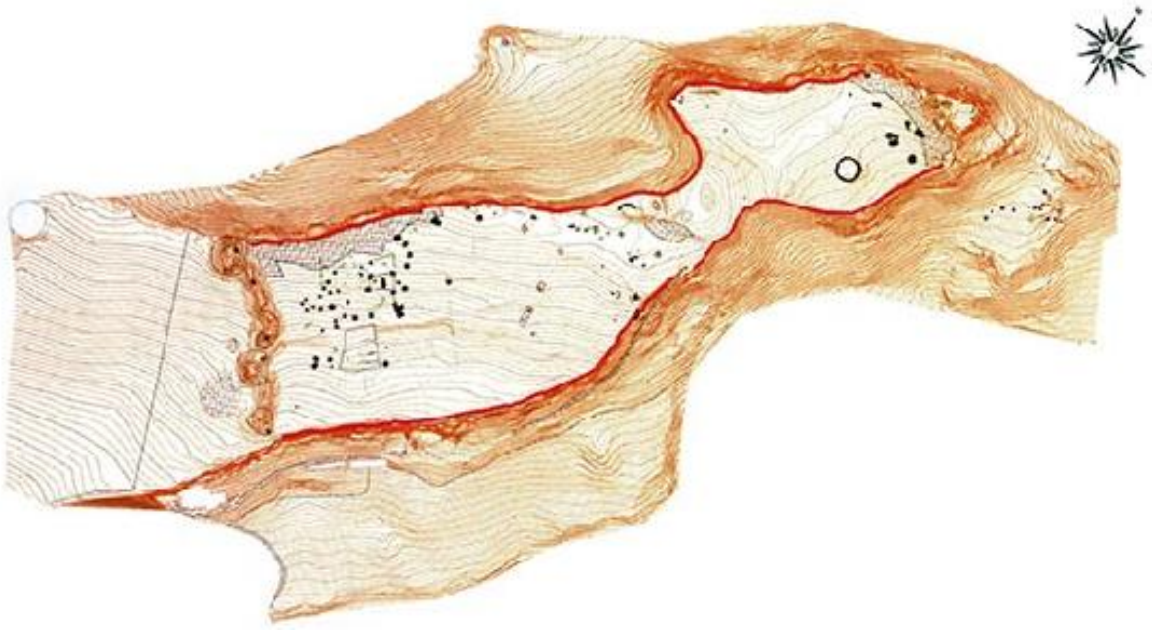
–Se basan en otros restos hallados en mejor estado. En este paraje abundan los sillares labrados por una cara que deben provenir del

monumento. Y en cuanto a la moldura en forma de gola egipcia tenemos esa piedra a tus pies, que debe de ser lo que queda de ella. Con todo esto, se reconstruye razonablemente el conjunto.

–Parece digno de un rey.

–Puede que lo fuera. La sociedad ibérica estaba muy jerarquizada. Los mandamases gustaban de demostrar en la muerte la autoridad y poder que habían tenido en vida. El viajero que llegaba a la ciudad lo primero que veía eran los cementerios, con las tumbas monumentales, lo que demostraba que la ciudad era importante.

Suben de nuevo a la meseta superior, la cruzan y Bonoso muestra la entrada del poblado por aquel lado, un ancho sendero que baja en cuesta hacia la zona de las cuevas. Los dos amigos descienden por el suave sendero hasta las cuevas y beben el agua delgada y fría del caño que alimenta el abrevadero antes de regresar al coche.

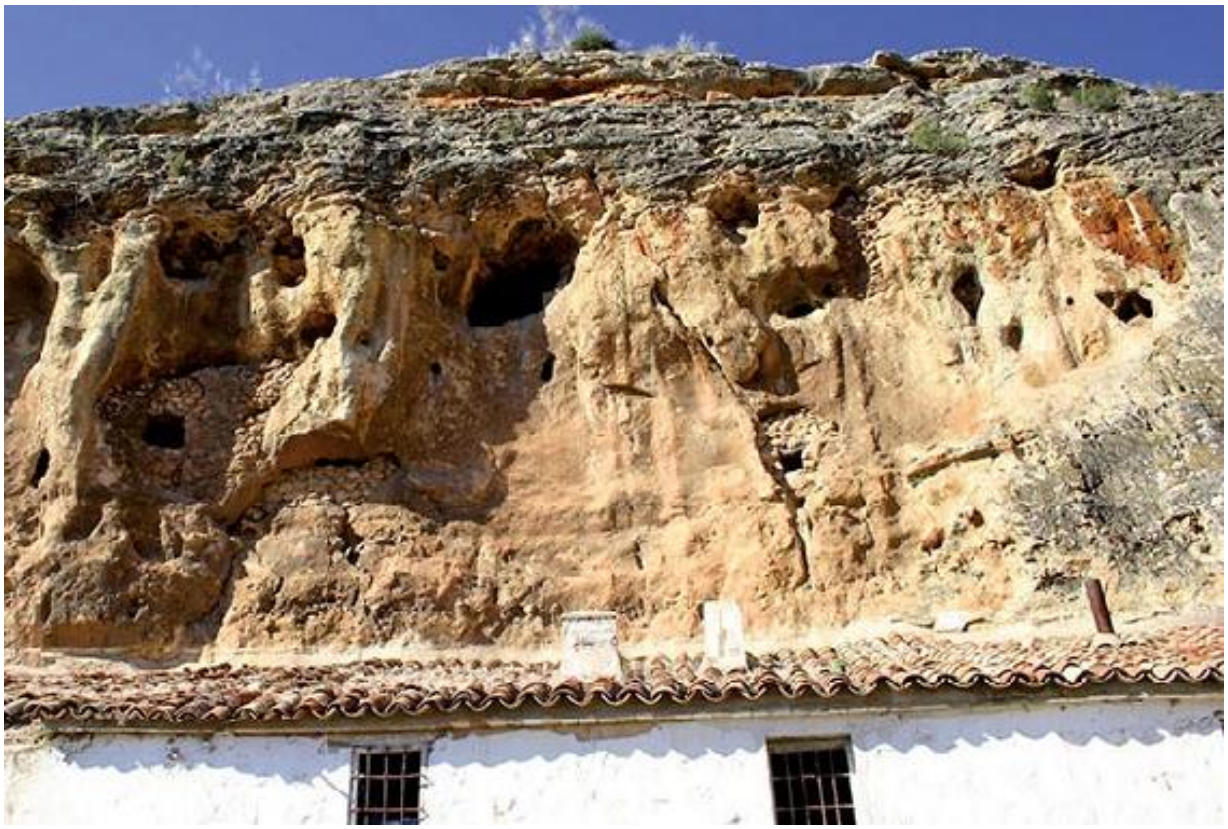


Plano de Giribaile.

El *oppidum* de Giribaile. En primer término la muralla derruida, al fondo el castillo medieval. (Foto de Gutiérrez Soler).

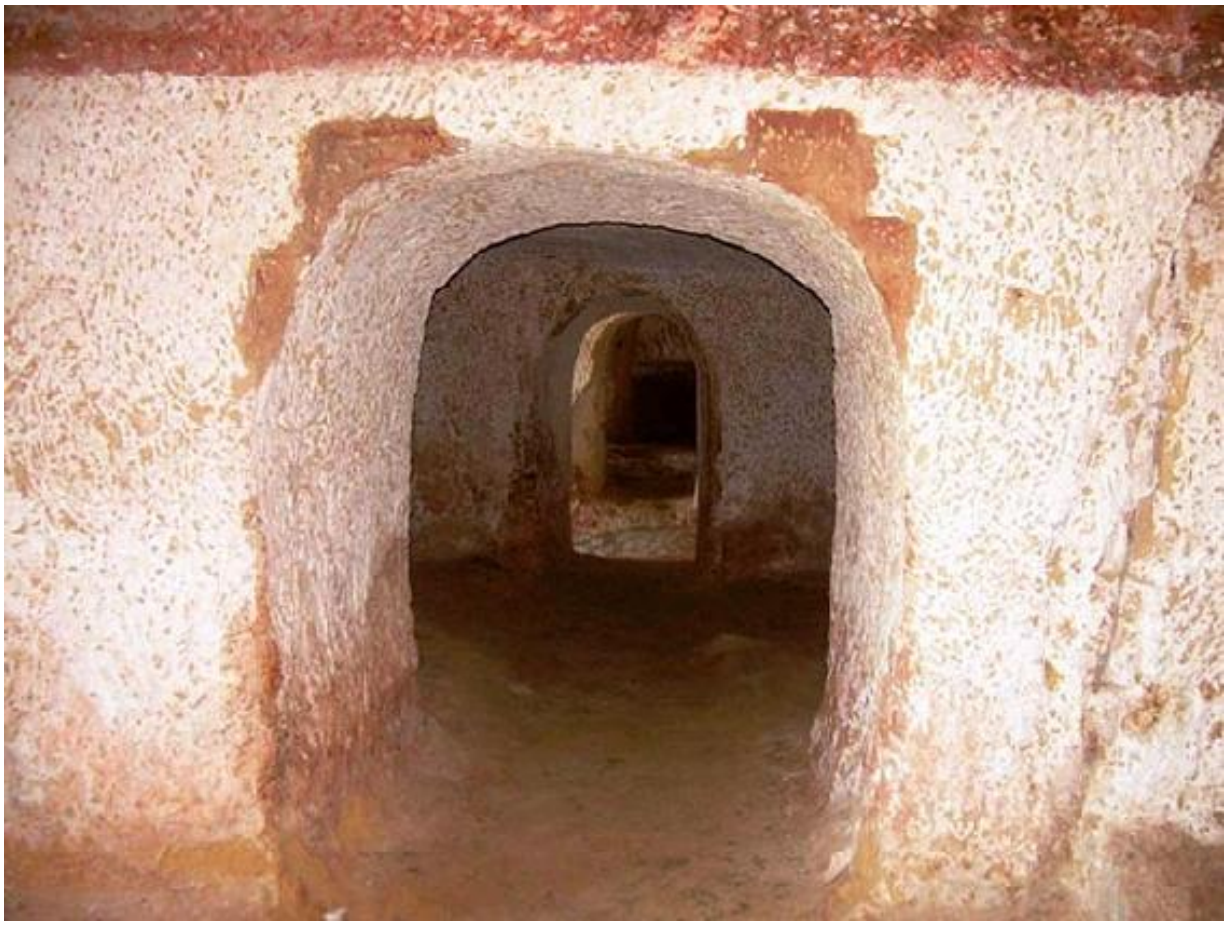
El escarpe de Giribaile. (Foto de Gutiérrez Soler).

Cuevas de Giribaile.



El monasterio rupestre de Giribaile.

***Las tentaciones de San Antonio*, obra de David Teniers el Joven. (Museo del Prado, Madrid).**



Interior de las cuevas de Giribaile.

Restos de la muralla ibérica de Giribaile.

Castillo de Giribaile.

CAPÍTULO XXX

DE ORATORIOS Y MINAS

Bonoso, mientras pone en marcha el vehículo, le dice a Angus:

–¿Te apetecería visitar la capilla de un oratorio visigodo, el único conocido al sur de Madrid?

–Eso no se pregunta.

–Está muy cerca de aquí, en el cerro de la Alcobilla o Valdecanales. Seguramente le pusieron Alcobilla porque el santuario excavado en la roca les parecía una alcobilla o habitación a los pastores que la usaban como refugio.

Regresan a la carretera y siguen las indicaciones, por una carretera secundaria hasta el olivar donde se encuentra el monumento. Descienden entre los olivos hasta el cauce de un arroyo y en la remontada ven un paredón de arenisca rojiza con unos cuantos arcos excavados y rosetones dibujados en la piedra, todo ello abierto a un espacio aterrazado. Entran a una capilla casi en miniatura, excavada en la roca viva, con sus tres naves cubiertas de bóveda de medio cañón sobre pilastras cuadradas, con huecos para tumbas y urnas para las cenizas y para los candiles.

–Pintoresco lugar –dice Angus.

–Las ruinas donde hubo vida, siempre lo son. Uno se pregunta qué había en la cabeza de las personas que tallaron esta iglesia rupestre huyendo del mundo, otros locos de Dios.

Cuando remontan el carril, de regreso al coche, el sol poniente comienza a ocultarse tras el cerro vecino. Caen las sombras que anticipan la noche.

–La hora violeta de los poemas de T.S. Eliot –suspira Bonoso–. Va a ser mejor que pensemos en recogernos, que el día ha sido largo y fructífero. Nos hemos ganado a pulso una buena cena.

Prosiguen el viaje, ya con los faros encendidos, por la carretera comarcal A-312, entre olivares y dehesas oscuras. De vez en cuando atisban las ruinas de unas extrañas construcciones turriformes.

–Son los respiraderos y las torres de las minas –explica Bonoso–. Aquí había muchos filones de plomo argentífero, que se explotaron desde los fenicios, y muchos han durado hasta hace poco. A mediados del siglo XIX subió el precio del plomo y las compañías inglesas, belgas y francesas abrieron muchas minas. A principios de siglo XX llegó a haber veinte minas y tres fundiciones: la Fortuna, la Tortilla y la Cruz, con su chimenea de cien metros, pero, hacia 1930, las minas empezaron a cerrarse. Ahora son un monumento de arqueología industrial, con su circuito para visitantes.

–¿Qué ocurrió? ¿Se agotaron los filones?

–¡Qué va! Los precios cayeron porque la extracción era más rentable en otros países. La producción descendió de más de cien mil toneladas de plomo anuales a apenas veinte mil. Todavía queda aquí mucho plomo y mucha plata, dicen algunos. Por cierto, ¿sabías que de estas minas salió la plata que financió las campañas de Aníbal?

–¡No me digas que Aníbal anduvo por estos parajes!

–No solo eso. Buena parte del ejército que llevó a Italia lo reclutó también en estas tierras, mercenarios iberos.

En esta conversación entran en Linares, el pueblo generoso donde «tres botas hacen dos pares», el de la Fuente del Pisar. Pasan junto al monumento al minero y se internan en la población. Después de contratar dos habitaciones en el Hotel Aníbal salen a dar un paseo por la animada Corredera de Marcos. En una librería adquieren una guía de Cástulo. Curioseando en los estantes, Bonoso encuentra un ejemplar del *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, de Jan Potocki.

–Llevaba tiempo buscando esta edición del libro. ¿Recuerdas que te he hablado de él hoy?

–¿Ese novelón gótico que escribió un aristócrata polaco que anduvo por España en los tiempos de Napoleón?

Cuando salen de la librería es ya noche cerrada. Las calles están muy animadas con gente que sale a tomar el fresco y a tapear en los bares. Parece mentira que haya crisis, se dice Bonoso viendo la animación. Pasan por un cocherón en cuya puerta han escrito con spray bajo el emblema anarquista: «La verdad os hará libres y la mentira creyentes».

–La mitad de la cita es del Evangelio, algo es algo –comenta Bonoso.

Pasan por la puerta del restaurante Manolete, en la que un cartel anuncia la Ruta de la Tapa.

–¿Cenamos de asiento o tapeamos, dilecto amigo? –inquiere Bonoso.

–Hombre, yo prefiero los bocaditos y exquisiteces que hacéis por aquí, esos snacks pero en bueno.

–En cierto modo así comían los romanos en sus *popinae* o *thermopolia*.

–Un palabro bien raro, el segundo.

–Significa «vino caliente», porque ciertos vinos los tomaban calientes. Los británicos creéis haber descubierto el vino de Jerez, el *sherry*, pero en realidad lo descubrieron los romanos que apreciaban singularmente el *Ceretanum*, como lo llamaban (por Ceret, el Jerez actual). Lo mismo que en los bares actuales, en las *popinae* o *thermopolia* se comían platitos variados y tapas que solían anunciar en la puerta. Uno de estos letreros, una lápida de mármol dice: *Habemus pullum, piscem, pernam, panem* (o sea, «Tenemos pollo, pescado, carne, pan»). También servían variedad de sopas y potajes que conservaban calientes en orzas empotradas en el mostrador, que era de obra. Bueno, las *popinae* de Linares gozan de merecida fama por lo bien que se tapea en ellas, así que vamos a la faena.

La primera *popina* que visitan es El Cordobés, donde Bonoso pide caracoles y Angus, menos aficionado a los moluscos gasterópodos de jardín, solicita una cazuela de carne con tomate. Después comparten una cazuela de gambas y un plato de queso en aceite en el bar Marsella. Finalmente rematan con sendas tajadas de melón, fruta del todo inadecuada para la digestión nocturna de los ancianos. Con ello y después de trasegar

una botella de tinto provincial, asperillo pero decente, regresan al hotel y tras desearse buenas noches se retiran a dormir a sus respectivas alcobas (*cubicula*) con la satisfacción del beber (*sic*) cumplido.

Ya en la cama, Bonoso abre al azar el *Manuscrito encontrado en Zaragoza* y lee: «…las pasiones de los hombres alcanzan su fuerza mayor pasados los cuarenta años y tienen su apogeo hacia los cuarenta y cinco».

–Un acierto notable, querido Potocki –murmura el profesor jubilado–, y dime ¿aparece en alguna parte lo que ocurre pasados los setenta?

El libro permanece mudo.

–Mi querido amigo –suple Bonoso con sus propias palabras–, pasados los setenta no necesitamos encontrarlas en ningún libro. La vida nos las presenta con descarnada claridad.

Al día siguiente, los dos viajeros madrugan, desayunan café y tostadas con aceite picual y se dan un garbeo por el pueblo mientras hacen tiempo para que abra el museo arqueológico.

En la calle Fuente del Pisar le ceden la acera a una chica ojerosa, con cara de malas pulgas, que desabridamente los ha interpelado: «¿Me dejáis pasar?»

–Esa grácil muchacha, *tamquam meretrix ornata*, regresa del botellón –deduce Bonoso.

Angus, atento a toda nueva palabra, pregunta por el significado de «botellón».

–Verás –dice Bonoso–. El botellón es una institución recientemente desarrollada por la sociedad española que, como habrás notado, se ha vuelto muy permisiva y anda algo suelta de coyunturas democráticas. Básicamente consiste en una reunión multitudinaria de jóvenes y *jóvenas*, en plazas públicas, con objeto de beber y escuchar música chunda-chunda. Esa chocante forma de socialización se suele prolongar hasta la madrugada, cuando los participantes, más borrachos que sobrios, y algunas de las chicas escocidas, se dispersan y regresan a casa para dormir la cogorza, sin que sus progenitores osen molestarlos, hasta la hora del almuerzo. La bebida la aportan ellos, adquirida en supermercados cuando no en garitos

despreocupados de la repercusión hepática de sus brebajes, y los decibelios ambientales los suministran unos altavoces instalados en el maletero de algún coche de papá.

–¿Y no molestan a los vecinos?

–Por supuesto que los molestan, de hecho no los dejan dormir y se les mean en los portales, pero las autoridades temen intervenir porque en este país, como ahora se llama la antigua *Expaña*, contrariar a alguien o hacerlo cumplir la ley es propio de fachas. Esto ocurría también en la Roma de los césares, no creas que es algo nuevo.

–¿De veras?

–Créeme. Lo denunciaron Amiano Marcelino y otros que lo percibieron como una de las señales de decadencia, de que todo aquel admirable tinglado milenario estaba a punto de ceder y de irse al carajo. Amiano Marcelino, que moriría hacia 391, era un hombre todavía apegado a los antiguos dioses, que atribuía el declive de Roma a la indolencia, degradación y hedonismo imperantes desde que los romanos se apartaron de las virtudes de sus antepasados. Por eso censuraba acremente a los ociosos jóvenes que pasaban las noches en las plazas tocando el tambor, se dejaban el cabello largo como los bárbaros (*crines maiores*) y vestían extravagantemente con chaquetones de piel (*indumenta pellium*). ¿No te recuerda algo a los jóvenes occidentales de hoy?[114] Los únicos que no protestaban por aquella degradación eran los cristianos.

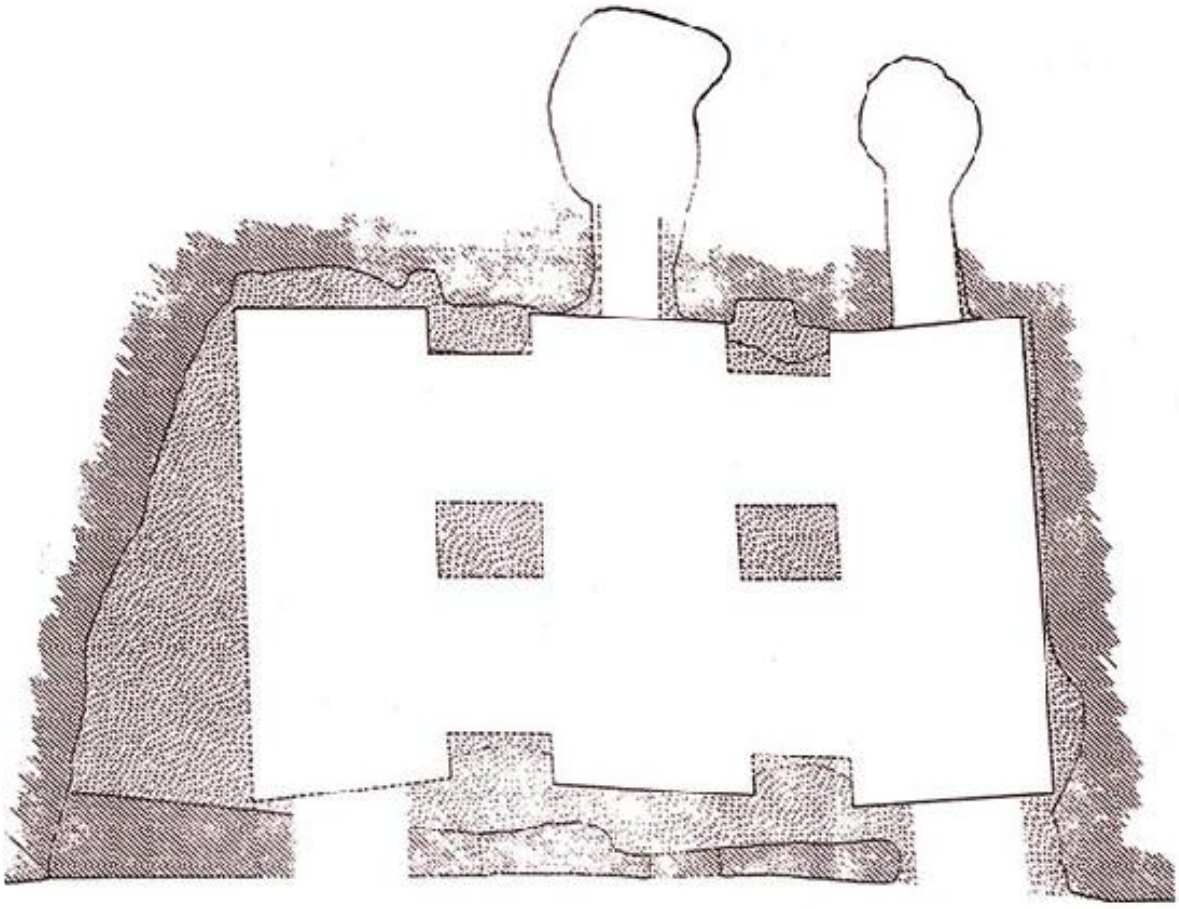
–¿Y eso?

–A ellos todo les venía bien, con esa candorosa conformidad de los que solo piensan en la otra vida. Ellos, influidos por los textos de Daniel y el *Apocalipsis*, saludaban alborozadamente la decadencia confundiéndola con el profetizado fin de los tiempos que anuncia el reino de Dios sobre la tierra.

–¡La madre que los parió!

–Es lo que yo digo. Y digo más: Roma se engrandeció gracias al carácter austero, valeroso y emprendedor de sus primeros ciudadanos, pero sus viciosos, perezosos y cobardes descendientes se desentendieron del

procomún, lo que acarreó, fatalmente, la decadencia y ruina del imperio.[115] Ese camino lleva ahora Europa, si no, al tiempo.



Planta del eremitorio visigótico de Valdecanales. (Rus, Jaén).

Eremitorio de Valdecanales. (Foto Merino Laguna).

CAPÍTULO XXXI

CÁSTULO PÚNICA Y ROMANA

Después de visitar el museo arqueológico, en el que encuentran una excelente colección epigráfica y notables testimonios del pasado minero de la región, regresan al automóvil, y toman la carretera JA-4102 dirección Torreblascopedro en la que un cartel de la Ruta de los Iberos les indica el desvío de Cástulo.

–Cástulo fue la capital de la Oretania ibera –explica Bonoso–, una región que abarcaba la Mancha, la mitad superior de la provincia de Jaén y la mitad izquierda de la de Albacete, más o menos.[116] Los primeros asentamientos de la zona son neolíticos, cuando las bandas de cazadores-recolectores descubrieron que dedicarse a la agricultura y a la ganadería era más rentable que vagar por ahí a la ventura. Después surgieron asentamientos mineros en torno a los filones de cobre, plomo y plata. Todo eso incluso antes de que llegaran los prospectores fenicios, porque los primeros vestigios de explotación minera se remontan a hace tres mil años, imagina, aunque hay que reconocer que gracias a los fenicios, y a los griegos, se activó el comercio y los metales de esta comarca pudieron llegar a todo el ámbito mediterráneo. En ese ambiente floreció la Cástulo ibera, que controlaba las minas más importantes de sierra morena y las comunicaciones entre el sur y el levante. Era tan importante que acuñaba su propia moneda.

Parece que los cultos fenicios arraigaron tempranamente, porque se ha encontrado un santuario rural con cuatro imágenes de Astarté que se remonta a la segunda mitad del siglo –VII.

–¿Cómo se sabe que las imágenes son de Astarté?

–Porque la diosa retratada está buena, porque tiene orejas de vaca y porque luce el peinado de la diosa egipcia Hathor, alto y ahuecado. Por cierto que volvió a ponerse de moda con los cardados de los años sesenta. Al santuario no le faltaba nada: altar, tortas de fundición, figuras de toro representativas de la potencia divina y abundantes vestigios de ofrendas y cenizas provenientes de los rituales. También la cocina.

–¿Una cocina en un santuario? –se extraña Angus.

–De qué te espantas, hombre de poca fe. Si hubieras nacido aquí y no en la helada Caledonia sabrías que donde hay curas hay papeo. Los animales que se sacrificaban se comían después y por lo tanto había que cocinarlos. La carne que no se ofrecía a la diosa se cocinaba y se consumía en un banquete sagrado. Y por cierto, donde había culto a Astarté había prostitución sagrada, ya sabes: señoras que se ofrecían a visitantes a cambio de una donación al santuario.[117]

–Dejaría mucho dinero el santuario –calcula Angus–, ¿a quién iba a parar?

–A la casta sacerdotal, naturalmente, esas cosas no cambian con el tiempo.

–Hasta que el cristianismo lo puso todo boca abajo.

–No creas, muchos santuarios rurales siguieron funcionando bajo el cristianismo, adscritos a algún santo patrón, como llamamos los cristianos a los dioses de nuestro peculiar politeísmo. En muchas ermitas se ha seguido y se sigue celebrando una cuchipanda ritual en la que el cura que oficia la misa y canta sus gorigoris, los devotos y los forasteros invitados en general se ponen morados de comer y beber con el pretexto pío. Y de toda la vida, bien comidos y bien bebidos se ha, lo diré finamente, copulado. Por eso nuestro gran poeta Góngora, que era un cura ludópata pero no lujurioso, llamaba a las romerías «ramerías».[118] Es de notar que en esas romerías a la virgen o a la santa de turno la llamaban con epítetos sonrojantes, nada cristianos, que remiten a los que se dedicaban a la desprejuiciada Astarté o Isis.[119]

A los fenicios sucedieron los cartagineses, que eran igualmente fenicios, pero menos mirados y más resueltos. Aquí vino Aníbal a dar el braguetazo y casarse con la princesa Himilce (o Itimilce), hija de Mucro, el reyezuelo de Cástulo.[120] No era lerdo el cartaginés: en una tacada obtuvo plata para financiar su campaña de Italia y buenos mercenarios iberos para engrosar su ejército. Dice Polibio que solo la mina Baebelo, cercana a Cástulo, rentaba a Aníbal 300 libras diarias de plata.[121]

–No está mal. Y esa Himilce, ¿cómo era?

–No consta. Yo quiero suponer que hacendosa, discreta, y vistosa, pero ya sabes que idealizo mucho. En Baeza hay una fuente con una escultura de mujer llevada de estas ruinas, a la que llaman Himilce, pero ningún documento sustenta que verdaderamente sea su retrato. Por otra parte la figura está muy careada por el tiempo. Más crédito me merecen las recreaciones histórico-lúdicas que cada año se hacen en Cartagena, donde suelen dar el papel de Himilce a una chica de reposada belleza, valentona de pechos y potente de nalgas. ¿Tú te has fijado lo atractivas que están las mujeres vestidas a la romana, a la griega o a la púnica? ¿Viste en la serie *Roma* lo atractivas que aparecen las romanas?

–Linsay Duncan, la que hace de Servilia Caepionis es compatriota mía, escocesa, una gran actriz.

–Sí, algo chafadita ya, pero atractiva –reconoce Bonoso–. Pero mi tipo es más Polly Walker, la que hace de Atia, de la familia Julia.

–A ti te van las redondeces –observa Angus.

–A ver, qué va a hacer uno si es así de antiguo. Bueno, como te decía, Cástulo era el emporio minero de la región. En el Guadalimar, al lado de la ciudad, había un embarcadero apto para gabarras anchas, de fondo plano, que transportaban el mineral, Guadalquivir abajo, hasta Córdoba o Sevilla, donde se trasbordaba a otras embarcaciones mayores. Todo eso antes de Roma, cuando Cástulo estaba asociada a los cartagineses.

–Lo que le traería la desgracia, ¿no? –supone Angus–. Porque al final los cartagineses perdieron la guerra.

–Bueno, el rey Mucro, cuando las vio venir mal dadas, que los romanos estaban venciendo, y que el propio Publio Cornelio Escipión había acudido a sus puertas después de pasar a cuchillo a los habitantes de la vecina Iliturgi (Mengíbar) que se le habían resistido, y después de lo de Giribaile (contando con que Giribaile fuera Orongis), lo pensó mejor y se dijo: ya que pintan bastos, seamos razonables, o sea, se olvidó de su yerno y se puso bajo la tutela de los romanos.

–¿Se pasó al enemigo?

–Ya lo ves. Así, por la cara, como los italianos en la guerra mundial.

–No fastidies.

–Eso hizo. Hay que suponer que por el bien de su pueblo. Y los romanos pensaron, con su habitual pragmatismo, pelillos a la mar. Y permitieron que la ciudad siguiera existiendo, pero produciendo para ellos y con una guarnición romana permanente.

–Una amistad tutelada –deduce Angus.

–Ya sabes los múltiples estatus que Roma otorgaba a las ciudades del imperio. A Cástulo después de someterse a Roma no le fue tan mal, le otorgaron la categoría de municipio latino. Hay que decir que debió de romanizarse bastante pronto, con la llegada de un aluvión de técnicos, ingenieros, burócratas y soldados, aparte de que las ciudades ricas y de saneados recursos se romanizaban antes que las otras. En lo que no transigieron los romanos fue en la propiedad de las minas: se consideraban de interés público (*ager publicus*) y, por lo tanto, propiedad del Estado romano. Eso no quita que al principio las siguieran explotando las grandes familias castulonenses convenientemente fiscalizadas por funcionarios venidos de Italia que se enriquecían rápidamente y fundaban dinastías familiares.[122] La empresa estatal que velaba por el negocio era la *Societas Castulonensis*, integrada por *negotiatores* procedentes de Italia, muchos de ellos antiguos esclavos y libertos de origen griego, buenos administradores e incondicionales del emperador.

–Me imagino que tanta riqueza permitiría hacer inversiones en la ciudad.

–Sin duda. En el siglo I, Cástulo era una de las ciudades más ricas y bellas del Imperio, cuando la aristocracia local, los Valerios, los Julios y Cornelios, seguramente descendientes de los primeros caballeros romanos asentados en la ciudad, rivalizaban en costear edificios públicos, estatuas y jardines. Incluso había estatuas de plata, haciendo honor al origen de la riqueza de la ciudad. Una gran dama, Cornelia Marulina, destacó por su generoso mecenazgo en obras públicas y en la financiación de banquetes y espectáculos. Era una ciudad grande y rica, con varios mercados, uno de ellos de esclavos. En Cástulo no faltaba una comodidad: había lujosas mansiones de funcionarios y patronos enriquecidos, teatro, termas, templos, palacios, acueductos, fuentes y un foro de respetables proporciones.

–Me recuerda Manaos, cuando la fiebre del caucho –dice Angus.

–¿Manaos? No es una novela de Alberto Vázquez Figueroa.

–Sí, y una ciudad que creció en medio de la selva brasileña a finales del siglo XIX, enriquecida por las explotaciones de caucho. En Manaos se podía encontrar cualquier comodidad que hubiera en París, por eso la llamaban «el París de los trópicos»: alcantarillado, palacios, restaurantes, teatros rutilantes en los que actuaban primeras figuras europeas, cabarets, tranvías, luz eléctrica. El champán francés corría como en otros lugares el vino barato. Cuando decayó el caucho, después de unos años, la ciudad se apagó y no tuvo dinero ni para una mano de pintura, los hierros se oxidaron y las maderas se pudrieron por falta de barniz.

–Algo así debió de ocurrir aquí. Como la vida nos enseña, todo lo que sube baja. Cástulo brilló quizá durante un par de siglos, pero con la decadencia de Roma decayó ella misma. A finales del siglo II la producción minera menguó considerablemente, seguramente por agotamiento de los filones más importantes, que llevaban siglos en explotación, aunque también debió de influir el descubrimiento de otros en las Islas Británicas. ¿Recuerdas la película *La leyenda de la ciudad sin nombre*?

–¿No la he de recordar, con Jean Seberg, tan linda la pobrecita?

–Pues en Cástulo ocurrió lo mismo: decae la minería y se pierde la llave de la despensa, la gente emigra y el lugar se despuebla. La decadencia de

los siglos III y IV se manifiesta en la ausencia de construcciones importantes en la ciudad y en que lo poco que se construye reutiliza materiales sacados de edificios suntuosos más antiguos, se ve que sobraban ruinas para explotarlas como canteras.

–O sea que pasó del esplendor a la miseria –deduce Angus.

–Y por si fuera poco, las invasiones bárbaras le dieron la puntilla. Primero, los francos y alamanes (año 264) que cruzaron Hispania saqueando y arrasándolo todo, y posteriormente los vándalos (año 411).[123]

–Que han dejado su nombre en casi todos los idiomas para designar el vandalismo –puntualiza Angus.

–La grandeza y la decadencia se manifiestan, como siempre, en las necrópolis –prosigue Bonoso–. Ya sabes que los pudientes también rivalizan después de la muerte. Conocemos hasta media docena de ellas en el entorno de la ciudad y, aunque están bastante saqueadas por los piteros (ya sabes, los excavadores clandestinos que utilizan detectores de metales), se puede ver que abundaban los mausoleos ostentosos de reyezuelos enriquecidos con la venta del metal a los cartagineses o de sus descendientes los que emparentaron con los funcionarios o técnicos romanos.

–¿En qué se conoce eso, si han saqueado los ajuares funerarios?

–Se conoce en que el suelo está sembrado de tejuelos de la carísima cerámica ática, de importación, que un día acompañó a los ajuares de las tumbas más lujosas. La costumbre era romper la vajilla que se utilizaba en el banquete funerario.

Angus asiente mientras contempla el campo devastado, reseco, el arrasado solar de tanta grandeza.

–La ciudad estaba todavía habitada en época árabe, con el nombre de Qastuluna, pero es evidente que la población solo ocupaba una parte de la antigua. En el siglo XIV, ya cristiana, se abandonó definitivamente y se acabó de arruinar. Desgraciadamente está casi sin excavar, aunque eso no ha impedido que durante siglos la hayan sometido a un saqueo continuado. Con las entrañas de Cástulo se construyeron muchos palacios y casas de

Baeza y Linares. Con placas de mármol o trozos de estatuas se alimentaban los hornos de cal. Fíjate que había grandes monumentos, de los que tenemos noticia documental, como el anfiteatro, de los que no ha quedado vestigio, o por lo menos no se ha encontrado todavía y es dudoso que se encuentre. Del teatro, que debió de ser muy hermoso, solo dejaron los cimientos y eso porque eran de cemento, que no se puede reaprovechar. El graderío, de piedra escuadrada, está disperso por los palacios de Úbeda y Baeza. En fin, una pena. Solo ahora comienzan a excavarla en serio, ya veremos si perseveran, porque con la crisis…

Pasan el cercado de alambre que delimita la zona arqueológica y aparcan junto al centro de interpretación donde se exponen didácticas reproducciones de armas y herramientas iberas y romanas, así como paneles explicativos de la vida en las minas.

–Aquí echo en falta el relieve de los mineros que se encontró cerca de la mina de Palazuelos en 1872. Es solo un trozo de losa tallado por un aficionado sin grandes conocimientos de dibujo, pero resulta muy ilustrativo.[124] «Representa la entrada de ocho mineros en una galería, caminando en grupos de dos. Los tres del primer término llevan en su mano derecha un objeto que no se distingue por estar muy borroso, pero el cuarto conduce sobre su hombro derecho una espiocha de hierro con el mango muy largo. Detrás de estos trabajadores sobresale una figura de estatura elevada, que pudiera ser el capataz o encargado de los trabajos, sobre cuyo hombro derecho descansan unas grandes tenazas, que sostiene con la diestra y de la izquierda pende un farol o lucerna toscamente esculpida».[125]

–Las minas consumían muchos esclavos –añade Bonoso–: el trabajo era agotador y las condiciones insalubres. Morían o se inutilizaban pronto y había que renovarlos. Un mercader de esclavos tenía aquí asegurado el negocio.

–¿Y con un esclavo inútil qué se hacía?

–Mejor no pensarlo. Los contratistas de las minas no eran hermanitas de la caridad, precisamente.

Sobre una vitrina que contiene una reproducción a escala del territorio, Bonoso explica a su amigo:

–Hemos entrado por aquí –y señala el sector de la puerta norte de la ciudad–. Como verás, el *oppidum* de Cástulo ocupaba el extremo de una amplia terraza en forma de barco defendida por los dos fosos naturales del río Guadalimar y del arroyo de San Ambrosio. Abarca más de cincuenta hectáreas, la ciudad murada más extensa del sur de la península.

–Una posición estratégica, como la de Giribaile.

–Bastante parecida –reconoce Bonoso.

Los amigos pasean por la ciudad de la que se ha excavado una mínima parte. Con la imaginación contemplan los bazares, los baños, las casas pobres y ricas, las tiendas, los retretes públicos, los talleres…, todo lo que verán las generaciones siguientes cuando sucesivas campañas de excavación rescaten la ciudad.

–Por estas calles pasarían todas las razas y pueblos del mosaico imperial: rubios germanos, azafranados galos, endrinos etíopes, rizosos judíos, greñudos sirios, impecables griegos, cetrinos hispanos… La minería atraía gentes de todo el mundo. Los hallazgos testimonian la existencia de dos comunidades importantes, una griega y otra judía.

Por una vereda llegan al centro de la meseta que un cartel define como «Complejo del Olivar».

–Aquí es donde se han encontrado los distintos niveles de la ciudad desde el bronce más antiguo a la época musulmana –explica Bonoso–. Ya ves en qué consiste la arqueología. Excavas una zanja y en el corte vertical aparecen, como las capas de una tarta, las distintas ocupaciones, desde la más antigua, en el siglo –VIII, hasta la más reciente, en el siglo XIV.[126]

–Eso son veintidós siglos de ocupación. No está mal.

–Más o menos, aunque obviamente no siempre con la misma importancia. Cada ciudad crece sobre los escombros de la anterior, o por decirlo más fino, cada generación sube un peldaño en el tiempo y se asienta sobre lo que sus padres y sus abuelos dejaron. Los restos de cerámica y las

inscripciones nos van revelando las fechas relativas de cada estrato. Aquellas arquerías que ves allí son restos de los baños públicos.

–¿Y aquello del fondo? –pregunta Angus.

–Aquello es medieval y cristiano, el castillo de Santa Eufemia o lo que queda de él. En sus inmediaciones los arqueólogos están buscando el foro, la plaza mayor de la ciudad, y han encontrado cosas interesantísimas. Vamos a verlo.

Se acercan a la excavación de un impresionante templo del siglo I, de doce por treinta metros.

–Este templo es posiblemente del tiempo de Domiciano, el emperador que envió a Agrícola a conquistar Caledonia.

–Algo me suena –señala Angus–. ¿No es así, Caledonia, como llamaban los romanos a Escocia?

–En efecto, pero, como sabes, al final desistieron. Diría Agrícola que la empresa iba a acarrear más gastos que beneficios. Y así fue como os quedasteis fuera del imperio, condenados a la barbarie.

Angus se resigna. Ya está acostumbrado a las pullas de su amigo.

–En este templo se ha observado algo interesante: parece que lo demolieron ritualmente como *damnatio memoriae* de Domiciano, al que estaba consagrado. ¿Recuerdas lo de la *damnatio memoriae?*

–¿Cuando se destruye cualquier cosa relacionada con un gobernante condenado por la historia?

–Eso es. Incluso raspan su nombre de las inscripciones y de los documentos. Es lo que ahora estamos haciendo los españoles con todo lo que recuerde a Franco, por poner un ejemplo reciente, o lo que hacen los alemanes con las esvásticas, que ni siquiera las dejan en las colas de los aviones de los museos.

–A quién querrán engañar… –murmura Angus.

Se acercan a contemplar las bases de los muros, pintadas de rojo pompeyano y los espléndidos mosaicos. Ven un Eros con arco y una liebre minuciosamente trabajados. El mosaico está tan bien conservado que parece

que lo acabaran de hacer con sus mínimas teselas de mármol y pasta de vidrio de vivos colores rojos, azules y amarillos.

–Puede que se trate de una alegoría del invierno, una dama con velo, coronada de flores secas, que sostiene una rama de muérdago. Es muy posible que cuando se termine de excavar el conjunto tengamos alegorías de las cuatro estaciones. Es un tema que se repite mucho en ciudades romanas del Norte de África y Sicilia. Y aquel pájaro ¿lo ves? –señala Bonoso una de las figuras–: es la garza de Linares que todavía alegra estos campos. Ya ves la persistencia de la naturaleza. La ciudad ha desaparecido, pero la fauna de su entorno se ha conservado.

Con esta conversación regresan al aparcamiento. Es media mañana y Angus tiene billete para un vuelo Granada-Londres que sale a media tarde. La carretera a Granada le trae a Bonoso muchos recuerdos de cuando la recorría a dedo o en autobús, de estudiante, para regresar a Jaén. Al pasar por la puerta de Arenas, un portillo horadado por la erosión fluvial en el murallón calizo que corta el valle, abandonan la autovía y se detienen a tomar café en un bar de carretera. Angus admira el túnel tallado en la piedra, a cincel, para el paso de las diligencias. Una lápida antigua conmemora el año: 1840.

–Este era un paraje muy pintoresco y romántico antes de que lo estropearan con el área recreativa, los columpios multicolores y los anuncios de neón –explica Bonoso–. En 1862 lo dibujó Gustavo Doré en su viaje por España, con el barón Charles Daviller. En mis tiempos de estudiante la carretera discurría por el túnel viejo. Ahora, ya ves, han abierto a fuerza de barrenos y perforadoras dos túneles paralelos, de ida y vuelta, de moderno diseño, horrendos.

–Es el progreso, Bonoso.

–Ya lo sé, pero a veces tiene uno la sensación de haberse quedado fuera de su tiempo.

–No, es nuestro tiempo el que se ha quedado fuera. Nada es lo que era. Tenías que ver hoy el barrio de Edimburgo donde pasé mi juventud

multicultural, con las ventanas de las residencias dieciochescas llenas de tendederos y de antenas parabólicas.

–Perecemos bajo los bárbaros, como Roma.

Reanudan el viaje, un poco melancólicos, cada cual pensando en sus cosas que son la misma, aquel invisible vínculo que indisolublemente los une, el amor compartido e imposible por Lupe, la mejicana, que los sedujo sin dejarse seducir por ninguno. Antes de llegar a Granada, una desviación los lleva al aeropuerto Granada-Jaén Federico García Lorca.

Los amigos se despiden junto a la puerta de embarque.

–Podríamos quedar el año que viene, por primavera, para otro viaje de estos.

–Podríamos.

Se estrechan la mano y después se abrazan, quién sabe si por última vez.

–*Cura ut ualeas* –le dice Bonoso («Procura estar bien, cuídate»).

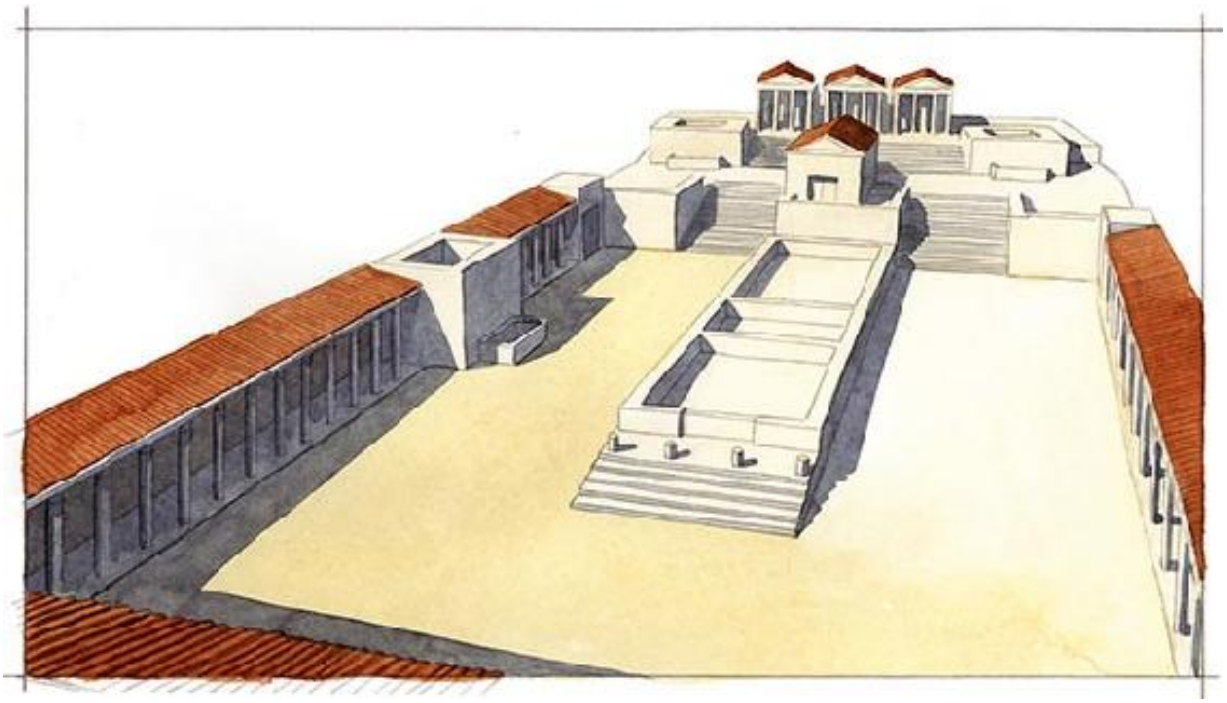
El avión despega a su hora, la pista para él solo. De regreso, Bonoso, buscando la entrada de la autovía, por Santa Fe, el pueblo de los sabrosos piononos, se detiene a repostar en una gasolinera. Antes de reanudar el viaje saca del equipo musical de su automóvil una pieza de clavecín de Jean-Joseph Cassanéa de Mondonville e inserta un CD de Brassens. Suena la voz cascada del francés desgranando cansinamente la *Ballade des dames du temps jadis,* de Villon:

Dictes moy où, n'en quel pays
Est Flora, la belle Romaine,
Archipiadès, né Thaÿs,
Qui fut sa cousine germaine,
Echo parlant quant bruyt on maine
Dessus rivière ou sur están,
Qui beaulté ot trop plus qu'humaine.
Mais où sont les neiges d'anten?[127]

Piensa Bonoso en sus años mejicanos, en la Rosa Azul, en la fluyente vida.

Ruinas de Cástulo.

Escultura romana de Cástulo que presuntamente representa a Himilce, en la Fuente de los Leones de Baeza.



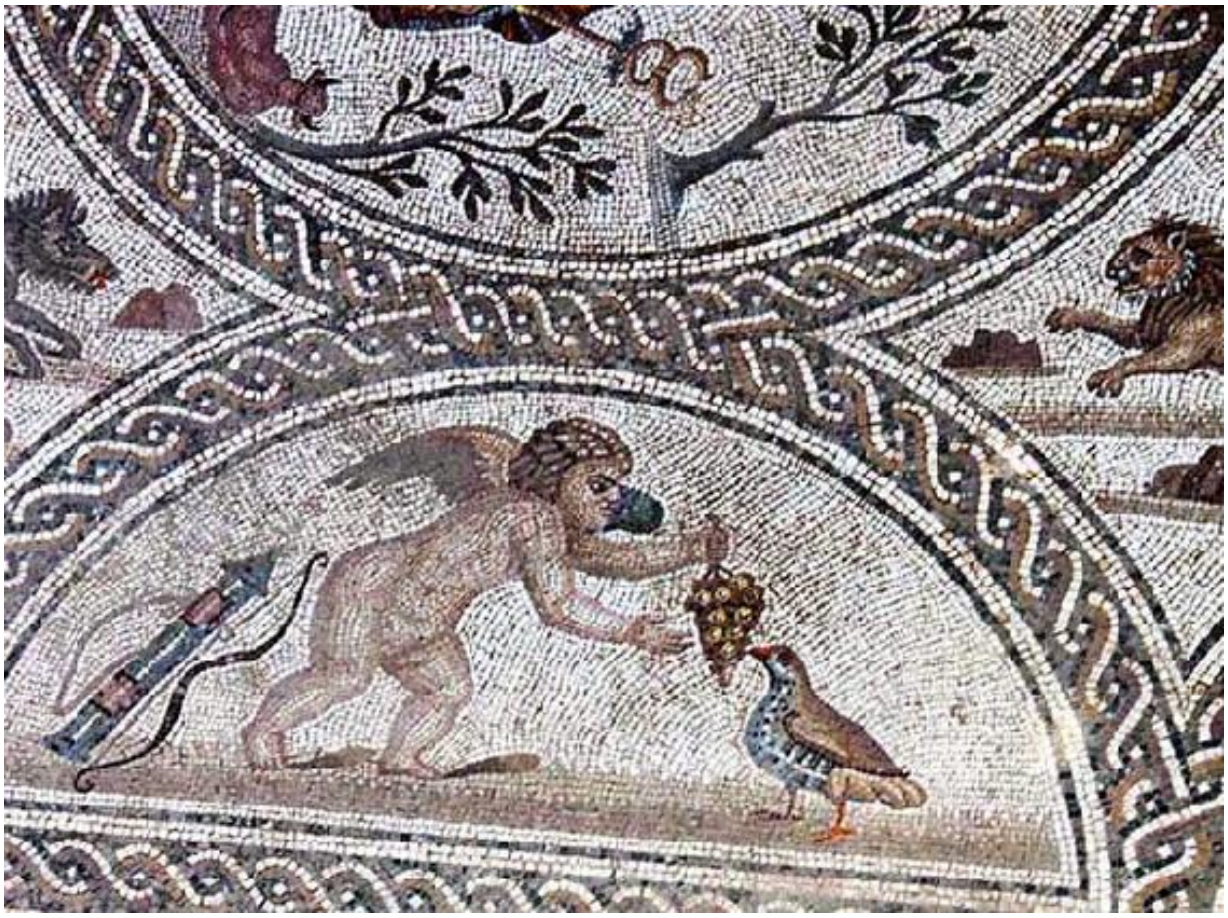
Reconstrucción del foro de Cástulo. (Dibujo de Ana Miralles).

Relieve minero de Palazuelos.

Castillo de Cazlona. (Cástulo Medieval).

Selene y Endimión en el mosaico de Cástulo (Linares).

El juicio de Paris en el mosaico de Cástulo (Linares).



Representación de Eros en el mosaico de Cástulo (Linares).

1 Abarcaba las actuales provincias de Huelva, Sevilla, Cádiz, Córdoba, Málaga, la mitad de las de Granada y Jaén, una esquinita de la de Almería y el sur de Badajoz.

2 No empecemos con las suspicacias corporativas: cuando digo que se aparean los zapateros no me refiero a los honrados menestrales del ramo de la zapatería sino a ese mosquito todo patas y casi nada de cuerpo (de ahí que también lo llamen zancudo) que, en llegando el calor, prolifera en la superficie de nuestros estanques, pozas y arroyuelos de aguas dormidas. Este insecto disfruta en estos calores de su estación de apareamiento, lo que, por cierto, realiza de manera brutal y desconsiderada, según un documentado estudio de la Universidad de Toronto (Canadá), en el que se constata que el mosquito macho se acerca por la espalda a la hembra, le salta encima a traición, y forcejea con ella para voltearla y encalomarla en la posición del misionero, en lo que se manifiesta que, en lo tocante al sexo, el zapatero, aunque mosquito, es bastante tradicional y la posición del perrito no le va. «Las largas estructuras en forma de gancho del macho le sirven para neutralizar los esfuerzos de separarse de la hembra, inmovilizarla y voltearla» –constatan los estudiosos de Toronto, y apuntan que a los ejemplares provistos de ganchos pequeños les cuesta más mantener la posición sobre las hembras y hasta, a veces, se les escapan dejándolos *in albis*. O sea que, si eres mosquito zapatero, tus posibilidades de consumar dependen del gancho que tengas, curiosamente como en la especie humana, oiga. Lo dejo aquí, que para ser la primera nota del libro ya está bien, pero es que es salir el tema del sexo y uno se desboca. Es lo que trae la edad que te va retirando de la práctica y te deja solo la teoría o, peor aún, te convierte en un viejo verde pervertido como esos científicos mirones de la Universidad de Toronto que, con cargo a los presupuestos generales del Estado, se dedican a espiar a las parejitas de mosquitos a ver cómo se lo montan.

3 Nuevamente me refiero a una especie de pez, no al turista nórdico que en esta estación desciende de sus brumas en migración estacional acogido a

un *pack* barato que incluye espalda pelada del sol, paella-engrudo con sangría, borrachera, escándalo nocturno y eventual costalada con traumatismo craneoencefálico en la práctica del *balconing*. Veo que te van gustando las notas a pie de página, dilecto lector. Como a mí.

4 O sea e-mail. El lector, si quiere que nos llevemos bien, debe irse acostumbrando a las palabras latinas porque pienso introducir muchas en este sermón.

5 Cuenta un autor del siglo I, Publio Valerio Máximo en su libro *Factorum et Dictorum Mirabilium* («Sobre hechos y dichos admirables», Gredos, Madrid, 2003) la historia de una dama romana recién parida que da de mamar de sus pechos a un anciano necesitado.

6 A los romanos les gustaba pensar que su ciudad se fundó el año –753 y computaban el tiempo a partir de esa fecha con la frase *ab urbe condita* («desde la fundación de la ciudad»).

7 Marcial, *Epigramas*, V, 78.

8 Juvenal, *Sátiras*, XI, 162 y ss.

9 Marcial, *Epigramas*, VI, 71.

10 Roma trataba a las ciudades como a los individuos. Casi todas eran estipendarias (*stipendiariae*), es decir sujetas a tributo en dinero, especie o servicios. Las celtíberas solían pagar en cabezas de ganado o en productos manufacturados locales, por ejemplo, las capas de lana llamadas *sagum*, lejano antecedente de la prieta capa zamorana, muy apreciadas en Roma. Junto a las ciudades contribuyentes existieron otras, pocas, federadas y libres que disfrutaban de exención tributaria (Cádiz, Málaga, Tarragona). Era el premio por haber ayudado a Roma en momentos de apuro o por haberse mostrado particularmente sumisas.

11 La antigua e ilustre ciudad ibérica fue conquistada por César, que le concedió el estatuto de «colonia de ciudadanos romanos», con el nombre de *Colonia Genetiva Iulia* (más tarde *Colonia Genetiva Urbanorum Urso*). Una de las tablas de bronce que recogían su legislación como colonia, la *Lex Ursonensis*, se exhibe en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid.

Perteneció al *Conventus Astigitanus,* con capital en Astigi (Écija). Las otras tres capitales de *conventus* de la Bética fueron Córdoba, Sevilla y Cádiz.

12 La *Colonia Libertinorum Carteia* fue fundada en –171, cuando el Senado romano reconoció la ciudadanía de cuatro mil postulantes que demostraron ser hijos de soldados romanos casados con hispanas y se acogieron a la ficción jurídica de considerarse libertos descendientes de esclavos para acceder a la plena ciudadanía.

13 En tiempos de Augusto, la Provincia Ulterior Bética contaba con 10 municipios de derecho romano (es decir plenitud de derechos); 27 de derechos latinos (o sea, parciales); 6 ciudades libres de tributos; 3 ciudades federadas (asociadas a Roma por un pacto), y 120 estipendarias (o sea, conquistadas y por lo tanto propiedad de Roma).

14 Las colonias de la Bética eran: Italica, Hispalis, Corduba, Carteia (en la bahía de Algeciras), Acci (Guadix), Astigi (Écija), Hasta Regia (Mesas de Asta, cerca de Trebujena), Ituci (Prado del Rey, Cádiz), Ucubi (Espejo, Córdoba) y Urso (Osuna).

15 Una idea copiada por el plan de autopistas de Hitler, aunque su imperio «de los mil años» fue efímero.

16 Se llamaba Hercúlea porque se suponía que fue el camino que siguió el héroe mítico Hércules cuando vino al sur de la península ibérica para robar los bueyes de Gerión, un gigante siamés (de la cintura le salían tres torsos completos, con brazos y cabezas) que vivía tranquilo y feliz, sin meterse con nadie, en la isla Eritreia (hoy Isla de León, en San Fernando, Cádiz).

17 El ingeniero de caminos escocés John Loudon Mac Adam (1756-1836) ideó hacia 1820 un firme compuesto de almendrilla (piedra machacada) cubierta de una fina capa de arena y compactada por una apisonadora. Fue muy empleado en las carreteras españolas hasta que empezaron a asfaltarse con alquitrán.

18 Las vías romanas estaban tan sólidamente construidas que algunos tramos todavía se usan como caminos vecinales. Solían constar de cuatro estratos: primero se abría una zanja que se cimentaba con grandes piedras

(*statumen*), después se agregaba una capa de piedras de menor tamaño de efecto drenante (*rudus*), y encima una capa de arena (*nucleus*) que absorbía las deformaciones. Sobre ese lecho se encajaba la superficie de rodadura, formada a menudo, no siempre, por grandes losas de piedra dispuestas irregularmente (*pavimentum*). Si no las había en alguna cantera cercana echaban mano de otros materiales más menudos. Como ves, las construían para que duraran eternamente, nada del tente mientras cobro que padecemos hoy.

19 Plinio, *Historia natural*, XX, 54.

20 O sea, el miembro de la alta sociedad que hacía honor a la etimología de la palabra: del griego ἀριστοκρατία (*aristokratía*), de ἄριστος (*áristos*), «excelente», y κράτος (*kratos*), «poder», o sea, el «gobierno de los mejores».

21 A estas virtudes ciudadanas, el romano unía estimables virtudes privadas: integridad (*probitas*); juicio ponderado (*consilium*); circunspección (*diligentia*); templanza (*temperantia*); tenacidad (*constantia*) y rigor (*severitas*). A los jóvenes se les educaba en la obediencia (*obsequium*); el respeto (*verecundia*) y la pureza (*pudicitia*). Aún conviene añadir ciudadanía (*auctoritas*); responsabilidad (*gravitas*); autocontrol (*severitas*); autoestima (*dignitas*); firmeza (*firmitas*); laboriosidad (*industria*); previsión (*prudentia*); honradez (*veritas*); austeridad (*frugalitas*); cortesía (*comitas*); discreción (*clementia*); civilidad (*humanitas*); amor a la cultura, respeto al orden natural, patriotismo (*pietas*).

22 La ciudadanía romana confería pleno derecho a votar, a ser elegido para desempeñar puestos oficiales, y comportaba sustanciosas ventajas fiscales y jurídicas.

23 El adjetivo arciprestal alude al arcipreste de Hita, don Juan Ruiz, el inmortal autor de *El libro del buen amor*, que elogia a la mujer chica que lo tiene todo tan a mano. Léanme, en esa obra, los versos de la disputa del romano y el griego. En ellos resplandecen, junto al humor del arcipreste, la hondura del pensamiento griego y la anchura del pragmatismo romano.

24 La cita es del capítulo segundo de la segunda parte del *Quijote* (*Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de don Quijote, con otros sujetos graciosos*). Espero que Bonoso no se prodigue en citas literarias que nos distraigan del objetivo de este libro, que es pasear por la Bética y lamentar la incuria de los tiempos, el abandono de las buenas costumbres, la ruina del patrimonio, el desacierto de las instituciones y los variados achaques y mermas que afligen a personajes y autor, todos pertenecientes a las clases pasivas.

25 La palabra es producto del honesto acoplamiento de dos teatros (anfi-teatro) porque los primeros anfiteatros fueron simplemente dos teatros desmontables, de madera, que se unían para conformar un espacio cerrado. Aquí se manifiesta el sentido práctico de los romanos. En el teatro los actores actúan de cara al público en un mismo plano, sin darle la espalda; pero cuando lo representado es una lucha a muerte, en la que no caben coreografías ni reglas escénicas, el espectáculo es, por así decirlo, pluridimensional y puede contemplarse desde cualquier ángulo. Por lo tanto se acoplan dos teatros y se gana espacio para más espectadores. Esto explica también que los anfiteatros de fábrica se diseñaran ovalados, porque la representación era coral, de varios espectáculos simultáneos.

26 Los primeros anfiteatros fueron de madera, como el construido por Pompeyo en el siglo –I, pero cuando uno de ellos se desplomó, en el año 27, ocasionando la muerte a cientos de espectadores se comenzaron a hacer de fábrica. Entre los más antiguos del Imperio se contaron los de Carmo (Carmona, actual provincia de Sevilla) y Ucubi (Espejo, provincia de Córdoba). El símbolo más universal de Roma es el Coliseo o anfiteatro Flavio, inaugurado por Tito en el año 80 y remozado en el siglo V. Este tenía cuatro pisos y en su graderío podían acomodarse hasta cincuenta mil espectadores.

27 *Carpe diem, quam minimun credula postero*, o sea, «goza cada día, y desconfía del mañana» (Horacio, *Odas*, I, 11).

28 Constantin François Chassebeuf, conde de Volney (1757-1820), un ilustrado que, inspirado en las ruinas de Palmira, compuso *Les ruines ou*

meditations sur les révolutions des empires (1791), larga meditación en la que, desde las ruinas de la célebre ciudad, reflexiona sobre la variedad y vacuidad de las religiones que preceden a la libertad de los pueblos. En España lo tradujo el benemérito, y olvidado, abate Marchena. Volney intentó regir su vida según filosofía observando este principio natural: «Consérvate, instrúyete, instruye a los demás, modérate, vive para tus semejantes, a fin de que ellos vivan para ti».

29 Bonoso alude a los insignes poetas que experimentaron el mismo sentimiento de Rodrigo Caro (o fingieron experimentarlo, ya se sabe lo embustera que es la poesía) y compusieron lamentos semejantes: “Itálica infelice que del hado” de Juan de Espinosa; “A las ruinas del anfiteatro de Itálica” de Francisco de Rioja; “A las ruinas de Itálica” de Juan de Arguijo o “Este soberbio monte y levantada / cumbre…” del mismo autor; “A Itálica” de Pedro Quirós; “Excelso monte do el romano estrago” de Gutierre de Cetina, o “Sacros collados, sombras y rüinas” de Rey de Artieda. Para rematar, despabile el lector en su memoria el soneto romano de Quevedo: «Buscas en Roma a Roma, ¡oh peregrino! / y en Roma misma a Roma no la hallas: / cadáver son las que ostentó murallas / y tumba de sí proprio el Aventino. / Yace donde reinaba el Palatino / y limadas del tiempo, las medallas / más se muestran destrozo a las batallas / de las edades que Blasón Latino. / Sólo el Tibre quedó, cuya corriente, / si ciudad la regó, ya sepultura / la llora con funesto son doliente. / ¡Oh Roma en tu grandeza, en tu hermosura, / huyó lo que era firme y solamente / lo fugitivo permanece y dura!»

30 La *Oratio de pretiis gladiatorum minuendis* limita el número de gladiadores participantes en cada juego y suprime el impuesto a los lanistas en el que ellos se escudaban para imponer precios abusivos. Antes de esta regulación muchos ciudadanos honorables rehusaban cargos sacerdotales por miedo a los gastos en juegos gladiatorios que les acarreaban y que debían financiar de sus propios bolsillos. La ley está inscrita en una *tabula* de bronce, que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional.

31 Era una mezcla de cal, arena, grava, ladrillo machacado y a veces piedras ligeras de alguna cantera cercana (toba, puzzolana). Se construía un encofrado de tablones o de piedra o ladrillo y se vertía la mezcla casi líquida en el hueco interior. Un elemento tan plástico, con una consistencia de natillas, fraguaba con notable dureza, lo que permitía construir amplias bóvedas y cúpulas tan atrevidas como las del mausoleo de Adriano que han llegado intactas hasta nuestro tiempo. En el castillo de Estiviel o Las Huelgas (Mengíbar, Jaén), el torreón romano integrado en la obra medieval permanece inalterable como si lo hubieran construido ayer, mientras que la obra medieval (almohade y cristiana) se está desmoronando.

32 Escribe al-Himyari: «Había en Itálica ruinas y unas curiosidades sorprendentes. Entre ellas una estatua de mármol blanco, de tamaño natural y de una belleza inaudita. Su rostro era encantador y todos sus miembros estaban representados a la perfección y todo lo que se puede apreciar en la belleza femenina. Sobre sus rodillas tenía a un niñito. De sus pies salía una serpiente que se levantaba como si quisiera morder al niño» (Pedro Martínez Montávez, «Referencias a Itálica en los geógrafos andaluces», en *Homenaje al profesor Juan de Mata Carriazo*, III, Sevilla, 1974).

33 El propio Cicerón refiere que las primeras catorce filas de asientos del teatro de Cádiz se reservaban a los caballeros (Cicerón, *Cartas a los familiares*, X, 32.2).

34 «Los gladiadores son condenados al farallón de la infamia, despojados de cualquier vestigio de dignidad», escribe Tertuliano, *Sobre los espectáculos*, 23.

35 Apiano, *Iberia*, 75; Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, 28, 21.

36 La expresión completa era *munus iustum atque legitumum* («débito adecuado y legítimo»). Las familias ricas costeaban *ludi* privados presididos por el busto del difunto. A menudo era el propio difunto el que indicaba en su testamento el número de parejas de gladiadores que quería para sus juegos funerarios; un proceder similar, salvando las naturales distancias, al de los devotos que señalan el número de misas de difuntos que

deseaban en el funeral. Los combates funerarios fueron bastante usuales en el mundo mediterráneo, también entre los antiguos iberos. Apiano de Alejandría cuenta así las honras fúnebres por Viriato: «Tras haber engalanado espléndidamente el cadáver de Viriato, lo quemaron sobre una pira muy elevada y ofrecieron muchos sacrificios en su honor. La infantería y la caballería corriendo a su alrededor por escuadrones con todo su armamento prorrumpía en alabanzas al modo bárbaro y todos permanecieron en torno al fuego hasta que se extinguió. Una vez concluido el funeral, celebraron combates individuales junto a su tumba». (*Historia de Roma*, sobre Iberia, 75). Tito Livio menciona un combate semejante: «Escipión volvió a Cartagena para cumplir sus votos de ofrecer un espectáculo de gladiadores, que había preparado en honor a la memoria de su padre y su tío. Los gladiadores, en esta ocasión, no procedían de la clase de la que los entrenadores solían obtenerlos –esclavos y hombres que venden su sangre–, sino que eran todos voluntarios y prestaron sus servicios gratuitamente. Algunos habían sido enviados por sus régulos para dar una muestra de la valentía instintiva de su raza, otros justificaron su deseo de combatir para contentar a sus jefes y otros más eran arrastrados por un espíritu de rivalidad, retando a otros a combate singular y aceptando estos últimos el desafío. Hubo algunos que tenían querellas pendientes y acordaron aprovechar esta oportunidad para resolverlas mediante la espada, con la condición de que el vencido quedaría a disposición del vencedor». (*Historia de Roma*, 28, 21).

37 Los juegos, como la Liga, se atenían a un calendario fijo: los *Ludi Apollinares*, consagrados a Apolo desde el –212, se celebraban entre el 6 y el 12 de julio; los *romani*, en honor de Júpiter, entre el 4 y el 19 de septiembre; los *plebeii*, del 4 al 17 de noviembre. Hubo otros menos importantes (*cerealia*, *megalenses*, *saeculares*, a *Dea Mater*, a *Dea Flora*, etc.). Al margen de estas ocasiones oficiales, durante el imperio, se puso de moda que particulares ricos costearan combates de gladiadores sin otro motivo que el de granjearse el aprecio de la plebe. El pretexto podía ser un acontecimiento familiar o simplemente sus votos por la salud del emperador

(*Pro salute principis*), en cuyas manos quedaba, por otra parte, el monopolio de los *ludi* desde la época de Julio César.

38 «Los epilépticos llegan a beber la sangre de los gladiadores como en copas vivientes, espectáculo que verlo hacer a las fieras en la misma arena es también un horror. Pero, por Hércules, aquellos consideran que es muy eficaz absorber directamente del hombre la sangre cálida y palpitante y el propio soplo vital de sus heridas, cuando en absoluto es una costumbre civilizada acercar la boca a ellas, ni siquiera a la de las fieras» (Plinio, *Historia natural*, XXVIII, 4).

39 Advierta el lector que Bonoso dista de ser mi *alter ego*. Sus discutibles opiniones son estrictamente suyas, y no reflejan en absoluto las de este mero y fiel amanuense que se limita a transcribir sus palabras. No seré yo el que establezca parentesco alguno entre esta forma de soborno estatal y los actuales subsidios de desempleo con los que nuestros gobiernos autonómicos cautivan el voto de sus bases, lo que les asegura el cumplimiento de su principal objetivo político: perpetuarse en la poltrona. Tampoco compararé el *circenses* con la cloaca de programas basura en que se han convertido algunas televisiones autonómicas y nacionales.

40 Un par de ejemplos de carteles romanos: «Por la salud del emperador Vespasiano César Augusto y de sus hijos y por la consagración del altar, la compañía de gladiadores de Nigidus Mayo combatirá en Pompeya, sin posible aplazamiento, el cuatro de julio. Habrá lucha de fieras. Se tenderá el toldo». Otro cartel: «Treinta parejas de atletas; cuarenta parejas de gladiadores; una cacería: toros, jabalíes, osos, y fieras diversas».

41 La comenta con disgusto Séneca, en una epístola a Lucilio (Séneca, *Epístolas*, 7, 3). Por ese procedimiento murieron algunos mártires cristianos. «*¡Los cristianos a las fieras!* se convirtió en el grito obligado en toda suerte de motines y algaradas populares» –asevera, quizá exagerando, Tertuliano.

42 Lo cuenta Marcial en su *Libro de los espectáculos*: «Creedme que Pasífae se unió con el toro de Dicteo / lo hemos visto». También refiere Suetonio el mismo espectáculo en tiempo de Nerón (*Vidas de los doce*

césares. Nerón, 12, 2). Probablemente introducían a la condenada en una ternera hueca convenientemente untada de jugos vaginales de una vaca para que excitara al semental.

43 El emperador Domiciano organizó estos espectáculos, según cuentan Marcial y Suetonio.

44 Algún lector echará de menos que griten a coro: *Ave Caesar, morituri te salutant!* («Ave, César, los que van a morir te saludan») como vemos en las películas. En realidad esto solo ocurrió una vez, en tiempos del emperador Claudio y él, que a veces hubiera sido mejor que se callara, respondió *Aut non* («O no»), lo que los condenados interpretaron erróneamente como una indicación de que los liberaba de su obligación de morir. Se armó tal tumulto que tuvo que intervenir la guardia armada, con brutalidad policial a lo que se me alcanza, para reconducir la situación (lo cuenta Suetonio en su *Vidas de los doce césares*).

45 Los samnitas recordaban al correoso pueblo itálico que tanto se les resistió durante la expansión de Roma por la península italiana.

46 El nombre *mirmillo* deriva del griego *mormyros*, pez, o del latín *muraena*, morena.

47 Hubo otras clases menos vistosas o populares: los *hoplomachi* ataviados como el hoplita griego: lanza, gran escudo circular, casco, coraza y espinilleras en las piernas; los que combatían a caballo (*equites*) con escudo pequeño (*parma*) y lanza ligera (*spiculum*); los que combatían en carros al estilo bretón (*essedarii*), los *dimanchaeri* que luchaban con dos espadas y se protegían con cinturón ancho, mangas de cuero y espinilleras.

48 No lo dicen las fuentes historiográficas, siempre tan parcas, pero en esta escena parece lícito imaginar la réplica del apurado gladiador: «Aquí te quisiera yo ver a ti, cacho cabrón».

49 Por eso llamada *theta nigrum*, la zeta negra, la de los difuntos, ese círculo atravesado por un palo que vemos en mosaicos y lápidas, equivalente a la cruz entre paréntesis de nuestras esquelas mortuorias.

50 Una hallada en Córdoba, dice así: «Aquí yace el gladiador Ingenuo, que luchaba en una cuadriga, de la escuela galaica, de 25 años de edad,

vencedor en doce combates, germánico de nacimiento. Su familia costeó este monumento. ¡Que le sea la tierra leve!» (22.7.362, Córdoba, en el *Corpus Inscriptionum Latinarum*, Berlín, 1863).

51 *Pupa*, «muñeca», era, en latín cheli, lo equivalente a «gachí».

52 Lo cuenta Juvenal (*Sátiras* VI, 82-86; 104-112): «Epia, esposa de un senador, siguió a una escuela de gladiadores hasta Alejandría. Olvidó su casa, a su marido y a su hermana, no pensó en su patria; desvergonzada, abandonó a sus hijos, que lloraban (…) ¿Qué belleza enardeció a Epia, qué juventud la cautivó? ¿Qué fue lo que vio que hizo que consintiera en llamarse gladiadora? Pues su pequeño Sergio (…) ya esperaba la jubilación con un brazo lleno de cicatrices. Además, tenía muchas deformidades en el rostro: una joroba enorme en medio de la nariz, hecha por el roce del yelmo. Encima, su único ojo destilaba continuamente un humor agrio. Pero era gladiador: esta profesión les convierte en Jacintos. Ella lo prefirió a sus hijos y a su patria, a su hermana y a su esposo».

53 San Agustín, *La ciudad de Dios*, 4, 8.

54 El palabro procede de *ara* (altar de sacrificio) e *inspicio* (inspeccionar).

55 Lo cuenta Cicerón, *Sobre la adivinación*, II, 24.

56 Bonoso alude a Jerome Nriagu, del National Water Research Institute (Burlington, Canadá), que publicó en el número de marzo de 1983 del *New England Journal of Medicine* un documentado estudio sobre el tema. Musonio Rufo, filósofo estoico de los tiempos de Nerón, notaba la decadencia física de los aristócratas de su tiempo: «Los amos son más débiles, menos saludables, menos capaces de soportar el trabajo que los sirvientes; los hombres del campo son más fuertes que los de la ciudad, los que se alimentan miserablemente más fuertes que los que comen regaladamente; y por lo general, los del campo viven más. No hay gente más aquejada de gota, hidropesía, cólicos, y males semejantes, que los que desprecian los platos sencillos y solo comen manjares exóticos».

57 Diario *Abc*, edición de Sevilla, 13 de mayo de 1984, p. 47. El reportaje sobre los penes cortados había aparecido en el Magazine

dominical de *El País* la semana anterior.

58 Estas revelaciones las hicieron los periodistas e investigadores Nicolás Salas (*Abc*) y Juan Holgado (*El Correo*) en el programa La Memoria, emitido por Canal Sur radio el siete de mayo de 2010.

59 A su muerte se estableció la costumbre de desear a cada nuevo emperador, en el acto de toma de posesión, que fuera *felicior Augusto, melior Trajano* («más feliz que Augusto y mejor que Trajano»).

60 La columna Trajana tiene cien pies romanos de altura (unos 29 metros) y está formada por 19 tambores de mármol de Carrara, cada uno de los cuales pesa 32 toneladas. Una escalera de caracol que recorre el interior comunica con una terracilla donde estaba la estatua dorada de Trajano que los papas sustituyeron por otra de san Pedro. A lo largo de la columna, un friso continuo, en espiral, de unos doscientos metros de largo, cuenta las campañas de Trajano en Dacia.

61 En latín los soldados eran *milites*, pero con el tiempo pasaron a ser *solidati* o sea, los que cobran sus emolumentos en la nueva moneda de oro (*solidus*) que comenzó a acuñarse después de que la tradicional de plata, el denario, se depreciara. De *denario* procede la palabra dinero. De *solidus* procede la palabra sueldo.

62 El soldado que portaba el estandarte o *signum* de cada centuria, el *signifer*, era un *miles principalis* que se cubría el yelmo con una piel de lobo, otro de los símbolos de Roma. El *signum* era un asta de madera adornada con discos metálicos, las condecoraciones ganadas por la unidad y terminaba en punta de lanza o en mano abierta. Había otros portaestandartes, el *aquilifer*, que llevaba el águila de la legión, y el *vexillarius* o portador del *vexillum*, una especie de bandera de la unidad.

63 Lo que encontraron fue impresionante: en medio del campo –escribe Tácito– blanqueaban los huesos, separados o amontonados, según que hubieran huido o hecho frente. Junto a ellos yacían restos de armas, y miembros de caballos y cabezas humanas estaban clavados en troncos de árboles. En los bosques cercanos había altares bárbaros, junto a los cuales habían sacrificado a los tribunos y a los primeros centuriones» (Tácito,

Anales, II, 60, 63). Algo parecido a lo de Teotoburgo encontraron los españoles cuando, meses después del desastre de Annual, llegaron al fuerte de Monte Arruit: miles de cadáveres insepultos, ya comidos de alimañas, medio momificados por el sol, muchos de ellos con señales de tortura. Tras la derrota de Teotoburgo los romanos se replegaron al Rin, en lugar de mantenerse en el Elba como era su primera intención. En el ejército romano no volvió a haber una legión XVII, XVIII o XIX, los números correspondientes a las legiones aniquiladas.

64 La localización del campo de batalla de Baecula es un asunto algo controvertido. Los arqueólogos Schulten y Lammerer lo identificaron en el triángulo comprendido entre Bailén, Mengíbar y Jabalquinto, pero modernamente se está situando en el cerro de las Albahacas, término de Santo Tomé, donde se encuentran los mencionados remaches así como glandes de honda, bocados de caballo, monedas y otros vestigios de la batalla. Protestan los bailenenses porque les han quitado la batalla y razonan los tometenses, ilusionados con la localización de la batalla en sus términos, que ya podían conformarse con una batalla, la de Bailén, sonada derrota de Napoleón, y no ser tan acaparadores. Yo ni quito ni pongo rey porque tengo mis simpatías repartidas entre los dos pueblos, que son a cual más bonito, pero si me obligan a manifestar mi opinión diré que no hay que ser ansiosos con las glorias locales, especialmente cuando uno tuvo poca o ninguna participación en ellas, y que debemos repartirlas como buenos comprovincianos. Diría yo más a mis paisanos: que hay que globalizarse y evitar pérdidas inútiles de energías en discutir qué campanario es más alto, qué melones de producción local son más dulces, qué aguas de esta o aquella fuente ablandan mejor los garbanzos, qué mozas son más generosas de lo propio o qué alcalde la tiene más larga. Somos hermanos y a lo que hemos de atender es a vender bien el aceite, que parece mentira que las plusvalías se las estén llevando los forasteros. Así que desde aquí invito a los baileneros a que se acojan a este gentilicio y le vayan perdiendo cariño al de baeculenses, del mismo modo que mis vecinos de Andújar deben contentarse con el de andujeños y abandonar el de iliturgitanos dado que la

Iliturgi histórica está probado que está en los llanos de Maquiz, cerca de Mengíbar. La que ellos tienen cerca es Isturgi (*Municipium Isturgi Triumphale*), la de las buenas cerámicas, en la zona de Los Villares. Muden el gentilicio a isturgitano, que suena igualmente fino y tengamos la fiesta en paz.

65 La costumbre antigua era encerrarlo en el Tullianum (hoy cárcel Mamertina) y es posible que los dejaran morir de hambre (así murió Yugurta), pero con el tiempo se optó por estrangularlos ritualmente al término de la procesión (como hicieron con Vercingetorix) o, en ciertos casos, liberarlos para que colaboraran con Roma.

66 Es básicamente la actual casa andaluza, con patio interior, de Córdoba o Sevilla, erróneamente llamada a veces «casa árabe». Los árabes se limitaron a reproducir los modelos romanos y griegos que encontraron en su expansión norteafricana. Lo que no los desmerece, pues demuestra no poca inteligencia.

67 Hay que diferenciar el mosaico del *opus sectile* que se hace con mármoles de distintos colores, recortados, a manera de taracea, para formar motivos geométricos o paisajísticos. Finalmente existía un *opus signinum* que era un suelo cementado con mortero, de gran resistencia. Este se empleaba en los revestimientos de piscinas y acueductos, así como en talleres y estancias menos importantes.

68 Del griego: τρεῖς y κλίναι, es decir, *tres lecti* o lechos de tres plazas llamados *triclinia* o *lecti triclinares*.

69 Mauro Servio, en sus comentarios a Virgilio, testimonia que los antiguos romanos se sentaban para comer: *perpetuis mensis longis, ad ordinem exaequatis sedentum: maiores enim nostri sedentes epulabantur* (7, 176).

70 San Isidoro señala: «Entre los antiguos romanos no existía la costumbre de acostarse para comer. Más tarde, los hombres comenzaron a acostarse para comer, mientras que las mujeres continuaban haciéndolo sentadas ya que se consideraba una desvergüenza el que la mujer se tumbase» (XX, 11, 9).

71 Nuestro amigo Bonoso ignora, al parecer, que el propio Cesar Augusto practicaba *footing*. (¿Cómo interpretar, si no, las palabras de Suetonio: «Terminado el paseo, corría saltando»?)

72 Adriano, recién llegado de España, intentó pronunciar un discurso en el Senado y en cuanto abrió la boca, sus colegas se desternillaron de risa. ¡Vaya usted a saber cómo sonaba aquel latín hispano que Cicerón describe como *pingue atque peregrinum*, es decir, gangoso y extraño! Los idiomas españoles, el castellano, el catalán y el gallego, descienden de aquel latín que aprendieron nuestros antecesores. De lo que se hablaba antes de la llegada de los romanos sólo ha sobrevivido el vascuence, como es natural.

73 *Anales*, 15, 44, 2-3.

74 *Vidas de los doce césares. Nerón*, XVI, 2.

75 El *moretum* es un majado de ajo, hierbas aromáticas, queso, sal, aceite y vinagre que podía tomarse con pan o como salsa de diversos platos.

76 Es un sapientísimo oxímoron que Suetonio atribuye a Augusto (*Vidas de los doce césares. Augusto*, 25, 4). También decía el segundo César: «lo que se hace bien se hace suficientemente rápido» (*sat celeriter fieri quidquid fiat satis bene*) (Aulio Gelio, *Noches áticas*, 10, 11).

77 *Corpus Inscriptionum Latinarum*, IV, 2.193.

78 *Corpus Inscriptionum Latinarum*, IV, 4.397.

79 La cocina sofisticada (sinónimo de falsa) de la alta sociedad imperial produjo el primer recetario de Occidente, el libro *De re coquinaria* de Marco Gavio Apicio. A este Apicio, en el fondo un *dilettante* empeñado en inventar platos insólitos, se le atribuye el honor de haber acertado con la receta básica del *foie gras* consistente en atiborrar a los gansos con higos para magnificarles el hígado y, llegado el momento, matarlos obligándolos a ingerir una gran cantidad de vino melado (*mulsum*) que acabara de aromatizar la carne.

80 A las ruinas de Acinipo se llega por la carretera A-374 (Sevilla-Ronda), tomando la desviación a Setenil de las Bodegas en el kilómetro 108.

81 Píos moralistas cristianos se propusieron acabar con el teatro y les dieron la barrila a las autoridades hasta que consiguieron que se prohibiera. Destaquemos en esta abnegada labor a Tertuliano, autor del tratado *Sobre los espectáculos* (197); a Novaciano, con otro tratado del mismo título (mediados del siglo III); a san Juan Crisóstomo (finales del siglo IV), y a Salviano de Marsella con su *Sobre el gobierno de Dios* (mediados del siglo V).

82 Mejorable el país, que no el vino de Frailes, que es muy bueno.

83 «Entre el Betis y el Océano los más célebres *oppida* son, en el interior: Ulia, que apellidan Fedentian, Urgao, llamado Alba…». Cfr. Antonio García Bellido, *La España del siglo I según Mela y Plinio*, Austral, Buenos Aires, 1947, p. 25.

84 Joaquín Vallvé Bermejo, «La división territorial en la España musulmana. La cora de Jaén», en *A1-Andalus*, 34, 1969, pp. 55-82.

85 De *baityli*, «la casa del Dios» (Mircea Eliade, *Tratado de historia de las religiones*, Cristiandad, Madrid, 1974, I, p. 266).

86 Ónfalos (ὀμφαλός) significa ombligo, porque esta piedra marcaba el ombligo del mundo donde empezó su creación, en el templo de Apolo en Delfos, en la antigua Grecia. Esta sagrada piedra de mármol, depositada por el propio Zeus en el *ádyton* del oráculo, se encuentra en el museo arqueológico nacional de Atenas. Está esculpida como si estuviera cubierta por una red de lana, quizá vestigio de la piedra original que se adornaba de este modo. En Tempe, Delfos y otros lugares de Grecia, «la gente bailaba alrededor de un *herm* o pilar de piedra a la espera de que la diosa tomara posesión de uno de ellos y le provocara el canto poético» (Robert Graves, *Los dos nacimientos de Dionisio*, Seix Barral, Barcelona, 1984, p. 10).

87 Los griegos afirmaban que Rhea pulió la piedra sagrada y se la dio a comer a Urano. (Koning, *op. cit*., p. 7). Cibeles (Κυβέλη, Kybéle) se veneró en muchos santuarios (los principales fueron los del monte Ida, el monte Sipilo, el de Cícico y el de Sardes).

88 *Ibíd.*, p. 148.

89 Un probable templo de Cibeles existió en Lugo (hoy Santa Eulalia de Bóveda, en cuya cripta se venera una piedra negra); otro pudo ser la iglesia de Aguas Santas en Allariz, donde se venera un ara romana con una tosca figura tallada en bajorrelieve.

90 En el monte Palatino el emperador Marco Aurelio Antonino (218-222) construyó un templo, el Elagabalium, donde recibía culto la piedra sagrada El Gabal que había traído del templo de Emesa, en Siria. Probablemente era un meteorito negro, cónico, que se reproduce en algunas monedas. Los romanos la consideraron representación del Dios Heliogábalo y lo asimilaron a su otro culto oriental, el *Sol Invictus*, muy popular entre las legiones, de cuya mano llegó a Hispania. En el solsticio de verano sacaban a la piedra en procesión por toda Roma.

91 En Éfeso, donde la histórica madre de Cristo vivió sus últimos años y falleció, la piedra negra del santuario pagano se cristianizó atribuyéndole el papel de escabel desde el que la Virgen ascendió a los cielos. Incluso los turcos la veneraron como *karatchalti*.

92 *Ibíd.*, p. 114.

93 Lucio Flavio Arriano, discípulo del filósofo estoico Epicteto y brillante militar que derrotó a los alanos. Sirvió en la Bética a las órdenes del emperador Adriano y en su vejez se retiró a Atenas para escribir, principalmente libros de tema militar en el estilo contenido de sus maestros Jenofonte y Heródoto.

94 «Idomeneo alanceó el despiadado bronce por la boca de Erimante de frente. El impacto le saltó los dientes y le rompió los blancos huesos por debajo de los sesos. Los ojos se le llenaron de sangre (…) y la negra nube de la muerte lo cubrió» (*Ilíada*, canto XVI).

95 Esta actitud fatalista, que desde nuestra perspectiva puede parecer descabellada, no lo era tanto en la Antigüedad. En el milenio –I, y quizá antes, diversas culturas mediterráneas practicaban sacrificios humanos sobre la tumba de los caudillos para que los espíritus así liberados acompañaran y sirviesen al difunto en la otra vida.

96 Un dios primordial se masturba y de su semen esparcido nace el mundo con todo cuanto contiene. Una explicación mucho más poética que la verdadera, en la que el Dios primigenio crea al hombre del barro y a la mujer de una costilla del hombre.

97 En Egipto se encuentra plata de origen seguramente ibérico, procedente del comercio fenicio, desde el siglo –IX. (Tercer Periodo Intermedio). Al propio tiempo en Iberia aparecen objetos egipcios (amuletos, escarabeos, cerámica y alabastro egipcios).

98 Las escenas con dios masturbador, como muchas otras representaciones sexuales de los monumentos egipcios, fueron eliminadas por los piadosos cristianos que señorearon el país del Nilo hasta que el Islam tomó el relevo. san Antonio y sus anacoretas se ensañaron con las imágenes paganas de los templos, especialmente con los falos y las representaciones sexuales. En ciertos santuarios egipcios se suponía que el dios realizaba actos sexuales para garantizar la creación y renovarla. En un pequeño santuario, al final de la gran avenida de Karnak, se masturbaba ritualmente la estatua del dios Ammón todos los días, antes de la salida del sol, para que renovara la creación. Los arqueólogos creen que la estatua debía de poseer un pene de tamaño considerable, aferrado con su mano izquierda. Había a su servicio una sacerdotisa conocida como «la Esposa de Dios» o «la Mano de Dios», lo que indica claramente su papel en el rito. «Algunas imágenes de Karnak pueden parecer algo desagradables (largos penes erectos, jóvenes deidades succionando sus propias partes y otros exhibiéndolas impúdicamente) –escribe el arqueólogo Gay Robbins, de la Universidad de Emory (USA)–, pero eso formaba parte del concepto del mundo según los egipcios». El poder del faraón procedía también de este rito de masturbación. Una vez al año, al inicio de la subida del Nilo, el monarca navegaba desde Menfis a Karnak, recogía en su barca la estatua de Ammón itifálico cubierta con una tela de lino blanco y la llevaba a Luxor, donde el faraón, su esposa y la estatua se quedaban a solas en una cámara oscura del gran templo. No tenemos indicios de la clase de ceremonia que

realizaba la pareja divina con la estatua itifálica. Lo único seguro es que el faraón reafirmaba su puesto por medio de este rito.

99 Diodoro (31, 21) y Apiano (*Iberia*, 71), mencionan uno de estos combates rituales en las exequias de Viriato.

100 Parecida impresión debió de causar en una ilustre visitante anterior, la arqueóloga Concepción Fernández Chicarro, que escribe: «la cámara sepulcral de Toya, única en el mundo y por todos admirada, que despierta emoción tal en quien la visita por vez primera que no es para descrita» («Viaje de prospección arqueológica por el término de Peal de Becerro», en *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, nº 3, Jaén, 1954, p. 69).

101 El cancel se encuentra expuesto en la sala correspondiente del Museo Arqueológico de Jaén. La arqueóloga Concepción Fernández Chicharro lo había dibujado y publicado en el Boletín del Instituto de Estudios Giennenses («Viaje de prospección arqueológica por el término de Peal de Becerro», en *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, nº 3, Jaén, 1954, p. 77).

102 Podía Bonoso haber rememorado en este punto una cita de Cipriano de Cartago, un obispo del siglo III, que escribe: «El mundo ha entrado ya en su senectud, pues la decadencia de las cosas prueba que se aproxima a su ocaso. En invierno no llueve lo suficiente para que grane la cosecha; el verano no calienta para granar la espiga. Las montañas, exhaustas, producen menos mármol; las minas, agotadas, dan menos metales. Faltan campesinos en los campos, marinos en el mar y soldados en los campamentos. Faltan magistrados justos, artesanos diestros, disciplina y buenas costumbres».

103 La biblioteca había sido fundada en el siglo –III. por Tolomeo I Sóter, y ampliada por su hijo Tolomeo II Filadelfo. Con cerca de un millón de manuscritos, era la depositaria de la cultura grecorromana y egipcia. Al parecer los cristianos la expurgaron de todo lo que era contrario a su religión y el califa Omar, siglos después, destruyó el resto: «Si los libros contradicen al Corán, hay que quemarlos por mentirosos –razonó–, y si repiten sus doctrinas resultan innecesarios, puesto que ya tenemos el Corán». En 1987 la Unesco incurrió en el gesto voluntarioso de fundar

nuevamente una biblioteca de Alejandría (*Bibliotheca Alexandrina*), con la pretensión de que herede los fulgores de la antigua. En un reciente viaje a Egipto (antes de la «primavera árabe», que conste), tuve ocasión de contemplarla por fuera, desde la cubierta superior de la motonave en la que viajaba. Es un híbrido entre nave industrial y Guggenheim de Bilbao rodeado de jardines algo polvorientos, más frecuentados por vendedores de baratijas y acosadores de turistas que por sabios y científicos.

104 La aldea, que tiene unos cuatro mil años de antigüedad, constaba, al menos, de cuatro anillos de tierra (quizá seis), lo que ocupaba en su conjunto entre 30 y 120 hectáreas. Una buena parte se ha destruido debido al ensanche de Jaén, pero se ha reservado algún espacio para construir un centro de interpretación cuando Dios quiera, si quiere.

105 El ochenta por ciento de las ánforas allí apiladas procede de la Bética y su antigüedad oscila entre el siglo I (las olearias tipo *Dressel 20*), y el siglo III (las más tardías y estilizadas *Dressel 23*, con forma de nuez).

106 Lucius Junius Moderatus, llamado Columela, fue militar y agrónomo. Escribió *Res rustica* («Los trabajos del campo») y *Liber de arboribus* («Libro de los árboles»).

107 Unas prensas de viga funcionaban por cabrestante, otras por contrapeso, otras por tornillo y también las había que combinaban contrapeso y tornillo. Las de cabrestante tenían en el extremo libre de la viga una palanca (*vectis*) que servía para enrollar en un tambor (*sucula*) la soga que rebajaba el extremo de la viga. Al descender, la viga presionaba sobre una plancha circular (*orbis olearius*) que oprimía el cesto o *friscina* donde se colocaba la masa de la aceituna.

108 Marcelo Castro López, «Una presencia sobre el límite. Torres antiguas en el territorio de Atalayuelas (Fuerte del Rey, Jaén)», en *Torres, atalayas y casas fortificadas: explotación y control del territorio en Hispania (s. III a. de C. – s. I d. de C.)*, Universidad de Jaén, 2004.

109 Manuel de Góngora, *Viaje literario por las provincias de Granada y Jaén* (1860).

110 Plutarco, *Vidas paralelas. Sertorio*, III, 5-10.

111 Luis María Gutiérrez Soler, *Guía arqueológica de Giribaile*, Asociación para el desarrollo rural de la comarca de El Condado, ASODECO, Gráficas Águila, Torredonjimeno, 2011, pp. 112-113.

112 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, XXVIII, 3 y 4.

113 Valerio Máximo, *Sobre hechos y dichos admirables*, IX, 1, 4.

114 Un filósofo anónimo que firma Elsicario lo expresaba así hace años en una hoja volandera: «los imperios decaen por dos circunstancias: la ineptitud y corrupción a nivel humano y moral de sus líderes, y el despilfarro y la falta de austeridad en sus sociedades, corrompidas con el sustento fácil que proporcionan sus dirigentes. Evidentemente una actitud vigilante contra estos vicios de la sociedad, es misión imposible dado el carácter humano de la misma, que más pendiente del *bien vivir* que de otras preocupaciones de mayor altura moral, prefiere relajarse hasta la extinción, antes de afrontar el esfuerzo que supone superarse».

115 Montesquieu evitó mencionar el fin del paganismo y la expansión del cristianismo como otra posible causa de la decadencia. Gibbon lo insinúa en su magna obra *Historia de la decadencia y ruina del imperio romano*, un espléndido retrato de la disolución de Roma cuando la ciudad se ve atacada por el cáncer de la barbarie y del fanatismo religioso: «La Iglesia –e incluso el Estado– fueron distraídos por facciones religiosas cuyos conflictos eran muchas veces sangrientos, y siempre implacables; la atención de los emperadores fue desviada de los campos de batalla a los sínodos. El mundo romano comenzó, pues, a ser oprimido por una nueva especie de tiranía, y las sectas perseguidas se convirtieron en enemigos secretos del Estado». Por su parte, Voltaire formula la misma idea con brutal claridad: «El cristianismo abrió el cielo, pero arruinó el imperio». Luego han venido otros (Frobenius, Spengler) que consideran la decadencia de los imperios como un hecho biológico inexorable. La idea de que las sociedades decaen cuando sus individuos se entregan a la molicie para dar paso a jóvenes bárbaros que heredan el mundo, se transmite en la literatura insistentemente hasta nuestros días. En su novela *Aita Tettauen*, Benito Pérez Galdós sugiere su propia teoría sobre el impacto del vicio en las

viejas civilizaciones: «Decaen los imperios, se desmedran las razas, los fuertes se debilitan y la hermosura perece entre arrugas y canas. Mas no suspende la vida su eterna función, y con las causas que descienden hacia la vejez, se cruzan los caminos de la juventud que van hacia arriba. Siempre hay imperios potentes, razas vigorosas, ideales y bellezas de original frescura; que junto al sumidero de la muerte están los manantiales del nacer continuo y fecundo…».

116 «…junto con Oria (Orissia) eran las más importantes ciudades de los oretanos» (Estrabón, *Geografía*, III, 2, 2).

117 Guadalupe López Monteagudo y Pilar San Nicolás Pedraz, «Astarté-Europa en la Península Ibérica. Un ejemplo de *interpretatio* romana», en *Homenaje al profesor Manuel Fernández Miranda*, Universidad Complutense, Madrid, 1981, p. 461.

118 Una descripción de romería alegre en los tiempos de Góngora no deja lugar a dudas: «concurren a dicha procesión muchas mujeres enamoradas y compuestas y llevan meriendas (…) y las mujeres hacen señas a los cofrades (…) y hay mucho regocijo en un día tan triste y en cuanto anochece hay muchas deshonestidades». Rafael Ortega Sagrista, «Historia de la Cofradía de la Transfixión y Soledad de la Madre de Dios», en *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, nº 113 (enero-marzo, 1983), p. 47.

119 Un cronista del siglo XVIII escribe: «La turba de devotos no repara en nombrar a la purísima Madre de Dios con aquellas mismas expresiones rústicas e insolentes que ha inventado el amor profano y la licenciosidad del vulgo (…) hay feria abierta en donde lo que más se comercia es el libertinaje y las palabras deshonestas (…) hay impuros movimientos y bailes desconcertados delante de las mismas sagradas imágenes que adornan con este fin con ramos, flores, luces y buenas alhajas». José Martínez de Mazas, *Memorial sobre el culto que se da a algunos santos en el obispado de Jaén*, manuscrito de la biblioteca de la Casa de la Cultura de Jaén, pp. 142-143.

120 Mencionan la boda Tito Livio (*Historia de Roma desde su fundación*, XXIV, 41, 7) y Silio Itálico (*Púnica*, III, 97).

121 Polibio, *Historias*, X, 38, 7.

122 Acerca de la riqueza y explotación de las minas, Diódoro comenta: «…los que trabajan las de plata los hay que sin ser profesionales extraen en tres días un talento de Eubea. Toda la mina está llena de polvo de plata condensado que emite destellos. Por ello es de admirar la naturaleza de la región y la laboriosidad de los hombres que allí trabajan. Al principio cualquier particular, aunque no fuese un experto se entregaba a la explotación de las minas y obtenía cuantiosas riquezas, debido a la excelente predisposición y abundancia de la tierra argentífera. Luego ya, cuando los romanos se adueñaron de Iberia, itálicos en gran número llenaron las minas y obtenían inmensas riquezas por su afán de lucro. Pues comprando gran cantidad de esclavos los ponen en manos de los capataces. Y estos, abriendo bocas en muchos puntos y excavando la tierra en profundidad, estadios y estadios, y trabajando en galerías trazadas al sesgo y formando recodos en forma muy variada, hacen aflorar la mena desde las entrañas de la tierra a la superficie, lo que les proporciona cuantiosas ganancias» (Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*, V, 36-38).

123 José María Blázquez Martínez y Mª Paz García-Gelabert, «Informe sobre Cástulo», en *Revista de Arqueología*, 46, Madrid, febrero 1985, p. 6. Anteriormente ya se habían padecido otras invasiones bárbaras, la de los moros africanos hacia el año 172, pero no hay constancia de que llegaran a Cástulo, aunque el historiador Capitolinus en su biografía de Marco Aurelio, dice: «Cuando los moros devastaron casi toda Hispania». En cualquier caso fue una expedición de saqueo sin mayores consecuencias porque al año siguiente habían regresado a sus cabilas y se había restablecido la calma. La invasión grave ocurriría en el año 711, como es sabido, y daría al traste con el reino visigodo que había sucedido a Roma, pero esa es otra historia.

124 En 1875 el ingeniero Karl Plock, director de los trabajos de la Sociedad Stolberg y Westfalia que explotaba la mina de Los Palazuelos

observó que una indígena usaba como piedra de lavar el relieve de los mineros y se lo compró por unas perras. Hoy ha ido a parar al Deutsches Bergbau-Museum de Bochum (Alemania).

125 Enrique Romero de Torres, *Catálogo de los Monumentos Históricos y Artísticos de la Provincia de Jaén*, 1913, p. 763, foto 43.

126 Blázquez y García Gilabert, 1985, p. 6.

127 «Decidme, ¿dónde, en qué país / Está Flora la bella romana? / ¿Archipiades, o Thaïs, / Qué fue de su prima hermana? / ¿Y Eco, la que responde desde las aguas / De los ríos y lagos, si te escucha, / Cuya belleza era más que humana? / ¿Pero dónde están las nieves de antaño?» (Traducción de José María Álvarez).

Ciudades andaluzas en la Historia

Ciudades de la Bética
Juan Eslava Galán

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Juan Eslava Galán, 2021
© Fundación José Manuel Lara, 2021
Avda. del Reino Unido, 11, 1ª planta. 41012 Sevilla (España)

Diseño: Manuel Ortiz
Cubierta y maquetación: Milhojas Servicios Editoriales

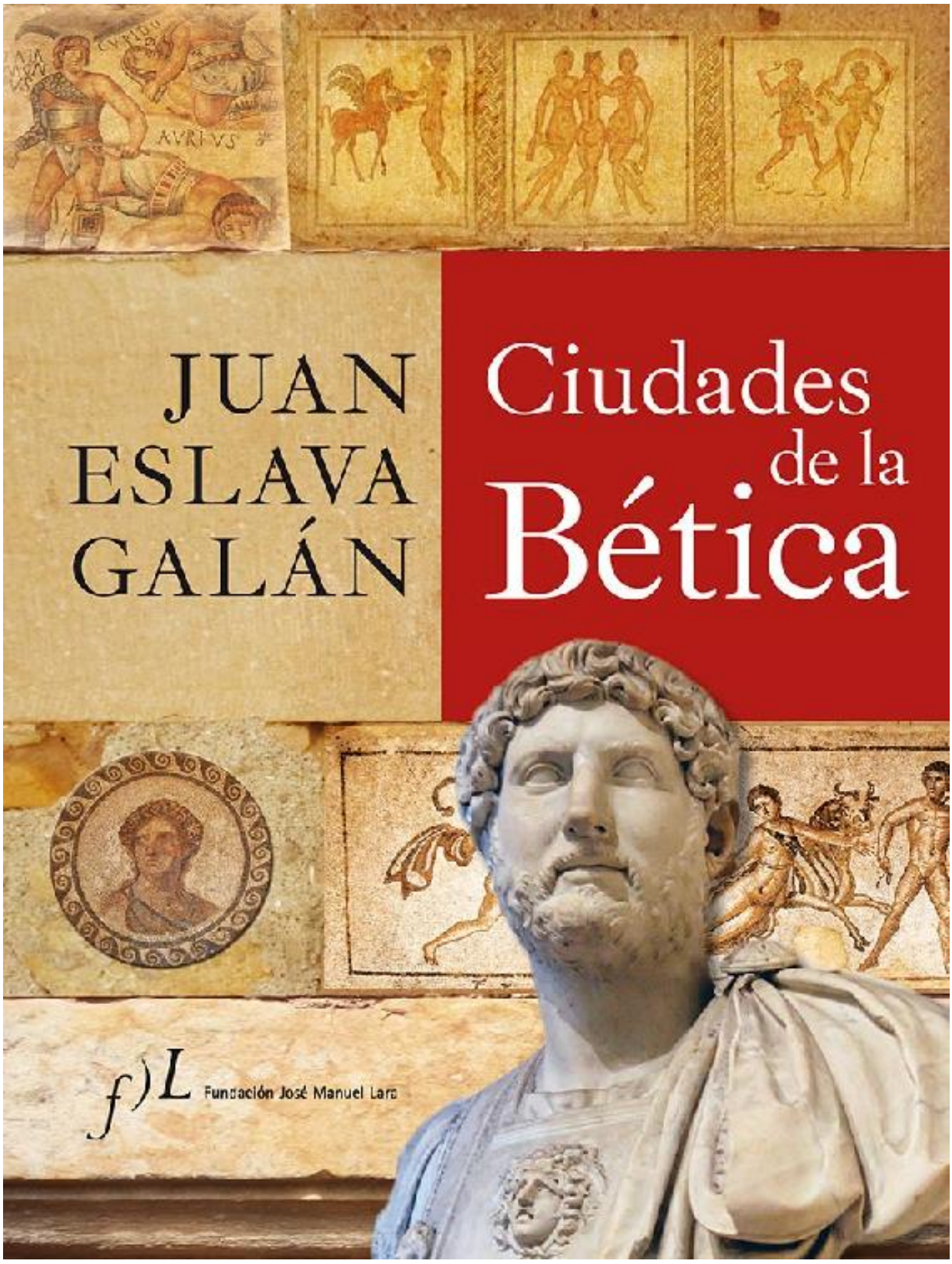
Fotografías: Archivo de Juan Eslava Galán. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico. R. Hidalgo. Icastro. Rafael del Pino. Marshall Astor. Carmen Rueda Galán. Morales. Pedrosa. Gutiérrez Soler

Ilustraciones: Ana Miralles

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre, 2021

ISBN: 978-84-17453-81-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Juan José Sánchez Cotes


JUAN
ESLAVA
GALÁN
Ciudades
de la
Bética
fJL
Fundación José Manuel Lara